

25



COLECCIÓN SÓCRATES

VII

SOCIOLOGÍA GENERAL AMERICANA

TOMO IV DE LA SERIE

OBRAS DE AGUSTÍN VENTURINO

SOCIOLOGÍA PRIMITIVA CHILEINDIANA, Editorial Cervantes, «Colección Sócrates» (III y V) Barcelona, 1927-1928. Tomo I (Prehistoria). — Tomo II (Protohistoria). Comparaciones mayas, aztecas e incásicas.

SOCIOLOGÍA CHILENA, Editorial Cervantes, «Colección Sócrates» (VI) Barcelona, 1929. (Antehistoria colonial, desenvolvimiento nacional y perspectivas contemporáneas). Comparaciones argentinas y mejicanas.

SOCIOLOGÍA GENERAL AMERICANA, Editorial Cervantes, «Colección Sócrates» (VII) Barcelona, 1930. (Estudio experimental hecho en 15 países del continente).

ABORÍGENES DE SURAMÉRICA, Editorial Cervantes, «Enciclopedia Gráfica», Barcelona, 1930. Con grabados.

LOIS Y SU OBRA. 1914. — Santiago.

ENSAYO SOCIOLÓGICO SOBRE LOIS. 1917.

INFLUENCIA INTELECTUAL, MORAL Y ECONÓMICA DE LOS INGLESES, FRANCESES E ITALIANOS EN CHILE. 1918.

GRANDES FAMILIAS CHILENAS DESCENDIENTES DE INGLESES, FRANCESES E ITALIANOS: LA HERENCIA BIOPSICOLÓGICA. 1918.

LA INFLUENCIA DE LA INSTRUCCIÓN MILITAR ALEMANA EN PARANGÓN CON LA FRANCESA. 1919.

MI PRISIÓN EN LIMA, Ensayo sociológico sobre el Perú. 1922.

EL RADICAL, quincenario sociológico. Santiago de Chile, 1912. Treinta y tres números, 800 páginas.

LA EDUCACIÓN, órgano de la Escuela y Biblioteca Lois. Iquique, 1914.

EXPLICACIÓN PRELIMINAR

SOCIOLOGÍA GENERAL AMERICANA, como su título indica, tratará de revelar científicamente la formación y evolución del Continente.

A fin de cumplir con seriedad y honradez nuestro cometido, procuraremos primero reflejar la prehistoria, natural entronque de la protohistoria o irrupción del europeo. A aquella la tomamos en lo menos escurridizo, en su población, en su área territorial y en su organización social y a ésta en la necesidad de manifestarse, de dar vida a un gran anhelo de crecimiento civilizador.

El perfilamiento español se bosqueja como un problema colonial y por ningún motivo como de nacionalidad madurada y cerrada, y en él induciremos el medio físico y las circunstancias sobreponiéndose en ocasiones a los hombres.

Por la inmensa potencialidad del mundo que se desplegaba, aquélla, demasiado precozmente, provocó la interdependencia económica, y por ésta las exigencias rítmicas lograron mayor impulso.

La acción inglesa queda esbozada en toda su intensidad, y la presente obra no hace más que extender lo que al respecto se adelantó en el tercer tomo de la serie.

Al mencionar esta ampliación, diremos que hemos tratado de sistematizar el estudio, haciéndole no sólo directo y por propia experiencia, si no yendo de lo más simple a lo más complejo, tal como cumple a toda empresa científica. Por eso el primer volumen, aunque se refiere a la antigüedad austral, abarca la americana, y el segundo, de antehistoria, sigue idéntico propósito. El relativo a So-



En disertaciones orales de ciclos dictados en las Facultades de Filosofía y Letras y de Derecho de las Universidades de Columbia, de Nueva York (Estados Unidos), de Méjico, Monterrey y Yucatán (Méjico), de Habana (Cuba), de Guatemala y Quezaltenango (Guatemala), de León y Managua (Nicaragua), de El Salvador, de Honduras, de Costa Rica, de Panamá, de Buenos Aires, Córdoba, La Plata, Tucumán, Santa Fé y Paraná (Argentina), de Asunción (Paraguay) y de Montevideo (Uruguay), se esbozaron las esenciales relaciones de la serie.



AGUSTÍN VENTURINO

Miembro titular de la "Société des Americanistes"
de Paris.

SOCIOLOGÍA GENERAL AMERICANA

(Estudio experimental hecho
en 15 países del continente)

EDITORIAL CERVANTES
AVENIDA ALFONSO, XIII, NÚMERO 382
BARCELONA, AÑO MCM XXXI

ciología chilena aparece más específico, es cierto, pero prosigue las orientaciones de los anteriores y al lograr especializarse se tuvo siempre presente la necesidad psicológica de encontrar un punto de apoyo. Por contraste resultaría así más comprensible el fenómeno y de súbito se apreciarían las simultaneidades y diferencias.

En una tarea tan oscura y tan vasta como la de caracterizar tan incommensurable transformación, es lógico que tomásemos como modelo el más profundo proceso de organización y la más segura y rápida formación. Luego, por comparación e inducción, se relacionarían los productos y se orillarían el eslabonamiento. Es casi lo mismo que con poco esfuerzo se conseguirá de la presente obra, pudiendo el docto, a su manera, llegar a las deducciones más acordes con sus estudios.

SOCIOLOGÍA GENERAL AMERICANA, como los tomos anteriores, no analiza, como ha sido corriente, separadamente las fases pre, proto y antehistóricas, ni la autonómica ramificada. A todas las comprende como inmensas refundiciones, persiguiendo la exposición integral y deponiendo el concepto antisocial de juzgar solamente a indígenas, colonos y revolucionarios. En el presente se anteponen los factores a los hombres, sean éstos aborígenes, negros, mulatos, criollos o hispánicos. Lo intenso es el desenvolvimiento que inclina al amalgamamiento fecundo, como rebote de la naturaleza virgen y opulenta.

Tratando de ir más lejos, no nos hemos encastillado en cuestiones de raza, ni en dogmatismos fáciles de convertirse en fantasías. Desde el principio hemos procurado basarnos en los hechos y salvo en alguno que otro caso, como el de encontrar una comparación europea en el área, la población, el incremento cultural, hemos estado atentos a las causas.

Es posible que se considere audaz prescindir del ser humano, exponiendo de preferencia las coexistencias sociales, eternas e indefinidas, superiores a los individuos en el impulso cosmológico. Pero, en verdad, no había otro camino

que seguir para lograr una explicación positiva, por más que de hecho se arremetiera contra el denso tradicionalismo.

Por lo demás, hemos atendido a lo mejor de los seres, la creación civilizadora, y dejado de lado las falacias y rebuscamientos manidos de las acusaciones y descargos mutuos de tal o cual maltrato a regionales o de servicio exterior, de ordinario pasajeros y de poca repercusión en el infinito desarrollo que, más que a los humanos, ha arrasado en sus ansias locas de renovación a los imperios, a las castas y a los núcleos, sin perjuicio de las contingencias futuras.

Al exponer las modificaciones en nuestra investigación y experimentación, cuidamos con especial interés salirnos de la idea muy común en los pueblos nuevos, de que éstos son máquinas, por lo que es muy fácil montarlos o desmontarlos. Como se ha vivido, salvo escasas excepciones, en regímenes de fuerza, pasivos o activos, se cree mucho en los impulsos, olvidándose o desconociéndose que la impulsividad es vencida al fin o por una acción más adecuada o por la presión de fuerza.

Atentos a la evolución pusimos considerable atención en el anhelo de conocer y revelar científicamente los países, estudiándolos como son y no a través de teorías añejas y exóticas. Por eso, con más fe en las fuerzas vivas de aquellos, procuraremos indagar las relaciones inmediatas, desde la observación del subsuelo al aprovechamiento del mismo.

Además, con la sana intención de ser investigadores serios, llegamos a penetrar, como toda cosa de la vida que sufre la constante transformación y responde a exigencias peculiares de la variabilidad de la naturaleza, que en América no hay dos pueblos iguales. Ninguno de ellos puede adoptar la misma resolución que otro ante problemas semejantes. Se habla mucho de igualdad de origen, costumbres e historia; pero esto está bien para los manuales que tienden a generalizar para salir del paso. Argentina, que es ganadera y de clima frío, no puede ser igual que Méjico, que es petrolero y de atmósfera cálida. Brasil, que es cafetalero, es distinto de Chile, que es salitrero, aparte de muchas otras

diferencias. Nos afirmamos en este resultado práctico, porque así creemos ayudar a darles mayor oportunidad a los conglomerados para que cada cual por su lado desarrolle la energía apropiada y no se escude en la hermandad a fin de disculpar rémoras y deficiencias, sin que por ello deje de haber motivo esencial para reforzar la interdependencia indohispánica, tan precaria en la actualidad. A la universal o europea plutocrática inglesa, o lo que fuere, debemos oponer la nuestra más honda y más fuerte por lo mismo que golpea las ambiciones y probabilidades. Sin duda la afinidad de los núcleos radica más en la perspectiva de la gestación que en otro motivo imaginario.

El desenvolvimiento potencial continental es vasto y por él han surgido dos poderosas nacionalidades de entronques económicos mundiales. Esta es la más seria revelación de una sociología general extática, y la dinámica comprendería que cada grupo procurase estudiarse, corregirse, para luego, más poderoso con el conocimiento íntimo, iniciar la respectiva afirmación.

En América no hay naciones superiores ni inferiores, sino en formación, porque todo está intacto y sin ligamento. Si unas aparecen más adelantadas y otras más atrasadas no es más que cuestión de haber sabido hallar la posibilidad de progresar. Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, a la inmigración deben mucho de su auge y las otras Repúblicas, faltas de ella, no pueden librarse de la paralización interna que produce la miseria. No hay retardo, sino más bien incompreensión y un poco de desidia en el estudio y resolución de las cuestiones internas. Si Honduras, que es el pueblo más pobre y rezagado de Centro América, hiciera lo que ha hecho Argentina, organizarse, pacificarse y proveer su campo de los brazos que necesita, a la vuelta de algunos años lograría transformarse. En apoyo de lo dicho se podría agregar que hasta los nativos han evolucionado, integrándose algunas individualidades a la Universidad, al alto clero, al gobierno, al profesorado, etc.

Casi todo es labor de experimentación, de energía educada, de patriotismo civilizador, de honestidad admi-

nistrativa. Los proyectos y las ideas sobran y en nuestra haraganería estamos medio chiflados por ellos. El análisis no debe admitirlos, porque la verdad se revela tal como es. Por eso despojémonos de todas las supercherías y charlatanerías propias de los jóvenes y tratemos de llegar a los hechos prácticos, penetrando los problemas que se desprenden del mar, del río, del lago, de la selva, de la montaña minera, del subsuelo carbonífero, del cultivo, del comercio, etcétera. Lo demás es posible que se encamine solo. Tan cierto es lo que decimos que en prueba de ello citaremos algo que nos toca muy de cerca, pidiendo perdón por la inmodestia. Desde el primer volumen hemos expuesto el valor social de la propiedad privada y comunal aborigen y su coexistencia con el giro histórico de la conquista de América. El primero circuló antes de la subida del actual gobierno chileno y el tercero, en el que se daba una sensación plena de los males del latifundio y de la necesidad de desviarlo para mejor aprovechamiento del país, conjuntamente con la implantación de apremiantes obras desenvolvedoras, apenas hará un año. Pues bien, después de este lapso de tiempo, aquél se ha dedicado a reanudar la inmigración, a expropiar porciones acaparadas, a iniciar labores de regadío, a repartir parcelas, a tratar de incorporar al aborigen, a impulsar la resolución de los asuntos productivos, a iniciar por el norte y el sur la construcción de vías férreas interandinas, a procurar que la casi totalidad de las provincias no continuaran subsistiendo para costear sus gastos administrativos sólo con las entradas del salitre, y que cada cual produjera lo que era justo, a implantar la enseñanza científica cinematográfica en la escuela primaria, a movilizar por todas las Repúblicas exposiciones flotantes, etcétera. Hasta un partido político, el más poderoso y popular, dos o tres meses antes de finalizar el año pasado agregó a su programa, como postulado vital, la subdivisión de la hectárea cultivable.

En verdad, nos faltan estudios positivos, y la intención del ejecutivo aludido, nos hace pensar que carecemos de orientación y de estímulo.

Así como *Sociología Chilena*, con voz dolorosa, impregnada de altivez y de confianza en el porvenir, llevó la alarma a mi propia patria, en donde pasé la niñez y de donde estoy ausente hace diez años, esta SOCIOLOGÍA GENERAL AMERICANA procurará transmitirla a todas las fraternales de las tierras nuevas. Pudiera ser que este grito del alma, sea rudo y salvaje como la naturaleza que nos rodea; pero no permitirá que nadie ponga en duda que es el más sentido, el más hondo y de más profunda experiencia, y para presu- ponerlo así, espero que se tenga presente que he padecido encarcelamientos y persecuciones en otros países por odios fronterizos, sufrido la inmensa amargura de tres violentas revoluciones, presenciado una de las más tristes conmociones istmeñas y llorado con los pueblos su trágica y pavorosa desventura.

La práctica y el dolor de una jira de dos lustros por quince países de América, se condensan en esta obra, que pretende ser humana y real en los hechos. El que esto escribe piensa que sin sus cuatro años de estudio en Argentina, dos en Méjico, uno en Centro América, otro en Estados Unidos, medio año en las Antillas, otro medio en Perú, Ecuador y Panamá, y el resto en la zona subantártica, no habría tenido una visión clara y completa de los problemas que nos atañen.

El más grande anhelo del autor es que ella sirva para despejar el enigma continental, debido al desconocimiento interno y externo. La demostración servirá para que los europeos no nos sigan juzgando a través de sus ideas, imaginándonos peores de lo que somos y condenando en nosotros males propios de entidades de mayor cultura; y por nuestra parte, no nos autojuzguemos bajo el prisma de aquéllos, entusiasmandonos demasiado con lo que todavía no hemos alcanzado y desalentándonos en extremo, al no comprender de momento la desequivalencia entre la figura supuesta y la auténtica. Así se nos irán algunas ilusiones, pero también lograremos ser más fuertes con el convencimiento, para es- forzarnos e impulsar a las nacionalidades.

Antes de terminar estas palabras preliminares, expon- dremos algunas constancias y homenajes de gratitud: a la

Société des Americanistes, de París, que se ha dado el tra- bajo de divulgar entre sus numerosos asociados el resultado de mis investigaciones; al ilustre sabio español D. Adolfo Posada, que en *Mercurio*, de Barcelona (14 de marzo de 1929), consagró un profundo y vasto estudio a las dos pri- meras partes de esta obra, conceptuándolas fundamentales para conocer las raíces de América; al eminente creador de la psicología primitiva, M. Levy Bruhl, profesor de la Sor- bona, que ha declarado que *Sociología Primitiva* ha llegado a dominios insospechados antes; al glorioso catedrático de la Universidad de Oxford, Mr. Margoliout, que ha tenido la delicadeza de considerar la serie como una gran obra; al profesor K. Kretschmer, de la de Berlín, que reiteró su alto y favorable juicio; y al insigne ensayista Dr. Rafael Alta- mira, que con ternura paternal me ha renovado las seguri- dades de que los trabajos se están analizando en su calificada cátedra de la Universidad Central, de Madrid. Vaya mi reco- nocimiento, además, al gran diario argentino *La Prensa*, que por dos veces (5 abril 1928 y 27 octubre 1929) se ha preocupado de mis estudios, calificándolos de buen aporte americano; y al Director de la Editorial Cervantes e ilustre escritor español, Vicente Clavel, modelo de caballero y de editor, hombre íntegro y de profunda visión creadora.

La América prehistórica

Por más que en los tomos anteriores se ha demostrado la prepotencia del medio físico, de manera preferente en la horda y en el clan, debemos advertir que al llegar a la tribu, el primitivo comienza por desprenderse de la férula de la naturaleza hostil.

Aquella, que es una mixtura de paleolítico, neolítico y metalurgia, no ha dejado de representar la tendencia del desarrollo mental.

En el campamento o *gens*, lo más simple de la estructura humana, el ser, se encuentra sojuzgado por la materia y su utillaje es de piedra, brusca y tosca, sin pulir, y sus ocupaciones son la pesca, la caza y la recolección de frutos silvestres.

Este sometimiento resulta sin duda circunstancial y fortuito, puesto que después se le observa en la fase intermedia y ya desprendiéndose poco a poco del exterior. El discurrimiento pétreo pulimentado, de la labranza y del pastoreo, comprueban que no del todo está aherrojado a los elementos.

Es posible que al igual que el psicológico, exista una ley de crecimiento social, por más que los sociólogos, por falta de experiencias directas y apenas por inferencias indirectas, no se atreven todavía a fundamentar la respectiva noción.

Pensamos así, porque no de otra forma se concibe que el autóctono se haya ido desligando de la más trágica esclavitud o estado selvático, pasando por un tamiz y orillando el otro que de por sí responde al más adecuado aprovechamiento del ingenio y de la voluntad para sacar partido de las opor-

tunidades y posibilidades que le brindan de consuno los agentes cosmológicos.

Al interpretar así dicha evolución es como se puede comprender al aborigen, asociándose, constituyendo la ciudad, abrazando la producción y el negocio, aunque doméstico, y nivelándose con adquisiciones morales y educativas.

Fueron 200, quizá 300, tal vez 500,000, los que debieron constituir la tribu, como se induce en nuestros días entre los fueguinos.

Afianzada aquella, conjunto diferenciado de familias, el indígena empieza a hacer depender de él el suelo con la casa y el predio, y con el esfuerzo de labrar la tierra y apacentar algún animal. A las subordinaciones, fundamentales por supuesto, se agregan luego las manuales, gubernamentales y mercantiles.

De esa manera, paulatinamente, se transforma el indio en factor de energía, desde el momento que arraiga para dominar y producir.

Semejante actividad, por más humilde y modesta que fuera, ha sido motivo de coordinación y de estímulo. Así, por ejemplo, el clánico adelantará la idea, acaso turbia y caótica de la agricultura, de la ganadería, de la metalurgia, de la industria, del comercio, de la aldea, en fin, con su correspondiente ruta o red de caminos que no tardarán en aprovechar y perfeccionar los que vendrán más tarde, más favorecidos o más adelantados.

Jamás podrán desestimarse sus esfuerzos, ya que incorporó algo a la civilización humana, tal como el cultivo de la papa, del cacao, del bálsamo, del henequén, etc. De ahí que, pocos o muchos, han tenido que resultar una potencia. Como la humanidad se perfecciona por el trabajo, no cabe poner en duda la importancia de aquéllos.

La acción es primaria y débil. Habría pasado inadvertida sin la protohistoria. Seres que desconocían la escritura, aislados, fragmentados en un continente enorme, como en un mundo aparte, no podrían haber sido tomados en cuenta sin la comunicación.

Por eso, para la justa confrontación y enunciación de la

Semejante determinación no excluye algún que otro cálculo parcial indígena, por más que el observador atento al hecho total casi no paró mientes ni le interesó el valor de tal o cual zona. En ello primaba una humana razón. Toda imposición engendra, a su pesar, la destrucción. Luego, poco podría importar el censo, y si los pobladores resultaban menores, tanto mejor para las aspiraciones de dominio del expedicionario.

De ahí que al trazarse aproximadamente el empadronamiento, se infieren dos hechos. Uno lógico de parte del proto-historialista, que en muchas oportunidades no atinó a fijar la suma de los nativos. Llegaba por iniciativa personal y ambicionaba el éxito de la empresa, no descuidando los informes propios. Si sabemos, por ejemplo, cuántos habitantes hispánicos tenían San Salvador, veinticinco años después de erigida, y el reino de Chile, medio siglo después de su fundación, ignoramos casi por completo el número de los que ocupaban la región. Si es cierto que con el transcurso de los años se puso algún empeño en corregir la falla, también es verdad que era algo tarde, cuando los hechos habían cambiado bastante con las guerras desastrosísimas y graves trastornos que arrastraron a la muerte a multitud de indígenas.

En tal situación se encuentra el ingeniero Juan López de Velasco (*Geografía y Descripción Universal de las Indias, Madrid, 1574*), que enunciaba ocho o nueve mil aldeas y poblados americanos, adelantando que acaso reunirían cinco o seis millones de seres, recalcando que sería muy probable que dicha enumeración adoleciera de algunas deficiencias. Ante este cálculo hecho casi un siglo después de la aparición de los españoles, sorprende que fuese tan escaso el volumen antiguo.

Es probable que la despoblación y las destrucciones armadas no diesen cifras demasiado elevadas como para desestimar dicha operación. Se recordará que el sitio de Méjico costó unas 40.000 vidas, y que las resistencias combativas australes, en el primer siglo, causaron alrededor de 70.000 bajas. Si en las dos bregas más sangrientas las pérdidas no llega-

ron a cien mil, con toda seguridad en las otras que lo fueron infinitamente menos, las cantidades serían más reducidas.

Antes que en las contiendas y en los malos tratos, las causas de las disminuciones habría que buscarlas en la razón misma de la causa, ajenas, por otra parte, al designio particular del soldado.

Contra el azteca y el chile-indiano se alistaron, de buen grado o por provecho, miles de vecinos, enconados y malquistos. De igual forma, en las expediciones descubridoras se aprestaron otros tantos. Así se sabe de los que partieron de Méjico a Honduras y del mismo punto a Centro América, hacia Guatemala y El Salvador, y del Perú a Chile.

En la guerra fueron diezmados miles de indios, que concurren a enriquecer a los sitiados. Al salir del clima cálido, penetrar en los desiertos y afrontar los rigores del frío y del hambre, fué desplazado el mayor número.

Casi dos siglos después, Humboldt llegó a la conclusión de que entre americanos y europeos habría alrededor de diecisiete millones.

Según este aserto, que resume largo tiempo de paz transcurrido, el mejoramiento indudable de las condiciones de vida, la preadaptación del hispano y el aumento, selección y proliferación provocado por él mismo, López de Velasco no anduvo muy desacertado seguramente. Si el contingente nativo apenas logró triplicarse, no hay razón para considerar harto deficiente la primera cifra, tanto más si se tiene en cuenta la fecundidad tropical.

Como dato informativo reproducimos el cuadro siguiente de un ilustre amerlembista, P. Rivet, que conceptúa que la América Prehispánica reunía la siguiente población:

Méjico.....	4.500.000
Centro América.....	2.000.000
Brasil.....	3.072.622
Estados Unidos.....	1.150.000
Perú.....	3.500.000
Bolivia.....	922.000
Ecuador.....	500.000

A las sumas del profesor francés, habría que agregar las de Barros Arana y Medina, que hacían subir a cerca de medio millón los habitantes del reino de Chile, y las de P. Cabrera, que calculaba en 40.000 los calchaquíes de las estribaciones de la cordillera norteargentina.

Sin contar los fueguinos, patagones, charrúas, guaraníes, ni los naturales de las Antillas, Panamá, Colombia y Venezuela, el continente precolombino debió tener unos 17 millones de habitantes, o sea casi el número total entre europeos, mestizos y nativos, que Humboldt, dos siglos y medio después de verificado el descubrimiento, daba en general.

La cifra que suponen los modernos investigadores, haría llegar a conclusiones incomprensibles. Al triplicarse, serían sesenta millones. Sabemos ahora que los aborígenes apenas alcanzan unos veinte y que la población indohispánica sobrepasa un tanto aquella cantidad.

El conjunto no guardaba la más mínima correspondencia con las inmensas longitudes.

Se estima que América tiene alrededor de cuarenta millones de kilómetros cuadrados, o sea un territorio setenta veces mayor que el de España, y cien años después de empezar a ser colonizado, apenas había llegado a tener la mitad de los pobladores de ésta.

A los tres siglos de afianzados los peninsulares, las nuevas zonas eran más reducidas en habitantes que Inglaterra, que poseía infinitamente menos área que ellas; e igual cosa pasaba con Italia, país de vastísima irradiación.

Según los más recientes estudios, pasando por encima de las lagunas, llegamos a la conclusión de que la América Prehistórica, en parangón con España e Italia, estaba casi despoblada. Pero por encima de los datos más o menos abultados, lo que deseamos es poner de manifiesto un gran hecho: a conformación sociológica.

En un continente desproporcionadísimo, cuatro veces mayor que Europa, casi seis más que África y apenas cinco millones de kilómetros cuadrados menor que Asia, es decir, la mitad del actual Brasil, se contaba con una población insignificante, escasísima. No tenía parecido con la de los

otros, no obstante la proporcionalidad territorial de los mismos, con una considerable agravante: mientras Asia se comunicaba con Europa por el Mediterráneo y África con España, América no sólo estaba aisladísima, sino que era desconocida.

Hacia cinco mil años que se conocía la existencia de Asia y África, y otros tantos Europa, cuando el Nuevo Mundo, en el Descubrimiento, flotaba en medio de un esfuerzo penoso por abrirse paso. Ya en el tomo II de SOCIOLOGÍA PRIMITIVA CHILEINDIANA vestigiamos el trágico ritmo de las antiquísimas agrupaciones maya, tolteca, uro y aymara.

El estado antropológico de violencia en que fueron sorprendidas las tribus, clanes y hordas, indican casi la paralización. Al pensar en esa forma se conexionan las manifestaciones fecundas y constructivas de las civilizaciones fenecidas, cuyos rastros se vislumbraron en las ciudades abandonadas de Chichén Itzá, Uxmal, Mitla, Teotihuacán, el Palenque, Quiché, Quiriguá, Quelepa, Tiahuanaco, etc., que acaso fueron ahogadas por la barbarie triunfante. Los aztecas en la región de los lagos y los incas en el de Titicaca, poseían ciudades lacustres, signo evidente de primitividad. De aquéllos se ha sabido de una ingeniosa combinación de puentes, toda una estrategia, y de los otros se supone que tuvieron uno colgante, al igual que el que se encontró en Suiza en el de Ginebra. Y para reafirmar habría que aducir que la guerra hace surgir la entidad austral.

Es que la simplicidad de la población, debida quizá al mismo estado embrionario de imposición, no pudo más que inclinar el estancamiento. Al efecto, no debe olvidarse que a la densidad afianzada en el abandono de los encuentros, se debe la evolución que se produce por la emulación, la lucha y la competencia elevadas.

La América protohistórica

Los descubridores tuvieron que empezar por sobreponerse a la resaltante desigualdad de una área excesiva, holgadísimas, en la que apenas emergían unos cuantos grupos.

A medida que los europeos lograron internarse reflataron desorientados en intrincables ondas de contrariedad, vacilación y confusión que más tarde abarcarían el régimen imperial.

Aquellos hechos eran consecuencia de causas profundas.

La masa indígena, a pesar de tener por base una extensión inmensa, capacitada para satisfacer en grande veinticinco veces las ambiciones de tantos elementos civilizados como ellos comprendían en número, no rendía todo lo que podía dar o no estaba en condiciones psicológicas y técnicas para hacerlo.

A seres que se les sorprendió con labranza rudimentaria y simplísima, sin ganadería casi, con industria y comercio domésticos en los mercados de Tenoschtitlán y en las expediciones a Centro América, bien poco se les había de exigir.

Parece que los incas llegaron en la agricultura un poquito más allá que la papa, y se les observó cultivando también la yuca y el maíz. También domesticaban la llama y el huacano. Por su parte, los chileños hacían otro tanto con el *chillihueque*, especie de oveja de la tierra, y el *tegua*, perro regional o patagónico, y los aztecas con algunas clases de pavo o gallinas criollas.

Del estudio de las actividades precolombinas se induce que a la mayor parte de ellas las había unilateralizado la

guerra, encontrándose al mismo nivel la agricultura y la ganadería.

Aunque en el hecho así haya sido, no se exagera al decir que tal estado de cosas no podía servir de mucho ni cooperar como debiera y acaso se esperaba, al empeño de constituir algo más grande.

Es probable que la desolación violenta se sintomatizase en el débil incremento de la población, lo que parece natural dado que existía una fuerza suprema que contrarrestaría las más fecundas elaboraciones de auge urbano y rural.

A los clanes y a las sociedades aborígenes, aún a las más evolucionadas, como la azteca y la incásica, se las sorprendió en la más crasa comunalidad, pareja con la combativa. A dicho general proceso de retardamiento, se podría oponer la excepcionalidad individualista austral, precisamente porque se asentaba en la paz y en la reacción contra los fuertes elementos.

Si aquéllas hubiesen logrado zafarse del consiguiente agotamiento, no habría sido raro que se reparase en la mayor complejidad como signo del más pleno desarrollo. Así, en vez del nivelador y retardatario gregarismo asáz depredador, tendría que haberse anotado la diferenciación que siempre trae el adelanto. Quién sabe si en los mejores anhelos de progreso más de alguna entidad se orientase a anular el imperativo tribal.

El estado social de guerra de la América autóctona se debería en parte al cerrado aislamiento en que permaneció hasta el Descubrimiento.

Por aquél no pudo tener un contrapeso o válvula de escape en la interdependencia y en los más expeditos medios de conquista.

De golpe, la población, con el área, presentaba el desnivel cultural, que era peor. Los indígenas serían muy buenos, valientes y artistas en la lidia y hasta se paralogizarían y unilateralizarían en ella. Todo eso, como se vio más tarde, serviría de bien poco.

Pero hay que convenir en que las agrupaciones, aún las menos complejas como las hórdicas, no avanzan más que

por la utilización de la energía. La lucha armada concentraba alguna con propósitos muy subalternos y de miras muy rastreras, tales como las de equilibrar al magnate o caudillo con la muchedumbre bestializada.

Aquella que se pudo emplear en las diversas funciones productoras, que habrían alcanzado con ello un despliegamiento, se malgastaba en el golpe local, rebañego, sin anhelos de transformación.

En Chichén Itzá, Uxmal, Palenque, Mitla, Teotihuacán, Cholula, Tenoschtitlán, Quichá, Cuzco, etc., se levantaron moles colosales míticoguerreropatriarcales que, en realidad, asombran, en contraposición con la indiferencia para elevar la imprescindible obra manual.

La injusticia del lado de los opresores y el dolor del de los vencidos, terminó por erigir tanto monumento, aunque tendencioso.

De origen violentador, aquellos no pudieron representar más que la prepotencia del cacique alzado o del sacerdote fatuo a su servicio para el adormecimiento del tumulto. Se edificaron luego suntuosos palacios castales y llamativas casas destinadas al culto. Aún más: los objetos de superstición y de amodorramiento, también tuvieron sus construcciones magníficas, como por ejemplo las Pirámides del Sol y la Luna en Teotihuacán, los dioses de la guerra, etc.

En tanto, el trabajo no se engrandecía. Y era lógico. A capitancejos que tenían bajo su égida al astuto oficiante, ¿qué podrían importarles las actividades productivas que ocasionarían penas y preocupaciones? En las expediciones arrasadoras, sin muchos riesgos, ya sabían de antemano los resultados y provechos a obtener.

Por más que el ingenio y la argucia se verían siempre coronados por el éxito, no debe olvidarse que los frutos se alcanzaban con subterfugios y mañas sin cuento, que a la larga equivaldrían a un forzado y mutuo engaño. En presencia de una acción nueva y desusada no se supo resistir y el conquistador, dada la inmensa desigualdad de número y de conocimientos topográficos, no tuvo enemigos a la altura de las circunstancias. Los otrora tan ufanos y victo-

riosos, no pudieron mantener el antiguo prestigio. Los prehistóricos estaban avezados a sostener una guerra a su modo, como se observa en las pequeñas contiendas revolucionarias de los descendientes.

Se explica que se atendiese a aprovechar el máximo de vigor en la forma torpe del ataque rebañego, en que la muchedumbre obra como una máquina, embriagada con el entusiasmo artificial o encendido a porfía por los más hábiles, inspirados por el magnate o cediendo a los instintos y apetitos refrescados con táctica ladina.

El empuje equilibrador claro es que sería más hondo y acentuaría la personalidad en el despliegue de la acción, requiriendo el más incessante y renovado impulso aislatorio. Las pugnas sostenidas por cálculo, por bajas y rastreras pasiones, terminarían por entibiar a los combatientes y en adelante lidiarían porque no habría otra cosa que hacer. Asqueado de tanta lucha estéril y mezquina, no sería raro que el aborígen acabase por no dar importancia a las menudas ocupaciones que contrajeron su entusiasmo de niño. No es de extrañar que el europeo le sorprendiese más rudo de lo que era, más de lo que le tenía cuenta ser, para correr así el menor riesgo y pasarlo mejor.

Se desploman las ciudades y con ellas los palacios mítico-castales y disidentes patriarcales, que se habían alzado con la injusticia de la brega y el dolor del vencido, y el cacique y la multitud, buenos para resistir e imponer una acción primitiva, resultan malos para la más adelantada.

De haberse atendido los intereses y ambiciones permanentes, en beneficio y usufructo de la colectividad tribal, a la larga se habrían formado la tradición y la costumbre y luego el ideal y la educación que por medio de la herencia biopsicológica han pasado a impregnar los actos humanos, neutralizando todos los regresivos apetitos e instintos. Habrían tenido el fundamento que no tuvieron al contar con los sedimentos de la cohesión y de la compenetración, necesarios para la supervivencia de los grupos.

Por no atender a la producción constriñiendo, como se ha visto, todas las iniciativas agropecuarias, técnicas y re-

lacionadoras, es por lo que a la aparición extranjera se oponía sin querer un blanco certero.

El afán egoísta, de interés de casta, burocrático o partidista, se diluyó con la misma facilidad que se logró someterlo a ligera trabazón expoliadora, falto de verdadero sostén. ¡Triste sino el de Chichén Itzá y Mitla, de Tenoschtitlán y el Cuzco! Es posible que el poco criterio no les diese más luces, y los pobres se vieron conminados a manotear en un mundo de espesas sombras. Tal incertidumbre asalta al ver que el nativo del paleolítico orilló el neolítico y de éste la metalurgia, llegando en el supremo y doloroso empeño a estabilizar algunas mejoras.

El dominador, en la embriaguez del triunfo, no alcanzó a presentir la falta que presentaba dicho ser, no cabe duda; y un soldado no es un hombre de ciencia, ni por aquel entonces se observaron los principios hoy imperantes.

Es probable que no se lograra advertir la dualidad de la virtud primitiva. Sería buena o regular en la circunstancia en que el hispano comenzó la conquista, porque aquél estaba acostumbrado a resistirla o lograrla; pero pésima por lo que aspiraba a realizar después.

Se induce que el europeo, reducido en número y escaso en ideas, que a veces brotan con la densidad, así como aconteció más tarde al vigorizarse las ciudades coloniales, no comprendiese que el éxito y su presencia en las tierras americanas lo debía precisamente a la ineducación indígena, la que se sentiría al dedicarse, seguido de la masa, en las regiones sometidas, al cultivo, a la ganadería y al laboreo de minas.

Sometido el aborigen por su escasa educación volitiva, parece lógico que no pudiera nunca inculcársela, si es que el civilizado no empezaba a hacerlo por su cuenta. Mucho después se dió comienzo a la reducción y evangelización, sin que por ello el desconocimiento de los primeros instantes, intensa y reflejamente, dejase de repercutir siempre.

Lo que a nosotros nos parece desviación, pudiera ser que para el militar no hubiese sido tal, y para pensar así, nos basamos en las doctrinas y procedimientos de la época,

Cuatro siglos atrás la esclavitud se reflejaba en los siervos de la gleba y el medioeval no hizo nada, ni trató de hacer algo por enseñar a las víctimas. Cuanto más se contentaban con el trabajo manual a la fuerza bruta, por imposición.

Al efectuarse el Descubrimiento, en Europa, si no existía ya aquella rígida y cerrada, al menos el concepto, la noción, habían ganado los espíritus y estaba latente en el alma de todos los hombres, y es por demás sabido que instituciones ancestrales no se desarraigan fácilmente. Al darse cuenta que el antiguo no servía para otros trabajos que para los que milenariamente estaba acostumbrado a realizar, se implantó entre ellos la trata de negros y, ¡quién lo creyera!, por la prédica del más santo de los varones, que de esa manera trató de aliviarlos. Cualquiera pensará que si el más sensible de los mortales fué el que dió mayor irradiación a la idea, ¡qué sería del resto!

La esclavitud se extendió como resultado del fracaso de la pretensa indígena. La concordancia de los hechos es resalante. El tropical no pudo servir para tal cosa o no poseía aptitud ni experiencia para una labor elevada. El hecho de ser desplazado por el africano evidencia lo que ya hemos notado: que a causa del aislamiento continental, se paralizó en la guerra y por ello no pudo desenvolver sus actividades. El manumitido, frente a aquél, pudo desplegar mayor acción aprovechable en los cultivos de la tierra y en el laboreo de las minas. Lo que demuestra que se vió más favorecido por la interdependencia y por núcleos que no se habían consolidado como institución oficial, la lucha fratricida, y de ahí que hubiese podido desarrollar los músculos que lo capacitaron para el trasplante a las nuevas tierras.

Si el indiano hubiera sido apto para ello y dado el rendimiento que el otro pasó después a brindar, es innegable que se le habría desalojado, ya que la trata resultaba cara por los precarios medios de transporte, por la lejanía y por la consiguiente expoliación de los intermediarios.

No sería exagerado observar que la difusión universal de la esclavitud, puesta en práctica a porfía en toda dominación, aún en las muy modernas, impulsó al soldado enva-

lentonado y borracho de orgullo a tomar como cosa al nativo. Influida primeramente su carácter de tal y su no mal disimulado deseo de vengar cruelmente los graves riesgos que el indio le hacía correr. Aquél, acostumbrado a obedecer y a reventar de trabajo, no sería raro que por desquite y humana arrogancia empezase a hacer con éstos lo que otros, que no habían sido tales, hicieron con él. Por último, como los expedicionarios eran pocos y los pobladores del Nuevo Mundo muchos en relación con su número, no es de extrañar que cada cual se diese y se calificase un consabido porcentaje. Uno por mil o uno por dos mil, etc. Más tarde se vio que un solo hombre tenía en sus manos hasta 10,000 existencias.

En tal forma, y con las consiguientes excepciones de personas cultas y bondadosas, se comenzó a aprovechar al ser que se tenía delante.

Claro está que si en vez de aprovecharlo como un animal, se hubiese atendido primero a la educación del indio, mayor potencialidad se habría logrado de él.

Luego se pudo haber establecido la graduación y el asimilismo, aparte de otras necesarias y prudentes prescripciones.

Pero habría que convenir que en su casi totalidad el recluta carecía de preparación para ello. Si no sabía leer ni escribir, menos estaría capacitado para autoeducarse. Los conquistadores eran una insignificancia frente a la enormidad de naturales. En la conquista de Méjico había cuatrocientos de ellos frente a tres y medio o cuatro millones de los otros, y en la del Parú, alrededor de doscientos de españoles por tres o tres millones y medio de imperiales incásicos. En el primer ejemplo, se desprende que se enfrentaron aproximadamente uno por mil y en el segundo la desproporción es aún mayor.

Piénsese en la enormidad del tanto por millar y se verá que el problema era imposible.

No podía, no ha podido nunca uno sólo preparar a mil individuos a la vez.

En nuestros modernos tiempos de enseñanza a revienta

bombo, en algunos países se blasona que hay un maestro por dos soldados y en otros tres de éstos por uno de aquéllos, sin comprender que en los albores de la América, el caso era más serio todavía y en oportunidades había un hispánico por mil o dos mil indios. ¡Qué cosa más terrible y desequivalente! Las complejidades no paraban ahí, y en tan sombrío porcentaje se apreciarán dos hechos inseparables de toda naturaleza humana.

El primero fué que el militar vino a sojuzgar y a colonizar, y a nadie, ni a los más cultos, se le pasaría por la mente que podría transformarse en educador. La sujeción los inhabilitaba para toda dirección incipiente. Esta es atracción y coordinación y mal podría operarse entre elementos tan opuestos. Desde el principio, por las fatalidades de la vida, surgía una falla tremenda que gravitaría a lo largo de todo el período primitivo.

El segundo consistía en que, no obstante eso, la revuelta muchedumbre le daría la sensación de un fuerte impulso, sin reparar en las individuales deficiencias. Frente a él, completamente solo, la oleada era tan supremamente desconcertante que a cualquiera, en las mismas circunstancias, no se le habría hecho difícil imaginar que muchos de aquéllos, de una u otra forma, trabajarían para satisfacer las exigencias del jefe extranjero.

De todos modos, a España no se le puede reprochar lo que ni siquiera se dió a sí misma. Si ella, en el continente, no tenía suficientes escuelas para sus propios elementos populares, menos las podía tener para los extraños, a los que poco a poco fué comprendiendo y amparando.

Aunque en general haya sido así, se reconocerá que siglo o siglo y medio después de empezada la labranza, se fundaron varios planteles y retiros educacionales indígenas.

Serían pocos; pero habrá que convenir que fueron la avanzada o una promesa para el futuro. Entonces, algo se hizo, y ahora, en las Antillas, en la costa atlántica centroamericana y en el Canal de Panamá apenas si a los manumitidos negros se les lanza una migaja para que no se mueran de hambre y sigan rindiendo como bestias de carga.

De todas maneras se podría llegar a la conclusión desconsoladora, pero real, que por más que España hubiese designado los profesores y fundado los centros que se requerían, bien poco se habría avanzado en el problema. En la práctica no dejaba de ser difícil.

Al centenario de la llegada de los europeos, según Herrera y López de Velasco, había en América unos 150 ó 170,000 imperiales, disgregados en unas doscientas ciudades y aldeas.

La población precolombina se calculaba aproximadamente en seis millones, que un siglo después, a juzgar por los datos que tenemos, debían ser diez. Apenas si había un hispano por cada mil indios a los cien años de iniciada la colonización.

En tales circunstancias se preguntará quién era capaz de dedicar su tiempo a la enseñanza del nativo. Si todos trabajaban penosamente y la mayoría de los reinos y capitánías no dieron nunca ni para sufragar los propios gastos no cabe pensar que se pagara a ningún profesor.

A dichas dificultades habría que agregar otras más simples, más apremiantes: las locales, por ejemplo, las de construir casitas de tipo europeo para atender las exigencias de la vida, no sólo de los peninsulares, sino de los indígenas ya iniciados en los refinamientos de la civilización.

El problema externo era engorroso, hasta el punto de que ninguna expedición lo ha afrontado nunca, y aún hoy mismo las naciones más aptas no tratan de resolverlo en sus productoras factorías.

Es que aquél, más que tal, sería un peso muerto humano, proveniente de obscuras y bruscas encrucijadas sociales. Y se podría agregar, a juzgar por los núcleos indígenas que subsisten, que cada raza se da la cultura más apropiada, según su medio, sus tradiciones y los ritmos de su desenvolvimiento, rehuyendo la extraña.

En la América Prehistórica existía educación, gregaria o antropológica, y hay que comprender que más que efecto circunstancial e impuesto, provocado u obligado, era la natural consecuencia del desarrollo colectivo. Y por la heren-

cia biopsicológica, por la tradición y el ambiente, más que algo artificial, efectiva secuela de la embrionaria y milenaria evolución.

Esta enseñanza tenía que ser la más profunda e intensa, por más que se tratase de ellos, tanto porque no era forzada y se acomodaba bien, cuanto porque la llaneza del mismo le substrajo a las banalidades y desde un principio le impulsaron a abrazar la dura realidad.

Aquella, como se comprenderá, se asimilaba a medida que lo hacía el conglomerado y luego equilibraban las exigencias y necesidades de la vida.

Claro que nada ni nadie podía hacer cambiar al aborigen, puesto que sedimentos y extractos antiquísimos, reafirmados por la predisposición hereditaria y prolongados por la existencia demasiado sencilla, no podían removerse y alterarse con facilidad. La conquista, al substrarlo de su ritmo propio, de su modalidad intrínseca, provocó las tristes y dolorosas consecuencias que hicieron clamar al Padre Las Casas, aunque éste no pudo apreciar el fondo del problema.

La despoblación de las Antillas, que se notó más por ser la primera, por el escenario reduplicado y porque el natural no pudo escurrirse ni ganar el bosque, como en Méjico, por ejemplo, se achacó al mal trato; pero sociológicamente se podría explicar por el quebrantamiento de su educación, de su cultura, de su idiosincracia y de sus tradiciones. Aquél, comunal, de buenas a primeras no podía avenirse a la existencia, más individualista y desaforada, del soldado europeo, y cabe pensar que así como éste se exaltaría ante lo que conceptuaba indolencia y amodorramiento del otro, el indio no acertaría a comprender sus arrestos y virulencias, máxime cuando toda la vida no había hecho más que sumarse al gran rebaño.

Después de todo se pensaría en el inmenso contraste que anteponía la mano selvática para asimilar principios de la otra más perfeccionada que había llegado a presentar el lado psicológico opuesto.

Dicha diferencia pudo apatejar una razón de utilidad inmediata, de incorporación. Tal habría sido el camino que

se hubiera seguido al tratar de neoeducar a aquélla, sin desconocer que el hispano, al empeñarse por ella, lo habría hecho siguiendo sus propias inclinaciones. Así, lo hubiera preadaptado para sus tareas y aspiraciones, procurando con buena y santa fe ponerlo casi a su altura.

Todo habría estado bien; pero conviene recordar que la naturaleza humana, tanto más la primitiva, no es una blanda arcilla que pueda modelarse a voluntad.

La noción de mejor aprovechamiento y rendimiento que el europeo pudo aportarle al americano, estaría bien para él, y quizá a éste le habría dejado suspenso e indiferente, en las mayores tristezas.

Si al regional nunca le había importado labrar más terreno que el estrictamente necesario para comer, ni arrancar más árboles que los que se requerían para alimentar el fuego, se comprende que por más que le hubieran preparado de algún modo, el cultivo y el desgajamiento en grande, no le habrían importado nada; tal vez lo creyera un suplicio atroz o una labor que se precipitaba y forzaba sin motivo. A tanto equivaldría torturarlo y aflojarle los resortes de su ingenua sensibilidad.

El asunto de la enseñanza, por complejidades sociológicas superiores, escaparía para siempre a la contingencia. El ser era muy débil e insignificante para un problema tan vasto, en el que por encima de los hombres se precisaba la alquimia maravillosa de la herencia biopsicológica, de la tradición y del cruce de razas, cuyas consecuencias, las más de las veces, no se notan ni aún en el transcurso de dos siglos. Mas que la instrucción y educación, que al originario le habrían sido un soberano artificio al tratar de encajársela a regañadientes, influyó el mestizaje. La razón es obvia. En el hijo del español y de la india, gravitarían los caracteres sómáticos, y como pasa casi siempre en toda mezcla, que el más fuerte impone sus tendencias, nada de extraño fué que el retoño empezase a acercarse espiritualmente a su progenitor.

Luego, el ambiente, formado y estabilizado, aunque con mixtura, pero con fuerte hábito hispánico, porque el colono

también era el más culto, en forma insensible haría lo demás sin olvidar que el brote substraería para siempre a la madre de la existencia primitiva, logrando un nuevo aporte a la vida civilizada.

De esta manera fué transformándose el Nuevo Mundo, no por lo que vale menos, por la ficción que se proyecta, así como el sol lanza sus rayos sin fijarse en que las cumbres los atajan, sino por lo que importa más: el amor, el sacrificio, la comunidad de bienes y males. Así se alteró el pasado prehistórico.

La dirección, cuando es tal, y no sólo una pantalla, produce efectos a largo plazo, sobre todo en las agrupaciones débiles, en donde se precisa, más que a los niños, educar a los hombres, especialmente a los viejos que se apoltronan en la arrogancia oficialista. Si teórica y emblemáticamente no se la hace vivir al conjuro de las obras imprescindibles, de bien poco servirá, y como los hechos siempre son superiores a las palabras, es más eficaz confiar en la asimilación relleja y en la doméstica que en la especulativa, que a veces se transmite por necesidades burocráticas.

Más que establecer tantas escuelas y maestros como urgía la población precolombina, siempre creeremos que fué más fecundo el cruce, por más que dejara de lado a la mitad, al indígena varón. La transformación lograda por aquél no fué tan amplia como podía haberse creído; pero el hecho cierto es que la educación natural dió frutos cuya trascendencia es imposible puntualizar en el prodigioso crecimiento de las naciones que pueblan el continente.

En el ambiente también los dió, y la prueba de ello es que los indios ya no fueron más comunales ni antropológicos.

Es explicable que la individual no pudiera realizarse en los primeros instantes, pero es innegable que con el mestizaje se verificó la social. Al siglo de afianzarse las actividades civilizadoras, se advierte un tono distinto en lo que fué gregario oscuro, concluyéndose por substraer a la mujer de la existencia antigua y a desbarbarizarla por medio del retoño nacido de padre extranjero.

Consecuencias psicológicas de las desigualdades pre y protohistóricas

Demarcadas las desigualdades de todo orden entre la prehistoria y la protohistoria, o sea entre los indígenas y los europeos, convendría no olvidar algo fundamental.

En el hecho, aquellas fueron superiores a las circunstancias y a los hombres en la transcendencia, en el desenvolvimiento cardinal de las nuevas zonas, y gravitaron en las regresiones.

Las atenuantes y agravantes podrían justificar y conciliar las deficiencias, fallas y lagunas irremediables.

Pero en la lejana e incoordinada formación de un mundo, no podrán ser lo mismo.

La evolución de un pueblo resulta complicadísima, y, por lo general, obedece a las mayores predisposiciones, y a la larga no refleja más que las coexistencias que la empujaron.

Buenas o malas, irregulares o deficientes las contribuciones de desarrollo, pesaron simultáneamente en el conglomerado y jamás se dará la excepción que de condiciones pésimas broten determinaciones favorables y viceversa.

El proceso general es inconsciente, es decir, está suscitado a los reparos en favor o en contra que con noble intención se hagan.

Tanto es así que llegamos a esta disyuntiva un tanto dura y trágica: para la cabal apreciación, interesará poco el hecho condicional de que a la masa indígena, siendo restringida, no haya podido educársela a fin de aprovecharla y obtener de ella más rendimiento que el que reportaba. Ni importaría tampoco que el contingente europeo haya

sido más escaso todavía y se encontrase incapacitado para comprenderla y hacerla evolucionar con mayor rapidez.

Los hechos negativos o problemáticos son indicios, pero ayudan al acervo común. Y en la realidad, son las consecuencias las que logran tal cosa.

Los sentimientos de excusa son tiernos y generosos; pero no pasan de ahí, y sin ellos sigue el ritmo universal.

No obstante las sanas disposiciones en favor del indio y de la incorporación del negro para aliviarle, al transcurrir un siglo en las nuevas empresas, la antigüedad presentaba un cuadro por demás extraño.

En un territorio holgadísimo no había ni sombra de los habitantes que podían poblarlo.

Supongamos que Europa, que es la cuarta parte de América, en el Descubrimiento tuviese aproximadamente el cuádruple de la población actual. Resultaría de ello que eran cien millones de seres los que estaban en posesión de la escritura y del hierro.

Se podría calcular, también, que Asia, muy inmediata a aquella y bastante vinculada con ella, siendo el quíntuple mayor que el mundo naciente, por más que la población de la preconquista se la redujese en proporción con la que hoy tiene, siempre tendríamos alrededor de doscientos millones.

Africa, que es un cuarto menor que América, poseería en aquel entonces quizá otro tanto en relación con la que cuenta ahora, o sea cincuenta millones.

Partiendo de las inducciones antes expuestas, apreciamos que en esa época, el continente tendría el quince por ciento de los habitantes que en la misma contaba el europeo, el alete del asiático y el veinticinco o treinta por ciento del africano, la que por doquier suministraba esclavos a las tierras despobladas.

Se podría adueir que al revés del aborigen, los focos antecitados estuvieron demasiado sometidos a los rigores de la destrucción violenta en una guerra provista del hierro. A pesar de ello eran mas densos.

Al intentarse el empadronamiento, las cifras fueron

La inmensa mayoría, por más que hubiese participado en las magnas empresas, quedaría abandonada a su suerte, cuando no sometida al dolo de la camarilla sin entrañas, y en el reparto existiría mucho de convencional y fortuito, tocándose a algunos hectáreas regulares y a otros no, reservándose algunos las más apropiadas e inmediatas a las ciudades o a los puertos, y todo por el estilo.

En tales circunstancias, la desigualdad de la población y del área, de la ineducación y languidez del indígena, se sumarían a las morales y psicológicas.

Pero como por ley de crecimiento tanto los grupos como los conglomerados tienen que desarrollarse, la producción mineral y agrícola, no obstante los más notorios y aplastantes contrastes, siguió su curso ascendente.

Ciertamente, una obra tan obstaculizada lo sería en determinadas partes y de mediar uno u otro factor los efectos no habrían sido los mismos. Si el aborigen, frente al europeo, era enfermizo y expuesto a la descomposición irremediable, se piensa que sin aquél las perspectivas pudieron ser más malas para este.

El progreso se hace a saltos y lo que es más extraño todavía, desperdiciando energías latentes, sólo utilizables por un interés mezquino e inmediato. Lo que por un lado no se realiza, se hace por otro, y así alternativamente.

El regional no fué adiestrado y si favorecido por la ignorancia se le precipitó a una jornada por la cual se le obligaba a más de lo que podía soportar sin una práctica previa, cabe pensar que no pereció en el crimen. Los esfuerzos que lo desplomaron no se perderían nunca.

La sociedad tuvo que aprovecharlos y puede pensarse que si la extinción del mismo, si es que la hubo, no fué una cosa sombría y cruda, fué sí, desde luego, la causa del debilitamiento de la salud y de la energía del peninsular. No fué éste quien determinó la rápida extinción del otro. Lo que aconteció es que el trabajo duro y penoso de labrar la tierra y laborar las minas, por realizarse un poco a la europea, sorprendió al indígena, que no estaba acostumbrado a hacerlo. La brega súbita, un tanto forzada y quizás

precipitada, para éste, tuvo que provocar bruscas selecciones. Nada de extraño es que al realizarse al revés sufriendo el ser que vivía en los lares en donde nosotros estamos desarrollándonos. He ahí una de las causales tan decantadas de la paulatina desaparición del aborigen.

Si a ellas se agregan las morales y religiosas, se tendrá una explicación casi de conjunto. En verdad, el antiguo, de manera brusca, fué abstraído acaso con la intención de hacerle un bien, de su existencia comunal, de sus dioses y supersticiones, de sus prácticas y usos guerreros, que la civilización con justa razón, pero acelerando demasiado su gradual desenvolvimiento, consideró males mayúsculos. Es posible que iguales consecuencias habríanse alcanzado a la larga, con el ejemplo persistente y la enseñanza edificante. De nuevo se repetía lo que ya había pasado desde hacía innumerables siglos en toda la dolorosa marcha evolutiva de la humanidad.

Cinco mil años antes del Descubrimiento, se habían estado operando otros tantos, aún entre las sociedades tribales americanas. En todo ese dilatadísimo lapso de tiempo la colonización se efectuó en peores condiciones que las deplorables en que se comenzó en el continente. En éste no se trató de esclavizar al indígena. Al contrario, la obra se inició a base de prácticas religiosas cristianas, que no conocieron las otras, y aunque en ocasiones fueron meros pretextos, no se puede negar que en otras produjeron buenos frutos.

De ahí se deduce que moralmente la colonización de las zonas indianas se hermana a todas las pasadas y antes que juzgarla y condenarla, convendría observar si las otras la aventajaron. Se desvirtúan grandemente los sucesos cuando se les coloca en una posición determinada y rígida, sin tratar de relacionar el pasado, que ayudaría a demostrar la complejidad del problema. Parece natural que se la condenara si solamente hubiese existido la empresa hispánica, porque ella habría sido el principio y fin de causas y efectos de su sola incumbencia. Pero como los hechos no han sido así, y en el mundo desde la oscura y desolada época

neolítica se han seguido hechos análogos, urge relacionar un fenómeno que antes que local parece universal, y es secuela de la más vasta irradiación.

Así se llega a inferir que gran parte del perfil humano se debe a las actividades que sufrieron los antiguos y aún detrás de la esclavitud que les fué inherente, se induce de reflejo el auge provocado. Es probable que aquellas, en mucho eran y sean inconscientes y lo arbitrario y excusable de las mismas se deba a las circunstancias y a las condiciones intrínsecas del grupo que las soporta. Se imagina que entre ambientes de escasa desigualdad, los dolores se atenúan y el recíproco y gradual poder de asimilación, reduce las asperezas. Aún se ha observado que medios cultos domeñados, o factorías a la altura moral de quien las sometió, paulatinamente han ido imponiéndose, llegando en cierto modo a predominar, desviando e influyendo al colonizador, infiltrándole sus usos y costumbres.

Después de todo, los apuntados no serían más que reparos circunstanciales que no logran relacionar las determinaciones e impulsos sociológicos.

Pudiera ser que por encima de la labranza, de la educación del primitivo, de la alteración y descomposición de su existencia comunal, gravitaran hechos generales que hubiesen tendido a simplificar las confusiones.

Así, por ejemplo, se nos ocurre que si la superficie hubiese sido menor y la población mayor, necesariamente se hubiesen presentado menos obstáculos. Nos explicaremos.

Con más reducido territorio, ni el natural, ni el peninsular, se habrían desparramado tanto. Pero en diversas condiciones se entregaron más o la soledad y a la lucha monocorde y al imperativo del estado de selva que existía. Ello puede ser base de un vago indicio, ya que la asociación, la mancomunidad, han apresurado la civilización, al revés del páramo, de la fragmentación y de la lejanía que han acortado y paralizado la marcha evolutiva. Es innegable que el desierto al mismo tiempo que alarga las

distancias, para diluir al ser humano, contrae demasiado la vida y malogra la sociabilidad. Un territorio, reducido como el de Europa, pudo con seguridad condicionar la vida de un conjunto mayor de habitantes. En vez de los ocho o diez millones a que ascendía la población aborigen quizá nos hubiésemos encontrado con treinta, cuarenta o cincuenta. En una faja de territorio correspondiente, la elevada población contribuiría más a equilibrar la consiguiente languidez y los trastornos de la existencia. Y cuanto más junta y más homogénea fuese la población, más llegaría a precisar alguna coordinación, provocando graduales defensas que la hubieran puesto más en consonancia con el nuevo orden.

En lugar de esta circunstancia se encontró las ya advertidas, inmensamente adversas y, por lo tanto, no sólo comprometedoras sino agravantes.

Tal como empezaron dichas formas tuvieron que esterilizar la evolución e introducir la confusión. No se habrían producido causas apremiantes si el transplantado hubiera notado el desequilibrio entre el área y el indígena, procurando avanzar poco a poco, gradualmente, sin grandes saltos ni precipitaciones.

Como la colonización fué el reflejo inmediato de la conquista, nada brusco pareciera que siguiese idénticos impulsos, tanto más si el gestor de ambos fué el mismo.

He ahí el error o paralogización. Lo que estuvo bien hecho como dominador al incorporar la mayor longitud al acervo civilizador, no pudo estarlo en relación con la explotación agraria, porque las funciones eran diferentes.

El dominio de uno a otro ámbito fué factible porque no hubo más que someter a los vencidos que, de grado o por fuerza, tuvieron que correr el albur del más fuerte. Acaso los mismos inconvenientes que dificultaron la labranza a la hispánica, la comunalidad y la consiguiente modorra, sirvieron y condicionaron los designios del soldado peninsular. Si en la conquista la superioridad consiguió el acatamiento por temor a los riesgos de la lucha e impuso el disimulo pensando en la inutilidad de la resistencia, en el

cultivo dicha prepotencia no pudo operar idénticos efectos. Ya no se trataba de acatar o de disimular. Se requería algo más elevado y más complicado todavía. Era necesario que el sometido cooperase en la paz con el vencedor, mediante la explotación y formación de una agricultura grande. Tarea difícil, casi imposible para el regional porque alteraba su modo de ser.

Es posible que en el vasallaje obrasen más las condiciones pasivas, aquellas que más que contrariar seducen al común de los mortales, porque éstos se dejan llevar de un lado para otro o permanecen quietos.

Pero en la labor campestre ya fué distinto, puesto que al indígena se le conminaba a la actividad, al trabajo, y se le compelió a que diese todo lo que tenía que dar.

Los hechos no habrían sido tan graves y dolorosos si en los comienzos de la fase rural no se hubiese incurrido en una exaltación, que era reflejo de la lucha armada.

El agricultor paralogizado por la rapidez y facilidad de la maniobra en que le tocó actuar como soldado, creyó seguramente que en parecidas condiciones podría afianzar la labranza. De ahí que, al darse cuenta de que las labores no se realizaban con la celeridad que él ingenuamente imaginaba, forzase demasiado al indígena a pesar de que éste aportaría lo que pudo y se empeñó como no lo había logrado jamás. Al seguir por la misma vía, al fin terminaría por considerarlo disimulador, confundiendo su natural languidez y su indeterminación con la haraganería. Quizá de ahí, de esta atolondrada apreciación, haya brotado el mal trato del incomprendido e infeliz ser indígena.

Por su parte, éste, acostumbrado a las mañas antropológicas de la guerrilla, en uno que otro instante fugaz, se tornaría más escurridizo de lo que era, de modo que él mismo influiría en la ofuscación. Lo inducido sería la alambicada trama de un vasto proceso que en su hora, por demás enrevesada, confundirían primero al conquistador y en seguida al colonizador, por más que hasta mucho después entre uno y otro no hubo la justa y necesaria diferencia.

El área extensísima y la población reducida, fueron factores ajenos por completo al indígena y al español, sobre todo para éste que, recién llegado, por más que lo hubiera querido, no hubiera logrado, de buenas a primeras, desviarlos.

A lo largo de toda la secular actividad pesaría ese par de premisas regresivas; pasarían de los límites imperiales y rebotarían hasta los tiempos actuales, en que no se les ha podido alterar mucho. No en balde paralogizaron al dominador fragmentándolo y dilatándolo demasiado en el espacio infinito, y haciendo que naciese en él frente a la escasa agrupación que facilitó sus maniobras una exagerada noción de prepotencia, que no tardaría en modificar la dura realidad.

Teniendo en cuenta semejante obstáculo, se comprenderá que el impulso extranjero se viese en el continente paralizado en su vuelo supremo, esforzándose inútilmente por hacer desaparecer un colosal e incommensurable yermo y confundiendo en poblarlo.

La anulación de éste, sometiéndolo a cultivo, y la habilitación del mismo agregándola o la vida urbana, es una obra verdaderamente prodigiosa.

Claro está que como labor de gestación y de experimentación, tuvo que empezar por la base, lo más sencillo, y tal vez sin trascendencias inmediatas locales: el trabajo de la tierra y el arraigo humano de los campos.

Trayectoria humilde y oscura para una civilización, porque a su pesar se vería constreñida en su crecimiento, pero fundamental, seria y lógica para la constitución y desarrollo de un mundo nuevo.

No sólo eso. Heroica y abnegada, también, porque al empezar en América, como ya había sucedido en Europa, por demarcar una evolución mayor, demostraba las firmes aptitudes para un desarrollo evolutivo que luego beneficiaría a la humanidad.

Al interpretar así las causas, se piensa que la tragedia primitiva, más que anhelo directo del colono, sería la consecuencia indirecta del fenómeno inherente, eterno y uni-

versal y al mismo tiempo necesario y correlacionador. Seres demasiado absorbidos y quebrantados en menesteres dolorosos, sólo porque sí, no hubieran puesto en su trato la violencia que había de hacer mayor su desamparo, restándose energía humana. El atropello sólo podía ser bueno para el poderoso que, seguro y suficiente, no podía tener ningún miramiento.

Incorporación de la trata esclava para afrentar las desigualdades.

Los contrastes fueron desde el primer instante bastante manifiestos, y no escaparon al criterio del colonizador, que cultivó la tierra que resultó tan prodigiosamente fértil.

El hispánico, que poseía la industria y el comercio en grande, y alternando con éstos la agricultura, de pronto se entregó a la labranza. Salvo unos pocos afortunados — jefes y allegados que se reservaron el laboreo de las minas —, la inmensa mayoría, por no tener otra cosa, se vería obligada a adherirse a aquéllos.

En la patria del conquistador, la explotación había evolucionado mucho, llegándose a la producción en forma elevada, a la distribución de la oferta y la demanda, con lo cual los mercados y los negocios cobrarían vuelo imprevisto. Existían la tradición y el territorio en relación con el grueso y la abundancia de trabajadores, que estrechaban las trabazones de reciprocidad y solidaridad. Lo que autorizaría a decir que caminaba casi sola, a impulso de las invisibles saturaciones de las determinaciones colectivas que reflejan el entusiasmo y los contagios que siempre encienden la mancomunidad y la vida acompañada y en familia con los mismos usos y modalidades.

Entre tanto en América, el panorama, desde el principio, fué del todo diferente y no sería raro que ello en algo afectase al modo de ser del extranjero, puesto que de súbito experimentaba la diversidad de existencia que había llevado hasta dichas circunstancias. Si en la multitud indígena los cambios bruscos, es decir, los nuevos trabajos, alteraron tanto el temperamento que hasta perfilaron un complicado problema,

con mayor razón tuvieron que verse idénticas o peores consecuencias en el europeo, que era más civilizado y a quien su cultura le haría dolerse de que lo que en sus lares encontró ya hecho de niño y seguía haciendo con alegría según la costumbre, tendría que empezarlo de nuevo.

Sin mucha dificultad y por la sola gravitación de los efectos, se lograría inducir que si no hubiera sido por el estado incipiente de la labranza, quizás no habría echado mano de la masa indígena. Donde todo había que discurrirlo y ejecutarlo, nadie estaba de más, por bárbaro que fuera, y es probable que el atolondramiento, la precipitación y la nerviosidad de los primeros años, hiciesen darle más importancia a aquella, no como tal, sino como aportación, como contribución. Tal vez después habría de reconocerse que ¡se esperó demasiado y se sufrió un grave error al crearla más de lo que representaba.

Dicha desviación es explicable por el apremio del peninsular, ya que él mismo empezaba por trabajar y dar el ejemplo en las labores modestas. De no ser así no habría tenido para qué fijarse en el regional, dejándolo ambular en las montañas selváticas o en las llanuras de fuego tropical.

Por eso y sólo en razón de profundas e irremediables necesidades, se conciben el acoplamiento y la imposición esforzada del nativo. Se llega a pensar que si hubiese habido en este, como en los demás continentes, otra energía más adecuada y capacitada, es innegable que el colono habría prescindido del aborigen. La iniciación del cultivo justifica la incorporación autóctona.

Se había hecho la conquista, como todas las conquistas, para explotar las reservas y aumentar el patrimonio común de la humanidad civilizada. He ahí un propósito elevado, ajeno a todo reparo.

Aquí había tantas o más parcelas por producir que las que poseía o conocía en aquel entonces el mundo civilizado. Nada más noble y grande que el empeño del hispánico por dar relieve a la agricultura. Sus propósitos, sus aspiraciones, sus ideales, jamás podrán discutirse y ponerse en tela de juicio. Como en toda resolución, por más bien orientada que

esté, siempre sufriría algún dolor o reblandecimiento. Pero esto era secundario y quizás accesorio.

En la prehistoria, el progreso, sin quererlo, sin importarle nada, inconscientemente, demandaba sus tributos. ¿Se ha olvidado acaso cómo se construyeron las ciudades, los palacios?

Chichén Itzá y Cuzco, Mitla y Tiahuanaco, Teotihuacán y Cajamarca, se edificaron a costa de obligaciones bélicas. Fueron obra de la víctima, nada más que de ella, ya fuese un vencido o un esclavo de guerra. Todos esos palacios, toda esa arquitectura majestuosa que hoy se contempla con admiración emocionada, ocultaba bastantes mezquindades y su grandeza se fortalecía tras la miseria de los manumitidos.

Sin embargo, en otra forma no se habría realizado el ideal de perfección castal y gerontocrática de las antiguas sociedades. De fijarse en el domeñado y en su dolor, bien poco o nada se habría hecho. Un bien producía, por la parte opuesta, un mal. Pero la humanidad en ninguna época ha sido diferente de cómo se ha visto que es: aprovechadora de trabajo del débil, expoliadora de los caídos en desgracia. ¡Pecado original! Es posible que en su hora, en su instante y en su medio, el triunfador que corrió el albur de quedar prisionero y de hacer lo que éste, sometido, seguiría siempre realizando, porque las determinaciones seculares así lo imponían, no tuviere siquiera la menor vacilación ni que el sonrojo ni la duda ganasen su alma. La gravitación ancestral de hechos preestablecidos y la inflamación momentánea no se habrían conciliado con el derecho de contentar a su pueblo y darle garantías, si hubiese empezado por compadecerse de los infelices unidos al carro de la victoria. Lejos, demasiado distantes de las circunstancias, de los actores y de las causas, se podrán hacer reparos más o menos chistosos; pero esa no es la gracia. El tiempo ido, lo mismo que los hombres y sus obras, no deben pasar en balde. Conviene elevar la interpretación y aceptar que no se podía comprometer la acción colectiva cuando entraban en juego inmensas responsabilidades.

Explicaremos el hecho de los obreros del Cuzco y de Uxmal, de Tiahuanaco y del Palenque, etc.

Por encima del supremo agravio al indígena, éstos representan un indicio de los más profundos. Por ellos se comprenderá que no se trató de esclavizar ni de destruir a nadie, porque de no ser así, ¿qué hubiera importado que todo se hubiese malogrado? ¿Cómo podía haber tenido tal intención el peninsular que poseído de ansias inextinguibles de mejoramiento económico, esperaba y requería toda clase de ayuda, aun la de la fiera, para que no le malograra su ganado, ni le obligase a distraer elementos que por lo limitados eran preciosos? Si la población indígena se fué extenuando y descomponiendo, ello aconteció contra sus egoísmos y a su pesar.

Por la incorporación de la esclavitud fácil será inducir el motivo cardinal de la producción.

Dados los precarios medios de transporte y el agio de los intermediarios, tal inclinación es insospechable.

Hemos de pensar así, porque de lo contrario, no se concebiría que a seres tan valientes y denodados como los conquistadores se les sorprendiese entregados a la baja, minúscula, obscura y mezquina tarea de martirizar, esterilizar y perseguir al infeliz que tanto le había servido y le seguiría sirviendo. Al perpetrarse excesos, nunca serían totales, sino más bien parciales o regionales. Es probable que considerando estos últimos, se llegara a generalizaciones demasiado amplias, y se cayese en groseras unilateralidades. Se desvanecen éstas al apreciar el equilibrio muscular extraño. Al determinarse semejante actitud, pasando por sinuosidades dolorosas, se trataría de consolidar la elaboración. Los resultados que se pueden colegir hacen reflexionar que la obra creadora siguió su curso, aunque arrollando a los débiles.

En un continente de contrastes de todo orden, despoilación o descompaginación que se producía por abundancia de labor, se conciben dichas amarguras en razón del motivo dinámico. Y tan sólidamente es así, adquiere tanta fuerza de ley, que la esclavitud al transplantarse, al mismo tiempo que puso de manifiesto la necesidad del impulso, reveló la desigualdad del área abultada y de la población estacionaria.

El anudado daría el fruto que otros fueron incapaces de lograr. Sus imitativas despertaron la emulación en el *gre-garismo*, y quién sabe si éste, a la vista del rendimiento de aquél, expurgase al campesino de culpas de acometividad y agotamiento. Si uno pudo suplantarlo al otro, con el ejemplo y la resignación le infundió ánimo y tenacidad que ninguno antes le habría dado.

Es probable que el negro, moral y esforzadamente, infiriese un daño al habitante de las zonas cálidas, desde el momento que se destacaba como más apto y apropiado. Así éste pasó a segundo plano, no obstante estar en su tierra y haber sido él el primer trabajador. Pero es posible que el mal haya sido más aparente que real, puesto que el indígena poco a poco se habituaba a ver al otro triunfante y enérgico, compartiendo con él los pesares y sinsabores de una suerte ignara. Si en la lucha tenía ya un émulo, en el dolor y en el desamparo tendría un motivo más de confortación. No era él solo el que sufría y penaba.

Pudiera ser que la presencia del africano en algo intimidase y confundiese al aborígen. Con el europeo, se presentaba otro elemento, casi otra raza, a disputarle, a entrometerse en su antigua existencia muelle y maquina, solamente perturbada por las sobreexcitaciones corrientes. Se podría adelantar que el manumitido de por sí entrañaba una resalante innovación, ya que al atarearse empezaba a dar vida a lo que estaba muerto, comenzaba a restarle poder al prepotente páramo. Sus actividades le ennoblecieron, sobre todo en los instantes más aflictivos y dolorosos, en los que se mira como una bendición cualquier ayuda. Se señalaría en él la misma multiplicación que se podía observar en cada región. Sería cierto que era esclavo y como tal llegó a las playas ardientes. Pero no hay que olvidar que la tara era algo pasiva en él, inherente a la viciada y egoísta organización comunal en que le tocó vivir. Sus energías le redimieron de un pasado injusto y envilecedor y le dieron un nuevo valor, en consonancia con las operaciones que se realizaban.

Por tradición y por imitación estaría estigmatizado; pero

labrador nos da una evidente prueba de ello cuando le imaginamos talando la selva, vadeando el río, abriendo el surco y haciendo germinar la flora que era otra de tantas poderosas manifestaciones de la independencia y sobreposición, desde el instante que se imponía altiva y lozana a la adustez del yermo, introduciendo la vida y el vigor, en el campo dormido y aletargado.

En las dilatadísimas tierras nuevas, no restaba más que dar libre vuelo a la personalidad y no había para qué detenerse a considerar pequeñeces apremiantes. Donde urgía la más espontánea iniciativa, no era posible esclavitud alguna, porque lo contrario hubiera equivalido a condenar al fracaso el más grande alarde de audacia. Psicológicamente, los varoniles emancipadores de los predios abandonados y desamparados, no tenían por qué convertirse en los apresadores del hombre que cooperaba a su trabajo. Semejante contradicción y despropósito no es explicable en elementos de lucha y de acción. Bien pudiera ser que los que nunca se han esforzado en grande, ni desafiado las tempestades de la vida, desde la tranquilidad poltrona de la biblioteca o del gabinete, encuentren conciliable lo que en los hechos y en la práctica es muy diferente.

Si crecía libre el animal y el árbol y la indígena se cruzaba sin trabas, ¿por qué la plena libertad que era el reflejo de la innovación y en la que se había absorbido el peninsular, no pudo envolver al africano arrancado con tanto dolor a su familia, a su clima, a la compañía de los suyos? No habría opresión en aquellos tiempos en los cuales se precisaba el mayor espíritu de rebeldía y estar acorazado para echar las bases de la empresa, hendiendo la tierra y explotando las minas. Es posible que el apremio haya sido efecto de los que escribieron lejos de los hechos y sus actores y lanzaron sus errores en virtud del menor esfuerzo que sólo acierta a seguir las relaciones y deducir las consecuencias corrientes, sin examinar si son o no ciertas. No se tenía motivos para extremar prejuicios y desconsideraciones, poseyéndose nociones más cristianas. Las lacras y atavismos de otras sociedades más viejas y endurecidas en la avilantez y la injusticia, no

cabían en el Nuevo Mundo, no tenían por qué demandar la aprobación, ni la expoliación.

Por egoísmo, le convenía en general al colono la consideración del negro. La experiencia aleccionadora del fracaso pasado que le obligó a interesarse por él, no se le olvidaría nunca. No podría dejarlo de lado, y lo que intentaba hacer era valerse del fondo eterno y magnífico del hombre en sus más temerarias contribuciones.

Es posible que para aquél, la esclavitud, como todos los simbolismos e imposiciones institucionales, se quedara con los mantenedores, y la víctima, al arribar a las promisoras playas sintiérase y se considerara otra. En verdad, nuevo el medio físico y nuevos los hombres, por no decir que casi de opuestas modalidades, tenían que renovarle. El civilizado, con más medios de compasión, le comprendería más que el avasallador indígena, bárbaro y lúgubre.

Por misoneísmo y por preconceitos de esclavocracia, la protohistoria hace tabla rasa de dicha criatura, como si no hubiera existido. En tanto se solicitaba el buen trato del aborigen, con la supresión de la encomienda y la reducción cristiana, tratándose al fin de substituirle en los trabajos rudos, del pobre negro traído entre cadenas, no se acuerda nadie.

¡Pero lo que son las cosas de este pavoroso y desolado universo! Aquellas almas de tan triste sino fueron los mejores servidores de los colonos, los más ágiles, los más atentos, los más comedidos, los más entretenidos y joviales. El abatimiento y el pesar parece que no se había hecho para ellos. Como sería que en Buenos Aires y en Santiago de Chile, llegara a ser especie de maestros infantiles y aún en los hogares de aburnia se les miraba con la mayor consideración. La República infiltrada del oropel de la novedad, declaró ley la libertad de los infelices. Pero éstos no la quisieron, rechazándola, y en el repudio sollozaron como no habían hecho nunca en su penosa existencia, con las lágrimas más sentidas, que hicieron compadecerse y lagrimear a los propios magnates. Creían los desgraciados en su desconsuelo, que la libertad para los ángeles que les serviría sería para mo-

rirse de hambre, ¡Tanto se les había abandonado! Los mismos patrones lloraron y el llanto de los poderosos, que acaso no se había derramado ni ante el hijo o la madre en trance aflictivo, proclamaron la sensibilidad de uno de los seres más oscuros de la tierra.

La Historia no ha hecho justicia al desventurado y ella, que ha abultado sobremanera los dolores del otro, ni siquiera se condeñó de su mísera suerte, máxime si se le trajo para restañar heridas y desvanecer injusticias.

Tenemos que refugiarnos en la novela para encontrar un soplo anímico de esa envoltura tan paradójica. Así, por ejemplo, en *Mis Montañas*, de Joaquín V. González; en *La Inquisición de Lima*, de Vicente Fidel López y *Durante la Reconquista*, de Alberto Blest Gana, encontramos tipos y caracteres de los más fuertes y extraordinarios. ¿Será posible, dirán algunos, que la novela supla a la historia? Sí; hasta nuestros días, más verdad se puede encontrar en la primera que en la última, y ahí está la gran obra *El Águila y La Serpiente*, de Martín Luís Guzmán, que da una luz muy viva de la prolongada revolución mejicana; *La Vorágine*, de Eustaquio Rivera, sobre la selva colombiana; *Raza de Bronce*, de Alcides Arguedas, acerca de la degeneración del indio boliviano; *Martín Fierro*, de Hernández, y *Don Segundo Sombra*, de Guiraldes, sobre el gaucho y la pampa argentina; *El Señor de las Burbujas*, de Salvador Salazar Arrué, que exhibe las costumbres centroamericanas, etc. *Sub-terra* y *Sub-sole*, de Baldomero Lillo; *Cuna de Cóndores*, de Latorre, *Alsino*, de Prado; *Pampa Trágica*, de Silva, y *El Roto*, de Acevedo, etc., esquematizan la historia psicológica del pueblo chileno, sobreponiéndose al olvido de la narrativa oficial.

Es que bajo la presión de los tradicionalismos, no se ha sabido encontrar el justo medio del negro y sin ninguna explicación se le ha desplazado. ¿Es que no era humano? ¿Cómo, entonces, aportó tanta energía constructora a la formación del nuevo continente? ¿Para qué se le trajo? Tal vez para tener el lujo de darle motivo a la crónica de llenar otra página con el cartabón de la esclavitud.

¡Pobre ser!

El que dió vida a la tradición emprendedora, cuando el conjunto no pudo resistir y el extranjero caía o se apartaba presa de las fiebres, del paludismo y de la unsinaria, bien merece un poco de reparación equitativa.

La naturaleza americana en la formación psicológica del colonizador

Coexistiendo con el de la mayor área y la escasa población indiana, el colono encontraría aún otros profundos inconvenientes.

Uno de ellos, y quizá el fundamental, sería la sensación de soledad y abandono que le haría experimentar la naturaleza americana, tan brusca y salvaje.

Para alivio de él mismo, en gran parte le tocó actuar en el trópico, en las regiones cálidas, en donde al parecer el medio físico no infunde tan desesperada tristeza como en la zona austral, fría y gris, obscura en ocasiones y demasiado azotada por los elementos.

Desde los primeros instantes el indígena de las zonas calientes, en la mítica, en el arte, en sus ceremonias y en su calma, tal vez glacial e impropia en el ambiente, reveló inmensos sedimentos de pesadumbre. Es posible que éstos más bien que a la ausencia de alegría que rodeaba al indígena por doquier, se debieran a las condiciones sacrificadas de su penosa existencia. De igual forma que aquél no acertaría a exponer el motivo cierto de su melancolía, el extranjero a la larga y presa de la misma, no sabría explicar la suya. Por más que así haya sido, la aflicción, por contraste, influiría en las exaltaciones de éste. Tan patente es ello, que bastará inducir algunas relaciones.

El misticismo o el fanatismo, como dió en decir la Historia, que tanto sirvieron para alentar y confortalecer a los expedicionarios, sin duda alguna cobraron los mayores bríos ante dichas aprehensiones sombrías.

Por más que se diga que el retiro intimida y despoja al

ser humano de los atributos varoniles, habría que reparar que el de ellos no era buscado, ni apetecido, sino impuesto y forzado por las causalidades físicas. Quisieran o no, tenían que haberlo sufrido, sobre todo por ser tan inclinados a lo sobrenatural.

Está fuera de toda duda que había de ser algo lúgubre hallarse en un terreno no sólo inconmensurable y escaso de habitantes, sino precario de frutos y de calidades apropiadas para seguir la vida a la que se había anteriormente acostumbrado.

Se empieza a concebir así la religiosidad excitada de que dió muestras el labrador en sus nuevas actividades. Dentro de lo posible se comprende que individuos que sufrían y se deprimían en el más solitario ensimismamiento, buscasen con ahínco desahogarse, clamando y embebiéndose en el ultraterreno.

La clave del supuesto fanatismo se encontrará ahí y no podría explicarse en otra forma, por más que era un heroísmo a toda prueba del hombre de Europa, lanzarse y equilibrarse en algo como el vacío, que no había visto, ni soñado nunca.

Es posible que en su vida tan variada, hubiese visto los extremos de la zona virgen.

Pero las características de ésta, eran nuevas e impresentidas.

Había llegado a penetrar y a estabilizarse en ella, gracias a la lucha contra el nativo, primero, y contra los elementos, los calores sofocantes, las epidemias, fiebres, etc., después.

Dichas acciones sobrecogedoras le harían soportar emociones fuertes que no se olvidarían nunca e influirían en él, a lo largo de la vida.

En ocasiones aquéllas se sumarían a la depresión mayor que constituiría la exigüidad de los expedicionarios. Menos de cuatrocientos en la conquista de Méjico, cerca de doscientos en la del Perú y alrededor de ciento cincuenta en la de Chile, eran en realidad muy escasos hombres y estaban demasiado expuestos a quebrantos de todo orden para mantener una sociedad ambulante.

El mismo género de existencia, de movilidad perpetua, de perenne agitación, no tardaría en deprimirlos, por más que el reducido número y el peligro en acecho, fáciles para imponer la coordinación y la simultaneidad, debieron ejercer algún contrapeso. De no ser así, tampoco se habrían sostenido, sucumbiendo en aras del sufrimiento más hosco.

Es claro que todas esas impresiones, formaron un ambiente que luego la evocación, con sus incontables recursos, el relato y la crónica, el cuento y la fábula, habrían de perpetuar y hacer sobrevivir.

Comprendidos así los hechos, pueden irse explicando por sí solos y poco a poco, descorriendo el velo de algo que a simple vista ha sido inconciliable e incomprensible para muchos historiadores.

Se ha dicho que no se concibe el fanatismo del soldado con sus ardorosas actividades antiindígenas y ni el celo ni el misticismo del mismo frente a ciertas crueldades, excesos y malos tratos.

La guerra no es oficio religioso ni escuela de mansedumbre y no se le puede exigir lo que no procura allegar. Es innegable que siempre se ha confundido con los designios de la conquista lo que no era arrollador y se reveló a pesar del designio de sus corifantes.

Se piensa de tal manera porque los achaques de aquellos, perfectamente se pudieron haber manifestado en cualquier contingente de militares con unción proselitista.

Pero lo cierto es que en el hispánico, la demasiada fe, aunque ya predispuesta por provenir de una sociedad adelantada, fué fortalecida y alimentada por la sensación de desamparo que le infundieron el bosque y el pedregal.

El más profundo reflejo y la más honda reviviscencia de estas mismas, se vislumbraron con fuerza primero en la dominación y después en la labranza, cobrando frente a la parcela la más intensa y lúgubre consistencia de psicología colectiva que abrazaba desde la cuna hasta la tumba.

Parece lógico que tales personas expresasen sus sentimientos con celo místico. Ni el tiempo, ni las marchas a través del bosque y el pedregal, ni la falta de estabilidad

ni la asociación renovada, que no tarda en dar paso a las más puras especulaciones en la poesía y el canto, el cuento y la evocación, se lo permitieron de otra forma. Más tarde, cuando ya había pasado la brusquedad y se empezaba a consolidar la ciudad, las causas variaron.

Habría que reconocer, por tanto, que la exaltación del ánimo fué algo distinto y externo a pesar de la violencia. Dos profundas secuelas lo reafirmarían así.

La primera sería que sin la estrechez que unió a los grupos no se habría podido continuar ni llevar a feliz término la empresa. Hay que pensarlo así, porque el caudillo era demasiado débil en recursos y exigía una fuerza superior a la que le rodeaba y realizara el prodigio, acaso no juzgado así, porque no fué comprendido, de engarzarlos a todos en la homogeneidad y el calor del alma, el frenesí y la acometividad del corazón. Ese fué el milagro del celo exagerado, peor comprendido porque al interpretarlo se confunde con la acometividad y frenesí de los partidos, escuelas y doctrinas dogmáticas, tan vacíos y endeables.

La otra sería, que el hispánico creería únicamente lo que él hacía y por eso no habría sido raro que de vez en cuando usara la reprimenda, como en las clásicas cruzadas, para someter a la oveja descarriada. De ahí que en ocasiones la crueldad, estimada seca e inflexible, considerada como la más horrible de las maldades y guiada por las más gemebundas intenciones, no haya sido más que el reflejo de un alma melancólica, transida por la idea cristiana de que no hallaba en su fuero interno mejor manera de apartar al enemigo del mal y evitar que reincidiera, que aplicándole medidas externas. Y aplicando esas medidas quedaría satisfecho, sin olvidar que la fuente, la esencia profunda del catolicismo, siempre han sido, como en todas las religiones, las penas y el castigo. El mismo Dante, siguiendo la inspiración teológica de la época, nos presenta primero el infierno...

Las reflexiones y observaciones expuestas nos harán pensar en el vigor que infundieron en el ánimo tales preadaptaciones. Mientras vivieron no pudieron olvidarlas ni dejar

de sentirlas, hasta inyectar a nuestro continente algo supremamente peculiar y asombroso.

En el pasado, en vez de Universidades, Bibliotecas, Escuelas, fábricas, obras portuarias y de irrigación, que hubiesen llamado la atención por su esfuerzo y perseverancia, se construyeron iglesias colosales.

Las de Méjico, del Perú, de Puebla, Cholula, Oaxaca (Méjico), Chile y Antigua Guatemala, fueron realmente grandiosas y el espíritu queda absorto al pensar cómo haya podido realizarse tanto. Hubo ciudades, como la mejicana de Puebla, no muy distante de la capital, que tuvieron casi más templos que tugurios y conventillos. Y así, a lo largo del cordón geográfico.

He ahí la aportación de un poderío insuperable y concentrado en detrimento de las otras más elementales exigencias arquitectónicas. Los locales de las Universidades de Guatemala (Antigua), en donde vimos funcionar una escuela primaria y un cine público; de León (Nicaragua) y de Lima (Perú), ¿qué fueron o debieron haber sido en relación con los majestuosos cultos que en su base y elevación, potentes y extraordinarias, parece que no sólo trataban de rivalizar si no de sobreponerse a la naturaleza que había infiltrado tanta impresión de angustia? Algunos edificios docentes casi intactos, otros en ruinas, demuestran aún con su piso único, completamente enmaderado, su modestia e insignificancia, frente a la elevada, pétreo y ostentosa Catedral.

Pero es que tampoco podía ser de diverso modo, ya que a semejantes hechos corresponde una igualdad de gravitaciones y en cualquiera parte, aún en el Polo Sur, mediando las mismas circunstancias, habría acontecido otro tanto.

Al principio y a la ligera se piensa en algo así como un achatamiento mental.

Pero no. Era la existencia solitaria la que hizo abrazar con fanatismo la religión, puesto que el poblador, creyéndose solo y olvidado, necesitaba desde lo más recóndito del alma sentirse y considerarse acompañado y vigilado por Dios, los santos y toda la corte celestial.

Es el hecho de las jóvenes y de las viudas que perdida la fe en todo lo que las rodea, buscan los conventos, así como los ganaban los soldados descorazonados y agotados en la tenebrosa contienda austral. Es también el de los hombres y jóvenes contrariados y golpeados por la vida, que se retiran, excluyen o emigran.

Sin duda alguna que en tan amplia, desaforada manifestación, no podrá verse mucho la mano de la política.

Si ella no fué capaz de liquidar la guerra del extremo sur, ni hacer que los reinos y capitánías costearan sus gastos, a excepción de las más ricas en minerales, como las de Méjico y Perú, Guatemala y Nueva Granada, aunque ésto tampoco era mucha merced, dada la riqueza prodigiosa e inagotable del subsuelo, se infiere que menos podía vislumbrarla en una obra vasta, constructiva y sistematizada como la erección de innumerables iglesias monumentales, tanto más cuanto que no era incumbencia del poder civil.

Acostumbrados a explicar los trabajos materiales por el empeño y la habilidad de los círculos gubernamentales siempre se hará muy cuesta arriba creer que la sociabilidad recalcada, forzada por el medio físico, en sus adustas exteriorizaciones, haya podido predisponer y determinar semejante desmesurada labor, engarzando y compeliendo a sus componentes.

Relacionando las causas y los efectos psicológicos, no habrá de sorprender en nada al estudioso que un poderoso estallido, una gran eclosión sentimental, tuvieran que concretarse en algo práctico y eterno.

He ahí el origen fecundo de la arquitectura religiosa del Nuevo Mundo, que desproporcionada, excesiva si se quiere, pero en armonía con la agrupación que se perfilaba ha quedado desahucando a los siglos como una de las concreciones más altas y más sublimes de la emoción y del arte, españolas.

Aunque accesorariamente, trataremos de exponer la perplejidad y confusión que ganaría a los conquistadores frente al hecho nuevo de una absorbente área y una población tan exigua que a los pocos indios desparramados

habrían de producirles la ilusión de soldaditos de plomo en desorden, propensos a juegos y distracciones infantiles.

En verdad, hombres aventureros, jóvenes en su mayor parte, estarían siempre expuestos a esa irritabilidad y ese desasosiego que no dejan de abrumar al que se lanza a dominio del espacio, por más que lo haya abarcado bastante. El aventurero, a pesar de la costumbre, siempre, a la vuelta de una montaña o ante el mar, había de sentirse acosado por la melancolía y el ensimismamiento.

Es probable que el hombre moderno, con más individualidad y menos supersticioso, no sienta tanto la tristeza que infunde lo abandonado. Pero en el ser medioeval, no debió de acontecer lo mismo. En primer lugar, porque la tierra le atraía con imperio y por ella había llegado casi a manumitirse, y, sin duda, su sola presencia o el deseo de henderla le recordaría los sufrimientos pasados. En segundo lugar, al igual de lo que aconteció en la prehistoria, las parcelas, los ríos, los montes, las selvas, las serranías, los médanos y los desiertos de piedra, los imaginaria repletos de espíritus malignos o demonios y quien sabe si de otros motivos de involuntario tormento. A nadie le es dado olvidar el vuelco sentimental de la Edad Media y la exaltación de que llegaron a ser presa los primeros expedicionarios. Este proceso explicará que el campesino, por la educación y la modalidad de la época, escasa todavía en fuertes manifestaciones personales, salvo las consiguientes excepciones, era más bien un hombre objetivo que subjetivo. Vivía y sentía lo que estaba fuera de él y tenía ante los ojos.

La falta de aplicación moral y su índole casi secular de doliente proletario lo inclinaban indudablemente a exagerar el reflejo, la figuración, sufriendo el hechizo de los sombríos elementos que pesaban también sobre el ánimo del aborigen.

En verdad, éste fué sorprendido ante la sujeción que soportaba.

Acostumbrado a aguardarlo todo de ella, parece lógico que la creyera investida de poderes superiores a él, y se

considerara a sí mismo como una simple cosa o un engranaje de la gran máquina.

Los aztecas apenas cultivaban el maíz y la papa y quizá el cacao, y los incas la yuca, la patata y el choclo. En cuanto a la ganadería, casi no se puede decir nada de los primeros, cuyos esfuerzos se dedicaban a domesticar perros, pavos y gallinas, al parecer totalmente salvajes; de los segundos se sabe que pastoreaban la llama, el huanaco y la vicuña.

Si así acontecía con las naciones antiguas de mayor densidad, con las otras menos pobladas y llenas de obstáculos naturales y de inconvenientes de relación e intercambio, había de suceder peor. Por eso se puede inducir la suprema subyugación física en el prehistórico, que apresuraría el perfilamiento de una inclinación.

Sin exageración alguna, pudiera adelantarse que el indígena, sobre todo el de las zonas tórridas, al confiarlo casi todo a la tierra, ya que él apenas se afanaba por cultivar alguno que otro fruto, es explicable que se acostumbrase a mirarla más que con superstición con embelesado acatamiento, porque ella, sin muchos afanes, le proporcionaba el sustento.

Laego los desastrosos terremotos que se sucedían en las regiones e inmediaciones más pobladas, lo mismo que las erupciones volcánicas, deben de haber puesto más de manifiesto dicha dependencia, que en ocasiones sería terrorífica y onerosa para el nativo. En el Cuzcatlán y en el Quiché, muy inmediato al territorio domeñado por los aztecas, así como en el Tihuantisuyu, en el Tiahuanaco, en el centro de la vasta dominación incásica, los cataclismos devastadores se repitieron con frecuencia abrumadora.

Remejantes trastornos acometían al indígena de espantoso miedo y de incurable y descomunal mojigatería.

Al conquistador lo que más le sorprendió fueron las obras y las ciudades religiosas construídas acaso para desagrar a los tritidos elementos y poseer el poder confortalecedor necesario.

Chichén Itzá, Cuzco, Tiahuanaco, Palenque, Uxmal,

Mitla, Teotihuacán, Cholula, Quiriguá, Chichée, Copán, etcétera, ¿qué otra cosa representaban sino la esencial tendencia mítica?

¡Cuán complejas y oscuras son las cosas de la existencia!

Los frailes atolondrados que hicieron destruir templos antiguos y trataron de inutilizar los más bellos, con el correr del tiempo se vieron obligados a levantarlos para exteriorizar su hondo sentimiento religioso.

En ese hecho considerable se encontrará un gran punto de partida.

La exaltación mítica que se personalizó en el indiano concretada en los abrumadores y diversificados cultos, cual si ellos reflejasen toda la actividad y el motivo cardinal de la existencia, vuelve a revelarse durante la colonización con más vigorosos acentos.

El hecho de que dos razas opuestas, de diversa evolución, de distinta psicología, sin ninguna interdependencia, comprueben y reafirmen idéntica exteriorización anímica, está demostrándonos que por encima del individuo y de sus diversos propósitos, se deslizaba una causalidad poderosísima e imperiosa.

Sin duda alguna, debe haber sido la emoción abatida que fluía del exterior.

Es que tanto al indígena como al colonizador, la superficie tan dilatada, inacabable, sin fin, había de darles la impresión de un mar o de un vacío sin límites. Para el primitivo la sensación debió haber sido doblemente angustiada, por cuanto no tendría tracción animal, y al hispánico le deprimiría, ya que si poseía el caballo y la mula, el camino en su mayor parte estaba obligado a abrirlo por sí mismo, dada la prepotencia rabiosa de la selva.

Si es cierto que el europeo tenía más recursos morales para disipar la melancolía, también es verdad que la tradición exaltadamente supersticiosa del aborigen le influenció al encontrarse ante lo nuevo inconmensurable y ante lo imprevisto y grandioso. El sociólogo llega a sospechar que el labrador civilizado, en ocasiones, se sentiría al igual que el nativo, abrumado totalmente por la naturaleza.

Es probable que para zafarse de ella, diese un giro exagerado y a veces incomprensible a alguna de sus actividades.

Si se ir más lejos, y con mayor razón que en otros, en la Encomienda, que llegó a ser una institución, porque abarcaba la índole fútil, humana, del bienestar y el usufructo, se percibe con más acentuado relieve dicho vasallaje.

Como todos saben, la Encomienda era lo descomunal, lo inconsiderable y acaso lo perplejo: hectáreas laborables, indios de servicio y esclavos.

El encomendero, con escaso costo y sin muchos esfuerzos, logró constituir un pequeño imperio, que de vez en cuando tenía tanto territorio como el patrio.

Fué algo fantástico; un cúmulo tan insuperable de irrealidad y de vaguedad, que a poco de haber empezado y gracias a los buenos oficios monárquicos, se desplomó con la misma facilidad que se había ideado.

El progreso trajo en seguida el latifundio. Por aplastante que éste hubiese llegado a ser nunca fué lo mismo que lo abatido, ni pudo serlo por que las cosas habían cambiado diametralmente. La mayor población, los intereses, y la organización, fueron poderosa valla.

Pero siempre quedó el recuerdo de la institución transplantada, que a porfía y quizás sin penetrarlo perpetúa la Historia.

El hecho es que a un joven, casi niño, en ocasiones modesto, o pobre, de la noche a la mañana, mediante el insólito exotismo, se le vió disponiendo de miles de kilómetros de tierra, de otros tantos regionales y quién sabe de cuántos esclavos.

Sólo en el tradicionalismo pudo basarse para llegar a semejante poder. Supersticiones y autosugestiones golpearían la mente con fiera rudeza y le harían embarcarse en una empresa que dada la desproporción enorme entre los elementos viables a flor de tierra y los recursos para aprovecharlos, le apareciera como una fantasía arrobadora.

Hay que pensarlo así, porque un adolescente, todavía humilde, no pudo tener la energía, ni la experiencia, ni

la ambición y el empeño que dan los años, especialmente cuando se emplean en una brega ardorosa por abrirse paso. Aún cuando hubiera sido hombre de alguna edad, habría tenido dos agravantes. Si carecía de dinero y siempre se halló a las órdenes de otros en oficios subordinados, es claro que había de faltarle la desenvoltura y el empaque que sólo se consiguen con la práctica; si era rico, y por lo tanto no había trabajado o no estaba por su índole en condiciones de fatigarse, peor todavía, porque carecería de las aptitudes de acción y organización que de ordinario se consiguen luchando, por más que la inteligencia en algo podía servirle.

El tan abrumador poder de la Encomienda en una sola mano, inexperta y arriesgada además, escondería alguna que otra expresión interna. Era natural que se aspirase demasiado, a más de lo que podía buenamente retener y utilizar.

Por encima del espíritu de lucro, debe haber algo superior que compeliere a dicho procedimiento.

El espíritu de lucro no ha llegado a ser más que un lugar común de historiadores de núcleos expoliados, que encendidos por semejante situación, la imaginaron corriente, sin solución de continuidad, desde el principio de la operación.

En ocasiones la Encomienda no sería más que una pantalla, porque no todas las hectáreas reducidas podrían cultivarse, y la falta de mercados y de organización económica paralizarían la demanda. A este respecto son sobradamente elocuentes los hechos que ya expusimos de la entidad agrícola austral en *Sociología Chilena*. Los mismos brazos, gran parte de ellos quizás, que habían labrado los campos, al término de la cosecha se extendían en los lugares en donde habían trabajado, demandando la limosna, porque el fruto se vendía a menos precio de lo que costaba en la propia era.

Se induce de todo ello que la institución caracterizó en mucho la perplejidad que ganarían frente a lo nuevo e imprevisto.

El pobre colono, débil y contrariado, no tenía más que sobreponerse, aunque fuera con recursos forzados, más aparentes que reales, a su desmedrada posición.

Lo que él no podía demostrar, valiéndose de sí mismo, tenía que buscarlo a su alrededor. A falta de un poder interno, que hubiese emanado poco a poco por la constancia y la perseverancia, se le observó, y así nos lo hace inducir la crónica, agitado y precipitado forjándolo afuera, en cosas resbaladizas e inciertas.

El y el regional quizás nunca habían desbrozado la porción silvestre y por lo tanto carecieron de la experiencia y aleccionamiento que dan los terrenos respecto de determinado cultivo, estación del año para realizar las siembras, etc. Además, el bracero desconocía lo que pudiera rendir el nativo como tal bracero, y a falta de arado y de labranza, debió imaginar que ésta exigía desmalezamiento como la amelga que tenía por delante. Para mayor contrariedad el esclavo, por más que sólo al principio, sería una prima considerable de las logrerías y la pecha de los intermediarios.

Ante todas esas agravantes, urgían la medida y el cálculo, es decir, los recursos físicos y la mano de obra a la altura de lo que prudentemente se podía utilizar, tal como al parecer lo hicieron con mayor acuerdo los ingleses en el extremo norte del continente. De ahí a la Encomienda había todo un abismo.

De lo enunciado se colegirá, como se vió más tarde al reglamentar y reducir y luego al suprimir y condenar la Encomienda, que la fundación de ésta se relacionó bastante con el atolondramiento.

Ello era natural y no se podrá negar que el aventurero siempre atina a realizar lo que no está a su alcance. Lo que equivaldría a decir que siempre sería la víctima de sus propios actos.

Reflejo de las condiciones extremas en las exaltaciones colectivas

Los efectos de la soledad, advertidos en la exaltación religiosa, y los de la perplejidad en la Encomienda, sin duda alguna han debido ser graves y obstaculizar decididamente el desenvolvimiento del Nuevo Mundo.

De no haber existido dichas manifestaciones, que concentraron bastantes extravíos, con mengua de las más eficaces y útiles actividades, parece lógico que muy otra, acaso diametralmente opuesta, hubiera sido la evolución.

Y ello, porque una nación y un imperio no se desarrollan constriñendo las acciones al mínimo, unilateralizando los esfuerzos colectivos. Las experiencias modernas nos han dado el ejemplo de que las colectividades alcanzan el más equilibrado crecimiento en la armónica conjunción de elementos constructivos, aunque disímiles y dispersos. Por eso será fácil inducir que cuando se da más importancia de la debida a éste o al otro factor, se entroniza la fragmentación y exclusión, con lo cual el conglomerado asimila fórmulas y prácticas estrechas y proselitistas que le impedirán cobrar el libre vuelo y entregarse a sacar partido de las posibilidades.

La sociedad, suspensa al ritmo de la excitación sentimental y de los intereses, es innegable que en los primeros instantes respondía a índoles psicológicas difíciles de corregir.

Dichos extremos se convendrá que produjeron también sus resultados positivos.

Sería difícil no considerar que el pretense fanatismo homogenizaría moralmente y pasaría a dar la unidad que no de manera tan rápida se podría lograr, frente a los fermentos depresores.

De idéntica manera la Encomienda alentó la iniciativa individual, facilitando a cualquiera la oportunidad que no había tenido nunca, de convertirse en un hombre de acción.

Si bien es cierto que las consecuencias se confundían con el grupo, de todas maneras se apreciará que éste, por ser más culto, impuso al fin las direcciones ennoblecedoras. Aquí conviene recordar que toda poderosa inclinación aparece sumos inconvenientes. A veces, la grandeza se debe a la extrema miseria y viceversa, y hasta se observan hechos muy curiosos, que el ser humano, por más que quiera, no puede obviarlos.

Se piensa que las causas generales, aparejaron efectos morales y educativos ahí, en la colonia-golondrina, que más los necesitaba para fundamentar la existencia. Ya advertimos la conciencia operada por el reflejo del sobreexcitado fervor y del empeño personal.

Nos resta agregar que sin semejantes causalidades emotivas habría sido difícil que se hubiera encontrado la base asimiladora que faltaba y buscaba, compeliendo a orillar el trabajo. No se crea que se exagera. En la actualidad, se ve, no a una minoría, que sería mucho, sino a un factotum, a una empresa capitalista, erigiendo a su gusto verdaderas factorías. Es que el carácter y los negocios siempre han sido demasiado difíciles, cuando no imposibles de desviar.

En su debilidad y en su atroz desamparo el terrateniente estuvo en razón y obró como el más cuerdo de los hombres, como hubríamos maniobrado cualquiera de nosotros, al parapetarse y fortificarse tras el desahogo religioso y la holgura económica.

Si en los superorganismos colectivos, de vez en cuando, unos excesos traen otros y así sucesivamente, cuanto más no sucederá así en los embrionarios. Si esta experiencia resalta en los países modernos, ¿cómo se señalaría en la incipiente entidad? En que si los factores siguen siendo los mismos, el total no se altera, de conformidad con el axioma matemático.

En aquella, si el conjunto prehistórico hubiese sido más culto y más equivalente, más en relación con el transplan-

tado, los extremos no habrían sido tan agudos, demarcando de súbito algún equilibrio.

Pero la sociedad tribal, ante el europeo que llegaba investido del arado y del buey, de la nueva y abundante semilla y de la técnica labradora, no podía ser más que potencialidad asimilable.

Se concibe que la expansión sentimental y lucrativa del agricultor, fuese de lo más libre, siguiendo, como el viento, la primera dirección.

Sin obstáculos, sin cortapisas de ningún género, tenía que llegar a las extralimitaciones que ya expusimos, constructoras por una parte y retardadoras por otra.

Es lógico reflexionar que por encima de los encomenderos y de los místicos, refluían con vigor inusitado influencias exteriores disímiles, que no tardaron en afirmarse en idénticas consecuencias.

Los hispánicos, en las sumas contraposiciones, tuvieron que llegar a los pormenores conocidos porque de lo contrario no habrían tenido en qué basarse ni con qué defenderse.

Lo que en el primer siglo pudo excusarse en virtud de causas serias, después ya sería engorroso y obscuro. Al aumentar la población española, preocuparse más el gobierno peninsular y al compenetrarse la turba por el cruce y la más dilatada mancomunidad, tuvieron que modificar bastante los hechos.

Sin embargo, en lo que atañe al sentimiento y a su exteriorización, las cosas no sólo siguieron aumentando, sino que cada vez lograron reciente absorción. La reducción y evangelización se prestó para ello. Ya en el tomo tercero de la serie, expusimos la situación del reino austral, y de ella se desprenderá que no pudo haber más deplorable anomalía en perjuicio evidente de la más cabal ampliación.

Debe pensarse en el monopolio que fomentaron semejantes actividades.

Experiencias, recursos, compromisos y medios que bien repartidos y subdivididos se habrían beneficiado con una gradual emulación, lastimosamente fueron malogrados.

La noción de progreso y de patria, se relegaron a un lado,

en exclusivo provecho de una emoción, cuyas raíces se encontraban en el pasado y cuyos hilos se tiraban lejos de la nación imperial.

Era una acción parecida a la política, que se ejerce en muchos de nuestros pueblos y que si bien llevada por nacionales no contempla el interés colectivo al abstraerse en los ajéticos electorales y burocráticos, deponiendo las sanas y nobles aspiraciones del engrandecimiento del país mediante la explotación de las fuentes de producción, la educación técnica del pueblo y la adecuada utilización de la energía e inteligencia ciudadanas.

Fue una verdadera lástima, porque la consistencia antigua se vio grandemente trabada. Si se hubiera atendido a equilibrar las exigencias internas, se habrían llenado necesidades elevadas. Pero en tanto, se cayó en la disgregación.

La naturaleza, en su inacabable longitud, anularía el sentido de la medida. Como el ser humano no pudo ni supo abarcarla jamás, no sería raro que esa falta coexistiese con la desmedida, teocracia.

Es posible que las circunstancias históricas así lo determinasen, puesto que el clero era el único elemento organizado que pasó a América, la clase excepcional que representaba al mismo tiempo tradición y jerarquía.

De los políticos no se podía decir tal cosa, porque siempre demostraron que constituían un todo inconexo muy vacilante y tornadizo, que seguía el rumbo de los círculos parciales.

La única potencia que hubiere podido controlar la teocracia, era la armada; pero respecto de ella se podrían hacer dos reparos. El primero sería que ya la conquista se había realizado y no tendría razón de subsistir. El segundo, como se observó en la bisecular guerra indochilena, que nunca de España se franqueó la salida de un ejército en forma, quizá porque ésta lo quería íntegro y no trataba de fragmentarlo y de debilitarlo, temiendo toda clases de peligros y asechanzas a su alrededor.

La falta de una concordancia ya militar, ya política, porque todavía no podía hacer, o técnica, profesional y ma-

nual, que constituye la clase media, es innegable que coadyuvó a la absorción sacerdotal.

Hecho sociológico fecundo y que nunca deja de producirse, quizá para demostrar que casi es inseparable de todo alarde de desenvolvimiento. Al efecto, querremos indicar ahora de pasada, para insistir en ello más adelante, otro ejemplo demostrativo: el del poder equilibrador de la milicia, que faltó en los virreinos y reinos y se manifestó con la Independencia Americana, anteponiéndose al religioso, por la sencilla razón de que no había otros, ni fabriles, ni mercantiles, ni aún terratenientes que hubieran confortalecido dicha independencia. Ya en el gobierno, el soldado encontró base incommovible en las influencias y recursos económicos que quedaron bajo su égida.

El éxito de la Revolución y el hecho de que no se hayan podido acentuar como debieran las ramificaciones de las otras diversas entidades laboradoras, a excepción de los países meridionales, explicaría el auge del militarismo, cuyo origen se confunde con los trastornos endémicos.

El complejo fenómeno, agravado por la existencia de los páramos, la escasez de población, la haraganería y la vagancia, ha sido permanente y se ha extendido bastante, abarcando casi todas las nacientes repúblicas. Convendría exponer dos serias excepciones para confirmarla.

Chile quiso caer en la desviación de sus hermanas. Acaso pudoroso y avergonzado de no seguir la *buena senda*, se le sorprendió vacilante. Su historia independiente, después del primer cuarto siglo, fué la más tranquila y reposada. El secreto de este hecho maravilloso, estaría en la gran eficiencia sacerdotal que se arraigó en el pasado y que aunque se vió sobrepujada por las circunstancias, luego recobró su influjo al coincidir con otras más niveladoras, entre ellas las minas, que dieron enorme impulso al trabajo, demandando la mayor parte de los brazos desocupados. Así, la soldadesca se sintió contrastada y debilitada, y el clero aprovechó la situación para resurgir. A lo expuesto se podrían agregar otras coincidencias. Una de ellas sería que, debido al aislamiento, encajonamiento, abismos y excesividad del clima,

no pudo haber mucho trecho para la asonada, y otra que los habitantes empezaron a compenetrarse más con la tierra. Aquéllas se confundirían con una agravante psicológica, que se podría inducir en los dos siglos de fría contienda que produjeron un cansancio colectivo. En tal situación, solamente los profesionales, ambiciosos y allegados, escasos de por sí, podrían embarcarse en el tropel que de antemano, como se desprenderá, estaría condenado al fracaso.

Argentina, que con amargura y desconsuelo prolongó demasiado las anomalías, tan sólo consiguió reducirlas cuando aprovechó definitivamente la inmigración, principalmente la española y la italiana, que con la cooperación de muchos nativos no tardó en ser poderoso aliciente de las inclinaciones útiles y aprovechables. Ello era lógico, y la Escuela, con su instrucción y educación, no podía revelar el carácter latente o ya formado de seres ya hombres, que se hallaban fortalecidos por un séquito de tradicionales luchas y sacrificios.

Por lo demás, en la pretérita asimilación sobrenatural, deben conciliarse las ideas de la época y el problema que entrañaba el tumulto, desamparado y abandonado.

En las postrimerías del Descubrimiento, gobernaba o influía grandemente el Papado en el manejo del Mundo, a pesar de los diez siglos de hegemonía, es decir, de la más dilatada duración de una autoridad, pues su dominio se prolongó el triple de lo que vivieron los Imperios griego y romano. Dicha irradiación universal que culminó en las Cruzadas, en el Santo Oficio y en la Inquisición, tenía que reflejar necesariamente en los emigrados.

En así como llegamos a concebir y explicarnos que en los primeros instantes de la Conquista se operase la destrucción y persecución mítica indígena. Nada de extraño tendría que la febrilidad y la sobreexcitación medievales las llevaran consigo los transplantados. Ni al cruzar el grande océano parece que se debilitaron las efusiones exageradas, ni al encontrarse en otro continente, acaso sin la esperanza de volver más al propio, se curió la acometividad de la mayoría de los expedicionarios.

Al parecer, como se observó en la bisecular pugna indo-chilena, la empresa dió doble vigor a la inmensa raigambre. Los azares y peligros y las diezmaciones terribles, produjeron las obscuras combustiones que habían de renovar y refrescar la conciencia.

Ello se advertirá en Méjico, y, aunque al parecer se cambiara de táctica y las circunstancias variaran, el hecho es que en casi todo el resto de América no se llegó a la confusión padecida en el Anáhuac.

En dos o tres regiones antiguas mejicanas, entre ellas la isleña de Cozumel y la encajonada de Cempoaya, los desmanes contra los ídolos aborígenes arreciaron, y debido al choque, se produjeron serios encuentros. La furibunda reacción azteca frente a Moctezuma, que encarcelado exigía calma y serenidad, empezó por el mancillamiento del culto.

Por más que un buen fraile, el recordado Olmedo, desviase y corrigiese los atentados, al parecer pasó por encima de él la ola del rigor y la impetuosidad. En Tlascala tuvo que realizar penosos esfuerzos para que no se volviera a reincidir.

Afianzado el dominio imperial, en la constitución urbana se siguieron prescripciones estrictamente religiosas que a veces se estrechaban más por la atmósfera que se respiraba. Así, por ejemplo, una fundación siempre era precedida del consabido oficio y si se trataba de la ciudad, al punto brotaban los santos: San Salvador, Santiago, Santa María de Buenos Aires, Santa Rosa de Lima, San José de Guatemala y de Costa Rica, etc.; nombres de capitales que aún perduran, algunos intactos y otros reducidos, y que evidencian el procedimiento que se seguía.

Es singularmente lógico que tanta temeridad y desprecio por la vida fuesen resguardados por un profundo sentimiento.

El que influyó en las esforzadas obras pasadas y condicionó la sociabilidad era garantía de que, en adelante, ni se comprometería lo alcanzado, ni se estaría dispuesto a desandar lo andado. Es posible que la monarquía, en más de una ocasión, reparase en la omnipotencia que adquirirían las

exageraciones religiosas, y un indicio cierto de ello lo tenemos en la expulsión de la Compañía de Jesús, a pesar de sus vastísimos intereses creados en la península.

En presencia de los hechos, la Corona pensaría que lo mejor era dejar hacer. A un pueblo tan creyente como el medieval, hiperestesiado por las acciones combativas y arriesgadas, nada podría conturbarlo.

En el sentir y en la interpretación de las causas, la Corte imaginaria que la Colonia no podía equipararse a la Nación y que por más que se produjesen excesos, éstos no serían de mucha monta, no alcanzarían siquiera a contrariar en lo más mínimo la marcha de la monarquía. Por otra parte, los excesos contra los indios o de ellos entre sí, les tendría sin cuidados a los labriegos, que permitirían que se las arreglasen como pudieran.

En ese tiempo deben de haber predominado las más diversas ideas en los distintos países y se estimaría que no habría nada mejor para la consolidación de un reino que su evangelización. Aún hoy, un gobierno tan laico como el francés se ha visto obligado a seguir la misma ruta.

Partiendo de esta inducción será explicable el éxodo de ordenados, las atribuciones desmedidas que se les daba y las exorbitantes que ellos se tomaban.

Los políticos peninsulares de la época, debieron comprender que para oponerse al caos, a la promisión, habría que mantener una institución clara, una tendencia jerárquica resuelta, y como pensarán que éstas no podrían encontrarse fuera de las congregaciones, no cabía más que dar alas a éstas.

El hacendado, pendiente de sus intereses, ambiciones y pasiones, no llegaría nunca por sí solo a ser un elemento equilibrador, tanto más teniendo a la pandilla por delante y sometido a afanes de lucro y expoliación que, como es sabido, extravían y relajan al individuo.

Libre, exclusivista y apenas sometido por la ley, lazo feble en toda capitana o factoría, estaría por sí mismo aislado e incapacitado para realizar una tarea colectiva. Quién sabe si ya por entonces se presentaría que fragmentando

el campo, se fomentaba las tiranteces misonéistas, castales y lugareñas.

En cuanto al militar, bien poco se podría decir de él, puesto que ni en los años de la imposición se constituyó un ejército efectivo, y es sabido que hombres como Cortés y Pizarro, no jerarquizados, fueron los que lograron el éxito. Ello era explicable porque no se tendría necesidad de tales aprestos y arreos y es probable que sobre éstos existiesen las prevenciones que se transparentaron en la constante y sistemática política administrativa, que hacía durar tres años a los funcionarios en el poder, quizá para que no se envilecieran.

Los cuartelazos, motines y asonadas, tan en boga en la Europa del postdescubrimiento, parece natural que hubiesen adelantado alguna amarga experiencia que los pusiese sobre aviso, ya que nunca se observó que se tratase de implantar una ramificación verdadera.

Después, en la práctica, se apreciarían las controversias enconadas que se tramaban entre los Cabildos y Conventos, sectarizando y dividiendo a la ciudad en varios bandos. En la Independencia, los descendientes improvisaron y forjaron batallones. De modo parecido, el ejecutivo y los jefes de las guarniciones, organizaron los suyos. Bastaría recorrer la historia para deducir algunos hechos hasta ahora inexplicables. Del lado de los imperialistas figuraron bastantes criollos, en desacuerdo con sus compañeros, o reclutados por sorpresa. Algunas veces se echó mano de muchos indígenas. Así, por ejemplo, unos cuantos del sur de Chile, a la cabeza de varios renegados y tráfugas, hostilizaron a parte del núcleo patriota chileno, y no sería raro que los que cruzaron los Andes por el Sur, por las inmediaciones de Bahía Blanca y luego ganaron la pampa argentina, allá por 1825, hubiesen sido azuzados para perturbar los comités rioplatenses que se debatían en la discordia.

Fué en pleno fragor de la Revolución, cuando se discurrió el despropósito de mezclar a aquéllos en las contiendas civiles. ¡Triste error que costaría tantas lágrimas de sangre!

Después de todo, pasados los dolores y miserias de la

contienda, restañadas las heridas, se puede, con la serenidad necesaria, coleccionar sus efectos; y uno de ellos, quizá el más transcendental, es el que hemos tratado de resumir y relacionar en la exacerbación católica, para seguidamente examinar las consecuencias.

Una de éstas, clara al mismo tiempo que lógica, fué que en las reducciones nuevas echase raíces tan profundas que logró alcanzar una consistencia, que fué como un milagro de revelación.

La modificación del originario, sólo pudo ser factible merced a aquella exacerbación.

Sin ella y con tibieza y desgana, no se habría podido realizar algo estable en favor de la armonía y de la asociación, sobre todo entre una multitud que, por sus condiciones de tal, era en demasía amorfa e inasimilable.

Es curioso que cuando se trata del nativo se busque a porfía un punto estimado vulnerable y se prejuzgue que sin él no se hizo nada que comprendiera su redención.

La reducción y cristianización fué una educación práctica, acaso la más adecuada que los demás podían darle y él recibir.

Hay que entenderlo así, porque el hecho de arrancarle de la communalidad y abstraerle de la férula bestial y despojarle de los caciques, de por sí era una enseñanza, la más útil y pura, porque se ponía al infeliz en camino de mejoramiento.

Substraído al gregarismo y a la complotación, forzosamente tenía que haber sido otro. Con la libertad se convertía en más hombre, pasaba a valer más de sí mismo, y, llegada la oportunidad, a aproximarse a los demás y, como consecuencia de ello, su temperamento saldría ganando, porque se le sumaría distintas impresiones.

Autogestionados algunos con los fárragos democráticos de escuelas y programas, más politiquerías que otra cosa, han creído y propagado que el aula que no tenía por base las primeras letras y el profesor, no era tal. Semejante principio capcioso ha predominado en los manuales históricos.

El despliegamiento moral e individual aborigen se vió fortalecido por el taller y la profesión de votos. Se recuerdan con emoción los centros de artes y oficios y de ordenación sacerdotal.

Pocos, reducidos, quizá uno en cada reino, capitania o virreinato, lo cierto es que más que una aspiración fué un ideal práctico de reivindicación.

No se le enseñaron con preferente atención las esenciales primeras letras. Pero hay que reconocer que durante muchos siglos, varios milenios, la mayor parte, por no decir la totalidad del populacho griego y romano, se sostuvo sin tales letras. Pues si pasaba sin ellas, quiere decir que no las necesitaba mucho, sobre todo para empezar a vivir, ya que tenía que atender primero, al igual que el primitivo, a buscar medios de subsistencia. Es el hecho de nuestro pobre y abandonado proletariado, que analfabeto, se afana como puede por mantenerse.

La dirección automoral de aquél, evidenciada en su reducción de la comunalidad y de la esclavitud, hacia formas más humanas, como la mezcla y relativa emancipación que culminaron en el taller y en la congregación, fueron grandes secuelas y obras transformadoras del fervor religioso, y tenían que serlo, porque a excepción del convento no había otra acción capacitada.

No sólo era la única, sino que en la mayoría de las ocasiones tuvo que luchar contra viento y marea en un mar mercantilista y materialista de encomiendas, nepotismos, regalías y privilegios burocráticos, tanto más abrumadores, cuanto menos ligamento y cultura había.

A algunos hacendados, aparte de sus siembras y de sus cosechas, bien poco debe de haberles importado el desamparado, así como en instantes bruscos no merecería su compasión el negro. Si esto acontecía con el enraizado, convirtiéndole por egoísmo fomentar la más eficaz organización, ¿qué sucedería con el magnate administrativo o con el figurón cortesano que pasaban como golondrinas por los despachos y negocios?

Por más que se haya llegado al extremo, el atento

estudio de él, comprobará que concilió y sintetizó mucho de bueno.

Que lo haya sido a su pesar y por suspicacia, eso escapa a las previsiones humanas y no conviene atender más que a las premisas perfiladoras.

Las extralimitaciones, al lindar con la febrilidad, apalearían algo enfermizo e inclinaron a un enorme despilfarro de energía y de sentimientos, sin dejar de unilaterizar y perturbar bastante.

Todos los grupos, y con mayor razón todas las colonias, las han padecido, y bien pudiera ser que fuera un defecto de la conformación, de la menor edad y de la debilidad de los superorganismos embrionarios que al afanarse por hacerlo todo, se confunden en lo ilimitado de los contrastes y oposiciones físico-biopsicológicas.

Las exaltaciones sentimentales y agrarias como consecuencia de la simplicidad y del caos prehistórico reafirman el crecimiento colonial.

Al parecer, por lo que se deduce de la prehistoria, la exaltación y uniformidad castal y guerrera se producen por la endeble y simple naturaleza del medio.

Es posible que la exagerada dirección en sentido determinado, no sea más que la pugna por revelarse, basándose en la mítica y en el gobierno militar, como es sabido que entre los primitivos un conjunto de familias, aunque poco numerosas, al tener la jefatura, presuponen la turbia idea de Estado.

Siendo así, nada de raro es que en los aborígenes, con caracteres vigorosos, surja primero la autoridad que en el mayor desenvolvimiento, en la sociedad tribal, se complica y diferencia un tanto, brotando entonces la jerarquía armada por un lado y la casta religiosa por otro.

En la mayoría de los pueblos prehistóricos los dos poderes se equilibran y completan y en ocasiones una sola entidad asume el mando total, y el emperador es, a su vez, sacerdote. Tal aconteció entre los incásicos con Atahualpa y entre los aztecas con la tendencia que se estaba abriendo paso con Moctezúma.

Ante el asombro del europeo, los antiguos dieron la sensación anómala de un progreso de lo más rudimentario. Se pensó así, porque el dominador que traía el hierro y la escritura, era ganadero y labrador, conocía la vela marina y usaba el candil o especie de vela de cebo que alargaba la claridad, a despecho de la desolada y tenebrosa noche tropical. Había dejado muy atrás su pasado milenarío o al menos no tenía de él memoria. Sin saber que la civili-

zación paulatinamente, antes de llegar a la cúspide, ha tenido que ir desplegándose, no pudo notar la gradual posición tropical. Por el contrario, se la estimó como un acobardado atasco. Y éste resultaría del parangón de ambas. Pero en el enlambamiento de la evolución social, no era lo mismo.

La sorpresa tuvo que ser grande, puesto que apenas había un rincón de agricultura y de apacentamiento, esencialmente doméstico. El comercio y la industria, simpliciosa, cuando no eran familiares, respondían a débiles fuerzas. Se comprende que se creyera a los nativos más débiles de lo que en realidad eran.

Lo cierto es que al igual que toda agrupación débil, con tendencia y empeño por concretarse en alguna disciplina, las potencias tribales, afanadas y obcecadas, se vieron en la urgencia de atender primero a las gravitaciones mítico-emocionales y al avasallamiento antropológico de los vecinos.

Es así como florecieron, extremadamente en no escasas porciones, la autoridad guerrera y la religiosa hasta centralizar todas las actividades colectivas.

Para la existencia del clan y no había más salida. Míticos o supersticiosos, por sedimentos y estrato común de la humanidad, se estimará lógico que diesen calor de vida y auspiciasen a la casta sacerdotal. Los asonadores y depresados, considerarían que semejante tendencia de la especie, tenía que hacer surgir la jefatura.

Se desprende que aquellos, llenando las exigencias sentimentales y domésticas, en la forma que lo realizaban, poco tendrían que preocuparse de las labores útiles y productivas.

Luego, en la sociedad tribal, de rebote predominaban necesariamente el culto y el ataque.

El sacrificio humano y la imposición devastadora, lograron monopolizar las energías y establecer en apariencia lo más trágica y pavorosa absorción.

El caos tenía que transformarse; piénsese que enorme distancia, desde la honda a dichas instituciones, habría que recorrer para lograrlo. Que esta trayectoria nos parezca

torcida, desviada, es cosa bien distinta, a partir del instante en que las elaboraciones siguen su curso y no hay atenuantes que valgan.

Se cree estar en la verdad sociológica al imaginar que prehistóricamente el gobierno o el estado tenían, por razón de su simplicidad, que acentuarse en la unilateralidad que de por sí entrañaba el progreso que comprendía el orden y nivelaba el conjunto.

La homogeneidad mítico-guerrera, al perfeccionarse, perdería algo de su rigidez.

Así acontecía ya al menos con los aztecas, que sin haber podido despreocuparse de las añiciones tradicionales, alguna atención le estaban prestando a la labranza, a la avicultura y al trueque. La preferencia sería escasa, aunque en el milenio quizás aquellos habrían dado muy distinta impresión. Se explica que se encontrase una monstruosa autoridad religiosa-armada que, como ya observamos, se fortificaba en la exaltación que transfundía tanto templo desmesurado.

El primitivo, débil y desorientado, debe haber requerido la mítica, cuya influencia coexiste con el nacimiento de la humanidad. Luego, desamparado y apaleado, se sentiría absorbido por los apetitos maquinales.

Por eso en el Nuevo Continente, el español debió de encontrarse perplejo y perdido.

Es que no bastaba solamente con la conquista militar; precisábase también la conquista moral y económica, que le darían tranquilidad frente a la desolada naturaleza y le proporcionarían los medios para no morir de hambre.

En este sentido se justifica que precipitadamente se produjeran las exacerbaciones proselitistas y agrícolas. Al principio, las energías convergieron hacia dichos fundamentos, comenzando por encima de todos, aún de la idea de nación y de gobierno, a hacer refluir las nociones de grupo. Y es natural que éste, reducido y contrariado por dar margen a cubileteos penosos, se viese forzado por las circunstancias y, debido a ellas, no atendiese más que a lo que se le imponía como mandato perentorio.

Demasiado abatido corporalmente, le sería imprescin-

dible un apoyo emotivo que diera consistencia a su espíritu y otro material que le relacionara con lo que le rodeaba. En sus impulsos no pudieron caber los cálculos ni las previsiones. Su sinceridad y nobleza de propósito saltan a la vista.

Cuando el fraile, premunido y estimulado por los transplantados, echó los cimientos de la ermita y de la iglesia, no imaginaria ciertamente que empezaba a construir el poder teocrático más dilatado, porque el desierto infinito y la exigüidad de filigranas no darían todavía motivo para las ensañaciones.

En situación análoga el civil, por más que hubiese trabajado y supiese lo que era la encomienda en su localidad siempre habría de tropezar con serios inconvenientes. A, comenzar debió atenderse a las ocupaciones del hogar y a engrosar el patrimonio, para hacer frente a los quebrantos y a la ancianidad. Donde casi todo tenía que trazarse, talando de preferencia el bosque, no pudo haberse imaginado que tal o cual forma de trabajo pudiera resultar aceptable.

Después de la victoria se repartirían las parcelas y los indios. Luego vendría la labor forzada y penosa.

Como de toda cosa que se inicia no se podría prever el giro que tomaría. Una tarea semejante, que no era una encomienda y sólo por una facilidad analógica se la ha seguido llamando así, obliga a pensar en el hecho de que habría sido necesario esperar a que las funciones se estabilizaran, forjando la institución y eso hubiera sido muy largo. Quizás trabajo de una o dos generaciones, con consecuencias inciertas, contrapuestas y arriesgadas. Sin contar que en el interregno, si no se usufructuaba, ni se producían ganancias apreciables, se volvería al mismo estado de antes.

Con el transcurso de los años, el aumento de población, la más adecuada administración y las experiencias, pasaron en las regiones favorecidas de los fértiles valles tropicales, a dar soplo de vida al tan apetecido engranaje.

Pero como las partes más favorables no se prodigaban, ahogadas por inmensidad de selvas y montañas, las cosas

no fueron tan parejas, ni sintomatizaron un ambiente. Hay que considerar que el área primitiva, que recordaba los principios geológicos del mundo, en que los elementos se enseñoreaban por doquier, estaría grandemente cubierta por el bosque casi impenetrable. Si hoy un cuarto o quizás un tercio del continente está cubierto por el mismo, sin contar las cordilleras heladas, los montes fragosos, los yermos, los arenales, los médanos, las pampas calcinadas, las punas, las maniguas, etc., ¿qué no sería al arribo de las naves colombinas?

Hay que prefiar aún las dificultades con que tropezó la labranza. Afianzada, después de dos siglos de lucha y de aleccionamiento, no pudo suministrar los recursos fiscales necesarios para pasar a constituir reinos y capitanías en perspectiva de constante progreso.

El ejemplo de Chile, ya esbozado, es demasiado revelador y por él se ha sabido que salvo los sacerdotes, quizás por su más eficaz administración, el trabajo agrícola no producía más que calamidades y no dió paso a la Encomienda. Cuán ruinoso sería ese trabajo que ni aún en la guerra secular los soldados querían parcelas.

Bastante se ha exagerado en la interpretación de aquélla, pero nunca se ha tratado de considerar unidamente las circunstancias.

Y ya que aludimos a las necesidades fisiológicas y morales, para reducir la tierra e indios, no estaría demás que se hicieran algunas salvedades.

Si el europeo no hubiera intentado ejecutar eso, ¿qué habría pasado? y hemos de advertir que a tales sometimientos, simplísimos y bastante enojosos como todo fermento rudimentario, no tratamos de asociar la plataforma tradicionalista.

La respuesta casi fluye sola, puesto que sin algo en que demostrar su poder, el terrateniente no podía haber sido temido ni inspirar respeto. No le quedaba más que realizar lo que es del dominio de la crónica, porque de otra manera habría perecido o seguido de largo.

Aunque no hubiera sido así y formulemos hipótesis

arriesgadas, si el hispánico, para no molestar al nativo, se hubiese hecho pescador o cazador, ¿el aborigen, que contaba con una ventaja numérica de mil o dos mil por cada hispánico, habría pagado con la misma moneda? ¿Hubiera dejado de molestar a quién no le enojaba, no obstante considerar que la caza y la pesca le pertenecían, por más que no la practicara y fuesen sobrados sus productos?

Las reducciones dieron la oportunidad al regional para que experimentase las ventajas del arado, del caballo, del buey, la vaca, la gallina, la manzana, la uva, la naranja, el trigo, la cebolla, la arveja, la remolacha, el haba, etc., etc.

Dichas excelencias terminarían por atraer al indio, convirtiéndose de la superioridad del recién llegado.

La admiración despertaría en él, luego, la idea de la obediencia y del respeto.

Es así como el nativo tuvo la enseñanza refleja que tanto le faltaba y merced a la cual, sin la menor duda empezaría a fortificar sus facultades y aptitudes.

He ahí una consecuencia considerable en el desarrollo psicológico y volitivo de dicho ser, que importó más que cualquiera otra dirección superpuesta que hubiese tratado de dársele, y que a buen seguro hará reflexionar a los que han esgrimido manidos argumentos, no con el afán de esclarecer, sino de perturbar y enturbiar cuando no pre-juizar el estudio de este proceso.

Por los resultados se comprenderá que el aborigen fué asimilado a medias, completándose la conquista militar con la otra que vale más: la de la ventaja y moralidad de la civilización por el bienestar y las comodidades, por las alegrías y las ensoñaciones.

Ante las escuelas, aquél no se creería esclavizado y quién sabe si al gustar frutos nuevos y agradables, brotados por su penoso empeño, se diese con más conformidad y resignación al mismo.

¡Mala y trágica, en el dolor sobresaltado, la labor rural, no lo era tanto ni de tal modo que impidiese rejuvenecerse y alegrarse con saborear la nueva maravilla, la que más

penetraba en su comprensión por las fruiciones del paladar y la nutrición!

Después del relampagueante período de imposición, los labriegos, por los efluvios y embriagueces del pasado y por los arrebatos y arrogancias que produjeron el éxito rotundo al sentirse y considerarse sin contrapesos de consideración, dieron rienda suelta al temperamento. La obligación casi moral de incorporar al indígena, los confortalecería, y para el logro de sus íntimos anhelos los pondría en plena pendiente.

En el hecho evolutivo la sobreexcitación, como en el organismo, obedece a la más intensa exteriorización de una facultad determinada, en detrimento de todas las otras. De ordinario, los que la sufren y obran así, son los adolescentes e irresponsables que todavía no han recibido de la vida, en sus largas luchas que demandan previsiones y cálculos, los alicientes moderadores.

No es un mal ni un bien; es como el signo de los grupos en el trance de echar las bases de la asociación. Fenómeno de evolución, debe comprenderse como es y no tratar de apreciarlo en lo que no ha podido ser. Correlacionándose sus causas se pueden inferir sus efectos.

Los virreinos, reinos y capitanías, en ese sentido hicieron mucho con imprimir dos trayectorias humanas, una psicológica en la creación de un vasto ambiente religioso, y otra volitiva transmitada en las múltiples bregas.

Se puede decir, relacionando dichas finalidades, que pasaron a darle a la parte nueva del globo el matiz civilizado que le faltaba. En el exceso religioso no hay que ver sólo la inmensidad de templos y la cantidad de frailes repartidos a lo largo de la superficie, que equivaldrían quizás a un amplio punteamiento. Tendrá que relacionarse con él el perfilamiento de la familia y la expansión moral, tan necesaria para la más eficiente implantación.

Antes del europeo, en la apariencia y en los menores riesgos se acentuaba la monogamia, lo que habría equivocado a una existencia engañosa. De hecho, la contienda que sometía a la servidumbre a la mujeres, y los magnates

que practicaban la más desenfadada poligamia, aún a costa de la tribu que domeñaba, dificultaron bastante la integridad del hogar.

La innovación que hizo imperar la modalidad cristiana, fué obra del cielo. Se fué más lejos aún. Hubo necesidad de afrontar los embates de la barbarie, que trataría de destruir las normas nocivas, impulsada por los arrebatos de la preterita concupiscencia.

Se desviaron también los caprichos y veleidades de muchos transplantados que en mérito de su omnipotencia feudal procurarían satisfacer las bajas pasiones.

Al proceder así se engarzó la costumbre sin la cual habría sido difícil que se hubieran arrancado las tendencias y aspiraciones.

El aborigen, otrora dominado y aporreado en sus elevadas nociones filiales, maternas y matrimoniales, sufriría las más intensas emociones al darse cuenta de que en adelante, de hecho y de derecho, sería lo que en vano aspiró a ser en el pasado.

Es innegable que el varón y la hembra se sentirían humanizados y solidarizados en la fase familiar cristiana, pensando que dichas impresiones influyeron en su depuración y refinamiento moral, con lo cual se les puso en aptitud de llegar con ahínco y entusiasmo a la reivindicación.

Algo de lo aducido podría desprenderse de los matrimonios modernos. Al revés de la mayoría de los creídos cultos, los de los nativos llegan a longevidad y fecundidad realmente prodigiosas y conservan la lealtad y el amor, el sentimiento y la ternura. Joven, casi un niño, con diez y ocho años apenas, la vida me deparó en la región austral chilena, en donde languidecían los últimos destellos de la epopeya gloriosa, tan cantada y tan loada, pero tan abandonada y despreciada, contemplar sublimes arranques de compasión y de cariño que no he de olvidar nunca.

El encomendero, por otra parte, aunque por su senil avaricia y su dclerépito egoísmo, no fuera más que trasunto del más rabioso individualismo y la más ululante ambición, no se sustrajo de ejemplarizar a los que le rodeaban en la

lucha personal, mediante la cual éstos encontrarían su segura senda.

Por más que fuera sólo para aquel el producto, parece lógico que el primitivo lo rindiese con más afán que cuando tenía que forjarlo sin comprender a quien beneficiaba en la comunalidad y reparto guerrero-castal, ignorando en definitiva a los que servía, si a su enemigo, al ladrón de su mujer o al de la honra de sus hijas.

La colonia no pudo dar más de lo que dió, ni pudo ser más de lo que fué.

Pudiera ser que lo que calificamos de exaltación, no sea más que el proceso psicológico inherente a toda formación urbana y rural.

Los modernos, acostumbrados a la ciudad con sus más complejas actividades, no podremos comprender de golpe que un grupo constituya una aldea restringida por la función agraria y en ocasiones por la pecuaria.

Sin embargo, así se logra la estabilización, especialmente en los transplantes. Una prueba de lo dicho y que en algo nos reconstituirá el pasado, nos la da el campo. En él, primero se escoge el terreno baldío y se le cerca. Luego se levanta la casa, si se puede, y el rancho o la enramada. Después se empieza la labranza y la ganadería y si las amelgas salen buenas y se trabaja con constancia, el éxito es seguro y provocará parecidas iniciativas en los alrededores desiertos. Más adelante, con la complicación, esto es, el aumento de población, las necesidades se duplican, requiriéndose la división del trabajo. Es el momento en que surge el pequeño lugar con comercios e industrias, con escuelas u oficinas burocráticas, y en que los gobiernos, deseosos a veces de atraerse la nueva situación, tienden ferrocarriles y caminos, y abultan un tanto la administración, con lo cual si es cierto que por un lado hacen politiquería, por el otro concurren a avalorar el perfilamiento.

Esa es la historia escueta de las ciudades, y es probable que con pequeñas modificaciones lo haya sido en el coloniaje.

Teniendo en cuenta dicha trayectoria, podemos imaginar la evolución, basada en el ruralismo. El cultivo es el que ha-

brá dado vida al caserío y se la seguirá dando hasta que el acrecentamiento provoque la fabricación. Pero esto es largo. Mientras, aquél presentará escasa o ninguna complicación y todo caminará con lentitud. Del trabajo agropecuario a la iglesia, y viceversa, y no habrá ostra oscilación. Por eso, la aldea, que en algo se diferencia, es exclusivamente conservadora. En ellas se reclutan considerables contingentes, dada la tendencia agrícola.

Se simplifica lo más posible la tarea, puesto que el labrantío comienza en el neolítico y rudimentariamente ha caracterizado a las sociedades prehistóricas. Luego tiene que encontrar una pista que siempre es estrecha y que acarrea resaltantes obscuridades.

Es fácil advertir que el terrateniente solo, alejado de las ciudades, sin competencias ni comparaciones de ningún género, se crea un verdadero poder y se da más importancia de la que tiene. El aislamiento le sobreexcita por reacción y la falta de comunicación le impide encontrar los puntos de contacto y el justo medio, por los cuales los hombres se creen necesarios unos a otros. Lo notorio es que si la pradera infunde sensación de tranquilidad, el hacendado da visos de hurañería y no disimulada altivez. Será acaso efecto del desnivel personal en que se encuentra, por lo general rodeado de recuas sumisas y obedientes, que a fuerza de repetir la labor y de ver idéntico panorama, diluido y lánguido, todos días, refleja la monotonía circundante. El labriego, mejor que nadie, repara en los contrastes de la naturaleza y es posible que la caída de la tarde, el crepúsculo, la entrada de la noche sin fin para ellos les haya aportado esas profundas impresiones de desgana y resignación que se desprende de todo su ser. El patrón que no tarda en sufrir el contagio de su gente, también inconscientemente experimentará la tristeza del día que se esfuma y de la noche que llega, anunciadora de quién sabe cuantos sobresaltos, las heladas o el rocío, los vientos o las lluvias. A ambos se les entra la melancolía por el alma y por más que ni uno ni otro sepan explicársela, lo cierto es que la llevan prendida en el misoneísmo y en la desconfianza a todo lo que no les sea familiar.

Hasta el fin de sus existencias hacen y sienten idénticas cosas y llegan a adquirir impenetrabilidad de esfinges frente a todos los individuos, en tanto que en la iglesia se sumen en la más dolorosa expectativa. Al revés del hombre de la ciudad que es dicharachero y hablador, por las múltiples razones de la convivencia, ellos se tornan silenciosos y misántropos y si son montañeses como el chileno o el argentino (provincia de la Rioja, especialmente), al conversar, se comen alguna sílaba o letra de cualquier palabra, quizá por la costumbre de no esforzarse tanto en mover la lengua.

La observación directa nos hará apreciar lo que fueron los primeros poblados y comprender hasta cierto punto la fundación de los mismos.

El Imperio Colonial, basado en la tierra, tenía que estar, como el núcleo rural, destinado a funciones sencillas bastante correlacionadoras.

Así como hoy éstos tienden a la iglesia y al acaparamiento, acaso ambicionando el poder que dudan poseer personalmente, no sería difícil que hubiesen hecho otro tanto los transplantados. Y no se crea que entre antaño y hogaño ha habido muchos cambios.

Como chiquillos nos hemos asombrado ante la Encomienda, y sin embargo no hemos dicho esta boca es mía para tratar de inquirir lo que representa el latifundio americano, denunciando al sociólogo una verdadera anomalía. Así, por ejemplo, el exceso, es posible y práctico solamente por el locupletamiento o enganche. Tal como en el pasado. Sin indios no habría existido la tan execrada institución; y la prueba de ello la tenemos en Chile, donde por culpa de la guerra, que sacrificó a los que pudieron alistarse para el servicio, no se pudo establecer.

Es la mesnada la que ha dado margen a dichos extremos, puesto que al saberse que de cualquier modo se encontrarían brazos para el cultivo, no se tuvo empacho en acaparar el mayor número de hectáreas.

Podrá tener algún viso de verdad, el que también ha entrado el cálculo de las competencias ruinosas; y hasta podría inferirse que por ello se trataría de verificar que los pre-

dios que no pertenecieran a éste o aquél, no debían ser de nadie.

Pero de hecho, el privilegio se alza puesto que existe una inmensa turba pobre y desamparada, que a veces no ha trabajado más que por lo que le querían dar. Sin ir más lejos, en el Gran Chaco argentino, una Compañía norteamericana sigue dicha táctica, habiendo establecido préstamos y pulperías, que de consuno han tendido a esclavizar al trabajador, hasta el extremo de que no es necesario hacer circular la moneda nacional. Cómo será de horrible esa esclavitud, que si el expoliado quiere un peso tiene que ir a ganárselo fuera y en las horas, escasísimas, que tiene libres. Las protestas de la prensa y de los elementos sanos de nada han servido para infundir piedad a los aventureros que en sus lares no se atreverían a poner en práctica tan sombríos procedimientos. Es la multitud caída y bestializada la que, a su pesar, estatuye estas depravaciones. Sin saber trabajar, sin preparación alguna, y lo que es peor, sin haber conocido nunca el calzado, no puede ni se arriesga a ir a la ciudad. Si tuviera algún otro oficio, se empeñaría y luego ahorraría, reuniría capital y compraría alguna parcela, estableciendo con el ejemplo la subdivisión de la tierra. Pero los pobres no pueden, y a lo sumo, a lo más que alcanzan en algunas oportunidades es a que en pago de jornadas se les conceda algún terreno y se les permita pastorear su ganado. Facilidad bien exigua si se atiende a que todo lo consume la familia y a que el giro de los negocios es escaso.

Sin embargo, hablamos y seguiremos hablando de la esclavitud protohistórica, porque nos será más cómodo; el encomendero ya no existe, la colonia se transformó y el pasado ha tendido una enorme venda de egoísmos y frivolidades que, manifestándose mejor, lo ocultan.

Las extremidades agropecuarias de hoy, salvo la consiguiente potencialidad y equivalencia, son casi parecidas a las de antaño, porque de la labranza no se salta así como así a la técnica y a la elaboración, que son los engarces de secular evolución.

El fenómeno es demasiado complejo y para concretarlo

le llamamos exaltación. A falta de un término mejor, ya se nos comprenderá con éste, aunque sea impropio. No será ello obstáculo para que acaso, lo que nosotros, intoxicados de diversificaciones y jerarquías, calificamos ahora así con determinación inflexible agrario-religiosa, de hecho no haya sido más que el afán fecundo y enérgico por trasuntar la medianía. También pudiera ser que con el correr del tiempo, en algunas zonas, al no introducir gradualmente la variedad, se cayese de golpe en ella.

De todas maneras, no era cosa fácil salir así de dichas posiciones, que se encaminaban a un solo fin. Si éstas o el triple se hubiesen volcado en distintas direcciones, ya no habría habido sobreexcitaciones porque las consecuencias, más que parejas, se habrían equilibrado en la multiplicidad.

Si no se salió, es porque no se pudo, puesto que las acciones colectivas por sí mismas tienden a desplegarse.

Si en su gestación los virreinos, reinos y capitánías demostraron que se habían casi mecanizado, exaltándose, acaso a su pesar, en las exteriorizaciones religiosas y en las productivas agropecuarias, quiere decir que los hechos fueron por demás complicados. Sabido es que un monopolio no tarda en acarrear la reacción, y si aquéllos no la provocaron es por que se sentirían abrumados por las predisposiciones físico-psicosociales. En verdad, eran muy poca cosa todavía para transformarse completamente. De las consideraciones anteriores se desprende que un siglo después, el imperio indiano apenas tenía ciento cincuenta o ciento sesenta mil colonizadores. Si en la patria de origen, que era setenta veces más reducida que aquel continente, había diez millones de habitantes, ¿cuántos se habrían necesitado para expandirse y arraigarse en un continente extensísimo? Es indudable que la modificación se verifica mediante la densidad de población. A mayor número de habitantes, igual incremento de labradores y con ellos múltiples necesidades que implican una inmensidad de procesos de división de trabajo, de oferta y de demanda.

Por eso se llega a concebir que las entidades coloniales,

a la desesperada y para no fenecer o llevar una vida lánguida, se extremaron mucho y acaso se paralizaron.

Luego, el exceso fué el recurso trágico e impresentido, por más que como ya hemos visto todas las agrupaciones empiezan por confundirse en igual tono, empeñándose por evadirse del caos.

En vez de asombrarnos ante esto, debe procurarse al instante pensar cuánta tenacidad y perseverancia no fueron necesarias para llegar a ellas, porque no ha de pensarse que todos los pueblos ni todos los individuos aumentan de actividad así como así. De no mediar profundas condiciones latentes de sensibilidad y de voluntad, es difícil que se puedan observar ejemplos y luchas tan emocionantes.

Efectivamente, el mundo de Colón fué posible gracias a semejantes acometividades, pues si ellas, en algunos aspectos, fueron restrictivas, connextaron el máximo de esfuerzo

El coronamiento de la normalidad colectiva equilibrada y compenetrada con los más diversos intereses, instituciones, trayectorias e innovaciones, no se consigue en una colonia cuando no es obra de la nacionalidad ya civilizada. España, la ejecutora, es un modelo y refuerza lo dicho. En América, Argentina principalmente, si sigue por el buen sendero, podrá ser otro.

A los colonizadores no se les puede pedir más de lo que son y pueden dar. Como su nombre indica, no son ni un pueblo, ni mucho menos una patria. Démosles su verdadero sentido: grupo de gente salido de su país y que en regiones extrañas trata de improvisarlo todo.

Los núcleos de hispanos que asentaron las primeras reducciones, hicieron bastante con entusiasmarse, porque otros no habrían hecho nada parecido. Ahí tenemos en el extremo norte el ejemplo de los ingleses que no se exacerbaron, precisamente porque se trató de ir al unísono de lo que se podía explotar al instante.

Es casi inverosímil el hecho del terrateniente español, que en su extravío no vió obstáculos ni calculó consecuencias, abalanzándose a fragmentarse en demasía. La audacia y la temeridad, la paciencia y el empuje que exigió esta

empresa, apenas podrá imaginarse vagamente, ya que el que no asistió a los sucesos y no recibió algún aprendizaje, le será difícil apreciarlos en toda su intensidad, tanto más si al rodar de los siglos con la consiguiente alteración, se ha introducido en la historia un abultamiento cerebralista.

Aquella empresa no admite reparos, y solamente debe atenderse a inferir las conexiones y la interdependencia que de ella dimanaron, sin omitir las dificultades orilladas.

Las guerras imperiales europeas que coincidieron con el perfilamiento ultramarino, sustrajeron con inconfesados incentivos a enormidad de almas que transplantadas pudieron ser excelentes forjadores, fortificando en la situación de azar y de riesgos inmensidad de intereses que retendrían a los mejor dotados y capacitados. Al pueblo humilde y sencillo que no ambicionaría mucho, no le tentarían las riquezas, y acaso en su ingenuidad se conformaría con el pobre botín que atrapara en las amargas luchas.

La colonización griega, por no verse cohibida de ese modo, a la par que por otras razones físicas, pudo expansionarse rápidamente. La pobreza de su suelo, el ancho mar y las inmediaciones y comunicaciones oceánicas obraron de hecho, compeliendo las actividades. Igual cosa se podría decir de la romana, porque casi no tenía enemigos exteriores, y con las enseñanzas que recogió de la griega, le fué factible entregarse a sus ambiciones sin sentirse confundida por hechos continentales de consideración. En cuanto a la inglesa, si se hizo en tiempo en que España era retenida y atraída por otras regiones limítrofes, hay que convenir que su insignificancia isleña la tenía y la dejó libre de complicaciones, y así pudo dedicarse a las operaciones gradual y simultáneamente, quizá huyendo de la contienda armada advertida de los terribles contrastes y dolores que llevaría consigo.

Después de un siglo de sacrificios hispánicos, cuando más se necesitaban los labriegos, los intereses creados por los conflictos interpeninsulares gravitaron en la política, la iglesia y la encomienda indianas, actuando como agentes de

confusión y haciendo que los extremos siguieran su curso. La interdependencia universal tenía gran parte en este estado de cosas.

Si su imperio en Europa le dió bastante gloria a España, no dejó de absorberle casi todas las atenciones, con lo cual tuvieron que descuidarse los virreinos, reinos y capitánías. Las guerras que demandarían el mantenimiento de la irradiación en el Viejo Mundo, producirían desgastes y excesos que repercutirían en las zonas nuevas. El sostenimiento de la máquina política y burocrática, exigiría la preparación de la mayor parte de sus miembros.

En tales condiciones, cabe pensar que si todas las iniciativas que la nación organizadora derrochó en el Viejo Mundo, las hubiese derrochado en el Nuevo, muy otra habría sido la fisonomía de las posesiones.

Pudiera ser que el frenesí y la embriaguez arrebatadoras del éxito, afianzador del imperio continental, le hubiesen dado a la monarquía más alas para realizar la vasta conquista de América.

Pero ya efectuada ésta, la disgregación de intereses y capacidades produjo indudablemente un debilitamiento. Y de este modo parece advertirse en la crónica. Así, en tanto se lleva adelante la nueva gran empresa, en Europa se empieza a perder terreno, y se menoscaba la estructura política. Es que no podía ser de otro modo tampoco, y en balde se trataría de forzar los hechos.

Si bien es cierto que las operaciones del Viejo Mundo se iniciaron con anterioridad a las del Nuevo, también es evidente que por ser éstas más gloriosas, refluieron en ellas, prolongándose, la experiencia y la acometividad empleadas en las otras.

Nación militar expansionadora, es lógico que hallare España su medio en la colonización y comenzase a incubar múltiples impresiones psicológicas. Una de ellas sería la hiperestesia del poder del yo, de la individualidad, muy eficaz, sobre todo, en las acciones imperiales.

Es lo que se vislumbra en los preliminares de la preadaptación aborigen; se adivina al sacerdote subyugando casi a

viva fuerza y al labriego que doblega a mansalva todas las voluntades que encuentra por delante.

Se puede reconocer que todo eso fué lógicamente imprescindible para el logro del objetivo de la conquista y se agregará que, merced al entusiasmo colectivo, se dió un giro adecuado a las temerarias avalanchas.

Pero todo estaba dispuesto para el primer redoblado impulso. Aspirar a sentar un precedente inmutable y seguir el camino, era forzar la índole de los hechos. A la ligera y de golpe se suplantó al regional locupletándosele como sumiso rebaño. ¡Qué cosa más paradójica! Al indígena que se trataba de libertar, satisfaciéndose algo el anhelo, a su vez se le sometió a nuevas absorciones. Es que en la vida las cosas no se hacen como se quiere y la realidad quiebra las intenciones. Sin ir más lejos, tenemos el ejemplo de algunas de las últimas sediciones que han derrocado gobiernos porque hacían tal o cual labor, y ya en el mando han repetido lo mismo y acentuado los yerros, sin cuidarse de explicar para qué cambiaron el personal. Después que se han valido de la asonada, reprimen como una afrenta cualquier ínfimo desahogo de círculo, sin la mayor transcendencia.

En el gobierno de los virreinos, reinos y capitánías, no podemos buscar las virtudes o los defectos que los españoles no tuvieron nunca, ni encontrar las degeneraciones o las bondades que no han padecido o gozado, porque ha de comprenderse que los conquistadores no fueron España, sino una simple y mínima ramificación patria.

Si de esa manera se interpretan los hechos, se desvanecen tantos y tan graves errores como corren por nuestras historias y manuales. Atosigados por el afán de nacionalidad, por una susceptibilidad recíproca, aunque para esa reciprocidad, como es natural, nos falte cultura, tradición y desenvolvimiento, hemos vivido figurándonos esa crueldad por todas partes. Nuestro arrobamiento es infantil, ya que mientras las arcas están exhaustas, los empréstitos son abrumadores. Obramos como los niños, que cuando no tienen un objeto lo imaginan, considerando fácil conseguirlo. Es lo que les acontece a algunos países. De aquí que surjan los equívocos.

cos, y uno de los mayores es haber dado por exactas las antiguas divisiones políticas, suponiendo siempre, viniera o no a cuenta, como su causa, el consabido prejuicio.

Es claro que así las consecuencias se desvirtúan lastimosamente. Una era la monarquía imperial y otra sus posesiones, y por más que éstas fueron hispánicas, no pudieron equipararse al conjunto, porque así habrían sido un poder aparte, quizá una verdadera potencia. En la actualidad, el estudio no confundirá Gran Bretaña con Australia y viceversa, por más que la una esté con relación a la otra en parecidas condiciones a las que se encontró la Península con sus retoños indios.

Las colonias, todas las que nos exhibe la historia, son un trasunto, una aspiración, una esperanza, en la cual tienen puestos los ojos sus mismos forjadores. Pero ni ellos saben lo que son ni lo que llegarán a ser. De la potencialidad que siempre implican nada se sabe de súbito y es necesario a veces el empeño colectivo milenar y contar para ello con facilidades de comunicación y de intercambio.

Después de tres siglos, cuando las colonias españolas dejaron de serlo y pasaron a constituirse en repúblicas, se inventaron el vapor y el ferrocarril y al entrar a la vida autonómica las entidades, se dió mediante dichos elementos mecánicos doble impulso a la inmigración, hasta el punto que en cincuenta años, el país del extremo norte elevó a tal grado su población, que se sobrepuso a la de casi totalidad del resto del continente.

Si guiendo la experiencia yankee, se podría inducir que de haber coexistido las capitánías y reinos con tales perfeccionamientos, no habrían sido ni la sombra de lo que fueron.

Sin embargo, las vías terrestres y oceánicas que lograron dominarse con recursos técnicos, en mucha parte se debieron al firme ideal de acercarse al Nuevo Mundo y de cruzar sus inacabables selvas y litorales.

Es posible que sin las vírgenes zonas que nacían a la vida más elevada, no habrían encontrado éstos muchos alicientes. Ello hará pensar claramente que, a pesar de

todo, el régimen fué bueno, pues apresuró y provocó la transformación.

También nos hará pensar que si antes del Descubrimiento no se tuvieron tales maravillas, fué porque no se logran de golpe los grandes adelantos, y primero hay que prepararlos predisponiendo el ambiente.

Se podría observar que si el nuevo continente concurre a provocar las innovaciones que aceleraron el advenimiento de días mejores, con mayor razón tuvo él que perfeccionarse.

Claro es que por algo había de empezarse.

Primero se posó la planta humana de un confín a otro.

Seguidamente se ribetearon los páramos de campos de labranza y pastoreo.

Y más tarde, comenzaron a florecer como por encanto las aldeas y ciudades de tipo hispánico. Al parecer, las montañas y los bosques, demasiado huraños y bestiales hasta entonces, cometieron la locura de comer la manzana del progreso. Su pecado sería grande y habrían de verlo así los siglos.

Es cierto que semejante aliento del hombre se confundía con alguna miseria, así como ahora los países del dólar y de la libra esterlina esconden las suyas.

No pecaremos de audaces al proclamar que ha importado más para la humanidad todo aquello que fué en realidad savia fecunda de superioridad, que no tales o cuales pequeñas deficiencias y excesos que se sepultaron con sus actores en el minuto de la respectiva existencia. Muy de lamentar y aun de llorar son los extravíos de la conciencia, pero también muy de admirar y de comprender los trágicos dolores de crear, los terribles padecimientos de perfeccionar lo creado, quizás mucho más sensibles e intensos en virtud de la cultura, que cualquiera otros.

Sin embargo, no lo consideramos así, y una prueba de ello nos la dan las crónicas y manuales, incluso muchos europeos y algunos peninsulares.

En efecto, olvidando o ignorando la condición psico-

lógica de toda estructura monárquica, a las pasadas ramificaciones les supusieron múltiples hechos que eran propicios para una civilización con tradiciones e instituciones seculares.

Con criterio de nación algo madurada, se han juzgado los procedimientos de aquélla, sin reparar en que se caía en flagrante contradicción, puesto que no podía merecer la misma interpretación lo ya solidificado que lo que aún estaba por acrisolar.

Tan es así que España, por más que en lo interno demarcase los virreinos, reinos y capitanías, en lo externo de su política comprendía la compenetración armónica.

Conforme a las modernas leyes y costumbres que permiten todas las libertades, aun la de permanecer ociosos viviendo del erario público y dejando al nativo como buey en el potrero del monte, es claro que tenemos que estar en desacuerdo con la colonia que hacía trabajar al indio, maltratándole en ocasiones, quizás por su languidez y pesadez mental, propia de los sitios de sofocantes calores, y que obligaba a la protección y al fomento de la industria y del comercio.

Es natural que la disconformidad sea evidente.

Nuestras jóvenes repúblicas, mucho de lo que tienen lo encontraron hecho, aún casi toda su edificación señorial y suntuosa, y en tal disyuntiva poco debe de haber importado compeler a la turba, porque lo más importante estaba encaminado. En vez de requerir y de desarrollar, dejaron expedita la vía a la exportación, descuidando las fuentes de producción, porque cada una no tenía que pensar más que en sí misma. La falta de preocupación por la elaboración, como es natural, resultó una regalía en el sin fin de ajetreos mercantiles.

Pero, en el pasado, las causas y efectos fueron bastante diferentes.

Se conminó a la brega, y dado el contraste de resistencia fisiológica y de pasiones entre el labriego y el regional, se comprende que se produjeran anomalías, no generales tampoco, porque eso habría sido ponerse

piedras en el camino. A éste se le trataba como un componente monárquico, y claro está que la noción moral tan de la época, tenía que ser diversa de la actual, o al menos de la que pretende ser actual.

Finalmente, España tenía que conciliar los medios económicos para hacer frente a los presupuestos de todas sus reparticiones, y es sabido que la mayor parte de ellas no alcanzaban a sufragarlas. Si el monopolio, a juzgar por lo que acontecía en el resto de los países, se estimaba un arbitrio salvador, era justo que se buscara un medio de atemperar la desesperada situación. No trataría de librarse de las cargas y de la explotación de la naturaleza, porque le repugnaba entregarse en manos del capitalismo estragante para que le diera por el avasallamiento de la riqueza del subsuelo lo que ella no quería alcanzar, máxime si se le provocaba de distinta manera. Con todas sus deficiencias, la culta progenitora nos dió grandes lecciones, atendiendo a la conservación de la soberanía, haciendo producir por doquier y recurriendo a la difundida arma monopolizadora, con tal de salir airosa y no rodar en la triste enagenación al espectáculo del trueque ofrecido por el Canadá, la Luisiana y, últimamente, Alaska y las Antillas danesas.

El mundo colonial no fué parejo, ni sus manifestaciones simultáneas

Al igual que la geografía, las colonias se diferenciaron bastante entre sí.

Es sabido que la topografía dura y brusca, la montaña, la selva, el río, el volcán, el desierto, la cordillera, etc., han establecido particularidades, ejerciendo desde la prehistoria viva influencia sobre las agrupaciones. Las escarpaduras condicionaron la evolución de los indochilenos y zapotecas, de los aymarás y tlascaltecas, de los pipiles y quichéos, de los calchalquíes y diaguitas. Los lagos, la de los incas y aztecas, uros y chorotegas. Los ríos, la de los michimalongos y promaucaes, patagones y changos. Las llanuras, las calcáreas, la de los mayas en Yucatán, y las terreras, las de los charrúas y las de los pampas en el extremo meridional. La selva se vestigia en los primitivos del Paraguay y del Brasil.

Es que el medio físico, como lo estudiamos en el tomo primero de nuestra *Sociología Primitiva Chileindiana*, determina el desenvolvimiento neolítico: Así, sin ir más lejos, las fragosidades tornarían más férreos y más sedentarios a los núcleos, y aunque siempre les limitarían el horizonte, forjándolos tardíos, inclinaríanlos al despliegue temerario de iniciativas por resultas de la pesadez y de la lentitud mental que al parecer produce tanta materia inmovible. De ello nos dieron excelente prueba los australes. La pampa, sin líneas ni accidentes, es decir, sin moles pétreas ni bosques ni grandes ríos, parece lógico que en su amorfomidad y monotonía gravitase sobre el aborígen, haciéndole chato como ella, concretándose

a la uniformidad que afloja un tanto y disuelve otro poco, no logrando concentrar ni atraer. Tan cierto es ello que la antigüedad nos aporta un juicio claro. Las tribus principales, en vez de ganarla, se replegaron unas a las serranías del noroeste argentino, La Rioja, Catamarca, Salta y Tucumán, tales como los calchalquíes, diaguitas, calingastías y lules, y otras a los bosques, tales como los querandíes y charrúas en las del Gran Chaco y los patagones en las del sur del país.

La montuosidad y la sabana condicionan otras peculiaridades. Si es verdad que la primera ataja los vientos y la segunda los deja libres, también es cierto que en las cumbres arrecian con ímpetu salvaje. El llano posiblemente empuja a la languidez y al esmirriamiento por la falta de contornos precisos y limitados, y los bloques, por exceso de tales contornos, incitan a la brusquedad y voluntariosidad, sacudiendo los sentimentalismos.

Se ha sugerido que en la pampa argentina no se pudo guerrear con los naturales; pero en verdad es que se les sorprendió en los extremos o al margen de ella. El Río de la Plata, el majestuoso Paraná y el imponente Uruguay, fueron los insuperables motivos de atracción. Aquélla, por la desnudez terrera de sus perfiles, repelía, y se iba por ella siempre de paso, a porfía. Era un lugar de tránsito sofocado y un poco repelente. De ahí que casi todos la bordeaban con recelo o la esquivasen. El orillamiento por las tribus dejó en el centro un gran hueco, una considerable superficie escurridiza, voluble y caprichosa como las ventoleras, de manera que en vez de propugnarse la asociación elevada, siempre se fué víctima del rodeo que disgregaba. Abordado el epicentro del sistema, a los conquistadores les fué fácil la maniobra, puesto que se acometió a grupos casi desconectados.

El medio físico ejerció influencia en la constitución de los focos antiguos, y esa influencia, en los lugares escogidos, la sufrió el europeo en su preadaptación. Los europeos, orientándose en la política azteca, demarcaron el territorio que después comprendió el virreinato. Como

fueron de los primeros afortunados, pudieron hacer lo que les parecía mejor, sin cuidarse de conciliar intereses.

En otras zonas, por encima de las particularidades, se siguieron las alternativas de los terrenos, las cuales fijaban el límite que se confundía con el mar, la cordillera, los caudalosos ríos o la desgana de seguir más adelante. Ejemplos evidentes de esta tendencia los darían las Antillas y la Argentina, advirtiéndose en ésta que al descender de las estribaciones andinas, se hallaron: la pampa, que por un lado terminaba en la Mesopotamia (1), por otro, en el océano, y de frente en la selva; y la extensión fría y pantanosa que no invitaría a ser franqueada.

A excepción del lugar apartado y del estratégico, de ordinario los expedicionarios hicieron las fundaciones preliminares siguiendo las experiencias regionales y cayendo en despropósitos que no eran tales para los nativos.

Valgan algunos ejemplos ilustrativos entre otros muchos. En Cuzcatlán y Quezaltenango (Centro América), en Lima y Cuzco (Perú), en Salta, Catamarca, Jujuy, La Rioja, San Juan, etc. (Argentina), en Copiapó, Santiago (Chile), las ciudades o poblados indígenas estaban levantados en la mitad, a la salida o en el fondo de las montañas. Semejante hecho respondería, más que a condiciones apropiadas de clima, comunicaciones y explotación, a finalidades militares.

Los labriegos, aunque derivaban de reclutas, no tenían razón de perseguir la posición natural defensiva, ya porque los cordones de cerros alejaban de los valles agrícolas y pastoriles, ya porque los mismos, sobre todo en el trópico—puesto que las altas murallas detienen las corrientes y anulan la acción de los vientos refrescantes de la costa—, hacían que el lugar fuese como un horno. Sin embargo, las antiguas ciudades hispánicas han sub-

(1) Mesopotamia argentina: nombre que con propiedad suelen dar los geógrafos a toda la región argentina comprendida entre los ríos Uruguay, Yguacú y Paraná, que formaron la gobernación de Misiones y las provincias de Corrientes y Entre Ríos.

sistido en igual sitio, no obstante el antecedente de que en otros puntos se buscaron las alturas menos calientes. Los terremotos que las han destruido desde sus propios cimientos y aconsejaban el cambio, dieron oportunidades que no se han aprovechado.

Posiblemente, en los orígenes agudizaron circunstancias agravantes, que no obstante haber desaparecido el motivo, continuaron sin sufrir variación. Bien pudiera ser que la reducción y la necesidad de estar sobre aviso las prolongase más de lo necesario. De todas maneras, fué un inmenso obstáculo para la obra constructora, ya que por precaverse del peligro, se soportaban los rigores de la temperatura malsana, a la larga desquiciadora y atentatoria a la salud pública.

Las reparticiones políticas pasadas no pudieron ser uniformes, y, por el contrario, estuvieron completamente sometidas a las variaciones de una mesología contrastadísima.

En la actualidad, en vista del recargamiento, está floreciendo una tendencia negativa de la influencia del clima.

Es probable que en los núcleos sociales cultos, su acción sea menor, y debe serlo porque se poseen muchos recursos modificadores de los cuales se puede echar mano.

Pero en un transplante en el que gravitan los más diversos y se cuenta con escasos elementos, ya no es lo mismo.

El cambio brusco no dejaría de refluir en el organismo europeo, que de súbito se encontró solo y abandonado en zonas abrumadas por todo género de epidemias y plagas.

Todos esos hechos explicarían los arrebatos nerviosos de los recién venidos y causarían los cacareados atropellos.

Una revelación patente la encontraríamos en las Antillas. Son a ellas donde primero llega el español, y como eran calurosas y asfixiantes, los expedicionarios sufrieron transtornos, que se agravaron ante la inquietud que siempre trae consigo lo imprevisto. Se dice que en las islas culminaron las anormalidades, y al ser ello cierto,

se puso de manifiesto el condicionamiento agotador del ambiente insalubre, por más que se sospecha en algo bastante lógico.

Las Antillas fueron los últimos baluartes imperiales, y si la independencia de ellas se logró mucho más tarde, los resquemores y recriminaciones de propios y extraños empezaron desde el instante que cundió el desquiciamiento.

Afianzada aquélla en el continente, Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, etc., quedaron como el punto negro y acaso como el arsenal de informaciones acusadoras.

Así, con el despecho y el calor de la excitación se buscaría y exageraría éste o aquel detalle, hasta dar con una monstruosidad. Luego, esta monstruosidad sería explotada políticamente, con más ardimiento aún si se encuentra un Las Casas, las contradicciones y flagrantes mentiras de éste fueran evidentes. De ahí a la leyenda ya no habría más que un paso. Después, es claro que a ésta se le rodaría de seriedad y de mesura ficticia para incorporarla como fundamento de la crónica. La farsa de los primeros ya no sería maliciada, y los que siguieron caerían en el garlito, dando por histórico algo tramado con todos los pretextos y visos de veracidad por los bajos odios políticos.

En mucha parte pudiera ser que no resultaran ciertas nuestras inducciones, pero siempre quedarían en pie dos premisas transcendentales.

Una sería que el caso restringido y local, la parte mínima, no podría encajarse, ni comprender el todo. Eso estaría bien para los manualistas que en sus apuros no tienen otro recurso que correr a la ligera tras la generalización. Pero una interpretación sociológica es algo distinto de un manual.

Y aquí salta la segunda premisa. En efecto: hechos aislados y reprobados, no pueden elevarse como doctrina.

Pongámonos en la posibilidad de que las tropelías antillanas se hubiesen perpetrado como se supone. Al proseguirse la ruta, cayéndose en parecidas desviaciones,

huelga pensar que no había para qué haberse dado el trabajo de venir, si se iba a deprimir en mezquindades que contrariaban el propósito de la conquista, siendo así que en la labranza no se podría prescindir del nativo como bracero. Tan aproximada a la lógica sería esta idea, que se sabe de los abusos no porque los hayamos visto ni poseamos documentación clara, sino las más de las veces por informes y denuncias vagas e inconsistentes, cuyos autores fueron quizás seres amargados y fracasados. Las operaciones imperiales en las que se encontró la península en aquel entonces, sin duda que inclinaron al uso de los más abominables expedientes.

La guerra, en todos los tiempos, y aun en los primitivos, menos complicados por las falsías e hipocresías humanas, ha reputado como un honor nacional el espionaje y la delación. Semejante lacra de la humanidad, gravitaría en las actividades del predescubrimiento. Puede juzgarse de tal modo, ya que si repudiables en sí mismas no lo son para el extraño al conflicto.

Las reviviscencias no se debilitarían y ganarían el corazón de los desamparados, que en su ignorancia son los más dados al rencor, y que en los combates confunden la patria con el amor. Al cruzar los mares y aprestarse a la brega, la bravuconería refrescaría las impresiones pasadas.

Pero que en las preliminares escaramuzas de dominio todos tuvieran la oportunidad de practicar las veleidades corrientes, eso es algo relativo. Lo interesante es señalar que, terminados ya los procedimientos que se usaron contra el enemigo, se usarían después contra el compatriota, adversario enconado, y puesto que la educación y las luces no darían para más, se caería en esos procedimientos a falta de hallar otros más adecuados. El hecho no es nada extraordinario, ya que en la vida moderna, política o comercial, persisten dichas corruptelas. Los antecedentes colegidos, están en razón inversa con los ingleses, y la explicación está en que éstos, por su llaneza, no pudieron imaginar ningún imperio, ni verse envueltos

en prolongadas agitaciones guerreras que son las que encolerizan y dividen a los hombres.

El vicio de los lugares comunes hay que suprimirlo de las investigaciones, y el mal que hacen lo tenemos en los resultados. Así, sin ir más lejos, los minerales nos darán una prueba.

Las minas de América no fueron muchas, no se descubrieron en todos los países, ni se encontraron al mismo tiempo, mediando a veces hasta siglos de la explotación de unas a otras.

Sin embargo, se especificó lo del despotismo, sin reparar en las ofuscaciones inocentes y justificables, dadas las evoluciones mentales indopeninsulares.

Fuera de duda está que a los aborígenes se procuraría hacerles laborar los metales con procedimientos que les parecerían ultracivilizados, casi como una imposición inaudita, en tanto el empresario, guiado de sus sentimientos e ideas, estimaría que estaba en su punto en repetir y ejecutar lo que había visto y realizado toda la vida.

He ahí las confusiones, lamentables por supuesto, sobre todo en cuanto a sus consecuencias.

Por más que aquéllos sucumbiesen ante el peso sobrecargado, siempre quedaría la salvedad de los desniveles, apreciándose, además, los premeditados casos de refinada maldad.

De ahí, al igual que el respecto de las Antillas, distaría bastante de las causas, establecer un dogma. En Chile y ante los combatientes australes, no pudieron registrarse las imputaciones, porque se estuvo en contraposición permanente. A la inversa, fueron los españoles los violentados, y de este mal tratamiento no dice nada la historia.

La excepción elocuente de los chileindianos, nos la dan los patagones y los fueguinos, como también nos la aportan los kanacas de las Islas de Pascua y multitud de hordas y clanes que se han venido a descubrir ahora mismo.

Se podrá decir que porque no lograron encontrar a los últimos no dieron motivo para el rozamiento...

No fué pareja la colonia, ni sus consecuencias pudieron ser simultáneas. Exigir eso, equivaldría a desconocer las leyes de desenvolvimiento social.

En determinada región, la fundación se hizo un cuarto o medio siglo después, y unas fueron más habitadas que otras, y así una enormidad de diferencias que conviene tener en cuenta. En unas zonas como las de Méjico y Perú, se sorprendió bastante población indígena, y en otras como Costa Rica, Argentina y Chile, se la encontró escasísima y desparramadísima. Algunas eran calientes, otras tibias y no pocas frías, como asimismo montañosas, llanas, selváticas y encajonadas,

Las diferencias parece natural que contrastaran hasta lo inverosímil las posiciones e introdujeran las más vastas particularidades.

A todas aquellas hay que agregar las de la riqueza del suelo y la cultura de varias sociedades tribales que de consuno influyeron en diversos acontecimientos.

En la prehistoria, aquella riqueza y esta cultura corrían parejas. Una prueba palmaria de ello nos la darían los aztecas y los incas, quizás los superorganismos más populosos, que impulsaron a los dominadores y labradores a seguir determinada conducta. Al no mediar dichas modalidades, otras habrían sido las alternativas. Las agrupaciones en la inmensidad de obras metálicas, en los suntuosísimos palacios y templos refulgentes de oro y en los campos atestados de maíz y yuca, papa y cacao, tuvieron que ser un atractivo poderoso. Todas las características y hojalaterías aborígenes que simbolizaron poder y vanidad, arrogancia y ensimismamiento, a la larga fueron la causa directa de que los soldados extranjeros sintiesen despertar en sus almas parecidos espejismos y ansias. Fenómenos psicológicos bastante justificables. El desarrollo mental que facilitó el afianzamiento de dicho poderío, en no escasa porción serviría para invitar a los expedicionarios a sofrenarlos y de vez en cuando avasa-

llarlos. Sucedería después, que mientras más apta era la nacionalidad, más resistencia tuvo que prestar a las nuevas labores, que al herir la susceptibilidad y dignidad provocaron la irritabilidad del transplantado. No hay que desconocer que las astucias, por muy prehistóricas que sean, siempre implican mayores probabilidades de reacción.

Si la cultura, al menos la de los pueblos primitivos citados, hubiese sido algo madurada, asaz milenaria, la consecuente ponderación pudo infiltrar la doblez y el cálculo, como en toda raza gastada y envejecida, y de tal manera quizás habrían hecho frente al infortunio con menos riesgos y dolores.

Pero era reciente y tenía por lo tanto todos los atractivos de ingenuidad y vigor, de inflexibilidad y rigidez propias de los principiantes.

Los pobres no pudieron tener el recurso del disimulo y es bien sabido que apenas dos siglos y medio antes de la aparición de los conquistadores, aquellos, con penosos esfuerzos, lograron darse una constitución política interna, sorprendiéndoseles en medio de grandes lagos, que recordaban la transición palafita, bastante primaria por cierto.

En otras regiones la miseria y la ignorancia impidieron la más rápida y enraizada aclimatación.

Pudiera ser que esas zonas fuesen las que más sufriesen, porque al cultivador le darían doble trabajo y escasa esperanza.

A ellas deben haber llegado los últimos restos, casi los desperdicios de la formidable pugna, la más vigorosa de los tiempos modernos, concibiéndose que la amargura y decepción subvertiesen la piedad y la rectitud.

Todo ese cúmulo poderoso de impresiones, abrumaría a los gobernantes con sus singulares reveses, tornándolos escépticos. Dicha modalidad espiritual se vislumbra en la gestación del régimen, en la cual, las más veces, en la hora undécima, sin estudiar bien el problema o desconociéndolo por completo, se procedió apresuradamente. Al fin, todo se confió a los virreyes y gobernadores y

aunque éstos estuvieron sometidos a la más férrea y hosca sustitución a los tres años, salvo la consiguiente reelección que en raras ocasiones se producía, bien poco conocimiento lograrían ante mandato tan precario, sin olvidar que cada uno asumía el poder con la prevención del equívoco y languidez de su antecesor. Terminado el período y a juicio de su sucesor no había dejado de engañarse y pasárselas en minucias.

Era una confusión espantosa, que apenas nos la revelan en ínfima parte los archivos, presuponiendo dicho sistema el más lamentable enrevesamiento. El funcionario llevaba consigo a la familia y sus allegados y como venía de muy lejos los gastos serían crecidos y los sueldos escasos. La prerrogativa, fugaz como un centelleo austral, sería muy poco propicia para entusiasmarse y hacer algo práctico en favor del desempeño de la misión.

Después de siglo y medio de haberse abandonado el método, al investigador le parece raro el procedimiento. ¿Obedecería al principio moral de que los representantes y mandatarios, sufriendolo, no usufructuasen demasiado de la canongía, aprovechándose de la lejanía y de la falta de control inmediato para prolongar los peculados? Algún malicioso asomará la sonrisa a los labios al notar que lo que no se hacía en tres años, menos podría realizarse en treinta, teniendo las riendas de los oficios públicos y actuando en sociedades como las pasadas en las que por la carencia de tradiciones y de ambiente, no podía perfilarse un principio generoso de justicia y equidad. En realidad, en toda gestión embrionaria, siempre tiene que haber algo de forzado y de innmercido, tanto más en aquella época en que no se padecían los pujos multitudinarios, extremándose el espionaje y la delación.

Pudiera ser que en toda esa alambicada trama gravitasen las sombras de las guerras intereuropeas, que como toda plataforma de imposición que es afianzada y secundada por el éxito, se prolongó bastante, constituyendo la rancia prevención de que cualquier asunto se

solucionaba mediante la designación de los jefes, en la cual se ponía bastante intención para encontrar los apropiados.

En aquellas, en donde los muchedumbres luchan entre sí, fué paradójal que los hechos se presentasen y resolviesen de la manera antes expresada.

Pero para echar los cimientos de los reinos y capitánías dicha táctica no pudo dar más que medianos resultados, porque no se trataba de la prolongación de la institución ya lograda. Antes al contrario, se procuraba crear una situación, escogiendo las contribuciones insospechables que tendiesen a acrecentarla. En las ramificaciones imperiales, fueron útiles los brazos potentes, capaces de manejar el arado y el azadón. En tanto se lograba la depuración, la cooperación, aunque modesta, dió enormes resultados. Los regionales, a la par que los hispánicos, rindieron su tributo. Una trayectoria así tenía que ser de trabajo y acción y por la rusticidad de las labores ambos se aparejarían en una común y emocionante brega. Dada la modestia de la obra los que menos falta harían serían los mandones que, de ordinario, responden a un prejuicio doméstico y burocrático, disfrazado con un falso propósito de bien público.

Por más que en la oscura y lejana protohistoria se presintiera lo que ahora apenas se vislumbra, siempre se tendrían por delante los tradicionalismos y estrecheces de círculos que contaminarían a los núcleos aún más pacíficos y menos medradores del momento.

Es así como se llega a comprender que a través de la visual combativa, muy fatigada por los respectivos esejismos, bien poco y deformadamente se podía apreciar las infinitas graduaciones que trasuntaba la estructura reciente. Al contrario de la serie de virreïnatos y demás que por sus inmensos contrastes y distancias de la metrópoli dilatarían forzosamente la objetividad, la guerra, con su uniformidad cortante, la reduciría al mínimo.

Hay que tener presente que si por la política aquellos experimentaron y transmutaron las consecuencias inter-

dependientes, la colonización y la masa indígena no pudieron sustraerse a las desviaciones inherentes. Depoñiendo las complicaciones oficiales se revelaron las zonas productoras y ante este hecho no debe olvidarse el contrapeso que tendieron la labranza, el comercio doméstico, la industria familiar, el arte, la religión y la cultura.

La interdependencia en el Nuevo Mundo

De todo el vasto proceso del descubrimiento, la conquista, la colonización y sus ramificaciones imperiales, se desprende la interdependencia, que renueva las actividades.

Los genoveses y portugueses, inspirándose en los griegos y en los romanos y éstos a su vez en los fenicios, trataron de abrir nuevas rutas para disputarse el dominio del mar en la Edad Media.

Semejantes esfuerzos lograron despertar el entusiasmo en Europa, provocando trascendentales iniciativas.

Una de ellas fué la de España, que empeñada por Colón y algunos compañeros se lanzó audazmente a los océanos, sin saber de fijo a qué iba ni en que iría a parar la aventura.

Es probable que las cálidas ráfagas arrobadoras sobreejecitasen al hispánico. He ahí una de las transmudaciones más complejas y que, sin embargo, revelan la subordinación psicológica más amplia. Así, el celo místico medioeval, tan combatido e incomprensido, al aguzar la sensibilidad de lo desconocido, sin duda alguna concurrió a fundamentar la inclinación moral y volitiva.

De hecho América resultó ser el *más allá* que a todos continuó inquietando. El arribo a Santo Domingo y a Haití sobrecogería al sorprender pequeñas y humildes regiones y playas lánguidas como el esmirriado ser que las habitaba. Por lo demás, ello serviría de nuevo espolique. Si en vez de llegar primero a las islas pobres se hubiese llegado al continente rico, Perú o Méjico, las cosas, de por sí, habrían cambiado. La mayor comple-

jidad y los fecundos motivos de admiración que dieron estos pueblos habrían resultado sedantes para los embajadores de lo ignoto.

Es probable que la recalada en Bohío (Santo Domingo) y en Quisqueya (Haití) sirviesen para el eslabonamiento espiritual, puesto que la disconformidad forja rebeldes a los audaces, movidos por un ideal superior. Lo modesto y dolorido, como debió ser el primer grupo antillano, fué, sin quererlo, el fuerte nexo que estimuló a los intrépidos navegantes, poseídos de la inefable melancolía ondulante del mar, que siempre ve pasar sin quejarse a las caravanas de todas las partes de la tierra.

Luego, otros hombres, siguiendo la ruta, arribaron a Cuba y de aquí, informados por los indígenas, pasaron al frente, dirigiéndose al Cabo Catoche, sombrío mundo de agua, situado bajo uno de luz resplandeciente, y al costado de otro de praderas calcinadas, como el Yucután.

En Méjico se inicia la imposición. Las tristezas y penalidades del camino que era necesario proseguir alentaron a los entusiastas.

Los que vinieron más tarde sufrieron la sujeción que transmudada se observa en la imitación y la costumbre, la moda y el contagio. Por eso la dominación se extendió desde Quiché y Cuzcatlán hasta el Sur.

Los agentes directos de dicho poderoso movimiento imperan a sus anchas, sobreuniéndose, además, a la selva iracunda y al océano tempestuoso. Gran cosa fué, sin duda, la subyugación de los hombres y de las sociedades; pero el hecho de que se enseñorearan, enroscándose como una culebra hasta lo que hoy se conoce como el Polo, será una fuente perenne de ensoñación. Lo ignoto se alzaba entre todos ellos, atrayéndolos. El paso por los canales y por el Estrecho, que después tomó el nombre de su descubridor, fué el desafío más atroz lanzado contra las soledades antárticas.

Es innegable que en todas esas magnas empresas, existió una profunda correlación, alimentada por la devoción y sostenida por el afán de lo desconocido. Sin

ella, es indudable que se habría realizado muy poco.

Las acometividades colectivas son a veces consecuencia de algo superior a los hombres si por acometividad entendemos la idea pura, despojada de todo artificio mundano y confundida con el misterio de la existencia.

El jalonamiento de impresiones en su forma externa es digna de tomarse en consideración, ya que alterna con diversos factores.

Luego de realizarse la incorporación del continente a las labores más adelantadas surgió la piratería más audaz y desenfrenada, que intentó ponerse en contra de la entidad expansionadora. Los primeros tesoros aborígenes, los tesoros imponderables de Moctezuma, fueron saqueados en alta mar. En tal época a la débil embarcación velera, expuesta a todas las contingencias de los vientos y de los descuidos en las accidentadas bahías improvisadas, le fué fácil perpetrar tales atentados, erigiéndose en avanzada de una modalidad que se perfilaría más tarde. ¿Quién hubiera creído que los corsarios iban a ser los precursores de la oscilación inglesa hacia el extremo norte? La humanidad que siempre ve el bulto y por él prejuzga al contemplar los despojos, imaginaria que las zonas no sólo eran vírgenes, sino de riquezas desbordantes, capaces de distraer a todos. Es posible que los valores aztecas, caídos en manos mercenarias, hayan sido los oscuros agentes psicológicos que impulsaron el éxodo a lo que pasó a denominarse Nueva Inglaterra.

Si de golpe se hubiese sabido la verdad, quizás todo se hubiera aquietado. Aunque enormes, dichos tributos fueron excepcionales, como los del Perú. Los pueblos antiguos ya no dieron nada parecido. Como la realidad la revelaron los hechos, después de mucho tiempo y duros trabajos, el engañoso espejismo hizo su efecto. Los que con los años fueron los seres más prácticos, por paradoja empezaron a experimentar el prisma de lo aparente.

La piratería concluiría por apresurar la noción de madurez entre los gobernantes, al darse éstos cuenta de que las posesiones trasatlánticas empezaban a valer algo,

desde el instante en que se disputaban sus frutos. Sabido es cuanto encienden los ánimos los odios y las rivalidades, y con seguridad la maniobra detentadora que ejecutaban miembros de otra raza, distinta religión y encontrada nacionalidad, terminaría por sublevar a los escépticos y alentar a los ambiciosos. Si aquellas comenzaron a allegar contribuciones y aun más penas y sacrificios como todo lo que nace, poco valdrían estas ante el alzamiento de las vanidades e intereses monárquicos, religiosos y castales. ¡Cómo se exaltaría la soberbia de los políticos peninsulares al darse cuenta de que un país mediano de dos millones y medio de habitantes, empujando a algunos saltadores, se atrevía a disputarle a otro pueblo de diez los trofeos a que tenía derecho! No se podría permitir tal humillación y el orgullo herido y la dignidad ofendida, pudieron más que la voluntad y el deseo de laureles. No se tienen pruebas reales para fundamentar las inducciones. Pero los aprestos y medidas que se siguieron, así nos lo hacen presuponer. Por ellas, se interesaría el pueblo, al saber que los de arriba se preocupaban de la situación incierta del ultramar.

Por todas esas minucias de la vida que relacionan pasiones y egoísmos, es por lo que se manifestaría el flujo y reflujo correlacionador, tan necesarios para el vigoramiento de las aspiraciones.

Las actividades que al principio fueron malversadoras, con el tiempo convergieron a cimentar una factoría, en contraposición con la colonización hispánica. Así como ésta costó inmensos sacrificios, de la misma forma la sajona implicaría otros tantos, y lo hace pensar así el ser inverosímil que una pequeña nación, replegada en sus islas, solitaria como ellas en la historia, de la noche a la mañana haya aparecido instituyendo semejante poder. La duda asoma a flor de piel y nos hallaríamos propensos a considerar que ésta debió ser cosa fácil. Pero es más humano observar que la emulación despierta anhelos que aparentemente estaban dormidos y que, libres de constreñimiento, exigirían encauzarse.

Por el perfilamiento de la plataforma aludida, el contraste se dejó sentir y es probable que debido a él los núcleos peninsulares fuesen reforzados al saber que también se hacía algo parecido en el extremo norte, cuya zona había quedado sustraída al esfuerzo propio quien sabe por qué capricho. Tal vez por que era muy fría y a la par que se iba más hacia el norte, nevaba. Por el descubrimiento de las Antillas se estaba a un paso de Méjico y de aquí a otro de la América Central, pudiéndose por tierra desparramarse hacia el sur y remontar el estrecho de Magallanes. Pero se imaginaría que los que penetraron en las regiones subantárticas, más glaciales por supuesto que las del Norte, bien pudieron hacer lo mismo con ésta, conquistándolas. Acaso el antiguo Anahuac fué una muralla gloriosa que no hacía mas que atajar todo impulso que no estuviera a su altura. Desde el actual Río Bravo se franqueaban la calcinante Arizona y el desolado y medanoso Nuevo Méjico y los clanes de los alrededores eran demasiado pobres, guareciéndose en acantilados o en palafitos. Es probable que con ellas sucediese lo que con el sur del Pacífico, que fué abandonado porque no tenía minas y por la suprema indigencia local, a más de otra razón, la de que los países frígidos no son tan fértiles como los tropicales. Es sabido que la opulencia cálida permitió un desmesurado poder patriarcal y que en la zona austral, los excesivos elementos, que no pudieron ser contrarrestados, se reflejaron en la precaria producción que impuso la necesidad de que cada cual se valiera de lo suyo sin ambicionar nada más.

La preadaptación británica en territorios que abarcaban la cuarta parte de los que poseían los españoles, moralmente fué una fuerza contrapesadora de pretendidas decepciones. Estando al frente los otros, ya no se podía cejar y había que seguir adelante.

He ahí un fundamento psicológico interdependiente y de los más profundos que contrabalancearon las desequivalencias exhibidas y quizás en un supremo orgullo refinaron más las exaltaciones religiosas y económicas.

Los ingleses, por su parte, engréidos e irritados por la enemistad dogmática y por el auge del imperio peninsular, procurarían no trazar una caricatura. Tal vez el despecho por la cristianización y dignificación del indígena, les hicieran dar mayor importancia que la que tenía o no había tenido nunca el precepto evangélico de la inalterabilidad de la tribu, proclamando el repudio del cruce con el nativo.

Siguiendo el Deteuonomio, los puritanos estaban inhibidos de casarse fuera de su raza. Pero es factible que ésto no hubiese sido más que simple prejuicio dogmático que se habría mantenido por que sí, ya que la existencia aventurera, pobre y exclusiva, sustrajo de todo roce extraño. En el transplante, pudo haberse probado la consistencia del prejuicio y observar si era tal prejuicio o uno de tantos subterfugios transmitidos por la inercia humana. La prevención contra la virtud cristiana, que propulsaba la mezcla, sobresaltó a aquellos y desoyendo la experiencia y las conveniencias se mantuvieron rígidos. Era curioso. Salieron de sus islas por desdoblamiento económico y teológico y ante una bagatela perdieron el rumbo, sin perjuicio de que la hipocresía y la reserva tendiesen un velo sobre la locuacidad y la expansión.

La susodicha rivalidad, concluyó por sustraerlos de la grandeza humana de levantar al caído, al piel roja u irroquí, que se sintieron entre ellos despojados de sus lares y recursos de vida. Aun se les acusa con insistencia de haber perpetrado la destrucción despiadada y a mansalva. ¡Qué hecho más horrible y sólo por desaveniencia dogmática!

Si por el aspecto moral mutilaron su obra, tornándola estrecha y egoísta, por el material y el nacional, los puritanos aceleraron sus actividades, hasta llegar en poco tiempo a levantar una factoría con inmensas perspectivas. Sufriendo el contraste y para lograrla más rápidamente, no tuvieron mas que valerse de lo práctico y lo que guardara relación con el éxito inmediato.

Los españoles, por su parte, al percatarse de los propósitos del adversario, recrudecerían en la reducción y evangelización, culminando en las exaltaciones inferidas.

Los hechos y las secuelas son tan simultáneos, que es imposible dejar de apreciarlos.

Siguiendo el curso de estas observaciones podemos pensar que los extremos sentimentales, derivados en considerable proporción de exigencias intrínsecas, coexistieron con otras exteriores.

Es posible que las primeras generaciones experimentasen con parquedad los efectos del antagonismo, si se tiene en cuenta la falta de comunicaciones, el aislamiento de los poblados y la escasa acción correlacionadora de la palabra impresa y hablada, que dificultarían enormemente el rápido conocimiento de los hechos y la difusión de los odios y suspicacias. Pero con el correr del tiempo y siguiendo las inspiraciones de la *sede*, no es dudoso que se abriera camino el concepto de que en el norte los protestantes lo hacían todo al revés, prescindiendo del aborígen y en ocasiones destruyéndolo. Quizá la ingeniosidad de algunos, la prevención racial de otros y el ofuscamiento doctrinario de los más, encontrasen en la violenta oposición el motivo para extralimitarse y continuar por la pendiente.

Idéntica contrariedad que la padecida por los miembros de la corte al enterarse de los asaltos marítimos, aquejaría a su vez a los sacerdotes coloniales, quienes de buena fe, sin duda, estimarían como un salvajismo que se atentase contra la existencia del piel roja y del irroquí, o en el caso menos brutal, se le apartase sin justificación de sus proverbiales centros, confinándoseles a las montañas y a las selvas, en donde los infelices tendrían que ser presa fácil de la fiera y de la epidemia diezmadora.

En el paulatino progreso de los virreinos, reinos y capitanías, la interdependencia, afianzada por la necesidad de equilibrarse el imperio español con el inglés y viceversa, medió con redoblada eficacia.

La piratería casi se oficializa, antes de que los isleños se arraigaran e intentaran solidificarse por entero.

Los corsarios cruzaron el estrecho de Magallanes y pactaron con los chileindianos, cuyo apoyo les sirvió de mucho para emprenderlas contra los puertos australes.

En resguardo de aquellos se fundaron las ciudades en el interior, algo lejos de las costas, para así esquivar los zarpazos de los salteadores de las aguas.

En el extremo sur se establecieron algunas en la boca de los ríos y en las bahías estratégicas a fin de comunicarse por el litoral y hacer fracasar el asedio indígena. En el resto del continente, por excepción, se ganaban las riberas, más bien como indispensable salida del interior.

En casi la mitad de la gestación las capitanías, reinos y virreinos se sintieron trabados por los antedichos perturbadores, no pudiendo valerse del mar como les fuera preciso. Se navegaba con dificultades y la enorme flota semestral trasatlántica, nos pone casi al corriente de los inmensos peligros que había que vencer al desplegar las velas y tomar el nuevo rumbo. Dicho despliegue marítimo, que a la postre resultaba más guerrero que comercial, demandaría cuantiosos desembolsos, con los cuales se recargarían demasiado los negocios que se procuraba realizar.

El grande elemento que siempre ha sido agente directo de las operaciones, al menos en el primer siglo, debido al considerable obstáculo, no desempeñó el papel preponderante que estaba llamado a representar para poner en movimiento las energías que se encauzaban. Y lo más extraño fué que, habiéndose prestado con alegría tanto los descubridores como los conquistadores para que lo surcaran sin grandes tropiezos, en las tareas que se sucedieron ya no fué lo mismo y se le vió sirviendo en una forma u otra a los dos bandos, sin que por ello, al favorecer a uno en perjuicio del adversario, evitara el debilitamiento de las empresas que se iniciaban.

Por él estaba aislada y casi perdida América, y por él fué posible reincorporarla a la evolución; y al afianzarse

la simultaneidad con el encanto de sus aguas y el misterio de la travesía, impulsó a los más románticos, espoleándolos hacia las regiones promisoras.

Pero de súbito dió margen a otro proceso histórico; la piratería, que sin él no habría existido. Claro que si no hubiera mediado tanta distancia entre España y sus posesiones indianas, las cosas habrían cambiado bastante. En la hipótesis de que a la península se le hubiera depurado una travesía como la que tuvieron los griegos, más reducida y tranquila, queda fuera de toda duda que los depresadores habrían sido reducidos a la impotencia.

El mar que para los hispánicos hizo las veces de ruta abierta, les resultó, sin embargo, dilatadísimo, obligando a asimilar temerarias impresiones. Quizás a la vaguedad angustiosa de su límite bajo el peso del escaló, otras desilusionantes sensaciones y demoras contribuirían a anticipar lo que sobrevendría al dominar las olas y enfrentarse con las selvas, montañas, llanuras y páramos que revelarían sentimientos parecidos.

A la regresión que personalizaron los corsarios, habría que agregar otra, acaso pasiva, pero, por lo mismo, de más prolongada e indefinida trascendencia.

En el trópico, las costas eran demasiado calientes e insalubres. Casi lugares de muerte. La inestabilidad antillana, pues por lo común todos iban de paso y pocos trataban de quedarse, es probable que se deba a lo mismo. Santo Domingo, Haití y Cuba, serían humildes, pero su inmediación a Europa les daba una situación privilegiada. No obstante, se depone ésta y el éxodo es permanente; siempre de paso, esa parece ser la consigna. Las islas de fuego se quedaban con su pobreza y parece que las playas, malsanas para el extranjero, vedaban toda contaminación interior. Los hombres de Hernán Cortés, a causa de su permanencia en las cercanías ribereñas, empezaron a enfermarse, a pesar de la experiencia del capitán, que primero había trabajado como agricultor en uno de los lugares amenazantes. Quizás el hecho de que llegaban en són de dominio y dispuestos a guarecerse del peligro

de los barcos anclados, los haría desafiar las iras palúdicas de las orillas en previsión de las de los aztecas, amurallados en el centro, en las montañas elevadas y en medio de los grandes lagos.

En el sur, en las regiones meridionales, por su inmediación a las zonas antárticas, el litoral era alborotadísimo y, en los confines del estrecho de Magallanes, lo más bravo del mundo, por fortuna se descubrió ese paso, pues de lo contrario el cabo de Hornos habría seguido siendo la tumba de los expedicionarios. Los horrorosos naufragios resultaban innumerables y llenan de luto casi toda la crónica protohistórica.

Aunque los canales equivalieron a incommovibles contrafuertes de perpetua tempestad, los golfos Pilar y Pena, avanzadas obligadas y demasiado abiertas, ocasionaron arriesgados trastornos.

Por el lado del Atlántico, las peripecias tenían que ser menores, porque las corrientes enfurecidas se desprenden del Polo hacia el Pacífico. Sin embargo, solo después de mucho tiempo se estableció el puerto de Buenos Aires, que más tarde se redujo a caleta recaladora, para desviarse hacia Sante Fe, en donde asentaron un puerto fluvial. Sólo de regreso del Paraguay, y al transcurrir largos años, se volvió al estado de antes. Dichas oscilaciones se debieron acaso a la presencia de los salteadores marítimos.

En el reino de Chile, a excepción del de Valparaíso, los que se fundaron en la zona guerrera austral, no fueron puntos comerciales, sino mas bien fuertes, mediante los cuales se hizo posible la comunicación costera desde el instante que importó sobremanera extenderla por los valles. Las fiebres endémicas en unos, las asechanzas en otros, además de los corsarios, es claro que de manera poderosa obligaron al hispánico a apartarse del mar. Fué una verdadera desgracia, pero que no debe sorprendernos excepcionalmente si se tienen en cuenta que contra tanta dificultad no se oponía más que una precaria navegación a vela, que registró inacabables siniestros, peno-

sísimas preocupaciones y considerables pérdidas de tiempo.

Los males agravados por la escasez de población y por lo resbaladizo de todo lo que se trataba de organizar, pasaron a jalonar una espesa tradición. Por más que con el correr del tiempo en algo se modificaron dichas condiciones, el mejoramiento de la marina mercante, la decadencia de la fatídica institución apresadora y los descubrimientos médicos a base de quinina contra el paludismo, el hecho es que las pavorosas impresiones empañaron los más fecundos afanes de engrandecimiento.

La prevención contra el mar gravitó como una herencia psicológica en las demarcaciones imperiales, para lo que sobraban razones.

A ello debe atribuirse, tal vez, el ritmo demasiado moderado y acompasado que tomó el perfilamiento mercantil. Cuando se haga de esto el aludido estudio, seguramente resaltará más el relieve de lo que ahora se vislumbra en los entretelones de la historia.

De todas maneras se alcanzará a comprender que sin los retrocesos expuestos, el transplantado se habría encariñado con el océano y hubiese hecho de él su principal agente. No en balde los antepasados lo surcaron gloriosamente, volviendo sobre él de nuevo, una vez consumadas las hazañas maravillosas. Estaba bien. Pero se pensará que ellos por una vez sólo lo demandaron en forma suprema y condicional, mientras que los que siguieron sus huellas, a falta de los caminos terrestres excesivamente obstaculizados por los bosques, los desiertos, los médanos y las maniguas, debieron verse obligados a prolongar las rutas del mar.

Sin ninguno de los trastornos enunciados el hispánico se habría inclinado hacia las costas y con ello hubiese dado fortísimo aliento a la gran obra labradora.

El mercado solamente podía allanarse merced al litoral, ya que los de una parcialidad a otra no sólo habrían sido onerosos, porque todas producían casi lo mismo, sino porque se hacía imposible por los inconvenientes físicos internos de todo orden.

Los factores negativos ganaron el alma colonial y la hicieron su víctima. Sobre ella, llegaron a echar tal cúmulo de inercia que lo que no hicieron los de dentro lo realizaron los de fuera. El intercambio inglés, que reemplazó a la piratería, excelente prueba exhibirá de ello, por más que sus componentes, por las circunstancias, se convirtieron en sus genuinos personificadores. Saqueando en plena travesía o en la ribera, alternando con sus espías y emisarios secretos arraigados en los centros urbanos, el hecho es que ellos daban movimiento a las materias primas, abriéndoles mercados y fomentando negocios. Así se pusieron en manos de un tercero reservas inmensas que bien agenciadas habrían sido motores de innegable prosperidad.

Ante el éxito forzado, extraño, se piensa si los tropezos peninsulares lo serían a su vez para los atentadores a quienes en algo alcanzarían.

Es que para los isleños en correrías, la posición era distinta, casi opuesta.

La irritabilidad malsana no podía causarles destrozos de consideración porque casi siempre iban de paso y se mantenían distantes, sobre las olas, anclando rara vez y por necesidad premiosa.

La braveza subantártica quedaría en cierto modo desarmada por el temperamento marítimo, propenso a subvertir todo género de riesgos. La connaturalización legendaria y la experiencia que irían acumulando para dominarlos, llegada la hora les serviría bastante, contándose, además, con un poderoso estímulo y un sedante contra toda clase de dolores, aun los más negros, los de alma angustiada por sumo mal en los ajetreos materiales.

De resultas de amarga contrariedad, el cabotaje hispánico no tomó el incremento a que lo forzaban la explotación de los crecientes productos. Es posible que el minero o el labrador y el gobernante atentos a aquellas, tratasen de adoptar una actitud pasiva, de expectativa en unos casos, de abstención en otros. En tanto se pudo temer que esa pasividad hicieran olvidar el Atlántico y el

Pacífico, empezaron a prevenirse contra ella. La modorra, que siempre gana a los espíritus, sobre todo cuando son de cultura y moralidad escasamente perfilada como serían los de los primeros transplantados, haría sus efectos. Ante tan insólita conducta, no se sabe por qué viene a la mente la actuación de Hernán Cortés. Sabido es que éste ordenó echar sus buques a pique en la rada de Veracruz, siendo así que Cuba quedaba casi a un paso, quizás a menos de un par de días de navegación. Posiblemente sacrificó los penosos esfuerzos que la flota habría demandado en su construcción, no enviándola a la Habana o a cualquier otro punto cercano, en previsión de que pudieran valerse de ella para llegar en seguida y tratar de suplantarla. Después de todo, al que los inutilizó por una contradicción de la vida, se le vió trabajar con exceso de fatiga pequeños barcos para dominar algo menos importante, los lagos interiores aztecas. Parece que en las ejecutorias cortesanas, se escondiese un signo fatal que luego pendería sobre los compatriotas.

Sea lo que fuere, el hecho es que los filibusteros se inspiraron profundamente, pesando la vitalidad de las entidades y midiendo los territorios abandonados e inexplorados todavía. La observación directa y el propio conocimiento, pasarían a darles fe para seguir arriesgando, madurando a su vez la idea de que era posible una factoría. De la suprema indigencia material, la máxima iluminación. Eran almas del agua, brotadas como su isla grande, entre el rumor estrepitoso de las proteicas olas glaciales y que simultáneamente empezaban a flotar por encima de todas las del Nuevo Mundo. Enemigos de la tierra, por que ésta les había sido ingrata en su desmembrada pequeñez, los corsarios amarían el mar y confiarían en él, como en el amo de la libertad apetecida.

Es así como debe haberse madurado el plan de la irrupción inglesa en el Norte, siguiendo las miras de los pobres audaces. Dejarían de creérseles, hasta que al fin la realidad dió la razón a los ilusos. Es probable que al principio se estimara que éstos fueron víctimas de algún

espejismo nacido de la costumbre de tragar distancias y dominar océanos ignotos. Por eso es que los continuadores se demoraron tanto, como contrariados de seguir a los desarrapados guías. A la postre, el pirata haciéndose alcanzar. Era un ente increíble el que le pisaba los talones. Lo que son los contrastes de la vida, ¡el puritano detrás del salteador de los mares! Con toda probabilidad en éstas paradojas, que quizás no sean más que una modalidad más amplia de la existencia, se encontrará la génesis de uno de los procesos históricos más emocionantes de los tiempos modernos.

Constituido el radio de acción británico, no de golpe como el otro, sino con cautela de viejo lobo marino, que calcula la marea y los vientos, avizora el horizonte y se esfuerza por penetrarlo, fué declinando poco a poco el personaje peligroso.

Es probable que el corsario se transformara en mentor de cabotaje, en aquel que tanta falta le hizo a los virreynatos, reinos y capitanías, para sacar el más apropiado partido de la dádiva mayor que la naturaleza ha puesto a disposición del hombre. De esa forma se observa el súbito aumento que logran los inmigrantes isleños, abasteciendo con materias primas y objetos manufacturados a los principales países europeos.

Afianzada la prosperidad interna, aquellos persiguieron con constancia implacable la externa hasta convertirse de hecho en los intermediarios obligados, luego de propugnar por la respectiva libertad. Antes, mucho antes de este acontecimiento, con las depredaciones primero y después con el contrabando, ellos mismos hicieron imposible el monopolio, no obstante que en sus dominios lo ejercitaban con despiadada crueldad.

Casi un siglo antes de la Independencia, la marina mercante de dichos elementos navegaba por las playas indianas, estableciendo así el intercambio en la más vasta escala.

Se empezó a importar y a exportar directamente, sin mediadores casi, y de ordinario intervenían en las ope-

raciones de consumo el productor y el negociante extranjero.

He aquí una de las evoluciones más netas, y que destaca una intensa anomalía.

Estribaría esta en que el colono, en cuanto su eficacia práctica experimentó algo que no había visto nunca, ni cuyas consecuencias había imaginado y que con seguridad no olvidaría ni desdeñaría jamás. Nos referimos a las transacciones libres, sin sujetarse a los consabidos cartabones.

Al exacerbarse el egoísmo con la oferta y la demanda la proverbial rigidez institucional se hizo más flexible.

Los intereses representaron un valor superior al geográfico, y la importancia de ese valor oscilaría entre la pretendida autonomía y la urgencia de fomentarla.

Por aquellos intereses, las posesiones coexistieron con las ejecutorias exteriores, se zafaron de todos los límites cobrando alas impresentidas. Así, al instante, se vislumbraría un desahogo y se encontraría la descongestión, largamente buscada o enmohecida.

En el orden moral, la consecuencia de todo eso ha debido de ser enorme, ya que el precedente daría calor a las aspiraciones y efusiones personales.

Debido a transformación de tal magnitud, lo que por si ganaron los mineros, labriegos y negociantes transplantados, lo perdería a la larga la estructura política, puesto que entrañaría una deficiencia desmedida el hecho de que no sólo no se hubiese podido atender paulatinamente una elemental exigencia, sino de súbito, atolondrada e imprevisoramente, pretextar la intromisión más inverosímil. Lo que en cualquier aspecto era caer en la boca del lobo.

Con el tiempo, los trucos y engaños se corregirían un tanto y así el procedimiento ya no sería un juguete en las manos inocentes.

El intercambio, modificándose siempre, innovaría los usos inveterados. Las necesidades, una vez cubiertas, fomentarían otras, creándose situaciones propicias a la rápida solicitud.

La niña y la joven, la señora y la anciana, que experimentaron la sensación alborozada de un artículo nuevo de procedencia extranjera, aunque hereje, no podrían volver atrás, y ya se sabe lo que influyen el lujo y las coqueteterías en las mujeres.

El confort, las ganancias, la movilidad del capital, sobrecogería a los hombres, creyéndose muchos de ellos en el edén de las placenteras satisfacciones, a despecho de los sagrados sentimientos patrios.

El hecho de que no pudo o no supo darse tal despliegamiento, es secundario.

Lo fundamental es que logrado, provocó resaltantes subversiones y aceleraciones.

El corolario de éstas se apreciará en el sentido del ritmo que germinará y madurará, dando unidad a los fermentos diversos.

La interdependencia, como se habrá observado, no ha podido ser ajena, y climatérica, geográfica, topográfica, racial y económicamente se exteriorizó en la suma variedad de factores, como para alcanzar más consistencia.

Sus transmutaciones harán pensar en las leyes del superorganismo elevado, bajo las cuales caen todas las agrupaciones, por más incommovibles que se estimen.

Los intereses económicos, poniendo en acción los sacerdotales, impulsaron el ritmo

Las alteraciones producidas y por las cuales se acentuaron las nuevas ramificaciones siguiendo a las antiguas, predominantemente son de índole mercantil.

Las ideologías y teorizaciones bien poco, o casi nada, tuvieron que ver con aquellas alteraciones.

Estas, ya se sabe, ganarían la mente de unos cuantos, y como toda aspiración política reformista, obligaría al debate amplio, a la exposición periodística y al calor público, tanto más en los grupos tradicionales, sustraídos por lo común a las novedades.

No se ignora que en los preliminares revolucionarios no hubo nada de eso y que, por lo contrario, se produjeron mixturas extrañas.

La mayoría de las juntas emancipadoras las constituían curas y militares y aun entre éstos se dieron excepciones comprometedoras. En Méjico, los frailes Hidalgo y Morelos se ponen al frente de los movimientos armados y en Chile el clérigo Camilo Henríquez, se torna periodista, y aunque por su forma vaga poco pudo influir en el pueblo, al menos se concibe que haya logrado penetrar en algunos cerebros.

Sabido es que el sacerdote era demasiado rehacio a la polémica, a la controversia y al llamamiento de asamblea popular, hasta el extremo de poderse aventurar que en la gestación de la Independencia no se tuvo idea de tal reunión.

Los ricos hacendados, conjuntamente con los congregacionistas y soldados de graduación, personalizaron los

comités, en los que figuraron seres sin color alguno, que acaso respondieron a la inicial convocatoria y después no aparecieron más. Respecto de éstos últimos se puede citar la historia con sus numerosas descripciones de ancianos que presidieron las discusiones. En efecto; en Chile tenemos el caso del inflado señor veterano, de cerca de ochenta años, de don Mateo de Toro y Zambrano. Si este hombre octogenario no fué una simple pantalla, poco partido se podría sacar de él en momentos en que fuera necesario llegar a las manos.

El hecho de que los personajes antes citados se destacaran como apadrinadores, es por demás significativo, si se tiene en cuenta que en la postrimería de la declaración de la soberanía arreció la vinculación con los ingleses.

Todas aquellas falacias de las crónicas y manuales, como la división de clases, el mal trato de los indios, la condición inferior de los criollos, etc., quedarán como secundarios hechos de la vida de relación frente al motivo esencial que empujaba a la coalición de los terratenientes aristócratas y los jefes enriquecidos.

La participación de las clases constituídas en esas coaliciones, es indudable que resaltaría en extremo y en sociabilidades mansas como las aguas de un río, los fermentos empezaron por ellas.

¡Los frailes rebeldes! ¡Los adinerados en armas! ¡Los militares proclamando la libertad! En verdad, cuesta bastante creer tales cosas, por más que aparezcan documentadas.

El escepticismo nos domina doblemente.

Ahí, en donde nunca había habido transtornos, aquellos señores comenzaron por dar el ejemplo, incitando a ellos y participando de hecho en los fragores de los combates, al igual que los mejicanos antes citados. Los seres más pacatos, más disciplinados, más calculadores, abren las filas y marcan el paso. En verdad, es sumamente confuso. Porque eso habría estado bien para otras categorías; el pueblo o la clase media, por ejemplo.

Pero es que en el pasado no existieron ni esta ni aquel

en el sentido político y moral. La aserción es muy moderna y en aquel entonces, con poca diferencia de ahora, no pasarían de vacuas denominaciones.

Parece natural que no existiendo dichas graduaciones, fuesen los acomodados y los regimentados los promotores de los conciliábulos.

No se crea, tampoco, que todos obraron de consuno así. No. La división más enconada se produjo entre ellos.

De una parte los hubo hispánicos y criollos, aunque por lo general, éstos eran hijos de aquellos, lo cual imprimía escasa diferencia a sus pretensiones. Los mestizos eran muy escasos, una verdadera minoría, y pudiera ser que los mejicanos se encontrasen en este trance.

La división no paraba ahí. Bastantes campesinos, peninsulares afortunados, participaron en favor de los rodeos. Algunos desembozadamente, como Larrea en Argentina, y otros en forma muy solapada.

La oposición entre españoles y descendientes de los mismos, no se comprendería en todo su vigor si no se echase mano de pormenores que no se ha tratado de tomar en cuenta y que apenas se inducen de la lectura de los periódicos de la época.

En los virreinos y reinos fueron frecuentísimos los disturbios y divisiones entre los conventos y congregaciones, formando verdaderos bandos, los cuales prohibían o repudiaban según la conveniencia y la actitud que observara el contrario.

Al parecer, los miembros de aquellos se diferenciaban a su vez por sus entronques, sus influencias y su regionalismo.

En la zona meridional los intereses eclesiásticos eran cuantiosos y en el desenvolvimiento se advirtió una rareza. Los obispos hablan contra sus subordinados, denunciando su rapidísima prepotencia. En *Sociología Chilena* citamos al jefe de la iglesia que decía al rey en 1760: «que en la forma que iban las cosas, no pasaría mucho tiempo sin caer las tierras de Chile en mano de los sacerdotes» (Página 83).

La pugna no sólo se trabó entre ellos, que eso habría resultado algo jerárquico, sino que se hizo pugna de castas, como aconteció en el hecho histórico austral al ponerse el clero frente a frente, como otro omnímodo poder, del que encarnaban los soldados armados, embriagados por la guerra y exaltados por sus glorias fugaces.

Al estabilizarse las fundaciones, muchísimo antes de propalarse la idea de emancipación, en el clero germinaron los partidarios que se arraigaron en virtud de los recursos colosales de algunas congregaciones, no siendo raro que las menos privilegiadas trataran de limitar la ambición ajena y todas a la vez, poderosas y medianas, celebrasen, como en la expulsión de los jesuitas, el quebrantamiento de la competencia contrarrestadora.

Luego, se podrá apreciar que a eclesiásticos que estaban disgregados, no les sería fácil aquietar sus egoísmos.

Es así como, por asociación de ideas, acabaremos por relacionar la participación levantisca de los curas contra la apaciguadora de los otros.

Eran las antiguas querellas y estrecheces las que los incitaban, hasta alzarlos como irreconciliables enemigos.

Claro está que los de la orden adversa, a media luz y quizás entre tinieblas permitieran obrar a los americanos, ya que estaban separados con los de boatos que resistían la reforma política.

Parece natural que de ese modo aquellos se sintieran más fuertes y tranquilos y saliesen de sus iglesias a oficiar en cosas completamente yuxtapuestas e inconcebibles en las que mediaba el pasado enconado.

Se comprende, por los titubeos y vacilaciones de las iniciales reuniones, que éstas no tuvieron, ni trataron de tener nunca, un propósito definido de abierta revolución.

Lo que acaso querían — y ello nebulosamente se infiere de los documentos de la época — era el más pleno reconocimiento automático, sin desprenderse, es lógico, del entronque, para continuar fomentando los negocios que tan gratas sensaciones les habían hecho experimentar,

aunque los efectuasen los demonios protestantes que de seguido debían arder en las parrillas del infierno.

Es claro que, moderada y un poco ladinamente, el escándalo no pasó de ciertos murmullos que luego se acallarían por la amistad con los exaltados.

Meditando atentamente sobre toda esa confusa trama que sorprenderá a muchos, se llega a la conclusión de que si no hubiese sido por los clérigos, el pronunciamiento habría tardado bastante en madurar, por más que lo acuciaran frenéticamente las ventajas y el medio mercantil de los extranjeros. Y hay que imponerlo así, porque estos, al protestar y envolver en su protesta a la comunidad a que pertenecían, estuvieron en la situación excepcional de poner de su parte y de movilizar en su favor ese enjambre de mujeres de sociedad, terratenientes y allegados que siempre se esconden en la trastienda y maniobran con un pié en la sombra.

En núcleos misonieístas, ajenos por completo a toda controversia política, la participación de ese elemento, aunque fuera con sus simpatías y entusiasmos, sería de incalculables consecuencias. Era obra de romanos despertar los grupos más considerables, porque tras ellos seguirían, sin duda, los sirvientes y peones, empleados y jefes.

El sacerdote hispánico, al resistir como era natural los avances demagógicos, constituiría un bando, el cual, presa de los odios, las envidias y orgullos, que siempre ganan a los humanos de posición encontrada, concurriría a hacer más crónico el malestar reinante.

Se calculará lo mucho que habrían perdido estos demagogos si los otros les hubiesen inclinado al fracaso; es decir, si aquellos sacerdotes, especialmente los obispos, como el de Buenos Aires por ejemplo, hubiesen observado más prudencia y cordura, tratando de sustraerse a toda representación en el movimiento. Así se le habría despojado al demajogo del recurso de oposición, tan decisivo en las sobreexcitadas semanas que precedieron a las intensas actividades emancipadoras. No sólo eso. Se les habría, además, quitado el prestigio de un adversario

siempre respetable, pasándose a considerarlos facciosos, con lo cual la causa se hubiere podido considerar irremisiblemente quebrantada.

Por más que los nativos, de antemano astutamente imaginasen que provocarían la furia de los peninsulares, sabiéndolos tan rígidos y acostumbrados a las banderías, ahora se apreciará que una hora de calma y de buen sentido habría hecho variar los acontecimientos.

Aunque parezca paradoja, siguiendo con atención el desarrollo de la madeja, se llegaría a comprender que los que estaban menos llamados a entrometerse tomaron la parte principal.

Pensando así no se exagera nada, porque fuera del congregacionista, los demás estaban en posición desmeдрada. El hacendado, y más aun si era latifundista, sabría que tras de sí no arrastraría a nadie, salvo que hubiese conminado con dádivas y castigos a la peonada y aun hubiera sido fácil que desertara, yendo a clamar al enemigo del amo, a la sazón el propio gobierno. El militar, en aquellas circunstancias, era hombre de armas, de cuartel y de soldados y todo lo que se quiera. Pero bien sabía que los conscriptos no se equiparaban a una máquina y no los hubiesen inclinado a la revuelta así como así. Por encima de la imposición se requería la oportunidad y sin un propósito claro y público los pobres reclutas no habrían acertado a comprender para qué se les instaba a socavar la tradicional disciplina. Ello hubiese equivalido a congregar maniqués, carne de cañón, que tanto pudiera ser eficaz como revolverse. En una guerra, o en una contrarrevolución, la determinación tenía que ser distinta y el director de ella en vez de tomar la iniciativa iría tras los acontecimientos, permitiendo, como se dice, que las multitudes se entonaran.

Pero tanto el uno como el otro no pudieron hacer otra cosa que formarle coro al curita patriota y si fueron avisados como las circunstancias lo exigían, a la sordina cuchichearían la vanidad de éste, haciéndolo que apareciera como avanzada.

Quizá argumentarían los muy ladinos que con el fracaso poco perdería, ya que pertenecía a una secular institución religiosa de índole privada, con sus derechos y atribuciones propias, sin que ninguna otra autoridad pudiese corrientemente mellar su invulnerabilidad.

En tanto, el soldado de graduación y el latifundista se jugaban el todo por el todo. A aquél le caería el peso de la reprimenda y con justa razón y al otro se le confiscarían los bienes, desterrándosele y persiguiéndosele por atentar contra los poderes constituidos. Dos posiciones perfectamente lógicas sobre las cuales no habría atenuante posible.

Por derivación de influencias el fraile criollo personalizaba el eje, o, mejor dicho, se destacaba como el emisario directo y público.

Bien sabía él que obraba por determinación superior y por disposición sibilina de los colegas españoles. Ante tan fuerte apoyo le seguían como la oveja al cencerro los feudales y los jefes de cuarteles.

Así, la posición moral de dicho funcionario, se refleja clara y se apreciará en todos sus escurridizos contornos.

El era el de mayor ascendiente espiritual y sus prerrogativas, afianzadas por la prepotencia económica de la congregación, serían superiores a las de los mandatarios. Mientras éstos pasaban cada tres años, poniendo más atención en la percepción de impuestos, con lo que se comprometía el bienestar general, aquellos, indefinidamente y desde que irrumpieron, seguían como en los mejores tiempos, dando ocupación a los pobres y socorriendo a los menesterosos.

El momento era excepcional y las mañas establecidas por los contrabandistas y negociantes isleños, el medio adecuado para sacar de la postración a los cuantiosísimos caudales agrícolas.

Es claro que ellos, al darse cuenta de los beneficios de su situación, saldrían ganando, y el interés y el temor de perder lo alcanzado, quién sabe por qué milagro que no acertarían a penetrar, los compelería a ir más

allá, procurando, dentro de lo posible, conquistar la mayor autonomía. No desconocerían que la sociabilidad maduraba el cambio y que todos clamaban por él. Es probable que los favorecidos en mucho se viesan, como las corporaciones a que pertenecían, estimulados por el fervor rítmico y por la consagración pública consiguiente. Como buenos políticos, ellos no serían más que los esquemáticos de una necesidad, primero largamente sentida y después sazónada con penas y sufrimientos. Se harían llevar. En la peor de las disyuntivas, más hábiles que la mesnada, removerían los obstáculos, y luego el curso de las olas, monótono y siniestro, haría lo demás.

Es concluyente que los sacerdotes, de clases y de propósitos encontrados, aunque de la misma nacionalidad, al valerse del criollo, acaso demasiado bonachón, con esa petulancia de los no desbrozados, se aprovechaban de las alternativas patrias.

No se ignora que un año o año y medio antes de constituirse las famosas Juntas, España fué invadida sañudamente por las turbas napoleónicas.

Con la distancia y la larga separación no se comprendería bien la posición de la metrópoli. La imprevista caducidad del monopolio, mantenido acaso a regañadientes, sería considerada como un síntoma de debilidad, porque alteraba toda una antigua norma y les beneficiaba a ellos. Los colonos, exagerando estas fluctuaciones y por natural egoísmo, se harían la ilusión de que la península no saldría tan luego del avasallamiento. Sabido es cómo el interesado se forja castillos en el aire, con tal de que sus miras no se menoscaben, por más que se malogren sentimientos que debieran ser sacratísimos.

Autosugestionados con sus prismas, las congregaciones, a la sotidina, empezaron a concretar la expresión popular de transformación, lanzando como avanzada a los nativos regimentados, para así no levantar muchas sospechas. A los pobres, que se les imaginaria insignificantes, nadie les haría caso y quizá un desahogo patriótico, a los que están expuestos todos los humanos, les habría

obligado a perder la línea. No estaba de más valerse de ellos, por si las cosas resultaban y luego nada se exponía. No se les tomaría por la orden, ni por los jefes hispánicos...; eran los criollos, como si éstos se manejaran solos y pudieran autodeterminar un paso, ya que no grave, al menos serio como precedente.

Los comités se constituyen y proclaman lo que sus miembros saben muy bien que no podrán cumplir, pero nunca se olvidan de la admonición del Monarca por si vuelve a recuperar la omnipotencia.

Es cierto que en los distintos virreinos, reinos y capitanías, el tono de aquellos difiere bastante, y en unos más que en otros, el diapason pasa por las gamas más difusas.

No ignoraban los iniciadores que con declaraciones poco se podría lograr, siendo así que éstas se lanzaban a vista y paciencia de la autoridad local, que confundida por la maldad napoleónica, no sabía que camino tomar, dejaría hacer, comiéndose por dentro. A los frailes, acostumbrados a sermonear, apenas les importaría lanzar otro sermón, aunque hubieran que escribirlo con tinta china. El oficio no ponía muchos inconvenientes.

Lo más curioso es que la crónica ha conceptuado como de la Independencia Nacional esas esbozadas prescripciones. ¡Pero si tal independencia no se alcanza con postulados y hay que lograrla en el campo de batalla, en el económico y en el emotivo de cada uno!

Siguiendo a la forzada patriotería histórica, y relacionando los hechos, diríamos que la libertad solo se logró cuando ya no quedó ningún soldado imperial en pie. Así, también, fué más honda y aureoleada de máximos sacrificios.

Tan cierto es lo que exponemos que bastaría reforzarlo con hechos que podrían encontrarse en los libros de cada país.

La declaratoria se hizo por lo general en América en 1810.

En realidad, ese año, y los de 1811, 12 y 13, transcurrieron bajo el soplo amodorrante de aquella.

A los curas regionales les había salido bien el tiro y las comunidades cargaron mejor el arma. Cuatro años de empavonamiento consagraban la habilidad de unos y otros y es posible que en arrestos de vanidad a más de alguno se le cayera la careta.

La vacilante afirmación estaba por producir todavía una languidez más grave: la de la perplejidad y el pesimismo en vista de que no se pasaba del acto decorativo y formal. Pero un grande acontecimiento vino a variar el curso de las cosas.

A las órdenes, y a sus secuaces los hacendados y soldados despechados y pretendientes a ascensos, les convendría que a la revelación hubiese seguido el esmirriamiento, porque así, por inercia, las ilusiones caerían por su propio peso. Duchos en auscultar el corazón humano, sabrían que a veces se ganan batallas con miel y no habría para que molestarse tanto.

Si la sociedad antigua hubiese carecido del atributo que poseen hasta las entidades primitivas, el de transmutar las aspiraciones y concretarlas, se concibe que la suficiencia y la satisfacción de los postulantes fuese manifiesta.

Pero como todo superorganismo está propenso a la renovación y, por lo tanto, a dar forma práctica y materializable a los conceptos, no es de sorprender que si para los dirigentes todo había concluido en la exteriorización de ideas confusas, en cambio, para los que pensaban de modo distinto, todo empezaba. Es probable que el compás de espera, calculado y sostenido con argucia por aquellos, sirviese para impacientar y compenetrar a más de alguno de los viriles jóvenes patriotas que después tomaron las armas.

Hay que pensarlo así, porque ahora es fácil inducir el substratum que forman las nociones nuevas y como paulatinamente van ganando su conciencia.

A los congregacionistas, acostumbrados a la plática, no les llamaría la atención otro sermón más, porque a pesar de los excesos los fieles seguían más creyentes que nunca.

He aquí la profunda equivocación, propia de la ignorancia psicológica de la época, que les costaría pagar muy caro, no obstante que por ella pudo brotar la primera chispa, que luego adquirió consistencia de fulgor en virtud de los compromisos del clero.

Fácil es conjeturarlo así, porque el sermón no era lo mismo que la enunciación de fantástica autonomía lanzada en el seno de la agrupación, en donde, con voz angustiada, se clamaba por el mejoramiento.

Si los emisarios supieron y pudieron disfrazar sus pensamientos e intenciones, las fuerzas vivas colectivas no tuvieron porqué acomodarse a esos subterfugios y afrontar la disyuntiva que un hecho imprevisto tornó súbitamente más grave.

Con la restauración de la monarquía, el gobierno cobró el matiz antiguo y si no hizo nada en contra de las actividades, quizá porque no pasaron de politiquerías, tampoco se avino a más contemplaciones y empezó a tomar por lo serio su ministerio. Esto transcurría cuatro años después de la Declaración.

Como la vuelta a la normalidad había obrado el prodigio de retornar a la tranquilidad a los virreinos, reinos y capitanías, ligeramente inquietados, las palabrerías, como era natural, cayeron en el vacío.

Ante tan dolorosa perspectiva, cortando por el camino más recto y más serio, para alcanzar el designio autonómico, elementos ajenos a los encumbrados y jerarcas tomaron la decisiva resolución.

Lo más raro es que ahora son los jóvenes, los promotores. Carreras y Rodríguez en Chile, Morelos en Méjico y Belgrano y Moreno en Argentina, eran casi adolescentes, aproximadamente de treinta años.

Habremos de buscar una explicación psicológica a este hecho. Si los jóvenes terminaron por anteponerse a los viejos, que de ordinario constituyeron los comités, es porque no estuvieron muy de acuerdo con la languidez de éstos, y acaso sospecharan que se estaban valiendo de expedientes dilatorios.

Ya es sabido que los ancianos son calculadores y misonéistas y no había de sorprender que siguiendo las inclinaciones de la edad, trataran de nadar entre dos aguas. Dichos seres, a medida que avanzan, no sólo se vuelven más débiles, sino que se despegan más de lo que los rodea. Por eso se concibe que los otros trataran de anteponerseles.

El aspecto aludido es transcendental y señala una transición entre los criollos. Los nuevos ya no quieren palabras, sino obras, que hablan con más vigor.

Posiblemente no solo la edad influiría en mantener la tibieza de los que se habían destacado antes de los jóvenes. El presentimiento de que no servirían para las agitaciones, les haría aquietarse y el orgullo de haber alcanzado la comodidad de una falsa apariencia, no les permitiría creer que los motines serían gloriosos para ellos. Se comprende que las satisfacciones ideales sean diferentes, porque aquellos han vivido más y se han dado cuenta de la fugacidad de las cosas terrenas.

Sin embargo, alguno que otro cura entrado en años, deponiendo los procedimientos conocidos, o creyendo que ya no podían ser útiles tras el grito de rebelión, se puso al frente de las huestes combativas. ¡Cosa rara! Debido a Hidalgo, que tendría alrededor de cincuenta y siete años, se rompió el fuego, haciendo derramar la primera sangre que, como en ninguna otra región, corrió a torrentes. Luego ganó las serranías de Chihuahua, al extremo norte del país, casi en la frontera, y por ellas pudo sostenerse más de un año, acusándosele de lamentables excesos que bien pudieron ser obra exclusiva de la indiana sanguinaria.

El ejemplo del mejicano, en algo puede explicarse por la vida que llevaba. En vez de residir en la capital, al igual que los núcleos cultos y de mayor influencia y responsabilidad, el héroe estaba como perdido en el páramo montañoso, en la aldea de Dolores, que si hoy tiene unos siete mil habitantes en aquel entonces contaría apenas mil o dos mil.

En un desierto de piedras plomizas y negruzcas como la región de Guanajuato y entre tan exigua comunidad humana, en su mayor parte acaso aborígen, no sería raro que el sacerdote, sobreexcitado por el misticismo que siempre cunde en el desamparo, se creyese el escogido para ponerse en pie de cruzado de la causa. En él, es claro, no deben haber pesado los subterfugios de las órdenes terratenientes y de lleno recibiría la impresión del yermo, que sin ninguna de las limitaciones que se encuentran en los ambientes refinados, hiperestesiaría el sentido de su personalidad, agrandada ante la pequeñez e inercia que lo rodeaban.

Todos estos detalles permitirán explicarnos un contraste por demás destacado en la gestación de la Independencia. Antes de que se iniciaran algunas de las tibias gestiones autonómicas, el patriota se lanzó en pos de la dura realidad, pagando con su vida la extrema audacia. No obstante su inmenso sacrificio, se formalizaron después en numerosas regiones, reuniones integradas con clérigos de edad avanzada como él, y no hicieron más que perder el tiempo en expedientes engorrosos. Es que el de Dolores era del campo y de la sierra y no gravitaba mucho.

Dos años después del holocausto de Hidalgo, sigue sus huellas otro colega montañés. No era como los otros, ni de lugar frío. Había nacido en 1780, así es que hacia 1813, en que comienza a actuar, contaría treinta y tres años. Joven todavía. Era Morelos. De la más pobre región de Méjico, de Apatzigan, distrito del actual Estado de Michoacán, aldea que en aquel tiempo no alcanzaría a tener mil habitantes.

También sacrificó su existencia al noble empeño y por más que no alcanzó a relacionar las vastas efusiones de su maestro, puso en movimiento una nueva zona, cercana a la capital del virreinato.

Después de todo, dichos ejemplares presentaron un aspecto curioso en la Revolución.

Mientras en las capitales se congregaban haciendo enunciaciones, ellos solos, abandonados, por propia ins-

piración y seguidos por infelices indios, en el interior pedregoso, lejos de los centros cómodos, se lanzaron con temeridad indomable a llevar a la práctica lo que conceptuarían nebuloso. Era natural. En las ciudades, incluso en Méjico, solo se discutía y se hablaba, como en Santiago de Chile y en Buenos Aires, los otros focos interesantes del dilatado panorama.

Los sacerdotes provincianos, más modestos, apegados a la tierra virgen y tosca, no estarían contaminados de las dobleces que afectan a los hombres de los sitios densos y ciudadanos. En comunicación con la naturaleza pura y con seres sufridos, ajenos a toda suspicacia, forzosamente tenían que mirar los sucesos de forma distinta a sus otros colegas más favorecidos, pero también más abrumados por compromisos e intereses. Se concibe, por tanto, que obraran más libremente y abrazaran los anhelos con la resolución de lograrlos. Por eso se ha dicho siempre que los grandes y más profundos movimientos renovadores han surgido de las provincias, que constituyen las reservas de la moralidad y de la energía. Acción que se provoque en el atolladero mismo, no tiene tanta importancia como la que se inicia apartada, distante del horno de envidias y egoísmos. De ahí, al igual que en Dolores y Apatzigan, son célebres en los fastos reivindicadores los poblados lejanos, como el Tucumán argentino, por ejemplo, porque en ellos vibró el más hondo y desinteresado sentimiento que pronto se transmutó en obra fecunda.

Morelos, no interesa solo como provinciano, interesa también por otras facetas. Pudiendo un anciano seguir a Hidalgo, tuvo que hacerlo uno que no lo era. Es casi el mismo fenómeno de transición que se observó en Argentina y Chile entre los de menos y mayor edad. Parece que de haberlo sido un caudillo sobrecargado de años, o no hubiese salido de la capital, hinchada de componendas, o, de lo contrario, hubiese alterado el precedente. Como esto no podía esperarse, porque no cabían términos medios entre las resoluciones del centro y del interior, no pudo más que surgir el apóstol de Apatzigan.

La actuación de rebeldía de los aludidos elementos es muy ilustrativa y servirá para profundizar más nuestras premisas.

Ellas, ciertamente, ratifican lo que ya afirmamos, que lo que no podía hacer la congregación, no intentaría realizarlo ni el afortunado ni los miembros superiores del ejército, por más que uno tuviera en sus manos la omnipotencia del dinero y el otro la de las armas. Oscuros personajes de las lejanías nortenas, nos darán la razón y nos adelantarán la confirmación.

Ni con dádivas ni con actos de dominio se conseguiría hacer que de la noche a la mañana se tornara levantisca aquella mesocracia, acaso la más amorfa y pacífica de la tierra. Se precisaba el grito recóndito y el soplo anímico que solamente podían darlo y poseerlo los que habían ejercido el ministerio espiritual en la evangelización colectiva. El oficiante, no cabe dudarlo, ha sido un poder emotivo y mental y por más que esgrimiese el frío dogma, siempre el corazón y el cerebro del buen y apacible labriego se enardecían.

En movimiento el alma de los seres, los brazos y el bolsillo se agitarían casi solos.

Había que empezar primero por la ternura, sobre todo entre los parcos campesinos, que quizás por tenerla más entrañable por la vida ruda y sacrificada que llevaban, costaría más atraerlos, pudiendo hacerlo solamente el ejemplo ya expuesto.

Los arriesgados clérigos mejicanos nos dieron la nota dinámica, así como dieron la extática los de las renombradas Juntas.

Cuatro años después de la irrupción de éstas, se convocó a un Congreso, el que de por sí señaló un progreso porque se antepone a los proverbiales conciliábulos y círculos. Acto seguido de sufrir algunos desastres, se reunieron numerosos provincianos argentinos, en el corazón de la pampa norte, en el majestuoso Tucumán, orlado por una dulce línea de cerros verdeguantes, asistiendo varios sacerdotes provecos.

El hecho fué que en la Asamblea, por fin, no solo se declaró, sino que se juró la Independencia en la forma soberana, completamente sustraída de los semitonos monárquicos-coloniales.

Como convergencia principal del nuevo acontecimiento concluyó por destacarse el sanjuanino Fray José María del Oro. Tal vez la connivencia con los bloques andinos, le infundió desde niño la entereza de los varones severos.

Ya era algo; y después de manifestada con sangre y sacrificios la aspiración, tendría que ser sincera cualquier afirmación, por más que no se necesitara, ya que los sucesos tendían matemáticamente a hacerla práctica.

Por eso, acto seguido del descalabro en los ríos paraguayos Paraguari y Tacuari, ya se tenía el derecho de hablar, porque las palabras estarían a la altura de los hechos. Aunque así fuera, no hay que olvidar que entre los participantes había funcionarios muy propensos al sermoneo.

Ello era escuetamente lógico, y una prueba la tenemos en Chile.

Tres o cuatro años después de la labor de los comités, los patriotas de menor edad iniciaron las actividades combativas y al poco tiempo, con el traspié de Rancagua, tuvieron que ganar los Andes y guarecerse en la llanura gaucheseña, que acaso entonces como nunca, con sus amplísimos flecos, hizo las veces de manto protector.

Al labrarse la confraternidad argentinochilena y darse cuenta de que los roles montoneros proseguían en sus impetuosas proyecciones, los jefes y soldados, adolescentes, al transcurrir tres o cuatro años de un destierro, que equivalió a comenzar de nuevo, se lanzaron a la reconquista.

Pero lo más sugestivo fué que se trasmontaron las altas cumbres, se ganaron los bajíos y en los repechos de otras sierras trabáronse batallas sangrientas y decisivas, sin que a nadie se le ocurriese hacer alarde hablado o escrito, o revivir los ya sepultados con las primeras aplastantes derrotas.

A los de la cuesta de Chacabuco, siguieron los encuentros de las colinas de Maipo, y simultáneamente, mediante la decisión y la amargura, se había alcanzado la completa liberación.

Ante los hechos consumados, estaban de más las exteriorizaciones protocolarias, y así lo entendieron los triunfadores, porque no las hicieron, salvo alguna que otra circunstancial arenga, proclama u oficio, que se esfumaron con tanta facilidad como las otras.

Natural es que núcleos que no habían luchado, no supieran lo que eran los sacrificios y todo lo mirasen por encima del hombro como la cosa más fácil, recurriendo en cualquier trance a los socorridos verbalismos que a buen seguro recordarían los monótonos e intermitentes bandos de antaño. Sabido es que por la llegada del gobernador, que se sucedía cada trienio y por la más mínima ceremonia oficial se padecía el consabido edicto y es curioso que se siga todavía usando en las ceremonias llamadas solemnes.

Es claro que para los más astutos, por si se acertaba, aquellos no seguirían siendo como eran y pasarían a sentar precedentes que luego se aprovecharían con sobrada suspicacia, sin necesidad de mover los labios, ni tomar la pluma, rehuyéndose cualquier expresión en contra.

El juego debió de ser hábil y denunciaba en los gestores sus contrastadas antigüedades; una aserción, por muy vacía que fuera y por más hipotéticos que fuesen sus fines, siempre sería una arma que bien manejada contribuiría a sugestionar.

Los psicólogos han observado que las figuras y las fantasías seducen más a la muchedumbre que los sucesos, por lo mismo que el pueblo de buenas a primeras no puede penetrarlos. El conocimiento de la autonomía y la aspiración moral de conseguirla, habría sido algo fatigoso en la mente adormecida de los resignados labriegos. En tanto, una significación, cortante como una catapulta, le haría la impresión del rayo y no se le olvidaría nunca. Ni el fondo, ni la forma le importarían a

nadie y lo esencial era el efecto; explotar la bravuconería campesina, mientras más pasiva y más aparente, tanto más aparatosa.

Al manso rebaño, siempre le han contentado más las buenas fórmulas, aunque a pesar de ellas no se vea el término de sus calamidades. De ahí que entre los politécnicos modernos y las antiguas iglesias puedan hallarse muchos puntos de contacto, no obstante que aquellos, con ignorancia y logrería, procuran explotar la situación de los actuales. En sus programas de partido tienen tantos padalados, que uno se queda asombrado de que hayan sido tan patesos en exteriorizar las suyas los pretenidos autonomistas. Siquiera éstos no pasaron de uno seco y los otros se engollan en proyectos y en fanfarronerías que a sí propios llaman principios, doctrinas, etc. Tal es esta manía, que a veces las ideas se están llevando a la práctica y como no habían sido expresadas, aunque ya han perdido interés, siguen formando el terrible y espeluznante acervo común.

Pudiera ser que al igual que en las incongruencias ramificadoras a las palabras sucedan los hechos transformadores, por más que esas no dejan de tener su segunda intención. Como se sabe que marcan a los pueblos, los habibidosos se aprovechan del consiguiente sopor, entregándose sin tardanza en brazos de las concupiscencias.

La historia, es cierto, no ha tomado en cuenta estas miserables fabulitas y si el que la escribe se relaja en la burocracia y balaga las pasturas de los poderosos, no hará más que pasarlas por alto.

Pero de ningún modo se perderán como materia de juicios, tan indispensables para lograr algunas síntesis.

Aun, al menos, las estiman los estudios superiores, que tienden a dar una interpretación elevada de los fenómenos sociobiológicos.

Por más que no fuera de tal modo, no hay que olvidar que la renovación viene de la honda crítica de los convencionalismos nacionales y de las idolatrías de la mesocracia.

El intercambio comercial transformador fué el reflejo de los impulsos del desenvolvimiento universal y principalmente del europeo.

Por leyes de desenvolvimiento, tiene que producirse el cambio. Con más intensidad en las masas simples que por su reciente formación son menos complejas. Era el término medio en que se situaba algún que otro virreinato, reino o capitania.

Aquel cambio, como todo enorme fenómeno de transformación, fué provocado de ordinario por las influencias exteriores. Si el conglomerado lo sufrió es porque era incapaz de acentuarlo por sí mismo.

Es raro que una estructura política, aisladamente, forje dicho estado. Por el contrario, son la miseria o el desastre guerrero, los que tornan expeditas las vías, predisponiendo la compenetración de fuera.

En los tiempos modernos hemos observado que la contienda fracasada impuso la alteración de sólidos núcleos y la disgregación completa de otros. En la primera referencia, se comprendería a Alemania y en la segunda a Austria-Hungría.

En cualquier factoría, la calamidad económica es el más grave mal y constituye algo así como una línea tendida.

Por eso se allana el intercambio, que, en el fondo, es una invasión y una verdadera guerra comercial, tratando a toda costa de desplazar al vacilante régimen interior.

Por experiencia propia, en sus largas ejecutorias imperialistas, España, sin ir más lejos, había aprendido que pueblos miserables y desorganizados, eran fáciles presas del carro del vencedor.

La ley era implacable y por más que le favoreciera en sus dominios europeos, aquella contemplaría que en sus posiciones indianas se perfilaba contra ella, envolviendo una enorme amenaza, que clamaba por el más rápido estudio y la más enérgica solución.

La llegada del primer buque mercante, en lidia abierta mercantil, equivaldría a una efectiva revolución. Pudiera ser que algún gobernante aleccionado por las experiencias expansivas intercontinentales, lo comprendiese así, y la corona, en su interés, ocultase la terrible amenaza que se empezaba a cernir.

La progenitora, hasta donde pudo, había evitado en las capitanías, reinos y virreinos las influencias extrañas, como recurso desesperado para lograr la homogeneidad, ya que ella sabía que la intromisión, más que al agente mismo, favorecía al grupo interno que concluía por remover los obstáculos pendientes del aporte que no había logrado aisladamente. ¡Cuántas veces no vería que tras el triunfo armado, y alterada la faz política de la nación domeñada, deponiéndose los jefes y reprimiéndose los excesos de los señores feudales, la colectividad encontraba como su senda adecuada y se sentía satisfecha con la innovación!

Es posible que en aquel tiempo, si no con la dura intensidad de ahora, al menos en algo, se sospechase que la absorción capitalista, en apariencia débil y escurridiza, a la larga sería más peligrosa que la violenta, porque comenzaba a poner dificultades a los intereses, a quebrantar la energía que de ellos podía y a infiltrarse como gota de agua que horada la roca.

Los primeros utensilios y piezas de géneros que se introdujeron, de hecho establecieron la mutación.

El trigo, el ganado, los cereales, las frutas, los minerales, que a la recíproca compraba el negociante con-

duciéndolos lejos, quizá al confín del globo, principiaron a debilitar la mansedumbre y la resignación, destrozando el dolor y ahogando la miseria.

La importación y la exportación, pasaron a constituir algo así como el flujo y reflujo desahogadores.

En la honda compenetración, éstos, como parece natural, afianzaron el solevantamiento.

En adelante, los campos no trabajarían en vano, ni se pastorearía por que sí, ni la chacra sería objeto de lujo o de obligado abastecimiento doméstico. No. La situación había cambiado del todo y cobraba bríos desusados. Así nada de raro era, que lo que parecía comprimido, se dilatase en una suprema aspiración de desenvolvimiento. Cualquiera que recorra los archivos y trate de orientarse en ese sentido, en la crónica de un siglo antes de la Independencia, se convencerá de que nos hemos empapado en la realidad. ¡Ástima que la historia no haya dado importancia a sucesos de tal magnitud! ¡Cuánto no habríamos ganado en claridad si los colaboradores regionales hubiesen esquematizado el movimiento local, la entrada y la salida mensual de buques y el consiguiente cortejo de la oferta y la demanda!

Por el movimiento de barcos y la oscilación de los negocios, se sabría en Méjico y en Argentina, en El Salvador y en Chile, en Brasil y en Colombia, por ejemplo, las pulsaciones renovadoras que experimentó el superorganismo antiguo.

Aunque no se nos haya simplificado la tarea, y se nos haya ayudado a ser más precisos, podríamos adelantar, por encima de la estadística, que muy a despecho de tantos objetos de conexión culminó la evolución que estos concretaban. Es claro que el dato serviría para inducir la potencialidad e intensidad y con ello dar doble interés a nuestras inducciones.

Pero rehacios a las fechas, nombres y censos, porque en el fondo son convenciones que arrollan las exigencias de crecimiento, pensamos, no sin cierta parquedad, que nos habría gustado exponer cuántas embatcaciones en-

traron en el último siglo en tal o cual virreinato, reino o capitánía, para así, a modo de enumeración de ejércitos o batallas, postulados o trastornos políticos, presentar los más intensos relativos al despliegamiento económico.

En la pista de semejante trayectoria, éste se perfilaría por sí sólo y nos pondría en autos de un emocionante proceso. La marina mercante fué la avanzada y las manufacturas el preciado heraldo conminador. La vela batiéndose en el océano y sumiéndose en el ondeamiento de las brisas, traería la sensación de frescura y de libertad a las playas calientes y amodorrantes que alejaban de la orilla a los colonos, empujándoles hacia la pesadez interna, como temerosa de que éstos presintieran su sortilegio fortalecedor. Y las mercaderías que se traían y se llevaban, pondrían a todos más cerca del mundo, sustrayéndolos un tanto a la soledad hosca de los yermos, pensándose quizá que detrás del utensilio y de la pieza de género, vendría algún día la técnica o la mano que los fabricaba, aunque no fuera más que para contemplar el prodigio.

Por algo tenía que iniciarse la transformación. Mordiéndole los talones a la materia bruta, vendría el inmigrante. Por los intereses, se iniciaría la capitalización. Apresurándose a labrar los campos para cosechar el trigo, acelerando la recolección de la chacra, cuidando el pastoreo, es como se podría estar más tarde en aptitudes de negociar y en condiciones de satisfacer las necesidades más apremiantes y dejarse tentar por las superfluas. Así se comenzaría a desplegar el fuero interno, ensanchándose por la energía rendida y por el logro de las ambiciones, para en seguida equilibrar el externo, o de la sociabilidad. Al respecto anotaremos un dato que es toda una revelación.

Cincuenta años antes de la exteriorización autonómica, llegó a Chile en calidad de gobernador el irlandés Ambrosio O'Higgins. Fué el penúltimo, y como para anticipar y no merecer el estigma de reaccionarismo, se demostró

que aún en el lejano reino austral, con la incorporación de un extranjero, el ejecutivo también se modificaba. En Buenos Aires pasó casi lo mismo con uno de los últimos virreyes, el mejicano Vértiz.

Aqué, no obstante su ancianidad, emprendió y llevó a feliz término las obras públicas que sus antecesores no realizaron en dos siglos, y él fué la suprema energía que puso fin a la tragedia de la guerra, retrogradándose en cuanto a los fines de ésta al estado prehistórico. Fué, además, el padre de uno de los más animosos y notables caudillos revolucionarios. Todo lo expuesto puede hacernos pensar que si en la posesión más distante y más calamitosa se procedía así, personalizándose en un funcionario de otra nacionalidad la suma del poder público, es porque los ímpetus creadores habían llegado a remover el substratum social, aceptándose los hechos consumados. Por más que el virrey fuese anciano y ello lo pusiese a salvo de cualquier rebeldía ostentosa, lo cierto fué que se le dió el mando de una posición estratégica, otrora terriblemente castigada por los piratas. Tan es así, que apenas afianzada la Independencia, sus compatriotas se apoderaron de Las Malvinas y después se establecieron en las goteras de las regiones polares. No debe olvidarse, en fin, que era de igual origen que los antiguos corsarios y que los que, hacía casi un siglo, implantaron la interdependencia mercantil.

Es que el desenvolvimiento era intenso, y abarcaba las instituciones y con ellas múltiples ligaduras accesorias.

Por eso no ha de sorprendernos que sacudiera a las congregaciones, empujándolas con insistencia. Hemos expuesto las actividades que se infieren de la participación de los sacerdotes criollos en las juntas patrióticas y la complejidad del eslabonamiento no hará más que reforzarla.

En verdad, si el gobierno que tarda tanto, experimentaba un verdadero cambio de frente, ¿por qué dejarían de sufrirlo, a su vez, aquellas, siendo así que por sus incontrastables vinculaciones, tenían más motivo para ello?

La corona concretó firmemente la tendencia al auspiciar a O'Higgins, que llevó a cabo grandes obras públicas y de mejoramiento, tales como el establecimiento de las ferias libres, la comunicación de la parte central agrícola productora por medio de buenos caminos, la canalización del gran río Mapocho para evitar las periódicas inundaciones de las valles cultivados y establecer en mayor escala el riego, la repoblación de ciudades, a base de organización familiar con repartos de parcelas, facultades para la producción y prohibición de enajenar, más equitativos impuestos, supresión de los gastos inútiles por el bienestamiento del ejército de la frontera al finalizar la guerra antieuropea, libre introducción de extranjeros, fiscalización latifundariafeudal, etc.

Tan fecundas reformas prácticas las habían antecedido, como era lógico, las intelectuales, operándose en España el descubrimiento de la ciencia económica, cuyos turbios y esforzados inspiradores, acaso como fruto de la experiencia ultramarina y de las consecuencias favorables que se advirtieron al instante, propiciaron serias y valerosas iniciativas. Una de ellas, acaso la más formidable, fué la libertad de comercio y la necesidad perentoria de la industrialización.

De los hechos se desprende que, como pudo, la corona siguió a los investigadores.

No se cantó el *mea culpa*, porque eso no se estila por los mandatarios, por considerarse, y de manera especial en tal época, que merced a las susceptibilidades y vanidades palaciegas estaban por encima del criterio público. Hasta hoy se ha variado poco, a juzgar por lo que se practica en algunos países.

De todas maneras, las relaciones que importan más que los decretos y los proyectos, reafirman que hasta la cúspide llegó el soplo vigorizante, lanzado primero en el vaivén de las olas y en los pequeños surcos de la tierra cultivada.

La evolución tenía que iniciarse por lo material,

coincidiendo en ello los políticos peninsulares y los congregacionistas, sin percatarse, como no quieren hacerlo todavía los modernos, de que aquélla no sólo la forjan la propaganda de ideas extremistas ni los complots amenazadores. Estos fracasan ante las mejoras que impulsan la necesidad animal y doméstica, y cuando más las esquematizan doctrinariamente.

Por el mercantilismo y por el infierno de los intereses arderían todas las virtudes negativas y se quemarían las suspicacias y enconos.

El vestido de lienzo y los adornos de los trajes que se importaban, no sólo hermosearían a la mujer, si no que llegarían a darle la sensación de frescura y encanto que antes no tenía. Las ganancias que daría la venta de productos de la labranza y de la ganadería, además de la tranquilidad, llevarían un poco de alegría y de placer a la entristecida vida familiar ya lejana. Las fortunas que a la larga afianzarían las operaciones campestres, harían nacer la personalidad y con ella la clase.

Los primeros apóstoles revolucionarios, por muy jóvenes que fueran, eran casi todos acomodados. Impetando por los Carreras, que pertenecían a la familia quizá más pudiente del reino, pasando por O'Higgins, hijo del penúltimo gobernador, y llegando hasta Moreno y Belgrano, vemos la influencia de la riqueza. Los curas regionales, sustentadores de las reuniones autonomistas, pertenecían a la comunidad latifundista.

Dicha solvencia elevada, fué la consecuencia directa del movimiento, estimulado con tanta fe como constancia. Es posible que detrás del hijo joven y acaso inexperto, hubiera permanecido el padre de espeso alicionamiento revelado por las negociaciones y miras contrabandistas. Las ascendencia lograda en vísperas de las alternativas institucionales, serían el mejor maestro.

En cierto aspecto y con las consiguientes variantes, se repetía el fenómeno de la coexistencia de las minas en la Conquista, largamente estudiado en las partes anteriores de esta serie.

Una humanidad a base de necesidades y exigencias animales, no puede seguir otro rumbo tampoco.

De igual forma que la pieza de lana hizo efectiva la compensación, abriendo cauce a las corrientes universales, la barra de oro, plata y cobre, provocó la interdependencia hispanica, alentando y compeliendo las actividades. En algo tenían que concretarse los ideales y anhelos de todo un pueblo.

Por eso aquéllas se erigieron como símbolos e identificaron huellas del progreso humano.

¡Cosas materiales! ¡Ambiciones y apetitos! Aunque son los asperos tristes, porque comprende la mano arrancándole los tesoros a la naturaleza en la lucha dolorosa por la existencia, lo consolador es que así es la vida.

El metal extraído de las montañas vírgenes, señaló la destrucción del poder prehistórico y la mercancía conducida de lejanos mares significó la inclinación autonómica, como recurso de consolidación. No hay que asustarse. Es el ritmo del mundo. Los sobrecargados empréstitos yankees, ¿qué significarán para el porvenir de las entidades surgidas de aquella pugna, si siguen su carrera loca? Pongámonos la mano en el corazón. Las mutaciones son eternas, pero se refuerzan ante los menores obstáculos.

La potencia mercantil subyuga y preside el mecanismo animal y aun la ciencia y el arte resultan a veces economías, porque deponen el despilfarro de energías y de frivolidades, por la síntesis creadora y emotiva.

Tan cierto es ello que afianzada la segregación, a pesar de la presuntuosa autodeterminación política, inferimos la inconstante gravitación. Así, después de no haberse alcanzado a desperezar del corto y agitado sueño autonómico, las nuevas precoces repúblicas se asustarían al tener la garra encima. Eran los préstamos británicos, en los anales los norteamericanos, siguiendo a sus ascendientes, se han revelado profundos psicólogos. En Chile, el primer gobierno de la Independencia, contrató uno de cinco millones de pesos.

¡Un adelanto de cantidad tal, cuando el presupuesto apenas ascendía a la décima parte! Y eso para empezar.

Mala política, propia del instante borrascoso. Pero, de momento, no cabía tomar otro rumbo.

La vinculación comercial, en la práctica, puso de manifiesto la deficiencia de la organización, porque de otra manera no se habría estabilizado o no habría llegado a ser lo que fué, desgraciadamente, ya que la capacidad de alguna forma se defiende.

Es probable que entre los modernos no hagan muchos los distingos necesarios e imaginen que aquella vinculación era como las actuales. No. Nosotros la llamamos así porque nos parece dura y anticientífica la expresión vasallaje.

Pero de hecho, por la ausencia de emulación tendría que serlo. La libertad pertinente, tan generosamente afianzada por España, por fuerza de las circunstancias y por ausencia de competidores que estuvieren a la altura de los isleños, resultó un verdadero agio. He aquí una sorpresa inesperada para los decantados manualistas y burócratas historiadores, que persisten en la triquiñuela del monopolio colonial.

Así referidas las causas, se llega a comprender que las capitanías, reinos y virreinos, alcancen un desahogo aparente, en tanto que el negociante exprimía a su gusto el jugo potencial agropecuario.

La organización, la cultura y la educación técnica, se sobreponían a la falta de las mismas y hay que convenir que aquéllas, ante la nueva fase, hicieron una labor muy pasiva de venta y compra directa, sin tratar, ni poder constituir el mercado que, al estabilizar la demanda, mejora los precios.

Dicho aspecto parecerá increíble. Se argüirá que todo no pudo ser así. Pero era la consecuencia lógica de la escasisísima población hispánica en América y de su inmensa fragmentación.

El geógrafo y el cronista antes citados, expusieron que transcurridos los cien primeros años se habían trans-

plantado de ciento cincuenta a ciento sesenta mil españoles.

Cuando las circunstancias demandaban el frenesí y el delirio colectivos, transcurrido un largo espacio de tiempo, congregaron aquel conjunto.

En el segundo siglo, ya aquietados los ánimos y un poco serenado el espíritu de aventura, debieron incorporarse algunas otras.

Cincuenta años después, mejorando las condiciones, se agregarían tantos cuantos pasaron al cumplirse el centenario de la irrupción. Es un poco dudoso. Pero hay que ponerse en el mejor de los puntos de vista.

Los cálculos anteriores los hacemos teniendo en cuenta dos hechos fundamentales. El primero, que el censo de la población de la Península nos adelanta cifras que hacen presumir que ésta no disminuyó mucho, no obstante el trasplante y las guerras imperiales intercontinentales. El segundo, que debido a estas guerras la nación empezó a empobrecerse y en consecuencia muchísimos españoles no pudieron abandonar sus lares, y otros, en vez de hacerlo para ir a las regiones indianas, se dirigen a los lugares fronterizos o a países más cercanos.

Luego, reforzando estos hechos con estas consideraciones tendríamos en concreto que en el coloniaje no llegaron al medio millón los que se cobijaron en las tierras prontoras.

Esa era la cifra de los habitantes mestizos del reino austral, el más azotado y diezmado por la guerra.

¿Será posible?

A fin de no caer en equívocos y parquedades lamentables, entremos en el terreno de las exageraciones, para así estar más lejos del error.

Como la suma de quinientos mil será considerada tal vez escasa, teniendo en cuenta que las ciudades y los presupuestos millonados no nos asustan, por prudencia y por el hábito de la cantidad en las anotaciones de parte de los cronistas, doblaremos la cifra.

¡Una cantidad tal de peninsulares, al multiplicarse

por cuarenta, daría el total de kilómetros cuadrados del área continental!

Si dicho conjunto inmigratorio hubiese estado agrupado y asociado, es probable que se hubiera duplicado o triplicado pronto. Pero como estaba desparramadísimo, en la proporción matemática referida, si es que salieron aproximadamente las operaciones efectuadas con alguna exageración, la realidad fué otra.

Mediante la disgregación, no sólo dificultaron el desarrollo de la cooperación, sino algo más deplorable: cada cual siguió, al unísono con la naturaleza, sus inclinaciones. Así, en nada habrá de sorprendernos que sólo se atinase a trabajar el predio, por más distante que quedara del vecino y como perdido en la lejanía. La fragmentación excesiva no le hizo nacer el amor a la ciudad que concentra la asociación y la solidaridad, consecuencia que sobresalta en el perfilamiento urbano.

La capital del reino de Chile, un siglo y medio después de fundada, llegaba a cinco mil habitantes. Al segundo, y no obstante la liquidación de la contienda armada, no se llegó a triplicar la cifra y al declararse la Independencia, Santiago tenía veinticinco mil. Si es cierto que las calamidades que sobrevinieron por las guerras, los terremotos y excesos de los elementos naturales influyeron en la paralización, también no dejará de ser efectivo que al oficializarse la empresa combativa se acopió una plétora de burócratas que a su vez la aumentaron.

Buenos Aires, que estaba dividida en ocho secciones, contaba alrededor de diez mil quinientos moradores cincuenta años antes de constituirse las juntas autonómicas, y al hacerlo éstas no llegarían a más de treinta y cinco mil.

Si esto pasaba en los centros de categoría, ¿qué sería en los de las jefaturas centroamericanas y antillanas y en la de Nueva Granada?

Solamente aventajaron a la metrópoli del Río de la Plata, como era natural, las de los más antiguos y

tradicionalmente ricos en minas, tales como Méjico y Lima.

Pero la ventaja no debió haber llegado al triple en el primer país. En cuanto al otro, se podría agregar, tomando en cuenta el desarrollo que ha alcanzado en la actualidad, que la duplicaría.

Si capitales como las de Buenos Aires y Santiago y algunas menos importantes, como las ciudades anteriormente, fueron de tan escasa y reducida población, ¿qué serían las del interior?

Acostumbrados ahora a los núcleos populosísimos se nos hará muy cuesta arriba creer que aquéllas, en la Independencia, tenían treinta y cinco y veinticinco mil habitantes, respectivamente, sin tomar en cuenta que dicha cifra oscilaría hacia la labranza en la primavera, el verano y parte del otoño, por las comunes tareas de recolección y de siembra.

No nos debemos paralogizar, por que las urbes gigantescas son obras de nuestro tiempo. Berlín y Viena, en menos de tres cuartos de siglo, de quinientos mil han logrado ascender a tres millones; y se asegura que el París de los Derechos del Hombre, cuando mucho, tendría cuatrocientos mil pobladores. Pero de todas maneras, el panorama urbano presentaba muchas luces y sombras.

No se podría expresar de otro modo la impresión, ya que en un continente amplísimo, a excepción de Méjico y Lima, las ciudades, que no eran muchas ni tenían los moradores de las otras de por sí, más que medianas eran pequeñas.

El declive demográfico capitalino de los virreinos mejicano, peruano, rioplatense, servirá para ser más precisos: 75, 50 y 35 mil, respectivamente. Partiendo de él, apreciaremos el otro, que empezaría por los reinos de Nueva Granada o de Chile: 25 mil, Caracas, Guatemala, Habana, Bogotá, Quito, San Salvador, Managua, Tegucigalpa, San José de Costa Rica. De la mayor a la menor declinación: de Santiago con veinticinco mil,

a Caracas, que tendría otro tanto, quizá menos; veinte mil, — y así sucesivamente, hasta la menos numerosa (aparte de las de Santo Domingo, Haití y Puerto Rico, que eran doblemente más reducidas), San José, que llegaría a cerca de cinco mil habitantes.

Al exhibir el empadronamiento general, se nos ocurre pensar que quizá hemos exagerado demasiado, adelantando que durante el coloniaje los transplantados europeos llegaron a ascender a la cifra antedicha. Las modestas sumas que en resumen aportan los lugares más densos, nos inclinan a tomar en cuenta las proliferaciones indígena y negra, que pudieron reforzarlas.

Es claro que el incremento ocasionado por dichos elementos sería débil, puesto que en las metrópolis, de pronunciadas fisonomías rurales, apenas como domésticos y empleados de menesteres y de tiendas, se ocuparía a los estrictamente necesarios.

En Argentina, Chile, Perú y Méjico, para no citar más que las principales organizaciones imperiales, a la urbe, de tan lánguido desarrollo, sucedían los poblados, sobrando los dedos de la mano para contarlos.

Es probable que en casi todas aquellas no haya habido más que aldeas en el interior, y las que existían con pretensiones de no seguir siendo tales, tendrían escalonadas la mitad o la tercera parte de los vecinos de la cabecera del foco gubernamental.

Habría que llegar a Méjico para observar ya otra cosa en cuanto a urbanismo. Ahí estarían Puebla y Guadaluajara, Oaxaca y Mérida de Yucatán. Pero nunca tan crecidas que pasaran de veinte o veinticinco mil, en especial la primera.

Pero aunque en dicho país haya sido así, en Argentina, debido al auge de su ganadería, se notó con más restricción otro tanto; y Córdoba, Santa Fe, Tucumán y Salta, se elevaron como sitios modestos que oscilarían entre siete y diez mil seres.

Chile, al pronunciarle por la Revolución Social, fuera de Santiago, apenas tendría Concepción, Valparaíso, Qui-

lota, Chillán, Yumbel, Talca, Valdivia y Osorno, pueblecitos de apariencias, como hoy son muchos, al igual que Petorca o Ligua, Cabildo o Calera, de dos, a tres y cinco mil personas.

Aldeas así, es claro que eran un progreso y muy grande, sobre todo en donde apenas habían existido las tribus nomadas.

Pero en relación con el desenvolvimiento integral del imperio colombino, sería algo sumamente acompasado, por demás lentísimo.

Ello era la consecuencia inmediata de la reducida población hispánica y de la fragmentación infinita que se impuso, ahogándose en la extensión.

Así, aparte del cuadro esbozado habría que considerar las inmensas distancias que no sólo estorbaban, sino que impedían la vinculación entre los poblados que por lo común permanecían aislados.

En la actualidad, a Méjico sigue en importancia la ciudad de Puebla, cuyo trayecto ferroviario se cubrirá en medio día. Desde ahí a Oaxaca habrá más del doble y de ésta a la capital del país, más de treinta horas. Si esto es en la actualidad y por la vía férrea, ¿qué sería en aquel entonces?

En Argentina, de Buenos Aires a Santa Fe y Córdoba, habrá por tren once horas, a Tucumán veinticuatro, y a Salta, treinta y seis; y en Chile, de Santiago a Concepción diez y siete, a Valdivia, veintitrés, a Osorno, veintisiete.

Se invierte ahora en tren, de un punto a otro, tanto como en atravesar dos o tres países europeos. ¿Qué sería en la clásica carreta, tirada por bueyes, sobre todo en las regiones montañosas como las mejicanas y andinas? De un lugar, ligeramente urbano, el más próximo, se tardaría, por lo menos, de la madrugada a la caída de la tarde.

Es preciso reflexionar en lo que significaría todo eso, con el polvo horrible del camino, los sofocantes calores y los tumbos por los pedregales, ya que no se podía viajar

de noche a fin de orillar los pantanos, ni en invierno, por ser imposible salvar las lagunetas y barriales. Parece que no había para qué realizar tan grandes sacrificios, si los frutos agrícolas de allá también se obtenían allí, y viceversa, y, de cuando en cuando, algún que otro verdulero o cerealista afortunado se haría comunicar con el centro, apertrechador de mercaderías, sirviendo de intermediario a los circunvecinos.

En tales condiciones se concibe que el tráfico fuese más débil todavía que el despliegue mismo, y aunque ambos aspectos tendrían que compenetrarse, el hecho es que era corriente el poblado y excepcionalísima la ciudad interior.

Así logrará especificarse que los poblados y las ciudades fuesen predominantemente agrícolas y ganaderos, como condición rigurosa del aislamiento y la disgregación en que se encontraban unos de otras.

No es fácil imaginar, sin caer en la fantasía, que en semejante situación tendría que predominar una economía animal principalmente doméstica. No se ignora que lo que proviene de la labranza y del pastoreo, siempre ha sido simple, tanto más en la llana pasada centuria. El campo no ha podido más que predisponer la industria y el comercio estrictamente elementales. Los utensilios y útiles del pequeño labriego, son escasos y recuerdan por su insignificancia los prehistóricos. La venta de la cosecha, nunca ha sido una ganancia brillante en los conglomerados rurales, faltos de mercados y de comunicaciones.

Todas esas dificultades no podría salvarlas la aldea.

Dicho perfilamiento reflúa en la urbe y de esa manera se alternaba lo rural, lo aldeano y lo metropolitano, equilibrándose mutuamente. Así se vislumbraría que funciones tan tenues, casi agotadas por la dimensión, apenas permitiesen la formación de villas, y que éstas, siendo escasas, seis o siete, hubiesen dado paso a la urbe.

Santiago de Chile y Buenos Aires no llegaron a ser

más que el coronamiento de tan contrariado sistema, que se eslabonaba a partir de la lejana parcela y de la perdida hacienda. En efecto, comprendido el todo, las partes saltarían a la vista, pudiendo colegirse que dentro de lo posible parece natural que tal entronque, demarcador de un proceso rudimentario y algo débil, no pudiese jalonar más que lo que de suyo tuviese consistencia.

Por eso las capitanías y demás, no pudieron salir del negocio familiar y local, de pequeña villa, ni de la fabricación doméstica y agropecuaria. Para llegar a la vasta vinculación exterior se requerían las plazas que son obra del capital y de las nacionalidades muy densas.

Inglaterra, que al principio del siglo XVIII inició el intercambio, era un país de cerca de ocho o nueve millones de seres, sin contar sus factorías, naturalmente.

Luego, dicho pueblo, con más de la mitad de los componentes de las antiguas posesiones coloniales, por el grueso de la población, por la conciencia y unidad que le aportarían la concentración y la proporción territorial y el presentimiento de la grandeza, estuvo en condiciones de establecer los lazos conocidos. Tan cierto es ello que debido a los ingleses en gran parte la patria humilde de antaño ha conseguido ahora elevarse a respetable consideración.

Aquel poderío se había logrado, además, por mediación de circunstancias especialísimas. Porque la Gran Bretaña, libre de guerras, y por más que éstas hubiesen dilatado la soberanía y la irradiación universal de potencia más aventajada, presentiría que las consecuencias siempre se verían comprometidas por todo género de riesgos, luprovisación y atolondramientos inherentes a lo que se lleva a cabo por la imposición.

Luego, al país isleño no le restó más que confiar en la energía y en la audacia de sus hijos, que de ordinario eran rudos y hoscos, en eterno maridaje con un medio marítimo no del todo favorable.

La cruda severidad circundante, por encima de la grosería, presupondrían una enorme reserva latente de

aptitudes de lucha y tenacidad incontaminadas, porque de otra manera el roce y el trato humanos los pudo tornar flexibles, y en tal caso no habrían dado los frutos apreciados.

A revelación tan pura, refrescada por la eterna lozana del mar, se agregaría la impresión jubilosa que se experimentaría con la victoria sobre lo desconocido y lejano, doblegando los oscuros abismos de la conciencia humana.

Tal decisión se vería coronada por una circunstancia histórica de lo más notable que les permitió seguir adelante sin entramientos.

Europa se paralizaba, languideciendo, en los desastres de la guerra y en los excesos del régimen feudal, que produjo la Revolución Francesa.

En los otros continentes no había elementos que pudieran contrabalancear el radioso impulso.

Es así como se explica que las acciones infiltradoras se estabilizasen, porque relacionaron lo que no se intentó o no se pudo verificar. Se careció de grupos populosos y la misma escasez de éstos hace pensar que quizá no se tuvo fe en la obra indiana, porque de lo contrario, no habrían faltado medios de transplantarse. La falta de densidad hizo más visible el fraccionamiento operado por reflejo de la extensión y con el cual los centros llevaron existencia desmedrada, sin desarrollar más que una mediocre actividad, apropiada para las modestas transacciones y las precarias fortunas que se alcanzaban a reunir en aquel entonces.

El comercio y la industria en grande, esto es, con materias primas, elaboración y fabricación y técnica educacional, mercados y capitalización, son obra de los conglomerados vigorosos, o lo que es lo mismo, de las naciones ya formadas y en plena madurez. Aquéllos florecieron en Inglaterra después que con sus cuarenta millones de habitantes alcanzó coexistencia mundial, y en los Estados Unidos solo ha sido posible en razón de similar expectativa, a la que quizá principalmente el

adormecimiento en que al respecto se encontraba el concierto europeo, le imprimió aceleración asombrosa.

Los virreinos, reinos y capitanías, presas de la atmósfera económica amodorrante que ahogaba a las naciones de aquella época, tuvieron despego por las iniciativas y se instituyeron ante el movimiento como una ancha vía abierta al primero que llegara.

En uno u otro sentido, el precario urbanismo, el estancamiento del mercantilismo y de la elaboración con sus consiguientes ignorancias técnicas y despreocupación por el afán edificante, fueron confundidas en un sólo haz de calamidades. Por no tratar de anularlas, de perseguir fuera los contrapesos por si se era incapaz de consolidarlos dentro, presentaron un frente que fué arrollado.

¡Meditemos qué dolorosas consecuencias no se experimentarían tras el aludido intercambio, impositivo y subyugante!

Es probable que el proceso no fuese más que un reflejo del desenvolvimiento universal, en especial del europeo, que por haber sido contrariado por tantos siglos de violencia, exigía cierta desinflación. A la postre, los británicos, impulsados por la interdependencia y por sus excepcionales condiciones, emergieron como los motores que provocan un fenómeno de desplegamiento. En realidad, aquéllos, por el mar, no sólo se sustrajeron a las seculares contiendas permaneciendo siempre a la expectativa, que aprovecharon con el Descubrimiento de América, sino que lograron como vencedores de las olas la conquista de una civilización peculiar, fomentando inacabables reservas volitivas que luego se desbordaron por todo el planeta.

Por su potencialidad la colonización opera la evolución

No habría sido obra útil sin atrasos ni adelantos, progresos y rutinas, la colonización, y después de dos siglos y medio — ¡cosa extraña!, el mismo lapso de tiempo que se calcula que tardaron los aztecas y los incas en echar las bases de los organismos tribales más notables —, las determinaciones sociológicas la pusieron a prueba.

Se produce la Independencia, y en lo que fueron virreinos, reinos y capitanías, pasaron a erigirse entidades políticas autonómicas. El hecho era natural y lógico, puesto que los conglomerados tienen que sufrir la mutación, sin perjuicio de que ésta resulte a veces precipitada y lamentable.

Pero por encima de los egoísmos habría que comprender que al verificarse dicho proceso fué porque aquellos conglomerados eran una fuerza viva, intensa, que aunque no se habían elevado en cosas materiales y espirituales, al menos lograron profundizar la tierra labrándola y vigorizaron humanamente lo que antes era yermo.

De no haber sido así, acaso no se hubiese advertido novedad alguna, porque de la muerte no sale la vida y holgado es decir que al degenerar o paralizarse demasiado una agrupación, no tiende sino a la asfixia.

Tan es así, que la Revolución, antes que un éxito de los criollos o un fracaso de los hispánicos, fué la secuela de un poderoso fermento de vitalidad, de un acervo de potencialidad. De lo contrario, es difícil presumir que innovación tan amplia equivaliese a una verdadera transformación.

Los hechos serían diversos si el ritmo, en vez de predisponer la autonomía general, hubiese condicionado el avasallamiento plutocrático, estimulando la regresión, que habría estabilizado la factoría.

Como no fué así, el atento estudio del problema nos hace poner en segundo término tal cual causa y efecto político, pensando que si en realidad se hubiesen tenido como ciertas todas las lacras y deficiencias que se le achacaron al régimen, era como considerar que la estructura estaba viciada y tarada, condenada a la más desolada consunción.

En la hipótesis de que aquél hubiese exhibido lo que se presuponía, es innegable que la decadencia habría seguido su curso y ya nada podía haberse esperado, salvo pequeños vuelcos y modificaciones de la célula contaminada.

Pero la fluctuación que se produjo reafirma todo lo contrario y en ello no debe verse más que una perfecta simultaneidad.

La interpretación se acerca tanto a la verdad, que es obvio reflexionar que el fenómeno emancipador, considerado como una reacción de vida, no habría sido ni siquiera ese de no responder a exigencias primordiales.

Supongamos por ejemplo que no obstante el marasmo, el movimiento iniciado hubiese seguido con más espontaneidad.

Ello nos autorizaría a presagiar que las nuevas repúblicas, hubieran sido flor de un día, oscilando entre los males supuestos a la generadora, para al fin volver a lo mismo y quizá peor, no siendo raro que en la anormalidad se fuese presa del más astuto.

Es casi igual que en el ser humano. Si éste no se altera más que en paliativos de remedios, de climas y de conducta, bien poco podrá conseguir, ya que la enfermedad nace de lo hondo, abarca la herencia biopsicológica y se transmite acaso desde los abuelos.

Siguiendo dicho orden de ideas resalta la ingenuidad de imaginar que con haber suplantado el nombre de

vincinato, reino o capitánía por el de nación, reemplazado las autoridades, y haciendo todo lo contrario de lo que antes se hacía, ya estaba hecho el arreglo.

No; y las determinaciones sociales que abarcan desde la prehistoria, engarzan la protohistoria y se confunden con los fenómenos físicos, indefinidos y casi inmutables en su eternidad, hacen creer que sin transmutación no puede producirse signo alguno y sólo se cae en el desorden y en el caos.

Es cierto que en ocasiones las anomalías se revelan por tal o cual extremosa arbitrariedad y luego de forzada desaparece por completo. Pero hay que convenir que se trata de aspectos supletorios y superpuestos.

Por eso antes que de la desaparición de las antiguas y del nacimiento de las nuevas entidades, debe primero tratarse de apreciar el desarrollo político de esta parte del planeta, puesto que luego de larga gestación el coloniaje pudo salir de lo potencial y adquirir modalidades específicas.

Es el fenómeno parecido que con posterioridad evidenciaron, como ya lo hemos dicho, los aztecas y los incas, quienes de ser sorprendidos tres siglos después de cuando lo fueron, con toda probabilidad habrían experimentado modificaciones tan fundamentales como las que se advirtieron en la Independencia. Al consolidarse el Descubrimiento estaba trabada la guerra civil entre ellos y la sobreposición de Cuauhtemoc, frente al amillanamiento de Montezuma, evidencia que se fraguaban hondos descontentos de parte del pueblo contra la rapacidad y crueldad de las castas. Es por ahí por donde se afianza la sustitución, que siempre envuelve la idea de crecimiento por el anulamiento de las desviaciones, alejado entre los aborígenes más lenta la trayectoria por su entartamada cultura y escasa densidad.

Relacionando dicha curiosa similitud, se podría recordar que las estructuras griegas y romanas, duraron tanta o un poco más, pequeña diferencia, en relación con la española, aparte de que aquéllas se preadaptaron y

nivelaron en algo estable, en mucha porción con fisonomía propia.

Es que las sociabilidades por más populosas y potentes que sean no pueden escapar a las leyes de desplegamiento que de ordinario compelen a las inhibiciones regresivas, que son supremamente superiores a los hombres y comprenden la coexistencia de la mesología y las saturaciones psicológicas colectivas.

Así, por ejemplo, los componentes de las pasadas empresas fueron españoles. Pero por lo común sus mujeres no lo eran y consecuentemente los hijos nacían diversificándose en gran modo. No sólo se desarrollaban en región en todo opuesta a la del progenitor, sino que la madre infiltraba un fermento nuevo que acrisolado en los milenarios tánicos, los acercaría más a la naturaleza virgen y opulenta capaz de mayor absorción.

Luego, la descendencia sería bastante complicada y por más que en la forma política fueron todos coloniales, el ambiente y la herencia les haría seguir inclinaciones exclusivas.

He aquí ya un principio esencial de diferenciación, generador de toda mutación.

Con el correr del tiempo los descendientes fueron más que los ascendientes y claro está que con las aportaciones tuvieron que ir ahondándose las miras. No en balde entraron en juego poderosos factores de conformidad y compenetración, tales como los elementos, la sangre nativa y las necesidades de estabilización urbana y rural. El europeo sufrió la transformación, puesto que su convivencia con otras zonas y sus imprevistas tareas labradoras le obligaron a ella.

Las fundamentales transformaciones fueron las que se producen en el trasplante y ellas darían el tono a las accesorias y de segunda mano. Sin ir muy lejos se concibe el proceso entre el grupo de fuera y el de dentro, por cuanto eran de opuesto medio físico, cultura y graduaciones. El hispánico y el indígena formaron como dos polos, aunque de un mismo sistema agropecuario,

y la resistencia y, de vez en cuando, el contrapunto, tuvo que ser el resultado lógico de contrastes evidentes.

Debido a estos mismos, se extremaron las preven- ciones y los excesos y así reflotaron los malos tratos en el mar sin orillas de la falta de entendimiento y de la recíproca incomprensión.

El uno no entendería al otro y ni éste a aquél y todo ello era lógico porque un abismo se alzaba entre ambos. Borrar las asperezas y alcanzar un vago tamiz de asi- milación sería obra de los siglos.

No de buenas a primeras se pudieron suprimir o atenuar los extravíos que con toda seguridad, antes que a crueldad o mala fe del terrateniente, se debieron a la mutua desvinculación. Si no hubiera sido así, no se comprendería que se atentase contra los braceros que producían y allegaban riquezas y parece que ahí en donde privan los intereses, aparecieron el cálculo y la sórdida malicia.

En igual circunstancia se encontraron los criollos, con respecto a los transplantados, por más que fuesen hijos de los mismos.

La fecundación aborígen y el nacimiento en las tierras de promisión fueron causas determinadas y ajenas al egoísmo humano y es probable que el mestizo, sin que- rerlo y a pesar de las buenas intenciones y los sanos sentimientos del peninsular, su pariente o amigo y, la mayor parte de las veces padre o abuelo, se apartase y se sintiese en otro plano, arrastrado por la vorágine de las impresiones y tendencias que le rodeaban. Gravitaría sobre el pobre todo aquel extraño y brusco proceso de influencias exteriores y de inclinación ancestral.

Las colonias, pugnando por organizarse y realizarse, se presentarían todavía muy escurridizas y diluídas. Los fermentos de concentración y aleación se fortificarían más tarde con la mayor relación y la más plena compe- netración. Ello equivaldría a afirmar la tradición y el ambiente cultural. Pero era tarea larga y las colonias están expuestas a un cúmulo de perplejidades. En tales

circunstancias el nuevo retoño no pudo ser refundido ni amoldado de pronto como pudiera haberlo sido en condiciones más avanzadas. Era cuestión de tiempo y de nivelamiento más que de buena voluntad. Por esas sombras alternativas, se atenuaron sus disconformidades. Lo separaban las desaveniencias ya más modificadas porque se acercaba bastante al ascendiente por la pro- genitura y por estar más inmediato a él por el espíritu, necesitaba la simpatía y la asimilación que el otro no estaba en condiciones de revelar. Con pocas luces, con criterio de chacarero, porque así lo exigían las circuns- tancias y la vida que llevaba, no era apto para elevarse y borrar las asperezas. Luego, el tiempo no hizo más que poner en tensión, en la mayoría de las ocasiones, al regional con el extranjero.

Todas esas minucias dan la clave de una complica- ción que en adelante haría que se ahondaran más los sedimentos, y podemos suponer que, fatalmente, acentuaría y recrudecerían rozamientos y discrepancias.

Esa causa matriz sería inseparable de un efecto accesorio y ahí tendríamos la equidistancia entre el criollo y el transplantado, por más que los historiadores y manualistas la han puesto como un designio explícito de éste.

Tan equivocada es esta hipótesis que bastaría reparar que las civilizaciones y nacionalidades superiores, y aún las primitivas, siempre han estatuido las clases, siendo éstas un progreso, porque son obra de la variedad que las apareja. Se ha consignado que sin emulaciones y antagonismos no hay luchas, ni pueden producirse pugnas, llegándose sin más trámites a la uniformidad y mono- tonía que señalan el estancamiento irremediable.

El contraste fué el férreo espoleamiento del ritmo, estimándose que sin él, aunque la incomprensión e igno- rancia humanas lo consideren odioso, tendría que haberse llegado a la absorción como masa inerte, que nadie ni nada habría alcanzado a mover, paralizando todas las actividades.

Así, el descendiente por un lado y el negro y el indígena por el otro, con sus padecimientos y sus abandonos, sus dolores y sus quebrantos, infundirían calor a la protesta, a la crítica, y darían visos de pasión al malear que de otra manera no se anularía nunca.

Esos seres contrapuestos al europeo, concluyeron por estatuirse en factores, pasando a equilibrar el desarrollo colonial. He ahí la aceleración de la existencia y acaso a ella se deba el oscuro y melancólico mejoramiento humano.

Dicho proceso psicológico de oposición y resistencia, nada de extraño sería que en las ondas transmutoras de la efervescencia ganasen el alma de unos cuantos labriegos hispánicos, de buen núcleo quizás, al comparar su desmedrada situación frente al nepotista y burocrático.

Así, lo que era en efecto irremediable de oscuras contingencias en la plena dilatación, pasó a comprimir impresiones que con el correr de los años sacudieron las estructuras pasadas.

Toda esa inmensa marejada de acciones y reacciones no fué ni un bien ni un mal ni para las nuevas ramas que surgieron a expensas de ella ni para las antiguas, que naufragaron por su causa.

En sus secuelas tuvo que ser inconsciente e indiferente, porque trascendería a dinamismo sociológico y es claro que los que lo desconocen han procurado atiborrarnos de falacias, entregándose unos a las lamentaciones inconsistentes y otros a la alabanza injustificada.

El hecho es que por encima de todas esas pequeñeces terrenas influyeron los residuos encontrados que en su potencialidad dieron vigor a todos aquellos resabios disconformes que sólidamente inclinan a la modificación.

De tal modo comprendidos y relacionados los síntomas, aunque parezca paradoja, puede pensarse que fué una insigne prueba satisfactoria la que dieron a España sus antiguos virreinos, reinos y capitanías, al lograr *motu proprio* y por esforzada determinación la autonomía.

El fermento de libertad, por muy precipitado que fuese, parece lógico que respondiera a necesidades intrínsecas y la emancipación brota casi siempre de los organismos sanos y en plena vitalidad.

El crecimiento imperial se afianzaba con la ramificación y de ninguna manera pudo pensarse que un hecho de tanta magnitud como la auto-decisión política y social, hubiese brotado de disposiciones inaptas. La prueba de ello no la dieron las estructuras seculares, como pudorosas de exhibir su fortaleza, sino las renovadas, las que aunque partían de ella ya no la comprendían y obraban con la suprema fuerza viril de la juventud y del porvenir.

Es posible que pensándolo bien la incubadora se alegrase de dicha revelación que quizá no sospechaba y que las agrupaciones surgidas tan de repente se confundieran y vacilasen un tanto al saberse apresuradas y nerviosas de haber malogrado un precoz desarrollo.

Sea lo que fuere, el hecho es que las alteraciones se consumaron porque, más tarde o más temprano, tenían que consumarse. Era lo irremediable.

La Independencia no debiera estimarse ni un bochorno para una parte ni una gloria para la otra, por que una experimentó la imposición rítmica a que están expuestas todas las organizaciones y la otra surgió de la modificación, sin haberse mejorado del todo la situación que la allanó en algunas regiones.

Aquella es la reafirmación de la aptitud colonizadora y por ende la caracterización y el valor propio, mediante los cuales se desvanecerían toda prevención de factoría o de brutal e inútil despilfarro de productos físicos y personales.

Si en vez de parcial la sublevación hubiese sido total y hubiese tenido una plataforma militar, para en seguida levantar otro vasto estado, ya habría sido distinto. ¡Una masa desplazada por otra, qué débil innovación afianzarla, sobre todo si lo uniforme y prolongado equivalen en realidad a bruscos retrocesos! Pasando de cierto

límite, desprendiéndose de las indiferencias desmedidas, las sociabilidades se tornan pesadas y la inercia las gana por entero.

Al parecer, la evolución que va de lo simple a lo complejo, cumple mejor su cometido manifestándose entre las tendencias menos engorrosas.

Por eso se observa que las capitanías y demás, dando una prueba de consistencia, tuvieron que franquear la sustitución como finalidad aceleradora de propósitos elevados.

De igual manera que las naciones superdividen sus fuerzas, estableciendo diversas instituciones y poderes, para que en la especialización se los ejercite mejor, ganándose con ello en el gradual y simultáneo reparto de aptitud, así también la sociedad, llegada a cierta extrema desequivalencia, cede ante el desfogue de las energías internas.

Es cierto que el imperio estaba escalonado en virreynatos, reinos y capitanías; pero se ha de convenir que esa era una separación gubernamental, y que los hechos exigían otras más cuerdas. Aunque se hubiese atendido a las que demarcaban la geografía de las sociedades tribales y a otras circunstancias físicas y de despoblación indígena, ya expuestas, en la práctica aquella resultaba bastante desplazante.

Es innegable que para llegar a aquella organización, se precisó un maravilloso esfuerzo, tenaz y duro, de más de dos siglos y medio, habiéndose creado todo y echándose la base de la civilización donde antes sólo reinaba como majestad metafísica la infinita soledad.

Pero también es evidente que las masas, como fuerzas de absorción de exclusivismo, esconden sus peligros y anomalías y conviene atender al más sano equilibrio y por más que en la época no se señaló como transformación, el hecho de que se quebrase y de que de sus fragmentaciones surgiesen ramificaciones, lo comprobarían.

Tal fué el cambio logrado por el fenómeno que impropiamente se llama independencia, cuando más bien se

podía calificar de evolución. Esta fué más allá de las especificaciones políticas establecidas y en algunos antiguos focos, que bien pudieron mantenerse en la cabal autonomía, el ímpetu alcanzó inusitadas proporciones.

De los lejanos virreynatos del Perú y del Río de la Plata, brotaron sucesivamente, aparte de la regional que las predispuso, otras naciones: Bolivia, Paraguay y Uruguay. De la Gran Granada, surgieron Venezuela, Colombia y Ecuador y de la capitanía de Guatemala las actuales del Istmo.

Así es que de unos cuantos centros coloniales se desprendieron otros tantos, como para comprobar y proclamar la necesidad de la reforma.

He ahí una mutación considerable, si se observa que la masa imperial se disgregó por completo, salvo dos o tres excepciones.

Chile y Méjico, aunque se emanciparon, se mantuvieron incólumes en la gastada jerarquía política territorial y las Antillas debieron a su condición isleña por más tiempo la prolongación institucional secular. En Chile, no obstante, la exigencia alteradora se hizo más premiosa que en las otras zonas, y ya se sabe que en el reino austral, excepcionalmente, gravitaron poderosas imposiciones rítmicas. En *Sociología Chilena* se esbozaron las desesperantes condiciones económicas que clamaron por las mejoras y las singularidades del aislamiento mesológico y de la disciplina y correlaciones, que sin lugar a dudas influyeron en la integridad total. En Méjico, tan extraño y distante, que surge como una interrogación, no obstante su inmenso volumen y su complicada área, quizá sería efecto de causas exteriores que no lo perturbaron de pronto, pues por el norte no pudo temer nada por el momento, porque se trataba de la factoría inglesa, y por el sur, la reducción de los focos centroamericanos obligaría a comprimirse.

Se piensa en las influencias limítrofes, porque se puede observar que Bolivia se desplegó por el poder militar de Bolívar y la Gran Colombia, por las dilatadas

y recargadas maniobras bolivianas que partían del epicentro, de lo que fué después Venezuela, las que, como parece natural, perjudicaban y malquistarían a las regiones que quedaban al costado y al frente. Y así sucesivamente.

Es claro que dicho condicionamiento coexistió con causas internas. Pero no se exagera al afirmar que se concretaron por aquél, y en ratificación de ello están dos hechos terribles que lo comprueban. Méjico, poco más de un cuarto de siglo después de lograda su autonomía, sufrió el trágico cercenamiento de la mitad de su territorio, precisamente por el vecino norteño de otra raza y diversos intereses. Colombia, a su vez, experimentó la presión, por cuyos motivos surgió la República de Panamá.

Pudiera ser que embrionarios los fermentos compulsadores, hubiesen influido más las circunstancias concomitantes extranjeras. Las influencias británicas y las arrebatadas de las zonas colindantes, dispuestas por ellas, es innegable que en ocasiones dieron más bríos al movimiento, sin que el lugar hubiese alcanzado a manifestarse.

Pero aunque así haya sido, es justo observar que salvo aquéllas todas las otras se debieron a los mismos elementos limítrofes de la víspera.

Si no total, porque nunca es posible en los grandes tronques, al menos parcialmente, para luego ir ganando terreno como se ha entrevisto, empezó a susurrarse el ansia vehemente.

De todas maneras, las localidades lerdas acaso lo fueron a pesar de ellas, por estar a trasmano, aisladas, lejos de los centros capitales que concentraron la cultura. Deben haber sido las posiciones de Ecuador y Bolivia, del Paraguay y quizá de Colombia. Pero en cuanto se pusieron en contacto con la saturación emancipadora siguieron el rumbo conocido. Aquéllas por su subalternidad aplastante, al producirse el choque de fuera hicieron brotar como por encanto la soberanía, como si de las

pedras brotasen flores o si en las moles andinas pudiera germinar la corporeidad humana. Lo que quiere decir que la languidez y la modorra eran más aparentes y que se deseaba la vinculación y solidaridad, y aunque en menor escala las provincias auspiciaron la inclinación, con lo cual, en líneas inconfundibles, tornaron universal la renovación.

Por más que el anhelo se exteriorizase primero por la política, por la alteración del estado, por el vuelco del gobierno mejor dicho, no hay que desconocer que en tales circunstancias por algo se empieza. Como en toda labor de mejoramiento, los ímpetus revolucionarios aceleraron las reivindicaciones.

Por más que al principio las nobles iniciativas se lastimasen con el caudillaje y las asonadas, que pasaron a hacerse endémicas, es innegable que fueron una seria innovación. Que instantáneamente con ellas, por ignorancia y mezquindades, surgiesen los menguados personalismos, eso ya era accesorio, puesto que ni los mismos que compelieron la nueva situación pudieron presentir las consecuencias disociadoras.

En cierto sentido podemos consolarnos de los excesos de la precocidad institucional, porque ellos atraieron la crítica y la reprobación para luego dar paso a la depuración. Además, como en todo proceso incipiente, un grande ideal tiene que confundirse con la extrema bajeza de los logreros y los explotadores.

Aunque así sea, para bien o desgracia del género humano, el hecho es que a pesar de todas las hazañas subalternas y todo aprovechamiento, la transición persistió en sus efectos bienhechores y quedó como una conquista civilizadora, definitivamente incorporada a esta apartada zona del globo terrestre.

Comprendidos de esa manera los acontecimientos, al estudioso le será fácil inducir que el ritmo fué la cosa más natural, una secuela del mayor crecimiento y su condición intrínseca, al mismo tiempo que un factor coordinador.

Es posible que sociológicamente valgan más estas aptitudes que no aquéllas, puesto que toda novedad obedece a razones de conformación y de fundamento psicológico.

Sin estructura social, es imposible producir esa novedad y no conviene olvidar que los organismos amorfos y decadentes se estancan y no son aptos para allanarla.

A la inversa de lo que se ha creído y se sigue creyendo, en vez de abarcar las consecuencias transformadoras, debe primero tratarse de relacionar las coexistencias que las determinaron. Aquéllas son efecto de una grande sedimentación y es claro que a veces no tienden más que a darle mayor vitalidad a ésta, cuando no es ella la que lo impulsa como fenómeno de necesaria adherencia.

La política o el nacionalismo exaltado podrán condolerse y alegrarse y elevar un hecho espontáneo de desarrollo, manso como el agua cristalina del río amigo, en una contienda, en una marejada de odios turbios y virulentos. Pero ya se sabe lo que han decaído esas cosas y no vale la pena insistir.

Siguiendo las simultaneidades inferidas, llegaríamos a la conclusión bastante aceptable de que la colonización hispánica, no obstante sus pretensiones, lacras y deficiencias, algo subalterno y siempre secundario en toda grande gestación, logró alcanzar una vasta potencialidad.

Humboldt, a principios de 1700, le calculaba a la América Española diez y siete millones de habitantes y aunque el dato parece ser incierto, a juzgar por el total de ahora que es casi el séptuplo de esa cifra, se podría agregar que comprendía una poderosa ascensión.

Recordemos, en efecto, que la población de la antigüedad, era, como se adujo al principio de este trabajo, de alrededor de seis millones y que al cabo de largo tiempo, mediante el cruce, pudo duplicarse. No fué mucho, antes bien casi una insignificancia, se pensará a simple vista, por más que pueda resultar escaso el cálculo del investigador alemán.

Pero si se cotejan los hechos y se imaginan consecuencias que en apariencia no se podían advertir, se encontrarán de mediana conformidad las cifras. Así, por ejemplo, la agrupación indígena en doscientos años y teniendo por delante una civilización superior, absorbente y quizá desquiciadora para ella, no pudo ser lo mismo que en la preconquista y su disminución en algo era evidente o, en el peor de los casos, el aumento sería muy tenue, apenas perceptible.

Nos autoriza a reflexionar así, en primer lugar, el hecho capital de que el contacto con aquélla alteró por completo y absolutamente la vida aborígena, hasta el extremo de que se reflejaron calamidades que antes no se conocían, tales como la sífilis y la viruela, sin abultar los ejemplos. No es difícil olvidar los estragos que esta última hizo en la guerra antichileindiana, en la tregua que se sucedió a las preliminares actividades de 1551, en las que, según el cronista, «los indios morían como ratones». En las campañas y sitio de Méjico, los nativos sufrieron diezmatones epidémicas, pero no de tanto alcance como las de los australes. Aparte de las enfermedades y plagas que fueron azotes mortales para los regionales, hay que notar cuánto paralizaría el incremento de la natalidad, prolífica de por sí, la pérdida de las instituciones precolombinas que sumirían en el abatimiento y la somnolencia de sentirse sacado a la fuerza del milenarismo y la desgracia abrumadora e irreparable de subvertir los esfuerzos, luchas y pesares, entregándose a un trabajo que no se había imaginado nunca ni alegraba lo más mínimo.

Además, hay que reconocer que la generación nativa se vió atacada en su base, en su elemento procreador, la mujer, que ya no le perteneció libremente como antes al infortunado. Este hecho de incalculable importancia porque gravitaba sobre el fondo antropológico de instintos y apetitos de la especie, permitirá inducir el agobio y decadencia que relajarían al pobre desamparado, sobre todo al de las ciudades y aldeas vecinas, al verse privado

de las satisfacciones sexuales. De aquí no habría más que un paso a la alteración de la salud, que a la larga tuvo que primar en la reducción de la descendencia y en la paulatina extinción de porciones del mismo.

Lo colegido nos dará una explicación aproximada de la posible disminución, en los lugares en contacto con los españoles; pero es claro que allí donde éstos no penetraron nunca ni pudieron internarse sus descendientes, además de nebulosas, las cotejaciones serían inverosímiles.

Después de todo la población aumentó y en razón inversa a la antigua, porque era cruzada y por lo tanto más seleccionada, constituyendo una enorme acumulación preadaptadora.



La transformación, más que al régimen colonial, comprendió a las entidades ramificadas.

La evolución mediante la cual surgieron nuevas entidades, se haría sentir con más fuerza en éstas, aunque hay que reconocer que aquella es indefinida y sobrepasa las relativas previsiones.

Los historiadores y manualistas han tratado de demarcar con insistencia dicho fenómeno en su manifestación exterior.

Como esa fase resaltaba, por los hechos notorios que la denunciaron, se colegirá el entusiasmo y fervor de los tratadistas.

Pero en donde el ritmo se pulsó con más vigor fué en la encarnación republicana y como casi fue total se observó de súbito, y el interés circunstancial exageró su indudable importancia. El ser humano siempre se inclina a las generalizaciones y en ese proceso, hacia el régimen republicano, se vió la extática, el todo, la división del antiguo régimen, y no se trató de apreciar la dinámica, la parte, la modificación. En ello pudo haber un justificable egoísmo que solo hizo atender a la alteración que llenara las aspiraciones emancipadoras. Como fué la primera y la que de momento satisfizo las ambiciones reaccionadoras, se subentiende que no se vislumbrara las que pasarían a envolverla, no obstante sus miras domésticas.

En la determinación de este estado psicológico influyeron las ideas de la época, que fueron mal asimiladas por los caudillos, quienes conceptuaron que la asonada

era lo que hacía y deshacía. Semejante tendencia no ha de sorprendernos en los descendientes, puesto que en el pasado a los gobernadores y a sus fuerzas armadas los tornaron los depositarios del orden. De ahí se desprende que si éstos creían que lo guardaban para la monarquía, nada de raro había en que aquellos creyesen que lo podían alcanzar para sí. Hasta en los sentimientos demasiado unilateralizados, la tradición influyó en los innovadores.

Es probable que la transformación siguiese su curso y ni la masa fragmentada, ni las ramificaciones surgidas de ella la comprendiesen, tanto más cuanto que la desmembración era la fase primaria, la que luego en su declive fatal predispondría otras, mucho más complejas. Llegado a cierto límite se produce aquélla y aun la vida humana es obra del desequilibrio, de la madre que cae enferma y a veces perece por prolongar la especie en indefinidos impulsos vitales. El imperio que había durado tanto como el griego y el romano, no obstante la tensión y el desgaste de constituirlo desde la base: la labranza y las comunicaciones, no podía sustraerse a las modificaciones, salvo que de hecho y oportunamente las instituciones hubieran sido transmutadas. Se convendrá que éstas, engarzadas en la más rígida inmovilidad, como si ante ellas se hubiera paralizado todo, era difícil que duraran más de un cuarto de milenio. ¡Doscientos cincuenta años! Si hasta a Egipto, jerárquico y hierático, en tan largo tiempo, le fué imposible esquivar las rectificaciones.

La necesidad de cambio había nacido con el desarrollo y las revoluciones no fueron más que esquemas de imperativos profundos, demarcados en el espíritu de clases, como ya lo señalamos. Es claro que aquélla no llegaría a confundirse sólo con la Independencia. Creer eso equivaldría a pensar que las leyes cosmológicas, al igual que la política, pueden estar al servicio de un bando.

Por eso se piensa que la profundidad de la evolución, no está en la multiplicación, hecho casi externo, sino

en el infiltramiento desplazador que se le aparejaría.

Va observamos que a la autonomía de los virreinos, reinos y capitanías, siguieron otras, derivadas de los nuevos núcleos. Bolivia, Colombia, Ecuador, Paraguay y alguna que otra más, no se disgregaron directamente del antiguo estado, sino de las parciales divisiones que lo hicieron siguiendo las demarcaciones pretéritas. Es indudable que en las regiones que resultaron después fragmentadas, existía el anhelo. Pero no lograron abrazarlo y de ahí que lo afianzaron de manera redundante, de rebote de otro mayor, y quizá forzado.

Los hechos nos harán comprender que la renovación se sobrepuso a los intereses circunstanciales y aun en las organizaciones internas incipientes introdujo, como era natural, la diversidad.

Es histórico que del gobierno tradicional se evolucionó hacia el popular. Pero también lo es que en los centros más vastos y en donde había echado más raíces aquél, Méjico y Perú, se trató de caer en la regresión. Aquí, ya se notan atenuantes considerables. Monarquía era poder absoluto, con exclusión del conjunto social, sobre todo en la época y entre los vacilantes emancipados. Al efecto, se recuerdan las sugerencias que San Martín rechazó en el Perú y los aspavientos de Itúrbide, haciéndose coronar Emperador y tratando de extender su imperio al Istmo, sin reparar en la guerra fratricida. El Salvador, al respecto, dió un buen ejemplo de altivez, repeliendo al déspota.

En Argentina, que con anterioridad había dado pruebas de su viril entereza rechazando la invasión inglesa, se esparció también la idea, adelantando la crónica algunos por menores.

Centro América, al parecer por los precoces intentos de unificación, es posible que se sintiese atraída, por más que la intencional mejicana bien pudo inclinarla a ella.

De todas maneras es significativo el hecho de que en algunas zonas, en las más sobresalientes quizá, no obstante la general novísima tendencia, se tratase, aunque vanamente, de volver hacia atrás.

Dichas paradojas que no han de parecer abrumadoras, puesto que la atmósfera que rodeaba el pueblo facilitaría el caudillaje, embriagado por la sensación reciente, cortar por donde primero se le presentara. Así, también, pasaría con la idea republicana y la de los Derechos del Hombre, que fueron proclamados en teoría por la Revolución Francesa, porque después se hizo todo lo contrario y se perpetraron las monstruosidades imperialistas napoleónicas, más atroces aun que las de las monarquías feudales. En realidad, en el arrebató y la sobreexcitación, los principios exóticos fueron el eje político. Se ha deducido que a los que no les cuesta nada las cosas, tanto les da lo uno o lo otro. Podemos pensar que si en vez de tales corrientes se hubieran declarado las nociones de Imperio y los Derechos del Déspota, el asonador más entrometido se habría considerado en días de fiesta.

Las doctrinas soliviantadoras galas, coexistieron con el movimiento que empezó a perfilarse, y es claro que sin el ímpetu conocido, los efectos habrían sido nulos. Si se hubieran divulgado medio siglo antes, habrían pasado inadvertidos.

Del régimen considerado atrasado, salieron los revolucionarios. La mayoría de éstos, que por acto de birlibirloque no pudieron de la noche a la mañana instruirse y perfeccionarse, aparecieron encarnando ideologías de meros grupos. Lo más exaltado de la época, personalizado por los más extremados desconocedores de la fórmula.

Las repúblicas primerizas, al estabilizarse, aunque no hubieran transcurrido más que diez años de autodeterminación, es probable que habrían resistido con éxito el contagio ideológico.

Creemos estar en lo cierto, porque después de sostenerse los principios aludidos, de hecho se trató de quebrantarlos, introduciendo los opuestos. Ya inducimos los fermentos reaccionarios. Algunas regiones, si no lograron el objetivo, alcanzaron peores finalidades, con las cuales desvirtuaron los romanticismos políticos.

En Méjico, surgió el federalismo, que nada tenía que ver con la Revolución Francesa.

De hecho, fué un régimen faccioso, que consolidó los Derechos del Caudillo, fragmentando demasiado e introduciendo bastardas peculiaridades. Por fortuna, el tiempo y la cultura han modificado bastante tales desvíos.

En el Paraguay, apenas obtenida la segregación, tomó el poder un tirano que por más que era extranjero se tornó absoluto, manteniéndose hasta su muerte, cerca de veintisiete años, sin que su desaparición interrumpiese la serie.

En el Río de la Plata se adoptaron diversas fases que no fueron más que la pantalla que se dieron los ambiciosos para maniobrar a sus anchas en los lugares favoritos. Los del centro eran unitarios y los provincianos, entre los cuales se alzaba la mesnada, federales o partidarios de dejar hacer. Muchos de éstos llegaron a ser de una triste celebridad. Después de proclamada la Independencia, con intermitencia escasa, se osciló de un lado para otro y luego se llegó a la revuelta enconada que duró doce años. En seguida, casi durante un cuarto de siglo, personalizó el poder la tiranía más bárbara que a su pesar tuvo el designio constructivo de acabar de momento con dichos excesos, dando la sensación de un gobierno fuerte. Y en Chile se empezó por la Revolución Social, afianzándose la soberanía mediante el esfuerzo colectivo. Pero después se rodó hacia la dictadura, no por sacrificar al pueblo sino para reprimir a los terratenientes poderosos, que más tarde, sin tratar de valerse de la turba, ni entrometerse en ella, tomaron el gobierno para su exclusivo provecho, poniendo al frente a uno que otro militar surgido de la discordia.

He ahí una serie de hechos de los más disímiles de las regiones más contrapuestas y apartadas y de la más increíble mezcolanza. La historia, tan pródiga en exhibir los personalismos, nos amparará en estas circunstancias.

Psicológicamente, todo ese enorme proceso de alti-

bajos, luces y sombras, adelantos y atrasos, es explicable, porque se partió de una base anticientífica.

De los virreinos, reinos y capitanías, se salió sin ideas y sin proyectos, y a pesar de la recalcitrante atonía moral que se le ha supuesto a los mismos, se logró el desplazamiento. Es probable que por falta de aquéllos y siguiendo la aceleración apreciada, fué por lo que pudo lograrse éste. Al menos en su esencia el hecho es así, porque refundió los sentimientos colectivos que a veces más que a las ideologías y fantasías obedecen a los intereses. Si en vez de arriesgarse en la penosa senda de las acometividades, se hubiesen primero parado a discutir y a trazar programas, no cabe duda que las envidias y las vanidades habrían formado círculos y á la postre, se darían cuenta de la pérdida del tiempo que acarrearán tales imprudencias.

En toda gestación se comienza por las realidades, que de ordinario son amargas y responden a instintos y apetitos y necesidades sentimentales prácticas y no a divagaciones. Así se formaron los conquistadores. La mayoría de éstos no tuvieron escuela y a los pocos que se sobrecargaron de teorías, parece que aun les hizo mayor falta la escuela, a juzgar por sus errores y extravíos morales. Es que para tal empresa, más que de subterfugios y apariencias se trataba de luchar y de alcanzar el éxito. Lucidos habrían quedado todos si hubiesen querido convencer al indígena con ramplonerías.

La colonización se abrió camino siguiendo las nociones prácticas que llegan á constituir una tradición, una costumbre y una modalidad; y en aquella época, ajena a las declamaciones, menos que en ninguna otra se podría haber cabido en una simple expansión verbal.

Lo que se requirió fué la iniciativa permanente e indefinida y el valor a toda prueba, que presidirían la readaptación a la labor honda, labor que por dirigirse hacia lo profundo no padeció los mareos de las alturas cerebrales. Las ideas nuevas, útiles y provechosas, brotan del perfeccionamiento cultural. De ahí que sin el debido

núcleo escogido que las asimile, las estudie y las pese, se tope con un lúgubre abismo si se quiere encarrillarlas.

Sin embargo, las nacientes agrupaciones, al caer en brazos del tumulto, por su ignorancia e inexperiencia no hicieron más que oscilar entre la exaltación y la embriaguez del movimiento que las había generado.

Dichas alternativas, algunas fuertes como a punto de alcanzar el camino, otras cómicas y no pocas ridículas, servirían para convencernos que los hombres y sus trastueques demagógicos, eran algo superfluo frente al dinamismo progresivo.

Tan es así, que esas que se podrían considerar acciones y reacciones, no fueron sino los simples eslabones tanteadores y prefijadores de concreciones más extensas.

Por oposición, los criollos y los colonos cooperaron a incubar el germen con el séquito de novedades y de extremos que es de suponer, dado el terreno resbaladizo en que se actuaba, terreno ajeno al control del precedente. De igual modo las embrionarias asociaciones, en unos con más rapidez que en otros lugares, infundirían más cálido entusiasmo a las simultáneas diversificaciones.

Así, en Argentina, después de padecerse los males de la tiranía rosista, el adelanto se acentuó en forma seria con el federalismo, forzado quizá por la prepotencia del unipersonalismo despótico. Es probable que sin dicha anomalía, que se prolongó durante un cuarto de siglo y que exhibió los males del unitarismo desenfrenado, no se habría vuelto a caer en la panacea aquella, la cual estragó el país, aprovechándose de las consiguientes fragmentaciones para ejercer su prolongado poder el usurpador derrocado. En Chile, aleccionados por los gobiernos terratenientes militaristas, se evolucionó hacia el estado industrial, a pesar de los latifundios y de las disidencias. En las otras reparticiones, cual más cual menos, si no todas, lograron de golpe subvertir el trasfondo o al menos empezaron a sofrenarlo bastante con la autoridad severa que, huyendo de las teorizaciones, extremó las realidades con el crimen y la tiranía más

humillante. Prueba de ello la dieron los largos mandatos de Díaz en Méjico, Estrada Cabrera en Guatemala y Zelaya en Nicaragua, que duraron treinta y cuatro, veintidós y diez y ocho años respectivamente. Lo increíble es que los que ejercieron tan funesto despotismo, eran excesivamente provecetos y humildes hombres del pueblo y el mejicano un indio típico montañés. El primero tendría ochenta años, sesenta y cinco el segundo y el tercero sesenta. Y como si todo eso fuera poco, siguen dándose de la mano modernas desorbitaciones. Así, Leguía en el Perú y Gómez en Venezuela, que tienen el poder con diferencia de un año, desde 1908, o sea cerca de veintidós años. Todavía recuerdo la impresión que me produjo la casa ruda en que nació Porfirio Díaz en Oaxaca y no he podido olvidar la emoción que me transmitió Estrada Cabrera al contarme que su madre vendía dulces por las calles de una aldea del interior guatemalteco. En su inmensa desgracia, es posible que estos hombres que, por sus procedimientos, buenos o malos, fueron estimados como criminales, tratasen, al igual que Rosas, de librar a sus respectivos países de los resabios vesánicos. Al menos así lo hace pensar el que mientras ellos crecen, aquellos degeneran, debilitándose considerablemente.

Toda la amarga historia de luto y de llanto, de dolor y pesadumbre de las novicias agrupaciones, por más trágica que haya sido, concreta la melancólica aspiración del perfeccionamiento. De no ser así, se habría visto la uniformidad, que aparte de la monotonía insoportable, tenía que haber denunciado la decadencia restauradora, o en la peor de las transiciones, la factoría económica.

Por eso se conciben los paralelismos y declives del desenvolvimiento autonómico y ellos probarán, de conformidad con lo que aconteció en los orígenes, que la formación de un pueblo, más que a las novedades, se debe a los torvos egoísmos, que de vez en cuando no pueden ser menos románticos, a causa de las ambiciones y atavismos que resurgen.

Lo que no impide agregar que con la dilatación del organicismo, las ideas especulativas terminan por incorporarse al acervo colectivo.

Pero de ahí a considerar que tal o cual postulado influye porque sí y adquiere fuerza de imán, hay un gran trecho, tan largo, que en la misma patria en donde se proclamaron los Derechos del Hombre, éstos, en casi toda su totalidad, y durante cien años casi, quedaron en el papel como todas las constituciones y legislaciones hiperbólicas.

No debe ignorarse que el hibridismo doctrinario fué el que introdujo la irritable costumbre partidista que se padeció en el pasado siglo.

Por no saber dirigir los impulsos rítmicos creadores y por carecer de contrapeso, las incipientes sociedades empezaron a tratar de llevar a la práctica lo que se concibió en teoría. Por la inarmonía de sus preliminares, no pudo implantarla la minoría que la lanzó, porque la nacionalidad ya formada, con tradiciones y realidades, había alcanzado el equilibrio.

El atolondramiento político ideológico de la post-revolución, es explicable. Las repúblicas, al quebrantar el antiguo poder, recelaron de la forma de gobierno que las había regido.

Excitadas aquellas por un contraste, que quizá a alguna sorprendería, no fuera extraño que por oposición se precipitasen en la modalidad contraria a la que trataban de repudiar. Sabido es que por lo común, los grupos inestables se abalanzan sobre los relumbrones, siempre que están en desacuerdo con lo abjurado.

En la postrimería del dilatado coloniaje, el juego de las ideas debió ser muy débil, descuidándose un tanto los intelectualismos, puesto que lo esencial era aprovechar los productos del subsuelo. Dicho punto vulnerable concurre a tornar más susceptibles y sugestionables a los moradores, desde el instante en que la mínima expresión moral y educativa, era propensa a correr el riesgo de toda voluminosidad.

Los psicólogos han demostrado que es más fácil el engreír a una muchedumbre ignorante y sumisa, que a los núcleos reducidos y capacitados.

En el pasado, especialmente en el populacho, la carencia de propósitos de redención, tuvo que repercutir en el grueso de la población, tornándola impresionable.

La religión, que por falta de una disciplina más adecuada y sentimental monopolizó la formación del alma de los labriegos, si por un lado predispuso la homogeneidad moral, por otro favoreció la impresionabilidad y la susceptibilidad. Sabido es como el dogma, con todo su sistema de milagros y sobrenaturalidades, subyuga a la gente sencilla.

En la postindependencia, casi todos los habitantes estaban desparramados en las siembras, y como se comprenderá, la hacienda y el feudo serían plataformas propicias para dar asidero a las autosugestiones ultraterrenas.

Aparte de la simplísima instrucción y del recargado iluminismo teológico, habría que evocar la existencia oscura, asaz llena de privaciones, que llevaba la mayoría. La miseria proletaria chilena es uno de los cuadros de gran relieve que servirá para reafirmar nuestras hipótesis.

A juzgar por lo que sucede en la actualidad, la pobreza, proveniente de la injusticia de las clases acomodadas y de la despreocupación de los gobiernos, es un mal consejero y los miserables, en su dolor, no tardan en vociferar y murmurar. Todo acto de protesta, que luego se concreta en una acción violenta, ha empezado siempre por la queja y el impropio de los desvalidos, de los pisoteados, que en su desamparo sienten con mayor angustia el contraste de su situación.

Las vocinglerías y las injurias, son débiles cosas en sí, aisladas y limitadas a los tugurios infames, verdaderos mataderos morales de la desgraciada plebe.

Pero más tarde, cuando del suburbio salta a los infelices en mejor posición, los sirvientes, en contacto directo con las clases ricas, truecan sus gritos en befa

maldeciente, y de aquí al dicitario airado y tumultoso no habrá más que un paso.

Es indudable que los seres mordidos por la disconformidad, se convierten en fácil presa del odio, que divide y estraga las instituciones.

El mayor germen de desolación moral lo aportan los poderes públicos, que estando en la obligación de suprimir o aminorar la miseria, se cruzan de brazos por ignorancia e indolencia, sin compulsar los peligros que crean a su alrededor.

En la Independencia se observó a los más miserables constituyendo el grueso del ejército revolucionario. Los montoneros chilenos, calumniados y difamados como bandidos, y los *pelados* mejicanos de los curas Hidalgo y Morelos, al no poseer nada ni correr ningún riesgo, y acaso imprecando la existencia gemebunda del paria, se entregaron en cuerpo y alma a la guerra, haciendo revivir el ímpetu salvaje que parecía ya desterrado totalmente del continente. ¡Qué triste hecho!

Toda aquella inmensa mesnada, analfabeta y bes-tializada por la servidumbre, fué un trágico engendro del latifundio.

Se ha comprobado a través de todo el sombrío ritmo de la historia que precisamente el latifundio, al estatuir el privilegio de una clase, la más insignificante, convierte a la casi totalidad del pueblo en siervo de la gleba.

Unos cuantos arriba y el tumulto, abajo, del pueblo, ovillándose en la más degradante atonía fisiológica y moral, durmiendo en los pajales, condenado a la insustituible galleta, al eterno poroto y privado de los más elementales frutos de nutrición sana en la falta de variedad: he ahí el doloroso cuadro que todavía se reproduce a porfía y ante la indiferencia oficial.

Parece natural que dicha turba no tienda más que a lo bajo y se sienta impulsada a las peores brutalidades. Si siempre se ha revolcado en la inmundicia y ha pasado su vida en medio de la suprema abyección

humana, es innegable que no pueda dar otros brotes que los que están en relación con su modo de ser.

El *pelado* mejicano y el *roto* chileno, espécimenes inconfundibles, en la hora de las reparaciones que siempre se atrasa, se desplomaron como una montaña sobre los que consideraron sus inicuos explotadores.

Al impulso de éstos la mole latifundaria se derrumbó hacia el abismo; y lo más desgarrador fué que se precipitó con un cúmulo de experiencias y disciplinas, difícil de reemplazar en los primeros instantes.

El *pelado* y el *roto*, como sus motes lo hacen subentender, fueron los más acabados arquetipos del desamparo social. La psicología popular y el romancero no se equivocan nunca. ¡El pelado! ¡El roto! ¡Qué cosas no vieron sus ojos y qué angustias no experimentaron sus almas!

Semejantes tipos que superviven, no por la fuerza de la tradición, que sería lo de menos, sino por la dolorosa injusticia ambiente, hacen evocar todo su amargo destino.

Ambos son borrachos, y uno se embriaga con el *pulque* y el otro con la *chicha*; y lo más desgarrador es que el patrón y el viñatero, fraile o frailluno, son los que a la vista y paciencia de todos impulsan el alcoholismo.

En la Revolución, el proletariado tuvo que pasar a ser lo que acontece siempre en toda oscilación: la oposición que arrolló la resistencia monopolizadora.

¡Trágica y tremenda lección que deben aprovechar nuestros pueblos!

Las consecuencias sociales debieran obligar a reflexionar, ya que se han repetido sus efectos en las mismas agrupaciones disgregadas del tronco colonial.

La convulsión mejicana, prolongada y desoladora, en muchas partes germinó por los feudos, y al efecto no estaría de más recordar el monstruoso de Chihuahua, de cerca de tres millones de hectáreas, consolidado en favor del santo buen caballero Piedraza.

En realidad, se necesitaba ser una *pedraza*, como

dicen nuestros rotos montañeses, para poner semejante piedra al progreso.

¡Qué acaparamiento más fantástico! La proporción territorial de cualquier estado de mediana civilización, era mayor que la de algunas repúblicas embrionarias.

Por si eso fuera poco, se podría agregar que en la dictadura ochocientos treinta y cuatro terratenientes, esclavizadores de más de tres millones y medio de indios, se apoderaron de más de la mitad de las tierras productoras.

Los hechos resaltan por sí solos, y se comprenderá que tan descomunal desigualdad, á la primera acometividad, tuvo que ceder en contra, porque se basaba en la extorsión de los menos y en la explotación de los más.

Las energías naturales, y aún las sociológicas, se contrapesan y el desnivel es una anomalía.

Al ser así en lo físico y en lo cosmogónico, con mayor razón debiera serlo en lo económico. En este aspecto refluyen las leyes universales, y la sociedad sufre en carne viva las consecuencias de sus desorbitaciones.

Por eso no es de extrañar la oscilación, todo lo tremenda que se quiera, pero fatal.

El Imperio Romano fué posible por la propiedad individual y por la pequeña propiedad privada, que concurren a desarrollar las energías colectivas y a afianzar las aptitudes llamadas a las más prodigiosas irradiaciones internacionales.

Y el derrumbe de tan fenomenal poder fué factible por haberse tornado a lo opuesto, al acaparamiento sin piedad y sin misericordia, que no solo trajo el hambre, si no que esterilizó las más productivas actividades.

Casi de idéntica manera, y con pequeñas variantes, porque las situaciones eran diferentes, en los virreinos, reinos y capitánías se estatuyeron los dominios personales. Al principio, todos los conquistadores y colonos tuvieron el suyo, tanto de kilómetros laborables como de animales y medios de trabajo.

Un siglo después las cosas seguían con poca variación y el aumento de la población y el incremento de necesidades y ambiciones, no innovaron mucho los antecedentes.

¡He ahí hechos fecundos que no debiéramos olvidar!

Más adelante, el exceso de hectáreas cultivables por un lado, la regalía por otro y las penurias internas que exigían organización y centralización de capitales, al igual que en el Imperio Romano, impulsaron la Encomienda.

Los enriquecidos con el trabajo, duro y honrado, de labrar la modesta hacienda, aquejados de la ofuscación que casi siempre sume en el desvarío, fueron los que acarrearón, con el correr del tiempo, las funestas consecuencias.

De todo lo dicho se inducirá que en la víspera de los arrebatos autonomistas, había fibra sentimental y volitiva para apetecer, junto con la modificación que se sentía venir, otra que no era solamente política.

Es claro que la indefinida y siempre igual institución, cerrada y altanera, produciría cierto estado de espíritu que confinaría con la laxitud.

Cuando las generaciones se suceden y siempre ven y padecen lo mismo, no tardan en caer en el marasmo, porque no se violan las leyes naturales impunemente y el alma se torna rígida y cortante por la falta de flexibilidad, que sólo se consigue con la variabilidad.

La antigua severidad emotiva entrañó una amenaza; y como es natural la tosquedad endurecida cortó por donde se le antojó, como hacen siempre las muchedumbres, al igual que los niños caprichosos. La muchedumbre no relaciona consecuencias y es incapaz de hacer un cálculo de mediana compenetración, porque obedece a su impulso, casi ciega e impresionadamente. No fué extraño que siendo ella una mole, sufriese con la materia bruta los inconscientes arrebatos.

De ahí que se la observó cortando para adelante, sin querer retroceder.

Por eso, en la primera coyuntura se lanzó al espacio sin medir antes la distancia, y, peor que la mujer de Lot, ni siquiera se volvió a mirar atrás para convertirse en estatua de la moderación. Encontró que con la República y los Derechos del Hombre salía del atolladero y prosiguió como una bala loca. El flujo y reflujo de todas esas acometidas, mediante las cuales se imagina el atollamiento, ya ha sido enunciado.

Ello era natural y así tenía que suceder. Supuesta la rigurosidad, de soldado, de togado, acostumbrado a los ímpetus, tuvo que enredarse y extraviarse en su facilidad.

En la vida nada se improvisa, ni se encauza de repente, y menos aun acontece así en la constitución de los pueblos.

Luego, se llega a pensar que si en vez de la dureza que condicionó el ímpetu popular, hubiesen coexistido con la instrucción el más proporcionado reparto de la riqueza, la más equitativa administración, fuera incuestionable que habría surgido la flexibilidad y con ella la prudencia.

Pero a una colonia no se le podía exigir lo que sólo puede dar una nación madura.

Toda clase de excesos, en esencia, lleva su mismo contrafuerte, y así se observa que dichas precarias condiciones dieron paso a la acritud. Mediante ésta fué posible el descontento de parte del populacho y el extremo que incitó a la ruptura del régimen, aparejó la consecuencia ramificadora, también contagiada de exaltación, que rebotó en la llaneza ideológica por el prurito de romper para siempre con el pasado.

Es claro que las antedichas resultaron secuelas que no pueden confundirse con la innovación, hecho profundo y universal.

La fuerza tradicional terrateniente colonial influye en la caudillesca armada revolucionaria.

La Independencia, como de todo lo dicho se habrá inferido, fué la consecuencia de la transformación, y es posible que en ella haya habido más predisposición que disposición autonómica si se tiene en cuenta un par de poderosas circunstancias: una, que en el imperio dominaron las influencias exteriores; la otra, que si las antiguas instituciones sufrieron las debidas contingencias, con doble motivo tuvieron que experimentarlas las nuevas.

Es incuestionable que en la fluctuación de estas circunstancias ha de entreverse la interdependencia, si se conviene en que las posesiones indígenas estaban en formación y presentaban todas las características de las asociaciones incipientes por su falta de contrapesos desplegados.

No debe estimarse que porque aquéllas sobrepasaron un cuarto de milenio, poco más o menos el tiempo que lograron afianzarse las griegas y romanas, pudieron de manera fácil salir de la gestación. Al revés de éstas, que encontraron pueblos y nacionalidades constituídos, las hispánicas tuvieron que empezar desde la raíz, partiendo del duro trabajo de la tierra y del lento y difícil aprovechamiento del aborigen. Su período elaborador fué más intenso y especial y tal vez, por excepción, haya sido de verdadero acrisolamiento.

Una considerable empresa como ésta, mientras más complicada más propensa está a las oscilaciones por la enormidad de flujos y reflujos que exige tanto el buscar

lo que necesita de fuera cuanto para hacer salir lo que se requiere en otras zonas, hasta producir el equilibrio.

Las zonas estancadas y en parte degeneradas, no padecen aquellas oscilaciones. Al hallarse el superorganismo social algo lánguido y en decadencia, no podía haber provocado lo que le hacía falta y que por sus condiciones intrínsecas no se dió.

Es probable que el intercambio no se habría producido, ni alcanzado tan brusca celeridad, si se hubiera tratado siempre de salir de las formas elementales.

Ni el fenómeno es nuevo ni el imperio reveló ninguna manifestación exclusiva; conviene tener en cuenta que las instituciones y jerarquías no se crean así como así, ni todos los grupos poseen las mismas facilidades para ello y a veces se presentan obstáculos que no se perciben en otros.

En la actualidad, la ciencia ha revelado el secreto de la vitalidad de las sociedades y merced a esa revelación podemos hacer algunas consideraciones acertadas.

Pero antes no se sabía nada de eso y las sociedades, dada su inexperiencia, se inclinaban a facilitar la influencia de afuera. Parecerá esto más cierto si se piensa que en la antigüedad y en la edad media, las guerras asolaban. Éstas, paulatinamente, se han ido haciendo menos frecuentes, a medida que se tornan más complejos los núcleos. Una prueba de ello la tendríamos en las organizaciones republicanas. En cuanto son más tenues resultan más acometedoras, quizá porque no pudiendo bastarse a sí mismas exigirían el equilibrio exterior, incitando las contiendas armadas que han sido muy intermitentes. Acompasadas las internacionales, en algunas regiones se encendieron las nacionales, tal vez porque ya se empezaba a ser menos sencillo. Una razón de lo expuesto la encontraríamos en los países meridionales, los cuales, por haber ido logrando poco a poco la incorporación de modalidades más densas, ya han eliminado mucho la convulsión.

Claro es que la mayoría de las entidades fragmen-

tadas del gran tronco, seguirían idéntico riesgo, ya que las fases progresivas no se alcanzan a saltos y se requiere la especificación preadaptadora.

Con la Revolución, los elementos no trataron de sustraerse a las deficiencias pasadas, que eran fundamentales, y, por el contrario, la reagravaron.

Un siglo de ejercicio político, dará motivo para que se induzcan coexistencias, apreciándose por la repetición de determinados hechos una causa poderosa.

Lograda la segregación por las naturales fallas de todo superorganismo de difícil evolución, los pueblos nuevos, desde el principio, no atendieron al anulación de aquéllas, como si les fueran indiferentes.

Ello parece lógico. Casi toda separación brusca es un acto de fuerza, un impulso predeterminado por las circunstancias, mientras que toda emancipación gradual lo es de conciencia y de voluntad.

Con la sustitución, pasándose de lo monárquico a lo republicano, creyeron muchos que todo estaba ya conseguido; pero eso fuera exacto en una minoría insignificante de promotores, que usufructuaron de las perspectivas, poseídos de salvaje demencia; mas en la práctica no podía suceder lo mismo, ya que si las condiciones que compeleron a la mutación no se alteraron, al prolongarse tenían, ciertamente, que continuar gravitando.

En la embriaguez del éxito multitudinario no se imaginó que los errores que lesionaron los virreinos, reinos y capitanías, si no se transmutaban podían a su vez comprometer el porvenir.

El desarrollo exiguo del comercio y de la industria, de las instituciones y de la cultura prepararon la disolución de aquéllos y las fragmentaciones, para no correr la misma suerte, precisaban invertir los procedimientos, para proseguir así el despliegue ascendente.

Pero antes es justo pensar que todo eso no era fácil de comprender ni de ejecutar y las circunstancias de fiebre convulsionadora y de precipitación mercantil explotadora, no serían muy apropiadas para ello.

Es probable que si el imperio, que era un todo compacto y estaba en mejores aptitudes, no penetró y no logró remediar sus debilidades, menos lo harían las repúblicas, porque éstas, al heredar a aquellas como legado obligado, por sus entusiasmos emancipadores y desviadores se crearían constreñidas para corregirse. Pudiera ser que la autonomía, que a su vez fué desahogo y corriente expansiva, aparentemente diera cierta impresión colectiva en dicho sentido. Una masa es más compacta que el conjunto, y así como éste sufre menos por la subdivisión que tiende al equilibrio, aquella no dejará de sacudirse más, por arrear contra ella sola todos los ímpetus.

Pero cabe pensar que si las posiciones oceánicas se comportaron así, el gobierno peninsular se dió cuenta de las deficiencias, que por su magnitud le obligaron a quedar a la expectativa, creando con ello un estado de incompreensión respecto de los problemas que hacían crisis. No puede ignorarse que los feudos congregacionistas y burocráticos fueron avasalladores y desmesurados, preadaptando con el privilegio al señor omnipotente, ante cuya égida de nada valían los negocios, la técnica y lo que no se acomodara a sus estrechas ambiciones. Fácil es imaginar que cuanto más ignorante y cerril era la multitud, más se prestaba a los subterfugios plutocráticos.

El caballero feudal, consciente de su inmenso poder, al ser el exponente obligado de toda transición, infundió una exagerada sensación de personalismo.

Producido el levantamiento, reflejo del monopolio, dió paso aquél al señor revolucionario. Semejante extremo no ha de extrañarnos donde no había clase media ni pueblo, y solamente se erigía en amo el poder. Que en la víspera de la revolución lo fuese el económico, el sacerdotal o el civil y luego, el asonador, eso no era cuestión más que de tono. En el fondo, era la consecuencia del contraste; si bien es cierto que en la Argentina no hubo acaparamiento agrícola, existió el enorme feudo

ganadero, que todavía fué peor por su forma gregaria.

El patriota que afianzó y defendió la potestad en flor, no podía hacerlo más que contrarrestando y enfrenándose con el terrateniente, porque en el opaco panorama era lo único que se divisaba a lo lejos, concretando a su vez todas las taras visibles.

Un extremo produce otro, y, en plena agitación, los seres sin cultura adecuada y sin un modelo a la vista, por ley del menor esfuerzo, tenían que entregarse al abuso del poder.

La muchedumbre, que no había estado acostumbrada a otra cosa que a sufrir y obedecer, no se sobresaltaría al comenzar de nuevo a hacerlo con el faccioso.

Casi todo el alzamiento se dirigió contra la exacción económica, y buena prueba de ello nos la dieron los montoneros chilenos al socavar, con sus atentados diezmadores, el excesivo dominio agrario del poder austral. En Buenos Aires, desde el «Memorándum de los Hacendados Criollos», dirigido a pedir mejoras desahogadoras, las actividades tendieron de manera principal a derrocar la prepotencia plutocrática, permitiendo la pampa, en su desolada extensión y falta de contrapesos urbanos, toda clase de correrías. En Méjico se produjo otro tanto, como en toda subversión que aspira a obtener su vago objetivo.

En la ínfima expresión, en la más vulgar, el hacendado fué la concreción de todos los males que había que remediar.

Se sabe que la turba y los cabecillas, por su ignorancia, y en la imposibilidad de penetrar los problemas, reducen las actividades a cuestiones puramente personales, tratando de destruir la potencia contraria y su cabeza visible. Lo esencial es desplomar, sin pensar que una simple transformación produciría más efectos que el arrasamiento. ¿Pero qué meditación se podría exigir a las sediciones, que por lo común son obra de mesnadas que sólo atienden al interés personal e inmediato? Como la plebe nunca poseyó nada, se regocija ante el despojo, a sabiendas de que apenas será flor de un día.

Por eso la revolución surge siempre con el dirigente y a expensas del volumen. En la del coloniaje se observa la hiperestesia caudillesca, al extremo de que los miembros se pelean por nimiedades. Era natural; nacida como reflejo de la del señor feudal, tenía que tornarse tiránica y absorbente, provocando enormidad de encuentros y reacciones. La historia de la emancipación está salpicada por la discordia, que lógicamente se produce donde hay un poder exorbitante y no se trata de llegar a la compenetración y reciprocidad.

Al principio, las teorizaciones francesas no serían otra cosa que la excelente coyuntura para salir del paso y eugreirse con el más desenfadado personalismo. Así, la República, postulando la autodeterminación política, sería una buena coexistencia para el nuevo sistema. No importaba. Quizá no se notó que no habiendo tenido nunca ni práctica, ni aprendizaje, ni ninguna forma de gobierno electivo, llegar de golpe y porrazo al poder exclusivo era una barbaridad. Lo interesante era tenerlo en la mano, aunque fuera al revés, con una monarquía casera, como se pretendió más tarde en Méjico y en Perú. De las consecuencias, si es que podían advertirlas, serían responsables algunos, en especial los mismos que habían escogido al cabecilla de nuevo cuño. Era la eterna y humana oscilación que desde la tenebrosa prehistoria comprendía todos los vaivenes políticos.

Los capitanes, por de pronto, se conformarían con la libertad, pero como a la mayoría había que contentarla con algo, se apresurarían a proclamar los Derechos del Hombre, que aparecieron por rara coincidencia junto con aquélla, quizá para evitar el descrédito en que cayó entre las fracciones italianas.

En posesión de esas naciones, todos quedaban simbólicamente capacitados para aspirar a iguales prerrogativas; y el cacique dadivoso, al lanzarlos a los cuatro vientos de la ignorancia y de la incultura, es probable que comprendiese que si algún día le desbancaban necesitaría de ellos para reconquistar el mando.

De estos hechos se desprenden curiosas secuelas.

Las muchedumbres que no habían ejercitado los derechos del hombre no los comprenderían en toda su altura por la bajeza en que habían vivido, e ineludiblemente tuvieron que caer en la subversión.

Y peor aun. Mixturas indígenas comunales aparecieron de la noche a la mañana, obrando como asociaciones libres, de autodeterminación deliberativa.

He ahí hechos que necesariamente han tenido que gravitar en el desenvolvimiento hispanoamericano.

Lo más sensible de todo fué que en lo más fácil, en lo más impulsivo, empezaron a obrar así, sin tener la más insignificante malicia.

Es que, como ya hemos dicho, siguiendo al refranero vulgar, que declara que de un abuso se salta al otro, se depuso la aptitud y la instrucción mercantil y técnica que, en constante depuración, son como vehículo de educación fabril y moral populares.

Los focos efervescentes, como medida de afirmación, fueron absorbidos por el latifundio y la teocracia. Con ello, al dar exagerada importancia a ciertos grupos directivos, constriñeron las manifestaciones de aquellas conquistas de la civilización que benefician y uniforman al mayor número, al fundamento básico nacional.

Después de todo, la evolución habría sido fatal, porque el crecimiento colectivo iba en marcha. Excelente prueba de ello, la tenemos en la facilidad y profundidad con que se consolidó la vinculación comercial. Esto significa tanto como decir que las posiciones estaban comprimidas y demandaban una sustancial modificación para encarrilarse pronto. Lástima grande fué que la interdependencia guerrera continental del predescubrimiento y de la postcolonización, en los intereses creados de los reyes extranjeros, contrajesen demasiado a España, sustrayéndola de la más preferente atención hacia los recientes dominios. Si por un lado las actividades armadas llevaron a la prepotencia imperial, por el otro hicieron surgir uno de aquellos extravíos fáciles de ganar a

los pueblos poderosos. Dominada Europa, las zonas nuevas tenían que seguir el mismo camino.

Si la progenitura, por ejemplo, luego de empezar la hispanización indiana, por uno u otro motivo hubiese prescindido de los azares retrogradadores, parece lógico que la empresa tomase distinto giro. La nación, a la postre, no habría sido envuelta en la descomposición política que arrastró al Viejo Mundo, fraccionando las energías y empujando al trastorno patentizado en la Revolución Francesa. Derivándose de los acontecimientos, surgió una potencia, la menos comprometida, la más isleña, como para comprobar que la menor voluntad, pero fortificada, se sobrepuso a la mayor, pero deshecha.

Pero el país transformador tuvo que seguir la tradición histórica, puesto que desde el imperio griego y romano, y quizá desde el babilónico, que era bastante cosmopolita, se sucedieron los monarcas adoptivos, y algunos jefes del imperio romano y del Papado fueron precisamente españoles. Si aquella tradición existía y según ella habían gobernado en distintas ocasiones, centralizando el poder mandatarios así, se observa también que los peninsulares de la época, siguieron, como lo más viable, la corriente, inclinándose a las alianzas y coaliciones.

Como los reinos eran bastante sencillos y de opuestas tendencias a las actuales, no sería absurdo que siguieran a los magnates con buena voluntad.

Todo ese manejo, un tanto rudimentario, porque se basaba en la fuerza del número, ha sido reemplazado por la cultura y por la unidad nacional.

Es sensible que esto no sucediese sino al final casi, cuando ya se habían iniciado las acciones autonomistas.

Pero con todo, era necesario esclarecer el tópico para precisar la coexistencia de la interdependencia contemporánea. Según ésta, habría predominado un conjunto de estorbos que perturbaron la marcha de las funciones colonizadoras, no pudiendo emanar otras preadaptaciones. Estas quizá fueron muy malas, pero eran las de entonces, y tal vez ahora, con el perfec-

cionamiento, las juzguemos así al advertir la diferencia. Tan concluyente es esto, que ni antes ni después se hizo absolutamente nada, ni bueno ni malo, que tendiera a su creación.

El determinismo es fatal y los superorganismos no pueden librarse de sus efectos. Si reprobamos esa o aquella lacra, ¿reprocharíamos a su vez la comunidad indígena y la guerra antropológica bárbara que desterraron los españoles? No nos fijemos sólo en lo detestable; tratemos también de ponderar lo mucho digno y elevado que realizaron indirectamente.

El terrateniente transplantado, más que un arbusto de la estructura predominante, fué una eclosión medieval que se injertó en las nuevas tierras por falta de contrapesos de todo orden.

Producto mudable y, por lo tanto, circunstancial y propenso a las reversiones por débil aclimatación, como todos los grandes procesos de afirmación social, si por un lado restringió demasiado las virtudes inherentes al desarrollo, por otro creó el antecedente de la propiedad, de la personalidad, de la empresa.

En la prehistoria, en donde a excepción de los chile-indianos, no existía más que el dominio gregario, sometido a la guerra y al culto mítico dentro de lo posible, parece que el latifundio, no obstante todos los horrores que concentró más tarde, en especial en la zona austral, fué un progreso. Desproporcionado por ser de una persona, grupo o congregación, el hecho es que no era comunal y frente a la tradición indígena suponía la inversión.

Por algo tenía que empezarse. Ya vendrían luego las innovaciones, porque la vida da margen para todo. Entre tanto, no había más que conformarse con lo que el tiempo y las circunstancias permitían. Las cosas no podían realizarse a golpes, y si es cierto que la fiera lucha a zarpazos, hay que tener en cuenta que la construcción no es lo mismo que la destrucción. Todos los libros de pre y protohistoria costarían inmensos sacrificios, acaso

largos años de labor; pues bien, si se amontonaran todos, cualquiera con una sola lata de nafta y un fósforo los reduciría a cenizas antes de cinco minutos.

Frente al feudalismo, es innegable que el caudillaje fué un momentáneo adelanto porque trataba de modificar toda una plataforma. Es posible que entre las mil regiones éste se comportase de diversas maneras, y en algunas hizo revivir los días de sangre y de lágrimas que se creían olvidados del todo. Era humano y el último eslabón de la escala zoológica, así es que no es absurdo que la oportunidad se le brindase para refrescar sus instintos.

Pero, después de todo, cuarbó el estandarte de la libertad, blandiéndolo por todas partes, siendo todavía mayor el mérito, porque la indecible efusión partía de lo más recóndito del alma angustiada.

Al igual que el latifundista se sobrepuso abatiendo al aborigen, el capitancillo consolidó su situación desplegándolo en sus propios reductos. En algunas ocasiones los extravíos de uno debe haberlos repetido el otro, como desesperada manifestación de vitalidad. Es que no se podía invertir los papeles, y los humanos, en tales apuros, están más pendientes del pasado, de las reviviscencias antropológicas, que de lo que ejecutan al instante.

Es probable que si al unísono del aristócrata terrateniente o del teócrata feudal, hubiese florecido el burgués negociante o fabricante, profesionalista o político agremiado, el desplegamiento que ello entrañaría habría repercutido en los preliminares de la lucha.

Luego, en vez del caciquillo, en considerable proporción analfabeto e impulsivo, habríamos tenido la agrupación.

De idéntico modo que el acaparamiento equivalió al señorío terrícola, que dificultó la afinación del sentido social agrario, el jefe patriota presupuso la plebe domeñable y, por consiguiente, las más rudas y tumultuosas expresiones colectivas.

Eran dos puntos equidistantes de una misma paralela moral, que no se perderían de vista, por más que las demagogias trataran de extraviar.

Si reprobamos al uno, tenemos que censurar también al otro, y si en ambos encontramos por transmutación idénticos vicios y virtudes, adelantos y atrasos, tenemos que convenir que fueron los engendros de su época y quizá de la de transición.

Si no hubiera sido por el caudillo, producto de fuerza y de inconsciencia, es probable que la revolución no se hubiere producido, porque motivaba sacrificios y audacias, cinismos y arrogancias que no todos podrían soportar y demostrar.

La labranza no fué posible con santos ni con prudentes directores, sino con bruscos exponentes de imposición que luego se tornaron poderosos por el dominio de las parcelas, de los esclavos y de los indios.

Es un hecho aceptado por la crónica que en algunas regiones, especialmente en las frías del Pacífico, en donde por el clima y las costumbres existían tendencias disciplinadoras, la conspiración no degeneró en conciliábulo de rabadanes.

En Argentina, en el noroeste de la cordillera, actuales provincias de Salta, Tucumán y Jubuy, el gaucho Güemes centralizó elementos incontrastables; y en Chile, en las escarpadas colchagüiñas, el «roto» y bandido Neira hizo otro tanto. Por más que la historia no lo reconozca así, y en su cobardía moral haya llegado a hacer abstracción de ellos, tales son los hechos.

Fué notable la acción de los dirigentes Carreras, Rodríguez, Belgrano y Moreno en dichos países, como lo fué más tarde la de San Martín; pero hay que convenir que estos son cumbres que se aclaran a medida que se ganan las serranías.

Quizá por su capacidad, en contraposición con la ignorancia y el desorden de los mandoncillos, aquéllos presentaron el caso paradójico del bulto perdido en la sombra. Como la humanidad repara sólo en lo concen-

trado, por débil que sea, nunca acierta a fijarse en las divagaciones por la fatiga que produce distinguirlos.

No podrá negarse que entre unos y otros hubo muchos puntos convergentes, como el completo desacuerdo en la acción. Un hecho probatorio lo tendríamos en que mientras los cabecillas caen derrotados y traspasan las fronteras, el *masismo* se las compone en alguna forma para seguir inpertérrito. Tanto éste como aquél fueron necesarios para el éxito de la jornada, por más que los primeros resultaron la excepción y la insignificante minoría en relación con la marejada abrumadora.

El uno fué el asonador de la ciudad y el otro no pudo serlo más que del campo. Así como el de éste no se salió de su órbita al de aquélla, acomodado y de inclinaciones refinadas, le habría sido imposible ganar las estribaciones fragorosas y mantenerse una semana en ellas. El menor descuido u olvido, o la mera torpeza, le habrían encajonado en la montaña y entregado maniatado a los enemigos. Por su parte la turba, merced a su aclimatación, instintivamente sabría en donde quedaban todos los misterios recovecos ofensivos y defensivos del cerro amigo y al escuchar con el oído puesto a ras del suelo y al observar cierto revoloteo de las aves regionales, signos incomprensibles para el profano, sabría en donde estaba el rival y se ingeniaria para sorprenderlo. Por eso nunca fué vencida en abierta lid, mientras que los jefes sufrieron fracaso tras fracaso, por no procurar abandonar la ciudad. Un ejemplo de lo dicho lo tendríamos en el desastre de Rancagua, Chile, que por cuatro años quebrantó la obra emancipadora. Pero en los bloques de Chacabuco y en las colinas de Maipó, en donde la eficacia multitudinaria conocía palmo a palmo el terreno, el triunfo fué completo y decisivo. En Argentina y en Uruguay se dieron demostraciones análogas.

Tanto el caudillo, señor de la metrópoli, como el militar adversario, amo de la misma, no conocieron la región en que actuaron, ni tuvieron la práctica de la topografía estratégica.

El *masismo* no sabía leer ni escribir con las figuras de los compinches semicivilizados. Pero deletreaba, en las pisadas de las patas de los caballos, de las mulas y de los burros conductores, o del huanaco, la cabra, el perro y la oveja, en huída al paso del enemigo, el rumbo que éste había tomado. Si la escritura por sí sola es un poder, cuán grande no lo sería el de tan compleja caligrafía.

En ese saber popular había fibra y energía, astucia y maña. Con un poco de instrucción se habría logrado de la masa más esfuerzo y mayor aptitud para madurar ejemplos de laboriosidad.

La vida la dejó a medio camino, y, sin embargo, el pueblo sacó de la ciudad al demagogo y a la causa, que parecían condenados al agotamiento.

Génesis política oscilatoria caudillomasista

En un régimen de tan gran desnivel en el que no se perfiló el pueblo ni la clase media, se explica la absorción del terrateniente y por ende de la plutocracia reducida e ínfima que, por reflejo de ambientes ya depurados, se ha dado en llamar aristocrática.

De parecido modo se lograría comprender la irrupción tumultuosa que, sin limitaciones de ningún género, menoscabó las influencias e intereses del momento.

Procesos contrastados de débil gestación, el latifundismo y el caudillaje representan en sus extremos la falta de equilibrio y de simultaneidad que sólo se consiguen en la más adelantada organización que impulsa las clases y la división del trabajo.

Aquél se debió a las condiciones intrínsecas de toda empresa que pugna por revelarse, sobreponiéndose los mejor dotados y disciplinados o los más favorecidos por las relaciones sociales.

Toda colonia que tienda a constituirse, ha tenido que empezar a demostrarse por la riqueza agraria. En la hispánica, la explotación del subsuelo la centralizaron los acaparadores civiles y sacerdotales, y éstos, más que concreciones del trasplante, lo fueron de la tradición y de la facilidad preadaptadora de las nuevas tierras. Aún la prehistoria, en su comunalidad agrícola, condicionó el injerto de la institución feudal, pues entre el antiguo gregarismo, a beneficio del magnate o de la clase indígena, y el nuevo, poca diferencia habría en cuanto a la prepotencia de los señores. Pero no debe desconocerse que

Lograda la fluctuación, esa muchedumbre se confundió con situaciones imprevistas, pasando a gravitar como algo sin contrapeso, brusco e indomeñable.

De ahí al *masismo* no habría más que un paso; la necesaria y rápida transición de toda máxima incongruencia. La estabilización de éste, estaría sometida a las infinitas particularidades regionales. Así el mejicano no sería igual al argentino por la calidad de la población, en Méjico indígena y en la Argentina europea, y ni uno ni otro semejarían a los centroamericanos, por la pobreza de los suelos, por el precario desarrollo y por lo limitado del área.

A estas discrepancias habría que agregar que en el confín austral no se produjeron excesos en uno u otro sentido, y cuando más pequeños militarismos que cruzaron como la ráfaga. En el tomo tercero se encontrará abundante información, que evita ahora recargar nuestras observaciones.

Al pueblo chileno y a los antedichos, habría que sumar otros contrastes.

Los frailes capitanes mejicanos, por ejemplo, sentarían el precedente de que no sólo los militares, los hombres de fuerza y de mundanidad, podían realmente serlo. Desde el instante que lo fueron aquéllos, sin forzar demasiado los hechos, se podría aducir que le dieron a la función más importancia de la que tenía, revistiéndola ante los creyentes, que eran los más, de cierta triste simpatía humana de que habría carecido sin duda al no participar los sacerdotes.

Mediante dichos elementos, la plebe sumisa y exacerbada en las montañas, encontraría sagrada la misión de los que se sucederían en la prolongación de las actividades, atenuándose la condenación de los desmanes ante la invocación de los de Hidalgo; por ejemplo.

Los acontecimientos de Argentina, y en menor escala de Chile, con la reclusión de algunos de los dirigentes, dará más luz al cuadro.

Afianzada la Independencia, San Martín, que había

influido en la de Perú y de Bolivia, en la de su país y en la del vecino, quizá ante el desenfreno colectivo, determinó separarse alejándose al extranjero con un modesto sueldo de general andino en retiro. El joven Belgrano, muerto prematuramente, no alcanzó a dar la sensación de que pudiera haberse salido de la línea de su proverbial delicadeza, pero su desaparición fué nimbada con el recuerdo de las acciones patrióticas, abnegadas y desinteresadas. En el país del otro lado de los Andes, el Presidente y General O'Higgins, ante la sospecha de que podía descender a caciquillo politiquero, abdicó del poder, desterrándose voluntariamente al Perú, en donde pasó sus últimos días en una chacra, obsequiado con magnanimidad por el pueblo consciente de las congojas del gran ciudadano.

Estos tres hechos diversos, pero de análogos efectos morales, pesaron en la gestación del pueblo gauchopampeano y en la abstención del del Pacífico.

En verdad, si se recorre la crónica de cualquier república, se comprueba que los revoltosos que se mantienen después de consumada la autonomía, son seres demasiado opacos, en especial los provincianos. Asimismo se analiza la chilena y se comprueba que en dicha nación no se empujan violentadores de mucha monta.

Es que el ejemplo de altivez y dignidad sobrecogieron el corazón de los más cultos, alejándose de las empresas de dudosa integridad.

Pudiera ser que momentáneamente el retraimiento de los más admirables ejemplarizados abriese la vía y estimulase las ambiciones plebeyas. Aunque así haya sido en alguna porción, porque siempre se aprovechan los malos de las ventajas de los buenos, quedaría el antecedente como compuerta contra la que se atajarían las insensateces que pudieron hacer más daño que cien mandoncillos anónimos.

Parece natural que no todos se destacasen por su austera conducta, ya que la existencia ofrece paradójicos traspiés. Pero que algunos hubieran continuado la senda,

ya era algo y habría para alegrarse. A los caídos no les correspondería mejor suerte tampoco, y, no obstante, ellos, engreído el grupo, no tuvieron más que locupletarse. Es probable que en diversas oportunidades éstos fuesen la simple pantalla, la mente que expresaba y el brazo que mandaba lo que se había acordado y ordenado entre seres tenebrosos, en la sombra, obedeciendo los caprichos y consejos del montón.

Así, el *masismo* resultaba una lastimosa regresión, y sin mucha transición recordaba la tribu. ¿Sería posible?

La realidad se manifestaba con dureza y no daba margen al equívoco.

Aquél constituyó la plataforma asoladora, enseñoreándose de los pueblos sufridos y dolorosos, y el caudillismo, como expresión del mismo, obró nivelándolo y achatándolo todo a la vez, sin que predominasen otras tendencias que la brutal del número. Apenas turbiamente en alguno que otro jefe, a semejanza del *úlmen* chilindiano, o del consejo tribal de ancianos, se concretó después el auge de la mesnada.

La cabeza visible de la multitud alzada no sería él ni los rabadanes, sino el tumulto obscuro y amorfo que buscaría portavoces estricta e invariablemente indispensables. Al maniobrar éstos como potencia desatada que se convertía en azote, no es de exagerar que la mancomunidad del peligro y de los riesgos los engarzaran como las piezas de una monstruosa máquina. Ante ella no cabían entes omnímodos, puesto que hasta estos mismos habían rodado desprestigiados y befados, precipitados por él.

Los elementos astutos que nunca faltan y que buscarían el campamento o la toldería *masista* como antes ganaban los de los indígenas, comprenderían las dificultades de la situación, sumándose y preadaptándose a la vez en lo posible a la marejada avasalladora.

Así, no dirían nada contra el tropel y se valdrían de él, manejándolo ladinamente para el usufructo de perwersas concupiscencias. Con tal que dejaran a la plebe refocilarse entre el saqueo y el botín, la haraganería y el

errabundaje, lo tendrían todo. Lo demás, aunque fuera el presupuesto y la dignidad oficial, mantendríanlo sin cuidado amparados en el analfabetismo y la crasa ignorancia de la vorágine.

A los cultos astutos, con el pie en los reclutados entrometidos y con la mano en el corazón de la patria, en el logro de sus enormidades, no les importaría caer en absurdos y flagrantes hibridismos.

Teniendo una base tan deleznable que llenaba como podía los bajos instintos, a los *dirigentes* o a los que tal se creían, ¿cómo podría remorderles la conciencia al lanzarse por la pendiente y quizá mofarse del porvenir y cruzarse de brazos ante la presente general desventura?

A dicho elemento se le reparó postulando los Derechos del Hombre y el Federalismo, no por la idea pura ni por la noble especulación política, sino porque en esas instituciones halló algo así como el molde, el crisol para fundir sus pasiones y despistar al rebaño.

Aunque fueran tesis concebidas en diversas sociabilidades que al tratar de hacerse prácticas harían brotar sin duda la más absurda mezcolanza, no importaba, y lo interesante era aferrarse como a una tabla de salvación.

Porque no se concibe una asimilación ideológica donde se empieza por proclamar cualquiera de esas instituciones y al punto predominan los cubileteos de los disgregadores locales, algo al fin yuxtapuesto e inconsistente.

Si se hubiese encarnado solamente el principio, se podría haber sospechado de autogestión demagógica. Pero al no excluirse la confederación que sirvió a la turba para que se valiese de ella como de una coyuntura regional, inalienable y omnipotente, ya los hechos fueron muy distintos y trascendieron a inconfesadas mezquindades. Por más que la tal idea en su esencia no coincidiese con la interpretación llana, en la realidad, aunque fuera desvirtuándola, los caciques la tomaron como venía, y no por ser la noción nueva, ni necesario sistema gubernamental, sino porque en el momento se acomodaba a los egoísmos interiores. Dicha operación, al parecer, no es

exagerada, puesto que la crónica, en donde se implantó, adelanta que los seres más capacitados, los de las ciudades centrales, eran unitarios, y los de los poblados y los de los campos, federalistas.

Lo más inconsecuente fué que de algunas entidades que se desplegaban monárquicamente, brotó la panacea. Quizá en los arrebatos libertarios, ofuscándose, trataron de no caer en la abultada centralización pasada. Un poco audaz y algo inapropiado el concepto para los primeros instantes. Tal vez porque el interior yankee era fabril y mercantil, el procedimiento venía bien, si no olvidamos que en su colaboración entró mucho del sentido práctico de los sajones. Acaso huyendo de la prepotencia metropolitana antigua, las provincias procuraron no entregarse en manos de la capital del nuevo estado. Se concibe que aquéllas la propiciaran porque mediaban las circunstancias favorables.

Lo lamentable fué que, no obstante dichas causas, se injertase el método, sin imaginar ni calcular qué resultados daría y si se podría acomodar a la idiosincracia de cada ramificación antes de que se estabilizara en el propio país de origen.

Méjico, que era vecino del pueblo postulante, tal vez por la inmediación sufrió de lleno el reflejo. Pero Argentina, que quedaba lejos, no tenía por qué experimentarlo y someterse a una amalgama de ese jaez. Sin embargo, la sustentó con vigor y lo más curioso fué que los departamentos que se disgregaron de ella al emanciparse, por nada quisieron seguir la corriente. Hasta se vió al Paraguay que no sólo no se inclinó a dicha novedad ni al unitarismo, sino que desde el despertar fué aherrojado por un sombrío déspota de procedencia extranjera.

Las derivaciones consignadas son dignas de atención si se observa que en el continente casi todas las partículas novísimas, a excepción de las nombradas, fueron esencialmente refractarias. Tan así fué que en el Perú se trató de llegar a la monarquía local.

Luego, por la simultaneidad se revelaron dos posi-

ciones completamente equidistantes, pero que, con todo, ha confundido la historia, motejándolas por igual de caudillistas. Es probable que la función pura no haya existido, precisamente en donde más fuerte se la ha creído. Para pensar así nos basamos en que como fenómeno aquél requiere unidad de acción y de miras, porque de lo contrario deja de serlo. Esto es lo que se anotó al centralizar las actividades: que uno, dos o varios mentores, muy escasos siempre, dominaban por completo a la grey.

Pero en las estructuras excepcionales, los promotores fueron una multitud, como resultaron sinnúmeras las regiones en que se amparaban. Aquí ya se observa algo superior a la fórmula conocida, porque ésta presupone tres o cuatro bandos y nunca la legión. En uno y en otro de los países citados, con Rosas y con Benito Juárez, se exteriorizó la tendencia. Pero al parecer no aconteció lo mismo cuando los núcleos sociales, totalmente reducidos, se precipitaron con la muchedumbre, que tenía como cabeza visible a algún que otro capitán avisado, sin que éste hiciera lo que le viniese en gana. Ciertamente es que había tantos jefes como reparticiones; pero también había montón, y la situación de aquéllos se debió a éste. De lo contrario, con tres o cuatro habría sido suficiente, así como lo fuera con uno solo, y lo seguía siendo, en casi todas las otras agrupaciones. La abundancia de elementos sintonizaba el proceso, subvirtiéndolo por completo. Si el mandón hubiese sido el reclutador, la cosa habría sido más seria. Pero como se llegó al abultamiento, no cabría más que imaginar una causa generadora absorbente. He ahí a la multitud moviéndose a su antojo y aprovechándose de las enormes divisiones para subrogar. Es claro que la fragmentación excesiva de los dirigentes turbulentos terminó por vigorizar a la multitud, porque los debilitaba a ellos mismos, entregándolos maniatados. En la superdisgregación no sólo rodeaba de mayor peligro al capitancillo, por el sin fin de blancos y de frentes que tenía que afrontar, sino porque en la gravedad de la situación, ella imperaba a su antojo, desembozadamente.

Es probable que el somatén no presintiese que dividiéndose a sí mismo, se perjudicaba enormemente, porque deponía la presentación de un todo homogéneo logrado por la unión y la compenetración.

Pero lo que le importaba era ejercer presión, no permitir que el principal lo sobrepusiera demasiado, ni tratar de domeñarla como un rebaño y no le inquietaba lo más mínimo que a la larga, ambos, confundidos en el agotamiento, naufragasen en el mar de tierra de la pampa o en el de las selvas tropicales.

Los *masismos* mejicano y argentino fueron algo tan especial que se dieron en los extremos de climas opuestos, acaso para evidenciar así que habían brotado libres el uno del otro. Por su excepcionalidad, principalmente se debieron a las extensísimas fajas territoriales y no debe ignorarse que áreas de esa índole sólo a medias pueden cubrirse con voluminosidades de seres. Dicha condición geográfica esencial, coexistió con la topografía: la pampa en una zona; la montañsidad en otra. Sabido es que la primera, así como servía para lanzar el ganado, se utilizaría para repartir el conjunto. A caballo y sobre lomo de mula no era fácil pasar de cierto límite, porque la polvareda penetrante, el aire caliente, los calores sofocantes, la falta de ríos, de lagunas y accidentes naturales en qué descansar o parapetarse al ser sorprendidos, interceptaban el paso como una espesa muralla. Luego la boleadora y el adiestramiento local arenoso y pantanoso de la caballada, destruía la eficacia de toda estrategia y técnica superiores, no siendo raro, como lo atestigua el archivo, que un militar de talento mordiese la tierra ante la astucia mañosa del merodeante empedernido. La montaña, ya observada con insistencia en cuanto al chilindiano, tuvo que ser la gran coexistencia física del sistema convulsor popular mejicano. En el trópico, con la intensa luz reverberante del sol, al revés de la región austral, las serranías hacen padecer engañosos espejismos al que no está acostumbrado y no ha pasado toda la vida en ellas. A mediodía parece como que la vista titila y el

abisino la domina en la percepción de la distancia. Este fenómeno sólo puede vencerlo el que se ha connaturalizado. Por el espejismo y el *titilamiento* los entendidos saben qué cerros o cuestras que se percibieron cerca, como a dos o tres leguas, alcanzándose a divisar bien al jinete, están a un día de largo camino. Los cordones escarpados de Chihuahua y Durango, además de ser fronterizos, son los más estratégicos, juntamente con los de Oaxaca y Guerrero, que quedan casi al suroeste.

A las simultaneidades aludidas habría que agregar otras inherentes a las mismas. No se ignora que en un amplísimo marco se pueden encerrar múltiples riquezas. Es la virtud principal de la nación petrolífera, por más que al consolidarse el partido de la turba no se explotaba toda. En cierta manera también es la de la Argentina, que no solo pudo hacer surgir la ganadería más grande de América, sino los potentes ingenios azucareros, los algodones, los trigales, los viñedos, etc.

Detrás de las mayores posibilidades, en la más infinita y contrastada extensión, no tardan en aparecer la cultura y las formas elevadas de la vida, que siempre permiten el desahogo económico. No se ignora que el Méjico Colonial fué la ciudad de los palacios, como en un rasgo de emocionada admiración la calificó Humboldt, adelantándose que ella casi sola concentró todo cuanto de grande se encuentra desparramado por el continente.

Por eso en dichos países el concierto de las condiciones aludidas predispuso a la individualidad y la libertad y, con ellas, se ejemplarizó a los núcleos que en algo siguieron las inspiraciones de los centros ilustrativos. La mayor lucidez y viveza de éstos, sin duda, debió ser el reflejo transmutado de sus numerosos y firmes elementos económicos e intelectuales.

Por lo demás, no hay que desconocer en la potencia del norte la reviviscencia gregaria indígena prehistórica que gravitaría sobre el populacho que en poder del resorte estridente se tornase más arrasadora.

En Argentina si aquella fué floja, al menos la comu-

nidad de la pampa, que por su achatamiento a todos los hizo vivir en igual nivel, dándoles idénticos usos y costumbres y labrándole el temperamento, desde antes de la protohistoria iría acumulando sedimentos que en su oportunidad se exacerbarían.

El federalismo era, pues, algo que pudo brotar por las peculiaridades de las asociaciones y es indiscutible que toda mayoría sufre más las impresiones momentáneas, porque en su rusticidad resulta incapaz de resistir. Así, al iniciarse el movimiento liberal, rompiéndose el equilibrio, aquélla fluctuó con vigor, e inconsciente de su arranque trágico arrolló al terrateniente. Luego afirmó en las zonas conocidas a los demagogos y en el exceso sufrió una regresión. La multiplicidad de cabecillas que generó, fomentó la simplicidad, con la cual presentó un lado vulnerable que no tardó en aprovechar para manifestarse la ultrapersonificación de carne y hueso caudillesca; vcrbigracia, un Rosas y un Juárez. Ambas concreciones dieron la más prepotente expresión de individualidad, abatiendo a la turba. En seguida, las exaltaciones que es de suponer en agrupaciones tan bamboleantes, provocan de nuevo la reacción y el *masismo* logra asomar la cabeza, pero no el cuerpo entero, ni ponerse de pie y en marcha como antes. Veinte años de correrías y veinticinco de sometimiento caciquista, eran para quebrantarlo, como así fué en realidad.

Después del tirano máximo se organiza en Argentina la República tras el cansancio de uno y otro elemento, y se designan los poderes ejecutivos nacionales y provinciales, suscitándose con la frialdad el auge de la confederación que, aparentemente asimiladora nacional, no arrancó la venda del pasado.

Es cierto que algo se había ganado, suavizándose las asperezas, logrando mayor flexibilidad y no dándole tanta beligerancia como antes al vulgo. Pero se reconocerá que el desenvolvimiento gradual tenía su parte en el acontecimiento.

En Méjico, hasta el medio siglo, predomina la fina-

lidad mayoritaria y luego, al igual que en la trayectoria meridional, las experiencias y el crecimiento psicológico de la nación la modificaron bastante. Tan es así, que empezó a perder terreno. El indomable cacique Porfirio Díaz (1877-1911), en treinta y tres años, no sólo anuló sino que pisoteó por completo las fórmulas políticas ideológicas que habían logrado justificar medianamente su razón de ser.

Pero con la subversión que se inicia a la caída del arquetipo, se reintegra de nuevo.

En los otros regímenes, a excepción de Chile, predomina el caudillismo, sin que el populacho pudiera movilizarse como fermento transtrucador, por más que en ese lugar, si no prosperó el político, se acentuó una estrambótica oligarquía feudalista que por sus cuantiosos intereses logró un equilibrio semejante al de una sociedad en comandita.

Dicho sistema culminó después con la revolución de 1891, en la que se desplazó el presidencialismo gerontocrático, acoplándose el parlamentarismo, siendo éste el primer gobierno de índole legislativa absoluta, prolongándose por cerca de un cuarto de siglo. De hecho, fué el contubernio de los terratenientes asociados que se dieron maña en no comprometer la fórmula, por más que al final, fatigados, degeneraron en las divisiones, alternativas de bandos y crisis ministeriales. Lo curioso de dicho proceso fué que los mediadores, en vez de basarse en la populachería, coexistieron con las fortunas enormes que les daban sus haciendas, reclutando los elementos en sus propias factorías o suponiéndolos en la pública mixtificación electoral, guarecida tras los complots oficiales.

Después de debilitado el pueril malabarismo, la reciente plataforma dió por muertos a los partidos, como si éstos hubieran sido los causantes del mal y no los mandoncillos. Ignorancia o cobardía moral revela el hecho de escabullir la responsabilidad. En seguida, con la serenidad y el buen sentido, no se ha menoscabado la acción de

las asociaciones como órganos de una opinión rudimentaria y multitudinaria, si se quiere, pero voceros de pensamientos, al fin. Es claro que en sociabilidades medianamente cultivadas, éstas no caerían en las garras del logrerismo. El mal es de limitación y amodorrante vulgaridad.

La génesis política oscilatoria es evidente en el des-
plegamiento gubernamental de las nuevas repúblicas.

Simultaneidades específicas politicosociales

Los alternativos procesos populares, al monopolizar por largo tiempo las actividades y funciones gubernamentales, parece que ocasionan diversos efectos. Uno de éstos es que ante las ignorancias y extravíos, paulatinamente, y por contraste, se va perfilando la respectiva clase u oligarquía. El otro consistiría en que del mismo seno brotan las potencias renovadoras, aprovechando las posiciones, influencias e intereses acumulados a la larga. Resulta por esto que los llamados tránsfugas cooperan al afianzamiento de la innovación.

El proceso es lentísimo, disparejo y no en todas partes se manifiesta igual, y como costó tanto llegar a la modalidad después de varios siglos de absorción latifundaria, demandará enormes sacrificios para salir de ella.

Se ha apreciado en Argentina, Brasil, Uruguay y Chile, que la inmigración que introduce elementos de trabajo y producción, contrapesa los resabios.

Es claro que no se les sustituye de pronto, como tampoco, a pesar de los cambios, se ha podido reemplazar los antiguos excesos.

Por el contrario, se deduce que en ciertas ocasiones el cacique se tornó terrateniente y, ¡cosa pavorosa!, de lo que empezó a combatir sacó vigor para sostenerse exhibiendo una riqueza espectacular.

Casi el grueso de la nueva política se recluta en la extensa hacienda, de cartabón democrático, destacándose secuacesfeudalistas, no siendo raro que se den bastantes paradojas. A pesar del predominio evidente del volumen, se vuelan como el viento y el polvo del pasado



los capitancillos mixtos, que no dejan de humillarse ni halagar al populacho cifrando el éxito en las sensualidades palaciegas. Es profundamente insólito el hecho. Pero es la verdad.

Lo que quemaron los abuelos lo hacen revivir los nietos, sin perjuicio de que éstos y sus hijos hayan dado, como dieron, desorientadores ejemplos. Así, los ajetreos ideados para impugnar las taras, se tornaron luego semiagrarios, como habría sido cosa diversa si hubiera podido entre lograrías acumular fortuna y con ella influencias... y hasta siervos regimentados.

El individualismo agresivo se convenció al fin de que no había más asidero que el dinero y las componendas, y con el egoísmo de mantener la situación abjuró de lo proclamado ayer, dejándose llevar por la corriente (y los demás que se barajaron como pudieran), permitiendo a regañadientes pequeñas trasmutaciones burocráticas y representativas en premio de adulaciones y de humillaciones inconfesables. He ahí la causa de que de vez en cuando se vislumbren tipos opacos, que siempre están a flote con los más contrarios poderes, tanto mejor si han sido del caído, porque así se demuestra que se tiene la espina dorsal muy flexible. Ellos acaparan las funciones, y sirven tanto para una legación como para ir a Europa a estudiar la enseñanza, posponiendo a las más firmes y relevantes capacidades.

En el mando, la ductil mesocracia se ha dormido sobre sus laureles, precaviéndose de que nadie, fuera de ella, metiera mano en la tierra ni entrara a competir en las labores explotadoras, dificultando o contrariando con ello la implantación de las fabriles y mercantiles.

Esa posición psicológica es la clave de problemas que se están planteando con grave peligro de la soberanía.

Es probable que en algunas regiones, como las centroamericanas, venezolana, colombiana, ecuatoriana, etc., en cierta proporción el acaparamiento sea mayor que en el pasado porque se han incorporado nuevas tierras y destruido a fuego los bosques.

Y lo más paradógico es que dentro, en medio o al contorno del latifundio nacional, se ha erigido el del yankee, a base de concesiones gratuitas para lograr el *mejoramiento* de la república. La llamada «United Fruit» tiene feudos enormes en las costas de Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá y Colombia, en donde extraen, al menor costo de trabajo manual indígena y de precarias herramientas, infinitas toneladas de bananas, que luego en Estados Unidos ocasionan cuantiosísimas ganancias. No pagan impuestos y al pobre indio que maneja el primitivo machete, apenas se le da un mísero jornal para que no se muera de hambre. ¡Todo por el adelanto! ¡Qué género de perfecciones serán esas que los nativos se amontonan en los tugurios y conventillos de las ciudades y de los poblados, en tanto se regalan miles de kilómetros al extranjero que ha fabricado gigantescos vapores especiales, casi de luto, para transportar el plátano! Y después nos admiramos del fraile español, de quien se dice que levantaba iglesias señoriales para deslumbrar a los hoscos campesinos. Ahora se tratará de ofuscarlos a fin de acallar la protesta del inaudito despojo. ¡Cómo no ha de ser así si los árboles que se multiplican tan prodigiosamente tienen varios racimos y éstos numerosas bananas que luego se venden a diez centavos de dólar cada una!

En Costa Rica, en el culto pueblo, un detentador del gobierno abdicó en favor del capitalismo despótico, no obstante el antecedente patriótico de la subdivisión de la propiedad. ¿Sería que como la plataforma que le facilitó el camino era la plutocracia extranjera quería continuar respaldándose en ésta, interesándola con la entrega de terrenos, para así restarles a los propios patriotas los medios de progreso que estimaría como una amenaza?

¡Qué consecuencias más sombrías!

En vez de repartir las áreas baldías, las acaparan y entregan al imperialista.

En Méjico, en tiempos de Porfirio Díaz, se otorgaron

inmensos derechos, asegurándose que cayó del poder porque sobresaltado no quiso enajenar la isla de San Juan de Ulúa, frente a Veracruz. En Guatemala, durante la guerra, se exigieron nuevas tratas y al engogerse de hombros el déspota que tenía en el puño al país desde hacía veintidós años, provocó el disgusto yankee, que se exteriorizó en la revolución, derrocándolo sin muchos preámbulos.

Las ambiciones norteamericanas ni siquiera han vacilado ante la voluntad monstruosa de quienes doblegaban sumisamente a sus pueblos. Si desplomaban al amo, ¿qué no harían después con los siervos?

Es emocionante, después de todo, la caída patriótica de los dos mayores tiranos, puesto que con ella se demuestra que el expoliador, a fin de medrar, los amparó y reforzó. ¡Luego de obtenerse dolorosamente todo lo que se quiso, se tiró demasiado de la cuerda, no se respetaron los escrúpulos e inquietudes del que había entregado mucho de lo que era soberano y en la ambición se concluyó por precipitarle en el abismo de las traiciones y maldades!

He ahí hechos fecundos de la historia viva, que no se encuentran en los libros, ni en los manuales, pero que se han sufrido y que debieran sacudir la conciencia.

¡La larga paz de Méjico y la no menos prolongada de Guatemala, de las naciones más cercanas al maquinador, obtenida a costa de la intromisión de la factoría!

En tales condiciones más valía la fluctuación revolucionaria, porque así al menos, como acontece ahora, se habría rehuído el ominoso vasallaje.

En Cuba, al igual de lo que ocurrió en aquellos otros pueblos, subsiste una larga tranquilidad a expensas del monopolio de las hectáreas productivas, de los ingenios, de las zafras y del desplazamiento del criollo por el negro jamaicano o haitiano. Los publicistas nacionales, entre ellos el ilustre sociógrafo Guerra, se han preocupado de la amenaza que se cierne sobre la patria.

Por un proceso de inversión, muy propio de la honda

psicología materialista estadounidense, Costa Rica se quebrantó, y al animoso Presidente González — acaso el más joven de la clase gubernamental, genuinamente gerontocrática, que nos ha sobrecargado —, cuando quiso resistir con dignidad la usurpación, se le derrocó.

Las capitánías, reinos y virreinos por los latifundios fueron amagados y por ellos en la actualidad o se introduce la convulsión o se mantienen regímenes parcialmente retardatarios y a la postre disociadores.

Es la perpetua oscilación agraria.

En sus clásicos reductos al burdo despotismo más le hubiera valido haber repartido parcelas para equilibrar las extensiones incultas que a porfía se tendía a conquistar. Así, en vez de despeñarse tan trágicamente, habría tenido donde apoyarse para reprimir los desmanes.

Las regresiones inferidas constituyen la avanzada de un vasto plan que se ha comenzado a practicar en las plazas aludidas porque el fuerte quedaba pared por medio del foco imperialista. La de Costa Rica también es un signo del porvenir, sin que se deba olvidar que a los pueblos limítrofes, debido a la desgarradora succión, no les ha quedado más remedio que agachar la cerviz hasta el suelo que se trataba de detentar, para en seguida elevar a éste, por encima de la humillación del gobernante ignorante de sus deberes, a la categoría de factoría.

Los terribles aleccionamientos que enuncian los derribes de los dilatados patriarcados a la moderna, han hecho variar de táctica al complotador.

¡Ya no más cacicazgos indígenas!, dirán los banqueros. Ahora son necesarias las conmociones y con ellas los periódicos cambios de gobierno, porque con los traspiés, los compromisos y los intereses contraídos, es más ase- quible la intromisión.

A las dominaciones armadas de Haití, Puerto Rico, Santo Domingo y Nicaragua y a las pacíficas de la costa atlántica centroamericana, de Panamá y Cuba, ha seguido la entrega de los kilómetros brozosos por concesión, regalía o imposición.

Cualquiera que recorra algunas de esas repúblicas se dará cuenta de la realidad de ello, por más que los dirigentes avergonzados traten de despistar.

Más de uno preguntará cómo núcleos tan industriales y comerciales, quizá lo más poderoso de los tiempos modernos, pueden dedicarse a cosas tan ingratas e inconexas. El petróleo que explotan en Méjico, el salitre en Chile y el algodón en Argentina, ¿no desdicen acaso semejantes extravíos?

Es cierto que en las naciones más desenvueltas, los capitales giran alrededor de empresas de más aliento. Pero en las débiles, característicamente terrícolas, en lo único que se invierte para sacar fabulosas ganancias, es en la consolidación de extensos predios, porque ni los minerales existen en cantidad suficiente para una gran explotación.

Los centros monopolizados son inmensos productores de azúcar, café, banana, cacao, guineo, papaya, henequén, plúas, etc., que por contraste son enormemente apetecidos en la zona fría.

Aunque por diferencia de clima no fueran gustados, hay que reconocer que los dos primeros, en los tiempos que corren, son artículos de perentoria necesidad.

Debido a ello, se han establecido, especialmente en las Antillas, opresores reductos cafetaleros y azucareros.

Esa angustiante máquina se mueve para satisfacer las exigencias apremiantes de una terrible marejada de ciento veinte millones de habitantes, casi la tercera parte de los de Europa. Por rara coincidencia el perímetro radial agrario oscila a pocos días de navegación de su epicentro. De Habana a Cayo Hueso, menos de un día, y a Nueva Orleans, día y medio. Lo más lejano es Panamá, cuya distancia se tranquea entre cinco y seis días con vapores especiales. Del resto de las Antillas de tres a cuatro días, lo mismo casi que de Guatemala.

La infiltración llega hasta el Istmo y al engarzar el Norte y Centro América se supondrá que deja libre el Sur.

Ojalá fuera así, para consuelo de ignorantes y de prevenidos. Pero en el Paraguay, en el Perú y en el Gran Chaco argentino, valiéndose de la selva, del páramo y de lo ilimitado del territorio, ya han clavado la garra.

Es que la tierra baldía es fácil invitación a las logrerías de afuera y ha sido dejada así como muerta para el brazo del hombre, no tomando en cuenta las tonificaciones de la lluvia. Por no subdividirla y para darle con la infrazón estéril más valor a los privilegios internos, se ha prolongado tan doloroso estado, sin comprenderse que éste envuelve un serio peligro. El cual no se cierne en contra de la minoría o mayoría, sino de la propia patria, porque el corazón de ésta se desgarró al golpe aleve del entrometido.

La maniobra plutocrática, egoísta y fraudulenta, constriñe las energías y producciones, aprovechándose no sólo de los terrenos abandonados sino que por compra, transacciones, componendas y boicoteos ostensibles, de los propios dominios particulares. Una potencia así es subyugadora y tanto más la norteamericana, que ya se ha alzado como una amenaza continental.

Luego es prudente pensar que el feudo engraido e insolente, está más expuesto por la calidad del terreno y los antecedentes del usufructuario. Se medita que a un grupo de adinerados es fácil inclinarles a la venta cuando se disponen de las mayores reservas de metálico que se haya conocido en la historia. Tanto más si el objeto de las transacciones la mayoría de las veces fué atrapado por política y después valorizado por los empeños de llevar hasta él los ferrocarriles y tener de cualquier modo de la mano los fletes, por más que al fin se ocasionaran verdaderos desastres económicos. Elementos logreros así, cuyas actividades se han confundido con el despojo y el soborno, no es difícil que mejoradas las usuras se dejen atrapar como la cosa más natural, aunque presientan que detrás de ellos vendrá la ruina. Lo peor de todo es que los actuales no son propiamente latifundios, sino eriales. En Europa, con la décima parte

de las hectáreas que se posee aquí, el terrateniente obtiene inmensamente más que el acaparador entre nosotros, porque ha introducido la técnica científica y el cultivo intensivo.

De ahí que el inmueble, subdividido a base de esfuerzo y cultura, solidaridad y compenetración, sea un recurso psicológico notable contra los medros aviesos de dentro y de fuera, civilizando más a los grupos por los sentimientos de responsabilidad y de lucha que se transmiten con los intereses y satisfacciones. El egoísmo de los presuntos movilizados de la factoría es más poderoso y más crudo, porque irrumpe en son de conquista y para él no hay más atractivo que la riqueza potencial, tanto más si presente que el que la posee, por no explotarla, no ha podido darse cuenta de su valor cabal.

Es así como en un país en formación, la tierra en pocas manos, en que no se trabaja o apenas los intermediarios labran una ínfima porción, es una permanente incitación contra la soberanía. El detentador sabe por experiencia que toda exacción es odiosa. Así es que al chocar contra el señor feudal, no ignora que está ante una fuerza débil e insignificante, que no representa el sentir ni el modo de ser de la república, siendo, a la inversa, incesantemente repudiada, con lo que no hace más que seguir presentando un flanco vulnerable.

Muy otra sería la situación interna si hubiera en vez de cien latifundistas un millón de pequeños hacendados. Ya en el tomo II de la serie demostramos la coexistencia predominante del dominio económico en la Conquista de América, y en el III, cómo condicionó el fraccionamiento de las actuales ramificaciones.

En la prehistoria, es incuestionable que la falta absoluta del modesto propietario contribuyó a estancar el desarrollo de los sentimientos elevados. Al revés de la inventiva y de la consideración que nacen con la llana posesión, la carencia de ella inclinó a la mansedumbre y a la esclavitud, porque al igual que el rebaño acos-

tumbraron a los seres a no disponer de nada, ni del suelo que se pisaba ni del que podía servir de tumba.

Se piensa que la dominación tuvo que producirse por el contraste. Tanto porque la riqueza centralizada en una sola mano de súbito despertó la codicia del soldado expedicionario, cuanto porque la docilidad gregaria con que se había llegado a aquélla no se conturbaría ante ningún peligro y es posible que el aborigen, dada su enorme vaciedad, mirara indiferente a uno u otro amo.

El hecho que la absorción desmedida provocase semejantes resultados, no es de asombrar. En la Independencia, se vió algo parecido con la precipitación multitudinaria.

Urge pensar en la posibilidad de que se repita el hecho espantoso de los tumultos pasados, frente a la nueva poderosa mole exterior que de alguna manera está introduciendo la cizaña. Si los siervos derrocaron al factotum cuando no contaban con tantos recursos psicológicos de engrimiento, ¿por qué no nos paramos a meditar que ahora que tenemos el problema del *masismo*, lo puedan hacer con mayor insolencia? Huérfano de tierra y de efectos, el paria no podrá dar más que el odio y la venganza, que son las consecuencias de la calamitosa y abusiva condición en que se ha debatido.

Ante la plebe desamparada y hambrienta, enfangada e ignorante, no hay patria que valga, tanto más si astutamente, como lo empieza a hacer la interdependencia terrícola yankee, no va al principio contra la nación, sino contra los feudos, que han comprometido los *complots* populares.

La opresión de las Antillas, y de la costa atlántica itsmeña, panameña y colombiana, debieran hacer lanzar la voz de alerta.

No se trata de un enemigo que podría reprimirse, o de uno insensato, que al movilizarse todas las energías y recursos, se estaría en la posibilidad de desarmar. Si fuera sólo el imperialismo del Norte, podrían preocu-

parse con expectativas de éxito, al menos los países meridionales más distantes de las convergencias. Es algo peor y más grave que la amenaza de determinada infiltración, y comprende la vinculación económica universal que inclina hacia el superorganismo más capacitado.

Los estadounidenses no son más que los trasuntos correlacionadores hispanoamericanos del más vertiginoso desenvolvimiento material que haya conocido la humanidad, la que en su loca carrera empuja a aquéllos y quizá si les da mayor aceleración de la que son capaces. Para el que no ha penetrado la sociología le será difícil comprender en toda su intensidad el fenómeno moderno. En refuerzo de lo dicho convendría analizar las relaciones que uniforman el vapor, el ferrocarril, el automóvil y la navegación aérea.

Por la vecindad, por la hermandad continental, por la diversidad de orígenes y de cultura, por la posición geográfica singular que los hace volver la espalda y escrutar hacia el norte, centro y suramérica, quizá con una inmensa mirada protectora de padrastro, aquéllos en su expansión han tenido que cortar por el camino más expedito y seguro y que le demandara los menores sinsabores, empezando por la sujeción de las zonas antes citadas, que tenían como al alcance de la mano.

Es cierto que los países comprendidos fueron los primeros asolados, más que por su pequeñez y debilidad exterior, porque estaban aquejados de intensas anomalías internas, lo que resultó mucho más grave todavía, pues el violentador, demasiado práctico, se dió cuenta de ello y obró con inaudito desenfado. Lo cual no obsta para que los sometidos hayan proferido el grito doloroso y trágico de que por ser minúsculos y vacilantes, se les ha domeñado. La soberanía, más que con expresiones de tal jaez, se defiende con hechos.

Los invasores ladinos, tradicional y secularmente acostumbrados a considerar el resto de la humanidad por los negocios y los intereses, por la energía productora

y por el trabajo constructivo, no podían explicarse, ni concebir, que los terrenos no se labrasen.

He aquí la primera gran falla social y fundamental disposición arrasadora del vecino aventajado.

Los descendientes directos de los ingleses, que en la gestación, al revés de los del sur, no se parapetaron tras de los latifundios, por temperamento y por experiencia, no estuvieron en condiciones de apreciar lo que los indohispanos comprendían como tal. Si para éstos era histórico, aristocrático y de buen tono político, para los otros no era lo mismo. En la expectativa del crecimiento, cesarían las cosas, tal como las circunstancias y sus inclinaciones se las presentarían.

De ahí que no debe sorprender el que el hombre rubio, esencialmente mercantil y de excesivo materialismo, desde su punto de vista y a su manera, interpretara como le pareciera el resabio.

La inmensidad de tierra sin explotar, perdida y abandonada, demandaría un brazo firme según ellos, y la enormidad de proletariado, haragán y desorientado, clamando por labor y por el mejoramiento de la existencia, requerían la empresa expoliadora.

Es posible, además, que debido al amaestramiento agrario que había labrado la grandeza de su pueblo, instantáneamente comprendiese el mal social de las islas y litorales circunvecinos, principalmente.

En poder de la llave mágica, de las deficiencias y dolencias y siguiendo el curso de sus pasiones, no le quedaría más que aprovecharse de sus defectos y lacras, que son los que sin combatir y sin muchos sobresaltos estragan a los grupos, satisfaciéndose con ello las argucias de los magnates hábiles.

Es así como en más de la mitad de los lugares superditados el yankee no necesitó del poderío militar, y los ejemplos de ocupaciones armadas, tales como las de Haití, Nicaragua y Santo Domingo, se debieron más a la torpeza oficial que al intrusismo amodorrante. Entre las imbecilidades y egoísmos malvados, se podrían

citar las camorras estimuladas por los negociantes al preferir cierta irritante tiranía, dando con ello pretexto para las invasiones a aquellos dos primeros.

De ahí que de lejos, por sólo el dominio de la información periodística, se sabía que las regiones afectadas, no menos isleñas por sus costas abandonadas y por sus fragmentaciones montañosas del interior central, no obstante el ímpetu del mar y la movilidad de las olas, constituían los reductos clásicos, infestados por toda clase de diezmadoras epidemias que se desataban porque no se trabajaban los campos y los seres languidecían en el vicio y las privaciones.

La senda estaba trazada y el océano libre para franquearla y la posición geográfica dispuesta al sometimiento y quizá al ahogamiento por el disgregamiento continental.

Los modernos conquistadores, premunidos del talonario de cheques y del libro de contabilidad, arreciaron y lo abatieron todo, hasta la muerte que se enseñoreaba con las innumerables plagas. Miraron el latifundio, porque no sólo respondía a la indolencia y a la crueldad de no dar ocupación y dejar morir de hambre a los criollos, sino porque era el incubadero de las terribles epidemias en toda clase de maniguas, pantanosidades, selvas podridas, lagunas, ríos atestados de malezas, etc. Y lo desplomaron, además, porque sin él, el proletario empezaría a moverse, a comer en forma regular y a curarse del paludismo con el dinero ganado quizá con algún rubor. Tuvieron que concluir con el derrumbe terrícola porque ya mucho antes habían empezado por la fiscalización de las vías de comunicación y la banca.

Con la irrupción total se construyeron los puertos, suprimiéndose el sombrío muelle de madera carcomida y el rudimentario bote. La dársena de cemento y la lancha de gasolina reemplazaron los innegables atrasos. Y los caminos comenzaron a trazarse, supliendo a los que si no los hizo la naturaleza en sus azarosos caprichos, no los abrió nadie.

Podrá ser amargo que subvertidos el acaparamiento y el abandono no se ejercitó el reparto ni la subdivisión de la tierra, como lo exigiría una sana y elevada civilización.

No se podía haber llegado a esa transición porque ésta no puede por sí sólo establecerla el capitalismo, que sólo tiende a alterar los procedimientos sin descuidar los intereses, sin perjuicio de que termine por apretar más que antes.

Al pequeño propietario no lo podía hacer surgir la coexistencia exterior porque eso no es de su incumbencia. Lo útil para él ha sido desmontar el privilegio nativo, tanto más si entrañaba la paralización, ya que así su obra se vería facilitada.

La destrucción de aquél tuvo por objetivo inmediato implantar la labranza y aprovechar los siervos, haciéndolos suministrar el máximo, y era incuestionable que las extensiones incultas tenían que dar rendimiento maravilloso, porque nunca se las había desbrozado y estaban como en potencia virginal. Esta condición fundamental, que incitaría despiadadamente las ambiciones con la cosecha óptima y con la ganancia inusitada, pasaría a ser el trascendental fundamento psicológico, fortificado por la práctica esforzada. También era indudable que turbas sin trabajo y en espera de él, tenían que constituir el más férreo puntal expoliador, porque se las podía atarrear como animales en pago de unas cuantas monedas.

Más adelante y en posesión de los secretos de la idiosincrasia popular y de influencias en las esferas gubernativas, se estableció la horrible trata de esclavos y de negros manumitidos.

La finalidad del propósito podría explicarse por las sombrías consecuencias. Los desgraciados, al irrumpir como langostas, no azotando a los campos, sino a las espaldas humanas, instantáneamente hicieron bajar el jornal y el valor moral del músculo.

La secuela de tal crueldad fué que el pobre bracero ya no pudo competir, no quedándole otra disyuntiva

que la de someterse, trabajando miserablemente casi por la comida, o expatriarse, al igual que el más trágico paria.

El estudioso observador, al ambular por las populosas calles de Nueva York, especialmente por las del barrio de Brooklyn, se quedará sorprendido ante el enorme porcentaje de portorriqueños, dominicanos, cubanos, haitianos, hondureños, guatemaltecos, etc., que pululan por ellas.

Es la inmigración invertida, la más lúgubre de todas cuantas se han conocido, la provocada por las maniobras mercenarias que obligan a huir al criollo y ganar la propia patria de los verdugos porque no hay otra cerca, procurándose así no perecer de tristeza, de desamparo y de falta de ocupación equitativa.

Cítese el monto de los antillanos residentes en Estados Unidos y la cifra causará escalofríos, porque darán idea del éxodo silencioso y continuado. Cómo habrá sido, que últimamente lo han reprimido, suprimiéndolo del todo.

¡Los que han implantado la más fantástica infiltración de capitales, de logrerías y de capacidades técnicas, obstaculizan el cobijamiento de unos cuantos desventurados, de cuyos centros están dejando exhaustos los terrenos!

¡Ah! Son los males internos, los que provocaron, los que atrajeron tan espantosas consecuencias, que así como van harán llorar a los contemporáneos.

¡Es el nuevo azote, el más terrible de todos, el plutocrático, originado por toda la espuma del mundo moderno! Las experiencias del radio de extorsión que ya abarcan más de la mitad de América, ¿harán dar el grito de alarma a los dormidos núcleos del ultra Canal de Panamá?, ¿se procurará la transformación general antes que sea tarde, tomándose en consideración en la más equitativa renovación a los más virtuosos del país, para que así no se rueda hacia la factoría estragadora?

Todavía es tiempo ¡pueblos del Sur! y ya que el peligro nos ha hecho zanjar las dificultades internacionales y postular la más adecuada compenetración confraterni-

zadora, ¿por qué a la vista de los atentados no tratáis de remediar los males internos? No olvidéis que os clama el sociólogo viajero que ha sentido y se ha conolido del llanto de las infelices agrupaciones amagadas. ¡Acordaos de las grandes responsabilidades políticas históricas!

Así como estamos, bajo la férula y la aflicción del más maravilloso vuelo en la técnica y en la organización, no debemos dejar de meditar que nuestro latifundio, tan gran cosa para paralizarnos en el mal, es una pobre bagatela incitadora para los poderosos, porque al sorprendernos en el período agrícola asáz feudal, nos considera, y con razón, irremisiblemente atrasados.

Con un poco de buena voluntad se puede hacer algo, y en Chile, siguiendo las inspiraciones de Argentina, Uruguay y Brasil, se empieza a colonizar los territorios australes del Aysen. Bien, venga como pueda, y de donde quiera, el progreso. Nunca es tarde para reparar el extravío.

No olvidemos que es posible que la interdependencia no persiga solamente la tierra desamparada y virginal y los brazos sin trabajo para someterlos por la necesidad. Ha de querer pedazos de territorio y con ellos posiciones estratégicas. El apresuramiento en arraigarse a su manera en las Antillas y en la costa atlántica centroamericana y panameña, así nos lo hacen inducir, porque en verdad nada más expedito para una potencia imperial que las islas y las playas. Con ellas, la movilización de las escuadras y ejércitos invasores es un hecho. Para una tan formidable palanca, el entorpecimiento local envuelve un sentido dinámico, porque pone en movimiento inmensidad de coexistencias, factores y predisposiciones que no se producen en la simpleza estática. Entre estos están el capital, el empréstito, la banca, el comercio y las influencias de todo género, excesivamente fuertes y contrapesadores, avanzadas obligadas arrolladoras terribles. No debe desconocerse que para una enorme fuerza burocrática la oscilación se opera de lo mayor a lo menor. Así, al préstamo y a la inversión

siguen el negocio y la industrialización, luego el agio, el desplazamiento del subsuelo, sin perjuicio de que las zancadas prosigan el camino de los ascendientes, que junto con los británicos subvirtieron el antiguo régimen. No debemos olvidar de que siendo aquéllos coloniales, cooperaron en el amagamiento general. A juzgar por el impulso de ahora, quizá se logrará percibir alguna leve reviviscencia que fuerza más los acontecimientos.

El desarrollo potencial de las entidades autonómicas

La penosa gestación de las entidades de las post-independencia ha sido dispareja y contradictoria y en tanto casi no se han desarrollado como debieran la potencia labradora, ni las aptitudes fabriles, mercantiles y técnicas, la población ha aumentado. Solamente en Argentina, Uruguay, Brasil y Chile, en diferentes aspectos, se observan directamente o a través de la estadística e información refleja, algunas excepciones. Pero éstas demuestran algo completamente raro, creciéndose de manera desmedida y no recordando a las otras agrupaciones continentales.

En América del Norte, en Méjico, en los preliminares autonómicos, tendría aproximadamente alrededor de dos y medio a tres millones de habitantes. En el centro, las ramas debieron ser poco numerosas a juzgar por el monto de ahora.

En la del Sur, Argentina poseería poco más de uno; Chile, cerca de quinientos mil; Perú, Colombia y Bolivia, quizá de uno a uno y medio y cuando mucho uno y tres cuartos.

En el primer medio siglo de república, aquel país logró ascender a cinco y medio; el segundo a alrededor de uno y la mitad; el tercero a cerca de los tres millones; y los restantes, a dos, aproximadamente.

Al pasar los cincuenta años, Méjico no lograba tener seis y al llegar al centenario bordeó los catorce millones. En vez de doblarse como en el primer cincuentenario,

en el segundo se triplica a pesar de un hecho tremendo: el despojo de enorme parte de su territorio en la guerra con los Estados Unidos.

Argentina, al finalizar el primer medio siglo de republicanismo federal o unitario, sumaba casi millón y medio, y Chile, siendo de área cuatro veces menor que aquélla, contaba sobre poco más o menos con un millón de pobladores. En Colombia, Perú, Bolivia y Ecuador, apenas se llegó al doblamiento. En el gran país del Plata, a medida que el orden y la estabilización progresiva ganan terreno, la cifra es cada vez mayor. Así, de un millón cien mil que se tenía en 1853 se pasó a los dos y medio en 1880, a los tres y cuatrocientos mil en 1890. En seguida, cada decenio se fué ascendiendo sucesivamente a cuatro y seiscientos mil, a seis y setecientos mil, a ocho y ochocientos mil y a cerca de once millones.

De dos y medio a cinco y medio y de uno y doscientos mil a uno y medio, después de cien lustros, es excesivamente escaso lo que se elevó en Méjico y en Argentina. En las otras regiones, con pocas diferencias, el aumento casi fué el mismo, salvo en Chile, en donde se notó el triplicamiento, y una prueba de que en aquéllas era normal, es que al finalizar el segundo medio siglo llegan a triplicarse.

Convendría apreciarse por el crecimiento de la media centuria chilena, si el de los otros fué más o menos regular. Se comprenderá que el advertido durante el segundo medio siglo respecto a Méjico y a los demás países citados, correspondió al primero de aquélla, no obstante la vacilación y premura de la inicial edad y de la necesidad de concretarse. En dichas cifras hay que hacer excepción de Argentina, porque ésta inicia en el bicentenario la firme atracción inmigratoria, lo que aduciría una razón de que el desarrollo iría siendo demasiado precario y requería vastas tonificaciones. Es posible que los grandes emigrados en Chile, Alberdi, Sarmiento, Mitre y López, comprendiesen que a pesar del cuadruplicamiento del área nacional, la población apenas aven-

tajaría un cuarto a la andina. Era algo inmensamente insólito.

Al celebrarse el centenario, Chile poseía alrededor de tres millones de habitantes. Lo que quería decir que en relación con los quinientos mil del principio, el aumento habría sido considerable, septuplicándose. Méjico apenas había llegado al quintuplicamiento y Colombia, Perú y Bolivia, a un triplicamiento y a los duplicamientos respectivamente.

Las oscilaciones demográficas tan encontradas y yuxtapuestas se ponen de manifiesto con las sobreposiciones de un país ajeno al antiguo régimen. Nos referimos al Brasil, que siguió siendo estructura monárquica y por ende estuvo sustraído a la agitada gestación autonómica, diferenciándose por ello grandemente de los otros pueblos del continente.

El desarrollo servirá para inducir algo inexplicable. Así, mientras los demás países se declaraban libres, el Brasil continuaba a la sazón siendo colonia, poseía seis veces más territorio que Méjico y contaba tres millones de habitantes, casi idéntico número al de la nueva república. A Argentina que en área sería tres veces y media menos que el primero y en aquel entonces cerca de la mitad del segundo, se la sorprendió, al producirse dicho acontecimiento, con un tercio de los seres anotados por los referidos conglomerados. Después de transcurrir cincuenta años la posesión portuguesa llegó a diez y al pasar otros tantos, a veinte millones de pobladores, triplicándose y septuplicándose, en tanto que las aludidas ramificaciones, en el mismo tiempo, se duplican y quintuplican, sucesivamente.

La explicación de ese fenómeno se acertaría a relacionar en parte por las condiciones pacíficas y por el intenso mestizaje brasileiro. No se ignora que la mezcla estimula considerablemente la proliferación y en la gran nación tropical del Atlántico el cruce del negro con el indio, y de éste con el europeo, ha influido en la mayor densidad. Asimismo no se desconoce que la tranquilidad

interna es apropiada para mejorar y aumentar la población, estimulando el esfuerzo productor, por cuanto parece natural que con la convulsión se descuiden las labores útiles y se entorpezca el afianzamiento de la familia. Los efectos de los excesos populares no son para sobresaltar, sabiéndose que la guerra fratricida destruye vidas valiosas, paraliza el desarrollo del hogar y estorba el progreso general por los violentos trastornos que se experimentan de repente. Aquellas, sobre todo, se comprueban en el empobrecimiento paulatino, porque no se trabaja y por el contrario se consume hasta la saciedad y se despilfarra sin conciencia, porque todo es atrapado por la instantánea imposición. De ahí que el mero doblamiento de los individuos de algunos núcleos, presuponga modalidades muy rudimentarias, asáz destructoras, y no debe olvidarse que hasta los organismos inferiores, y aun los enfermizos humanos, fecundan y suman la prole, y, en ocasiones, mientras más débiles, desarreglados e ignorantes, más prolíficos se tornan los seres.

En prueba de lo expuesto, se podrían sacar a colación hechos de las parcialidades más afectadas. En Méjico la contienda internacional y el largo despotismo porfiriano, al sobreponerse a los disturbios internos, le restaron víctimas a los nuevos sacrificios humanos, patentizándose la consecuencia en que la patria se hacía más densa. Asimismo en Argentina, a medida que declinan los resabios conturbadores, se revela parecida fluctuación.

Mediante las antedichas reacciones, la tierra empezó a tener su valor y al cobrar vida la infundía por doquier, y mientras mayor vigor se ponía en cultivarla, más potentes tenían que resultar sus brotes, no siendo raro que con el calor humano se considerase más fuerte.

Aquella podía inclinar al hombre a la existencia elevada y por los tesoros que encierra revelarles la que merecía llevar. Abandonada, seca y pobre, parece natural que todo a su alrededor reflejase lo que ella era intrínsecamente. No hay términos medios. Se es o no se

es. La prehistoria marca la cúspide en la sociedad tribal cuando se demarca el territorio, se escoge el predio y se señala el lugar, anulándose y debilitándose para siempre el nomadismo.

A la protohistoria, que más que una transición es una considerable evolución, se la admiró en sus afanes preadaptadores, respetando al ser e interesándose en desterrar la violencia porque se reconocía que todo empeño, por pequeño que fuera, redundaba en el aumento de las actividades.

La antehistoria o período de la preemancipación, abarca en considerable porción la pugna enconada por los intereses rurales. De un lado los terratenientes tratando de conservar sus prerrogativas, y del otro los siervos procurando modificarlas para hacer menos ostensible la calamitosa situación.

Se produce la revolución y con ella surgen los arquetipos demagógicos, y ya observamos que éstos, para retener el mando, se respaldaban en las fincas.

Es que en los núcleos incipientes y que luchan por perfilarse no queda otro recurso que valerse de los frutos y de las regalías que dan la explotación del suelo. Tan cierto es este hecho que la tribu, que de ordinario descuida la labranza, enseña, con las contundencias de la tradición, que las castas no posponen los graneros ni la explotación de ciertas parcelas en común. Los *calpuyis* aztecas y los *ayllus* incásicos son demasiado reveladores, como lo fueron las profundas reducciones agrarias chileindianas.

Cuando se cultiva la amelga, no sólo se hace más variada la comida, sino que se alimenta más el labriego. La nutrición en forma aumenta la vitalidad y con ello se trabaja el doble, la familia crece más lozana y a la larga la colectividad recibe de rebote ingentes contribuciones.

Pero al ser abandonada convirtiéndola en feudo, en erial, porque los que existen son otros tantos yermos, se cae en el lado opuesto, no siendo raro que éste se

trasunte en las sombrías costumbres del populacho mestizo. No se come ya para satisfacer las necesidades sino para matar o distraer el hambre. Pensamos que no otra cosa significaría la simplísima comida, que por lo común se compone de tortilla de maíz, frijol negro y café; yuca y hierba; coca, choclos y yuyos; o puchero y mate.

Lo más doloroso es que dichos ingredientes naturales, no sólo se ingieren para adormecer las exigencias fisiológicas quitándoles vigor, sino para pasar el tiempo, así como el tatur y el vago contemplan las volutas del humo.

Por eso las fracciones más indígenas y de menos influencia hispánica, presentan en un siglo largo cuando mucho el duplicamiento de su población, siendo que están empezando y tienen todos los medios a su alcance para progresar. Eso estaría bueno para las sociedades decrepitas, y aun así es difícil que se observe en ellas semejante síntoma que, más que desgaste, sería degeneración.

Cien años de existencia autodeterminativa y tal o cual doblamiento, por el hecho de que pasa por encima de las generaciones y de las instituciones, y denuncian un proceso específico, constituye el más serio punto de partida para la inducción de la realidad social.

La evolución de una república se observa en el todo y no en la parte, y de vez en cuando aumentos de última hora podrán ser innovaciones, impulsos aceleradores, pero no transformadores. Aquélla no se consigue con progresos materiales de urbanismo, caminos y ruralismos surgidos de repente, sino que se provoca en el curso indefinido del tiempo con la coexistencia de las más eficaces medidas de depuración.

La dolencia interna se advierte antes que en tal o cual aspecto en su historia, en su fisonomía moral. Un clima malsano no mata como la guerra, pero a la larga debilita y languidece. El condicionamiento que produce la precaria salud colectiva, se vislumbra al través de la estacionaria demografía y como secuela el abuso arriba

y la injusticia abajo. Así se dan grupos cuyas ciudades han llegado a descender lastimosamente. Sin ir más lejos, Potosí, en manos de los españoles, alcanzó a tener cerca de ochenta mil habitantes y en las de las actuales semiaborígenes, apenas tendrá la cuarta parte.

De intento, en las anteriores cifras, no hemos querido entremezclar a los conjuntos pobres, genuinamente agrícolas, tales como los antillanos, los centroamericanos, Ecuador, Panamá y Paraguay.

Pero ellos, como rasgo de suprema sensatez podrían meditar sobre la oscilación de Bolivia, Perú, Venezuela y Colombia, porque la riqueza mineral, que atrae los capitales y la inmigración, hicieron menos brusca la deficiencia, atendiendo a sí propios si van por buen camino.

Pudiera ser que para algunos, como Haití y Panamá, ya sea algo tarde y nada valga para salir de las fauces siniestras. El canal yankee es como una herida mortal en el corazón de la soberanía itsmeña y la calidad racial isleña, considerada inferior por el usurpador, el adecuado pretexto para no llamar mucho la atención del mundo sobre los excesos, por qué, ¿quién hace caso del negro? Si apenas por España que le tendió la mano al indio, se tiene algún miramiento por los inferiores, al instante se comprenderá que la posición del haitiano es desmedrada. Lo que no quita que se les explote y a costa de ellos se levanten fortunas, como no ha impedido que por los mismos se fundasen sistemas abstractos como la antropología, la arqueología y la etnología, puras especulaciones formales, y en tanto no ha habido ciencia ni investigador alguno que se haya preocupado del mejoramiento moral del descendiente del primitivo, objeto de tantas inquisiciones pretéritas. Será que muerto da menos trabajo y no se tiene el peligro de que se levante de la tumba a confundirlos y a extraviarlos con toda clase de rectificaciones. Por eso los pesquisantes se han entregado a la más descomunal acción que hace trascender mucho de vanidad, orgullo y patriotería.

Por más que sea tarde para algunos, nunca lo será tanto para los otros, con tal de que no pierdan tiempo y se pongan en camino de la absolución, confrontando el ya recorrido y por trazar y auscultando por qué pudiendo haberse llegado con facilidad a tan lisonjera meta que habría sido una satisfacción nacional, se quedó estancado, presa de las menguadas rastrerías.

Aunque alguna que otra nación, favorecida por tal o cual circunstancia, alcance a sustraerse a la invasión, conviene observar un hecho grave.

La cabeza visible del movimiento son los Estados Unidos y los cuerpos pasivos que lo soportan los pueblos disgregados. Hasta el nombre parece que ha sido un designio, frente a la fragmentación que existe desde el Río Bravo hasta el extremo Sur.

La desarticulación es un profundo mal continental y aparte de las ramificaciones coloniales, luego se han ido produciendo otras, inclusive aquel federalismo que ha servido para desligar una parte de los focos usufructuarios. En Centro América, en donde en la víspera existía una Capitania, brotaron no dos ni tres, sino cinco entidades independientes. Con razón, después se ha tratado de la confederación. Mejor que no la hagan nunca, teniendo presente los resultados mejicanos y argentinos. Sería preferible que procurasen la concentración, la homogenización y así serían los Estados Unidos Centro Americanos frente a los tradicionales del Norte. Si éstos desde antiguo son realmente tales, no en el nombre, porque en verdad hay algunos más poderosos que cualquiera de los itsmeños, tales como Nueva York, Chicago, Pensilvania, etc., ¿no se explicaría la causa por qué no podrían serlo aquéllos? Tendrían cerca el ejemplo y a los pies los peligros que le esperan ante la expansión interdependiente. Menos mal que dicha región, produce lo mismo que las Antillas y que en sus inconmensurables montañas no se han descubierto ni potentes minerales ni profundos pozos petrolíferos. La pobreza aurífera no ha estimulado mucho la ambición plutocrática. Pero las inmensas zonas

baldañas y las inacabables longitudes absorbidas, son una invertebrada. He ahí la descomposición germinativa.

En Méjico, no obstante la inmediación del coloso y de la eficacia práctica de que el transplante formulista gubernamental haya servido para compenetrarlo con los intereses y producciones del mismo, ha hecho muy poco para sacudirse. Es una verdadera lástima.

Lo esencial para la avanzada de la civilización hispánica habría sido que hubiera tratado de ponerse a la altura del vecino, de otra raza, cultura y modalidad económica, para así haber desviado el peligro. Si al principio no se pudo instaurar una acción niveladora y reaccionadora contra él, esforzándose por equilibrarlo con virtudes poderosas de iniciativa y comercialización, después, en carne lacerada, se sintió la conminación más intensa. Nos referimos a la desmembración de gran parte de su territorio cuando aun no llevaba media centuria.

Algo repuesta de la sombría mutilación, la patria, sin pérdida de tiempo, estaba en la obligación de abjurar de todo lo que fuera sospechoso y contaminador. Tenía que haber empezado por el fermento federalismo, no sólo por que era procedencia y supervivencia de los verdugos, sino para así lograr darles la hegemonía moral a las cien razas y tradiciones indígenas que disgregan y diluyen el fondo común de su pueblo y aun por medio de la unidad fortificar la conciencia nacional amagada por tanta contrariedad interna y por la maquinación fronteriza. En seguida tenía que haber tratado de debilitar lo menos posible las grandes tradiciones. Pero, ¿qué ha sucedido? No se sabe si por autosugestión protestante o por perfidia del colindante, una vez jalonado el territorio, se procedió a la desmembración más terrible que, la de los sentimientos, con el insensato menoscabo de la Iglesia y de la autoridad religiosa. Se confiscaron los bienes y se persiguió a muchos sacerdotes. ¡La guerra emotiva interna, producida por ellos mismos, después de haber sido llevados como rebaños a la externa, en la que se les mutiló cruelmente! Es posible que el hecho sea

una transmutación violentadora, al igual que la del Pacífico, que con las embriagueces del triunfo exacerbó la irrupción de la tremenda revolución chilena del 91.

El mundo ha contemplado con tristeza los resultados. La pavorosa embestida produjo sus consecuencias, las que de pronto se advierten en que en los momentos más críticos, por propia ofuscación se quitó del medio un gran contrapeso efectivo y económico en la ascendencia y en la suficiencia del clero. La república quebrantada lo fué más con hechos realmente paradójales que sólo se explican por elaboración psicológica y ambiente contrastados. En verdad, el corifeo de tan absurda maniobra fué un indio montañés de Quelatao, Oaxaca, aunque de superior energía. Sin duda, por la influencia física de las inmensas moles y de la mítica zapoteca, conservada casi pura en el fondo de las abismales murallas divisorias, al gran Juárez se le vió equivocarse. Tengo una impresión muy viva y que dará mucha luz al respecto. A mediados de 1923, acompañado del vicepresidente del Senado de Méjico, General Ibarra, regional como el antiguo apóstol, después de diecisiete horas a caballo por infernales caminos abruptos, llegamos al sitio en donde nació el que más tarde fué gobernante patriota y honesto. Reunimos a los moradores de Queletao y les hablamos; y yo, sin haber comprendido en toda su magnitud los efectos transtrucadores, evoqué con vivos colores la reforma. Recuerdo bien que mis palabras dejaron en suspenso al auditorio y es posible que todo quedara en momentánea estupefacción debido a mi condición sincera de investigador de la sociabilidad hermana, de tanta semejanza con ella en la virilidad popular. El incidente, ocurrido cuando ya habían pasado sesenta años y desaparecido las generaciones gestoras, nos hará vislumbrar la interpretación que de momento asomó en el ánimo asombrado de los descendientes y conterráneos. El pueblo no se equivoca, y menos los nativos de las apartadas escarpaduras. Tan cierto es lo que inducimos que en el año antepasado, por primera vez después de im-

plantada y ejecutada la operación, el clero y los creyentes provocaron uno de los disturbios más sangrientos. Era el rompimiento del ya prolongado constreñimiento.

En Argentina, en razón del método político importado, se observa una grave confusión que no puede ser más peligrosa tratándose de una agrupación que se está formando por aluvión inmigratorio. La aquejada con más desaforado ímpetu es la repartición pública de mayor importancia y de más notoria trascendencia en la constitución educacional. Las catorce provincias tienen cada una su sistema de enseñanza, que va declinando de lo mejor a lo peor. El de la de Buenos Aires es excelente, y el de la de Entre Ríos no deja de ser bueno. Ambas hacen honor al interior. Pero a medida que se aleja del centro, las cosas empiezan a diferir mucho y se comprueba por el momento, aunque se tiende a innovar, que en las fronterizas, cada una interpreta de diferente manera que la vecina determinados hechos históricos, tanto más si ha tenido por escenario su radio de acción.

En una nacionalidad incipiente de once millones de almas, de entre las cuales se podría contar tres y medio de extranjeros de toda clase de orígenes y otros tantos hijos de los mismos, urge anteponer a los más encontrados resabios de tan considerable monto, un todo no instruccional, sino más bien moralizador. Así se lograría la nivelación y la sedimentación de la conciencia patria, obra más segura y más honda, premisoras de grandes correlaciones futuras.

Las disgregaciones que se podrían hacer resaltar con otras, es innegable que han influido en el desarrollo potencial de las entidades autonómicas. De intento, entre otros muchos, hemos entresacado ejemplos de las zonas más equidistantes, de la del norte, centro y sur, para demostrar que la repetición del fenómeno da idénticos resultados.

Es claro que si en vez de aquélla hubiese existido la correlación interna, las consecuencias habrían sido más halagadoras, porque así se constituyen los núcleos

elevados que requieren la preadaptación permanente e indefinida de los hechos recíprocos concentradores. En Argentina, por ejemplo, en cada provincia por separado no se advierte el mal disociador. Pero en el conjunto no puede ser lo mismo y se observa que con la desarmonía a los inmigrantes se les deja en más libertad para que sigan sus inclinaciones, desaprovechándose por el instante la posibilidad de asimilarlo con rapidez.

Por los reverses cogidos se comprende que en época reciente las masas lo fueron más que antes y ello se subentiende porque el perímetro se extendió, barriendo la antigua clase terrateniente y debilitando con la prepotencia la aparición de las nuevas.

Es probable que la libertad, al volumen, les hubiese hecho recrudescer la vida muelle y poltrona, la más apropiada para las sensualidades.

Con la existencia sin trabas los criollos no se preocuparon de nada, ni les interesó que los grupos indígenas fueran por su lado y se considerasen sin sujeción de ninguna especie.

Las consecuencias del solevantamiento del tumulto, parece lógico que se precisen en el aumento de la población, puesto que si no quedaban tan obligados como antes al trabajo, tendrían tiempo suficiente y demasiado abandono para llevar las costumbres que le entrasen en gana. Aún los vicios y licencias se aunarían con la proliferación desde el instante en que sustraídos por completo de la férula proverbial se diligenciarían cuanto quisieran y en lo que les pareciera útil. Quizá muchos, serio porcentaje, remontarían las montañas y la selva y se repartirían por los campos dilatados, apresurándose a ocuparse en lo propio, esquilados por las dolorosas experiencias.

Las nuevas perspectivas y los deseos de *sentirse* turba, harían que dichos seres expresasen como nunca sus sentimientos y satisficieran sus aspiraciones, matrimoniándose o ayuntándose como debió haber sido lo corriente. No se ignora que los desamparados, sea por

el alcohol que acucia más sus bajos instintos o por la semipromiscuidad en que viven, el hecho es que dan recargada prole, sobre todo en las regiones demasiado castigadas por los climas ardientes. Los habitantes de regiones de temperatura mixta, siempre ganan, como sucede en Argentina, las partes menos frías, aunque sean calurosas, porque en éstas con facilidad encuentran más recursos por la fertilidad del suelo. En la zona meridional, por lo común el grueso de los aborígenes ocuparon los lugares mucho más al norte de Buenos Aires y solamente la inmigración, en el último cuarto de siglo, ha introducido la innovación.

Por eso inducimos que el desarrollo demográfico continental no ha podido ser social todavía por las alternativas de todo embrión.

Los hechos inclinan a pensar que es más potencial y más derivado de condiciones determinadas físicofisiológicas.

Si fuera lo contrario no se explicaría cómo Argentina, teniendo un territorio seis veces menor que Brasil y tres veces y media mayor que Méjico, antes de que empezara el aluvión inmigratorio, tenía casi la décima parte de los habitantes del primero y la cuarta del segundo.

Otros hechos demostrativos modernos nos darán más luz. Chile es veinte veces mayor que El Salvador y no obstante su apreciable inmigración, apenas lo duplica en población. Dos estados vecinos, el Paraguay y el Uruguay, rodeados de las naciones más cultas, nos aportan serios motivos de reflexión. El primero es casi la mitad más que el otro en territorio y el Uruguay le sobrepasa a éste en un cincuenta por ciento de habitantes.

Por lo demás, en Suramérica se han producido fenómenos de macrocefalia, que comprenderían las potencias de ambas orillas del Plata.

Si Argentina con once millones de habitantes posee una capital con dos, Méjico, de quince, debiera tener otra de dos y medio o tres; Chile, de cuatro y medio, una de uno y doscientos mil y El Salvador, de dos y tantos, otra de quinientos mil.

Si en el hecho no es así, todavía se dan situaciones peores. Venezuela, con sus tres millones, cuenta con una metrópoli de noventa mil; Paraguay, de cerca de uno, otra de ochenta mil; Perú, de seis, una de ciento cincuenta mil, y Bolivia, de tres, otra de ciento veinte mil.

Así como son anormales las características de Buenos Aires y Montevideo, también lo son en las demás naciones la prepotencia del interior, del campo, de las provincias o lo que sea, sobre las urbes.

Al parecer, Río de Janeiro, de dos, supuestas sus condiciones embrionarias, sin forzamientos de ningún género, equilibra un tanto como cabecera al grueso del país, de treinta millones, sin perjuicio de que prosiga tendiendo a la más completa nivelación.

En Argentina, el extranjerismo ha oscilado demasiado, produciendo una cabeza grande y un cuerpo algo deforme, aunque en parte se contrarresta dicha desequilibración con ciudades como Rosario, de medio millón, y Córdoba, de doscientos mil habitantes.

Los hechos esbozados harán pensar que si el desarrollo hubiese sido social, habría resultado parejo y correlacionador, desde el instante en que emergería de lo hondo el medio específico y se coronaría con el despliegamiento gradual y simultáneo. Lo que quiere decir que si se hubiesen explotado los campos, las fuentes de producción y atendido a darle salida a los productos, formándole el cauce, los grupos, en vez de ovillarse en un punto, se habrían repartido en proporción. Esa sería la faz macrocefálica y la otra consistiría en que antes de fragmentarse demasiado en los valles y montañas tropicales, se habrían concentrado, propugnando por la ciudad y por la capital populosa y compenetradora. Quedando el vacío de por medio en los terrenos tales como los tenía la naturaleza rebelde o los dejaron los colonos, parece lógico que las secuelas fuesen iguales a las enunciadas.

La inmigración tiende siempre a llenar los huecos y en Buenos Aires y Montevideo, por más que en los últimos años se rezagan fuertes núcleos, se ha observado

que buen porcentaje se ha dirigido a los focos ganaderos, esforzándose por mantener, al unísono que en el humano, la circulación en todo el cuerpo nacional.

La sangre del organismo republicano circularía bien, si es que no tuviera sus partes insensibles y quizá mutiladas y no otra cosa se podría decir de lo que no se labra, no se explota e indolentemente se ha malogrado.

Ante procesos tan complejos urgiría excogitar el tipo orientador. En Europa, por la consolidación madurada y ejemplarizadora, podríamos encontrarlo. De mayor a menor citaremos la superficie de Francia, Alemania, España, Italia y Gran Bretaña, de poco más o menos de quinientos mil kilómetros cuadrados.

A pesar de que una nacionalidad de menor área es mayor en habitantes que otra de doble territorio, como Gran Bretaña y Francia, por ejemplo, convendría tener un punto de partida exponiendo también, de mayor a menor, media docena de las más densas: Alemania, Gran Bretaña, Italia, Francia, España y Bélgica. La primera, de quinientos treinta y siete mil kilómetros, posee un monto de sesenta millones; la segunda, de doscientos treinta mil, otra de cuarenta y cinco; la tercera, de trescientos doce mil seiscientos ochenta y dos, una de cuarenta y cinco; la cuarta, de quinientos cincuenta mil novecientos veinte, otra de cuarenta; la quinta, que alcanza a quinientos cinco mil, cuenta veinticinco; y la sexta de veintinueve mil cuatrocientos cincuenta, ocho.

De lo que resulta que Méjico, que es cuatro veces mayor que Alemania, tiene otro tanto menos de habitantes, y Gran Bretaña, que es casi una cuarta parte más reducida, ha llegado a una cifra que es el triple de los elementos que cobija aquél.

Argentina, que sobrepasa a Italia y a España en un décuplo y en un quíntuplo, respectivamente, tiene la tercera parte de la primera y menos de la mitad de los pobladores de la segunda.

El Salvador, de casi cinco mil kilómetros cuadrados más que Bélgica, reúne un cuarto de los habitantes

de ésta, y Chile, más del doble del territorio británico o del italiano, posee la octava parte de los que abarcan cada uno de dichos reinos.

Brasil, que por sus treinta millones de seres parecería estar en mejores condiciones, demuestra que en sus ocho millones y medio de kilómetros cuadrados podría reunir en conjunto las áreas de Alemania, Francia, Italia, Gran Bretaña, España, Bélgica y aún la del resto del continente europeo. Sin embargo, aquéllos suman doscientos cincuenta millones o sea un óctuplo más que los brasileños.

En las cifras expuestas no podrá haber una rigidez matemática, ni una relación constante. Pero a pesar de las lagunas que puede haber se comprenderá que son un punto de apoyo inductivo y por ellas se apreciará que si Argentina, Méjico, Chile y El Salvador logran tener respectivamente, poniéndonos en el término medio conocido, cuarenta, treinta, quince y cinco millones de habitantes, se aproximarían al empadronamiento que revelan las mejores aptitudes evolutivas.

Así la población sería social, porque la densidad, haciendo desaparecer el erial transformaría al conglomerado con la mayor conjunción de energía y la más plena simultaneidad de necesidades, apetitos e intereses.

Después de todo es mucho pedirle quizá a un superorganismo embrionario, conviniendo en que la interdependencia le dejara hacer, ya que el aumento de aquélla y la explotación del suelo no son cosas mecánicas.

De todas maneras, es probable que con el tiempo y al esforzarse por salir de la gestación, los núcleos ahora más favorecidos logren acercarse en lo posible al nivel de las naciones más cultas.

El desenvolvimiento social presupone la alteración de las actuales condiciones

Se inducirá que el sentido de correlación en las naciones jóvenes es mejor cuanto más se desarrollan. Así sucede con las poderosas Repúblicas del Sur; y una excelente prueba de reciprocidad nos la están dando las vecinas andinas australes que construyen en la actualidad otros dos ferrocarriles transandinos para comunicarse, además de por el centro, por los extremos laterales.

Solamente están unidas por la red de hierro, precursora de la moral y educativa, aparte de las nombradas, Brasil y Uruguay, y Argentina y Paraguay por «ferry boats».

El riel mejicano llega hasta el río fronterizo y el guatemalteco hasta Ayutla, en las inmediaciones. Entre los países del Plata no se ha tendido puentes, siendo así que en el interior del mayor los hay gigantescos, como el de Santa Fe y la Banda. Sólo a fines del año pasado se inauguró la línea entre El Salvador y Guatemala.

A falta de vías ferroviarias, sigue la otra, la de la marina mercante y de cabotaje. Al igual que el brazo de hierro, solamente han podido tender el marítimo unas cuantas repúblicas. A excepción de las meridionales, se podría mencionar las líneas mejicanas y peruanas de vapores a Centro América y Panamá, pobres y descuidadas.

Se comprenderá que la incomunicación ha perturbado profundamente las similares.

En gran parte tenía que ser así, como pasa en todo nú-

cleo que trata de vigorizarse; las experiencias históricas demuestran que a medida que los pueblos se desenvuelven más se aprovechan del mar y de la montaña para abarcarlos en el camino y quitarles la rigidez de desierto. Se piensa en que el grupo que mantiene la exclusión y la escisión íntima, con mayor razón la sostendrá en cuanto a lo fronterizo. No hay términos medios y a la limitación de dentro siempre sigue la de afuera, y ambas se complementan para aislar y asfixiar a un pueblo.

Semejante inclinación moral no es para sobresaltar, puesto que la mayoría de aquéllos han vivido aislados por inmensidad de accidentes físicos. Las inconmensurables cordilleras, pampas, desiertos, ríos, selvas, etc., hicieron nacer la sensación de soledad y abandono. Al individuo de la ciudad, que nunca ha vivido en el interior, en comunión con la infinidad de obstáculos naturales, le será imposible apreciar en toda intensidad dicho fenómeno. Pero se presentará que, aunque como refleja influencia de los campesinos, que son la mayoría, experimente cierto vago sentimentalismo.

A la larga, el ensimismamiento colectivo ha forzado la intensa noción localista que se entrevé en las historias, crónicas y políticas lugareñas, conceptuándose que la patria no podía ser tal sino mantenía sus antiguas susceptibilidades y malquerencias con las vecinas.

Dicha precaria cultura nacionalista, en vez de afianzar la simultaneidad con el exceso de amor propio, allanó la suficiencia, que en el fondo no fué más que el exclusivismo.

Ha sido tan honda la desavenencia que solamente en nuestros días se han arreglado añejos pleitos limítrofes y se mantienen varios todavía con porfiada terquedad; sin ir más lejos, los de Paraguay y Bolivia, Perú y Ecuador, Panamá y Costa Rica, Honduras y Guatemala.

Se puede afirmar que en el ítsmo centroamericano, de seis repúblicas, cuatro están en desacuerdo; y en Suramérica, de nueve, casi la mitad sigue tan torcida senda.

Las cosas serían peores si no fuera por las condiciones tales aisladas de Chile y Argentina y porque de las veintuna naciones cinco son propiamente islas.

De intento no habíamos querido sacar a colación la contienda guatemaltecomejicana por las dos provincias fronterizas de Chiapas y Soconusco, que por este lado tiene encendido el fuego sagrado de la discordia.

En parte preponderante con el cultivo de la tierra que demanda la inmigración de brazos y capitales y los menesteres mercantiles y fabriles, se puede quebrar el regionalismo. Un ejemplo bien notorio lo tendríamos en Argentina, que no obstante ser la agrupación que acaso ha atraído tanta inmigración europea como todo el continente junto, a excepción de los Estados Unidos, en sus dos provincias más poderosas, ricas y pobladas, a pesar de las consiguientes subdivisiones, quedan aun resabios dignos de consideración.

Una breve enumeración de los latifundios bonaerenses y santafecinos nos harán comprender mejor lo que apreciamos. En los ciento diez partidos que componen la provincia de Buenos Aires, subsisten, según los padrones, mil treinta y uno de más de cinco mil hectáreas, con una superficie de once millones de las mismas.

He aquí el detalle: Patagones 58, con 801,692; General Villegas, 44 con 419,975; Villarino, 37 con 479,155; Necochea, 30, con 348,220; General Alvear, 26 con 207,089; General Pinto, 26 con 229,289; Lobería, 23 con 200,578; Coronel Dorrego, 23 con 149,049; General Madariaga, 22 con 208,176; González Chávez, 22 con 164,964; Coronel Pringles, 21 con 129,798; Bolívar, 19 con 195,534; 25 de Mayo, 18 con 106,934; Laprida, 17 con 162,761; Coronel Suárez, 11 con 106,934, etc.

Se estima que aquélla tiene una tercera parte de puros feudos de más de dos mil kilómetros cuadrados, que fácilmente podrían equivaler al área conjunta de Holanda, Dinamarca y Bélgica.

En el dilatado departamento de General López, de la provincia de Santa Fe (no hay que olvidarse que ésta

tiene diecinueve), catorce terratenientes poseen más del quíntuplo de la extensión total, cuyas propiedades son mayores a diez mil hectáreas cada una.

Si esto acontece con las más centrales, las que han atraído a la avalancha por su inmediación al puerto de salida, que es la capital, ¿qué será con las otras y aún las más distantes, tales como Jujuy, Salta, Corrientes, La Rioja, Catamarca y los territorios? Ello no es de extrañar, ya que la de Buenos Aires, que en territorio es como toda Italia, apenas tendrá tres millones de habitantes.

A la vista de estos hechos tan manifiestos, convendrá pensar qué acontecerá con los focos en donde de vez en cuando se suscitan ruidosos pleitos por terrenos usurpados al fisco y engañosamente erigidos en monopolio.

En las naciones nuevas, la de la labranza debe ser preocupación notoria porque es la que atiende a las primordiales exigencias y responde a las necesidades, y si no se dispone de elementos aptos para ello hay que buscarlos en el lugar en que se encuentren.

Chile, sin ir más lejos, por sus condiciones selváticas australes, por su clima frío, por su seriedad institucional, fué el primero que incitó en la América Española la plantación en grande. El hecho, ciertamente, se debería a que la zona, no obstante quedar en el último rincón del planeta, estaba mas a mano de la tranquilidad y seguridad interiores.

A los colonos alemanes, aparte del clima y de los suelos vírgenes, es posible que les importase más el espectáculo de orden y disciplina intensas, porque así se considerarían resguardados, y sin ninguna vacilación se entregarían a la obra edificadora.

Argentina, mediante sus emigrados, varias veces citados, penetraría el propósito andino y se apresuraría a lograr la paz y la restauración elevada, para así luego seguirlo por su lado. Los hechos posteriores parecen darnos la razón, y hoy es proverbial atender de preferencia a la consolidación de las garantías.

En *Sociología Chilena* ya se expusieron las causas de semejante fenómeno y como no hay otro antecedente mejor, conviene meditar en que por no haber experimentado en su formación las bruscas sensaciones de las regiones templadas, la mayoría de los conglomerados sufren las consecuencias inherentes. En verdad, la guerra biseular constituyó ambiente específico y cimentó la conciencia dura del esfuerzo y de la iniciativa que tanto sirven para homogenizar los grupos. El exceso de calamidades económicas, provenientes de la inacabable contienda armada, sirvió de consuno para lograr la unidad y el engarzamiento en las férreas domesticidades y en las apremiantes imposiciones de llenarlas que demandaron el trabajo triste y penoso que al mismo tiempo que solidariza fortifica.

Si bien es cierto que no todas las otras ramificaciones, ni el imperio colonial, habrían podido soportar algo parecido, porque eso pudo equivaler al agotamiento, no se desconocerá que la falta absoluta de una gran sacudida conminadora y depuradora ha influido bastante.

Las sociabilidades por sí solas no se autoeducan y encienden el conflicto y en el languidecimiento no germinan la idea de lucha y de sacrificio y se dejan llevar, acostumbrándose a la vida esmirriada. El pasado, demasiado jerarquizado y oficializado, no pudo facilitar, como habría sido necesario, el perfilamiento de las virtudes indispensables, porque así se habrían comprometido sus intereses y se ha comprobado que en los primeros años fué imposible establecer el intercambio.

Las condiciones psicológicas colectivas, se establecieron al unísono de la naturaleza y de los seres considerados inferiores. El terrateniente casi todo lo esperaba del indígena y del negro, y a su vez, éstos, de los frutos silvestres, de la fertilidad de los campos y de la opulencia de los productos, sin preocuparse de la calidad de la alimentación.

Parece lógico que semejante fluctuación moral se acentuase con el clima, excesivamente tropical, que haría

perturbar demasiado a los pobladores. ¡Qué no acontecería en la consumación de las empresas gloriosas cuando se tropezó con el estado selvático, si hoy en ciertas regiones como las ecuatorianas, panameñas, nicaragüenses y cubanas, le es casi imposible adaptarse al que no ha nacido allí!

El diluimiento parece lógico que inclinara a esperarlo casi todo fuera de él mismo, desliéndosele la noción de iniciativa y de cooperación. Sabido es que la asociación surge del empeño de mancomunarse y solidarizarse con propósitos e ideales elevados.

Dicha alternativa se explica en los núcleos primarios, de educación vacilante y tornadiza y, por ella se llega a la conclusión de que el solevantamiento popular asonador no fué más que un gran efecto.

La causa estaba en la costumbre de confiarlo casi todo al albur o de preocuparse muy poco por lo que no hubiera sido lo estrictamente indispensable, tal como la labor campestre, por ejemplo. El *pelado* mejicano, el *roto* chileno, el *gaucho* argentino, el *chiriguabo* boliviano, entre los más típicos, excelente gravitación son del antiguo estado, aunque en el huaso andino se producía la doble conjunción del egoísmo agresivo del patión y de la miseria circundante.

Sin exageración alguna se podría inducir que debido a sugestión tan concebible, el grueso de los elementos, presumiendo hacerlo mejor, se fué de lleno contra el latifundio. Acostumbrado a que le dieran o le permitieran coger lo que abundaba, sobre todo en frutos naturales, quizá creería que al avasallar lo daría lo que el propietario le regateaba, o no le permitió jamás.

La concepción simplista de que la posesión, aunque fuera de una parte del privilegio le evitaría sinsabores, lo estimularía a los disturbios que en el fondo no respondían a otra noción que obtener con rapidez y facilidad lo que no se era capaz de alcanzar mediante el trabajo. En ello no hay nada de absurdo y en un gran pueblo convulsionado, estimándose satisfacer las aspiraciones de mejoramiento, se empezó aroso y belloso a desig-

nar munifundio, sin cuidarse de lo que se ha atendido más tarde: fundar un banco, una caja, un taller y una cooperativa agropecuaria, por más que éstos de poco servirían si no se equilibran con la experiencia y la afición y de manera especial con el aliento y la competencia que son obra de los centros densos. Si no se aumenta la población incorporando la inmigración sistemática, que haría requerir la subdivisión, se piensa que si antes se vivía sin ella no sería hipotético que después, por más que la efectuaran, aconteciera lo mismo, rehuyéndole el bulto. Es que lo primordial consiste en poseer brazos capacitados y ágiles, anhelosos de derrochar energía y llevar una existencia elevada.

Al igual que el debilitamiento volitivo, en las zonas demasiado calientes, las revueltas se prolongan. Es la reviviscencia de pasarlo esperanzado de que cualquier cosa se arreglará conforme a los deseos del momento. Si alguna porción de lo imprescindible viniera solo y no hiciera para qué moverse, piérdase cuidado que las multitudes ni malos ratos padecerían y menos se agitarían en violencias agrupadas.

El pueblo sin laborar porque el feudo ha monopolizado el cultivo, o haciéndolo a medias para exclusivo provecho del señor, no ha podido desarrollar todavía, a excepción de los países más adelantados, los meridionales, el concepto de lucha y de la responsabilidad individuales. A la larga aquél se ha aprovechado de la inclinación para afianzarse.

Perdido, extraviado en el descampado que le circunda, el alma del pobre se tornaría vacía y en la desesperación se lanzaría al espacio, tras el tumulto, a tontas y a locas, sin saber adónde ir ni por dónde cortar.

El latifundio, que le había dado la sensación de la inmensidad y de las inacabables longitudes desiertas, concluiría por resultar la más terrible incitación ambuladora. ¡Lo que son los contrastes de la vida! El feudo sirvió sin saberlo a maravilla para despertar la imaginación trashumante.

No se debe olvidar la experiencia chilena. Ni en los yermos ni en las selvas australes, por alejados y glaciales, pudieron levantarse las angustiosas secesiones. Pues bien, por ahí no se desparramó la turba doliente, ni pudo errabundar de un lado para otro con la ropita al hombro, como lo demandan las siembras y cosechas. Aquéllas se arriesgaron en la zona central, muy reducida en comparación con las dilatadísimas del norte y del sur, y aparte de la restricción, las serranías enormes, los ríos caudalosos, los pedregales, como los de Angostura, cerca de la capital, los arenales y los médanos, como los inmediatos a Concepción, la estrecharon considerablemente. Además, el clima frío, con los cuidados y empeños, en alimentación, vestuario y comodidades que demandaba, neutralizaría los resabios disociadores populares, coexistiendo con la explotación de los minerales y de los bosques, desparramándose así hacia las zonas incontaminadas seres que de no haberse disgregado habrían sido una pavorosa amenaza contra la tranquilidad.

El mal está en el desenfadado acaparamiento, casi opuesto al español medieval, porque a expensas de escasas hectáreas explotables, se acumula todo lo que se ha entrado en ganas, no haciéndolas producir ni dejando que lo haga el de enfrente o de al lado. ¡Es algo así como una ofrenda pesimista al culto de los muertos terrenos! No debe desconocerse al respecto que tal procedimiento, que hoy nos parece inaudito, fué puesto en práctica hace mucho tiempo, cuando sin vías de comunicación y sin noticias ciertas de límites, las alturas oficiales daban plenos poderes.

Procúrese subdividir el campo luego de haber afianzado la tranquilidad y las garantías internas y de establecerse la inmigración. Sin mirarse atrás, téngase fe en el porvenir y pronto se apreciarán las transformaciones, comprendiéndose que al trabajo y a la producción era lógico que sucediesen el orden y la organización. Así se pararía a meditar respecto al elefante blanco que había sido el motín, desvanecido instantáneamente al no darle

tanta importancia y preocuparse con más atención de otras cosas.

En verdad, la revolución es un efecto y la causalidad está en aquélla. La interdependencia se convierte en efectiva por los tesoros que ella encierra y las nacionalidades entrelazan sus potencias dispares, aprovechándola.

En toda la historia, y aun en la prehistoria, los minerales han atraído a los extranjeros, a sus capitales y a sus experiencias técnicas, introduciendo de hecho el intercambio.

El mundo se vincula por los productos del suelo; y el mar, tan vasto que es tres veces mayor que la tierra, sirve para semejante propósito.

La elaboración de las materias primas crea compromisos y expectativas y demanda serias administraciones, y con ellos los negocios se abren paso. El mercantilista lleva y trae cosas brutas y elementos mecánicos, primero, y en seguida, agranda sus actividades, accesorándose a otros ramos. Luego al ferrocarril aurífero desértico o al puerto comercial, pueden seguir los del interior, más poblado y de mayor movimiento, iniciándose el contratista o el concesionario de la obra pública, largamente esperada.

Prosiguiendo el curso de la penetración plutocrática, se observa que después de las vías férreas y marítimas, del cable, del teléfono, del tranvía o del adoquinado, empresas de utilidad nacional alcanzadas por largas y a veces onerosas concesiones, ha continuado el empréstito y tras de éste, el banco, como en todas las urbes de relieve.

Es el despliegue ascendente de toda inmensa irradiación centralizada, que en el incremento de sus actividades absorbe los para él pequeños privilegios locales.

Al atrapamiento de éstos se dirige como postrer recurso aquél, porque es en verdad lo único de que disponen los pueblos en formación, ya que es fatal que tienen que recibir o hielar de fuera el capitalismo, el préstamo y demás filtraciones.

La tierra, si estimula tan inmensas mutaciones exterior-

res, con sobra de motivo señalaría parecido proceso interior.

Si ha hecho y hace tanto en dicho sentido, con justa razón tiene que verificarlo en el otro, porque al menos los regionales están identificados con ella por el clima y el encanto de los parajes y recuerdos legendarios.

Aunque fuera tiempo, puesto que el monopolio de nueva usanza se cierne como un soberano peligro, algunos de los países no podrían constituir la explotación metálica, la industrialización, la vinculación, porque no sólo les faltaría los capitales y brazos apropiados, sino, con más precisión, la educación y la experiencia técnicas. Estas cosas no se forman de la noche a la mañana y requieren la atención colectiva de varias generaciones.

Por eso a la altura de las circunstancias y de los modestos medios, tratemos de resolver el problema que plantean los eriales, subdividiéndolos, para que así, con el deber y la pena de cada uno, se sientan convalescientes y ganosos de agarrarse a la vida y empiecen luego a amarla, atrayendo con cariño y nobleza a la humanidad.

De la conjunción del campo rejuvenecido y del bracero joven listo a fecundarlo, sin duda alguna que saldrá un parto feliz, un retoño de genuina nacionalidad que poco a poco irá borrando el recuerdo del aborto. Aquél es más grande que éste, ya se sabe, y es necesario tener hijos dignos. ¡Un pueblo lozano o una patria nueva! De esa manera nos lavaríamos de culpas pasadas e iríamos recuperando el antiguo prestigio, porque es justo decirlo que a un Viejo Mundo perfeccionado no le parecerá bien una semicivilización neurótica. Así como nosotros decimos europeos ellos dicen americanos y poco le hace, una nación pacífica por quince o diez transtornadas.

Más que la convulsión estraga el paludismo, y, ¡cosa por demás paradójica!, éste que contamina y destruye sin cesar minuto a minuto, indefinidamente, quizá desde la prehistoria, no ha tenido la resonancia que la otra.

Es probable que en el continente, la extensión espantosa de aquél, se debe principalmente a que las tierras demasiado cálidas, acaso desde el milenio fueron descui-

dados por el hombre y debido al abandono empezaron a formarse pantanos, charcos que después constituyeron las zonas insolubles.

No se ignora que en la antigüedad se ha trabajado poco el suelo, lo prudente para llenar las imposiciones rudimentarias. La siembra era de suyo precaria y se reducía a tres o cuatro frutos. Los seres humanos casi nadaban en él, y en la protohistoria, no obstante el arado, las nuevas semillas y las exigencias variadas de los elementos más refinados, en la lejanía pavorosa e infinita, se cultivaría lo que se estimaría por conveniente, dejándose de la mano la mayor parte de las franjas, en especial las inmediatas al mar, a las lagunas, a los ríos poco torrentosos, a los lugares encajonados de persistentes lluvias, precisamente los más contaminables.

En la actualidad, según las estadísticas, en unas repúblicas se alcanza a labrar la mitad del área, en otras la cuarta parte y en la mayoría un quince, diez, cinco y menos por ciento de las extensiones aprovechables.

Semejantes resultados no son de conturbar, puesto que siendo la población escasa y la mercantilización agraria endeble, no sólo se explica la insignificante elaboración, sino el acaparamiento inusitado.

De ahí se ha de inducir que estando la mayor parte de las hectáreas convertidas en yermos, éstos han tenido que ser presa fácil engendradora del paludismo, de la anabrisia y demás plagas.

La raíz de la calamidad está en el desamparo atroz de los terrenos, los que vengándose de la ingratitud humana germinan toda clase de males para abatirla, logrando en cierta porción su sombrío anhelo. Si no fuera así no se demarcaría el éxodo del hombre de las regiones llamadas insalubres, lo que vendría a confirmar que las descuidadas producen la epidemia, como las que se rehuyen por el contagio. Luego, el peligro está en dejárselas a la ventura, porque si se las atendiera no habría charcos y pantanos incubadores.

En las zonas más apartadas y calientes de Méjico

y de Centro América, al sociólogo que escribe se le deparó imponerse de consecuencias abrumadoras. En los ríos del territorio de Quintana Roo y en el puerto nicara-güense de El Tempisque, las corrientadas, las hojas arrojadas por el viento, los pedazos de selva derruida, los aires sofocantes, la falta de higiene más rudimentaria, formaban algo así como una fortaleza que había que franquear arropados el cuerpo, cabeza y manos, tratando de desviar el asalto tumultuoso de millares de voraces mosquitos que parecían ennegrecer más la hora del crepúsculo. Nuevas hordas desatadas recordaban de pronto la frenética fuerza arrolladora de una naturaleza lánguida que por contraste se desperezaba y retorció en dichas eclosiones. ¡Cómo será la potencia del sol que en algunos lugares los elementos parecen paralizados, muertos, hasta tal grado que los oleajes se suceden con calmas espasmódicas! Las mareas, que en la región austral, en su inmensa y nerviosa fluctuación demuestran la infernal impetuosidad del mar, con los siniestros calores reflejan una especie de eterna somnolencia del mar, con los siniestros calores reflejan una especie de eterna somnolencia. La atmósfera caliginosa es la pavorosa enemiga del hombre, especialmente del de las zonas frías. ¡Hasta la materia no soporta las frialdades humanas!

En las islas de Cozumel (Méjico, vía a la Habana) me tocó presenciar uno de los espectáculos más horribles. Después de dos o tres días de pesadísimo calor se desató una lluvia torrencial, la que sin duda en los cerros boscosos de los alrededores formó inmensos pantanos y charcos de agua. A los pocos días una poderosa ventolera trajo tal nube de mosquitos que parecía un océano desbordado y furioso, como salido de madre. Los moradores corrieron a encerrarse y el que esto escribe presenció la invasión, acaso la más despiadada que se pueda imaginar, porque alrededor de uno y al franquear el paso, se experimentaba la sensación de un suave volumen interceptador, sin dejarse de sufrir las ávidas picaduras que parecían ser de minuscúlsimas sanguijuelas.

Mi caso fuera poco se podría recordar los espectáculos de los puertos naturales, tales como Guayaquil, en Suramérica, Anapala en el Centro, y Progreso en el Norte del continente. En unos los *jenjenes*, mosquitos diminutos, en otros los zancudos, o bien los chapulines que asolan las calles inmediatas, y que por momentos, cuando pasan por los campos devastando las siembras, llegan hasta cubrir el sol.

¡Qué cosa más espantosa!

Lo referido no dará más que una pálida idea de la plaga.

Pero por ella se logrará apreciar que el descampado, germen de ambición e indolencia, al sustraer del músculo del hombre las parcelas que puede elaborar, indudablemente que ha influido en la propagación de la epidemia.

He ahí otras de las consecuencias de los privilegios, atentatorios contra la salud pública, que debe tomarse en cuenta.

En dicha inducción no hay exageración de ninguna especie, puesto que el terreno que no se cuida de por sí es asolado por la maleza, el pasto silvestre, la langosta y el horniguero. En la pampa argentina, no obstante el sigilo de una excelente población de procedencia europea, se mira a aquellos atacados a mansalva.

Por eso estimamos que lo baldío o extraoficialmente, aunque al fin todo es casi igual, porque se ha adquirido por concesiones y sin merecerlo del todo, antes de invitar al extranjero plutocrático a sus actividades absorbentes, ya antes, muchísimo antes, desde la prehistoria quizá, frente a la incuria del indígena incitaba a las regresiones perturbadoras.

De ahí que dado el precario aprovechamiento, el tradicional desmirriamiento haya concurrido a fortificar una tendencia.

En prueba de lo dicho bastaría invocar el relato y apreciar la intensidad de las fiebres que sorprendieron a los primeros hispánicos en las Antillas, en el Anáhuac, en Centro y Suramérica.

En el pasado, por las condiciones intrínsecas territoriales, no se pudo innovar mucho el feroz resabio, por más que la mayoría apenas comiese. La condición embrionaria, la carencia de intermediarios provenientes de la ignorancia de la calidad de los frutos influyeron en ello, como asimismo la imposibilidad de crear mercados en grande, porque en aquel entonces más que ahora, por el hecho que en todas partes se producían idénticos cereales, los precios y la demanda no llamarían mucho la atención. ¡Cómo sería antiguamente si el año pasado, en el partido de Necochea, provincia de Buenos Aires, en algunos sitios los diez kilos de papa se vendieron en la era a cuarenta centavos, casi una peseta española, y hubo chacareros que abandonaron las cosechas porque éstas al fin no valdrían ni el pago del peón!

Pero por encima de todo eso, privaba el desconocimiento que hasta tiempo recientísimo pesaba sobre el origen del flagelo, y de suponer es que la absoluta incógnita tuviese a los mantenedores de pantanos y charcos infecciosos en ayunas respecto del mal. Desde la antigüedad romana se conocía el efecto de las ciénagas en la propagación de la calamidad, pero no se las creyó agentes directos, como ahora, en que se ha comprobado que son las incubadoras del mosquito transmisor.

Sin duda alguna, a partir de la pre y protohistoria, se ha ido formando una modalidad específica.

Han sido tristemente célebres Panamá, Guayaquil, Veracruz, Habana, Tampico, Puerto Rico, Haití, Santo Domingo, etc., en donde los yankees, comprendiendo que no podían realizar nada estable sin la higienización, iniciaron aquellas obras de salud pública que conmovieron al mundo, saneando muchas zonas creídas de muertes lentas. En el puerto fronterizo norteño chileno de Arica fueron intermitentes las *tercianas*, y en Iquique, un poco más al sur, hace alrededor de veinte años, se quemaron numerosas casas y aun manzanas infectadas. Últimamente, en el Atlántico suramericano, cundió la terrible fiebre amarilla que por fortuna se cortó pronto, habiendo demandado

la cuarentena de vapores en Uruguay y Argentina. A mi regreso de Centro América, en 1924, me dejó espantado la irrupción del azote, por más que las continuas prácticas para dominarlo aminoraron bastante los resultados.

En Cuba y en el resto de las Antillas, desaparecieron las maniguas al empezarse a cultivar los terrenos.

En Panamá, Veracruz y Tampico, sin recargarse las citas se podría decir que disecados los focos pestíferos el daño se aminoró muchísimo.

La experiencia permite declarar que al labrarse los lugares contaminados o al cuidárseles desecándolos se concluirá por exterminar el peligro.

Sin forzar demasiado los hechos se podría agregar que no solo influirían en la declinación de aquél los terrenos cultivados y vigilados, sino con más certeza en el cambio del clima y con él, posiblemente, disminuirían la intensidad de las empujadas, que son las más implacables trasuntadoras endémicas. Sabido es que la selva o la falta de ella, produce o restringe la lluvia, y es probable que así como la extensión en barbecho es menos caliente, la transformación de los eriales en algo reduzcan las fuerzas eléctricas que ahora, sin contrapeso alguno, contribuyen a hacer más asfixiante la atmósfera.

Lo expresado se podría reforzar con la posibilidad de que si la pampa argentina fuese arborizada, paulatinamente normalizaría las lluvias que permitirían prolongar hacia los poblados, aldeas y ciudades pequeñas el servicio del agua potable, con lo cual se suprimirían las generalizadas y tenebrosas bombas semisurgentes.

La salud y la higiene pública prehistóricas influyeron grandemente en la Conquista. En prueba de ello se podría aducir la excepción antipalúdica chileindiana.

Consumada aquélla y estabilizada la colonización, los hispánicos se encontraron en muchas partes con tribus débiles y enfermizas que entrabaron considerablemente las iniciativas e impulsos civilizadores. La introducción de esclavos respondió a la obligación de anteponerlos a los contagiados y deprimidos.

La trata de africanos y el quebranto indígena, a pesar de todo, por alternativa coincidieron con el propósito europeo de salir a flote. De resultas de ello, frente al aborigen desmembrado se maduraría con ahinco el injerto feudalista. La exaltación que éste siempre aparejó sería la consecuencia de la falta de pueblo sano y enérgico y del indicio de que los indios, aquejados de una grave dolencia interna, más que agruparse o defenderse, implorarían que no se les molestara a fin de sacudirse la tara.

Si los nativos hubiesen sido sorprendidos sanos y robustos, los negros, considerados aptos para neutralizar los efectos diezmadores del clima soporífero, habrían estado de más.

Pero por el languidecimiento heredado o predispuesto, el natural no logró el contrapeso, quedando en manifiesta inferioridad ante algunos transplantados que por ello se sintieron omnipotentes, dedicándose a fortalecer un derecho oneroso, seguro de dirigir una legión amodorrada que obedecería sumisa, como manso corderillo. De lo contrario aquél, en posesión de la higiene y de la salud que crean la energía, la responsabilidad y llenan el alma de esfluvio moral, habría barrido a los extranjeros, que al principio eran escasísimos.

Levantado el latifundio a expensas del montón enclenque, hay que convenir en que si la regalía empezó por favorecer al poseedor, no dejó de empeorar la situación con el enganche o rebaño de seres. Sabido es que la multitud se contagia mejor y que los grupos, cuanto más densos, están más expuestos a adquirir las enfermedades.

Luego, el terrateniente, al posponer en la más punible indiferencia la labranza, mediante los yermos, generó las miasmas, y al hacer posible el tumulto debido a las escasas perspectivas de otra ocupación más allanable, tal vez sin maliciarlo influyó en la prolongación indefinida.

Con el correr del tiempo se produce la revolución y con ella la oscilación ya estudiada.

El acaparamiento terrícola fué desmontado en lo más

fácil, en el poseedor. Pero siempre quedó subsistiendo en la incuria y en el abuso, como se observó más tarde con el promotor, porque las hectáreas no se ambicionaban para cultivarlas, sino más bien para consolidar el monopolio usufructuario, que daría influencias partidistas.

La razón de ello radicaba en que el populacho era indolente, porque estaba aquejado y debilitado y como tal le gustaba la vida fácil y haragana, la de los encuentros y bravuconerías en los que las peripecias consiguientes le harían sacar el vigor que, al tener el organismo en estado normal y reposado, se habrían manifestado en forma más tranquila y segura y, por ende, ajena a las exaltaciones.

Es innegable que hay mucho de irritabilidad nerviosa asáz agotadora en las sobreexitaciones combativas y se podría inducir que a medida que se ganaron los focos azotados y se sobrepuso como rey y señor el paludismo, las contiendas adquirieron mayor grado de febrilidad.

Con toda seguridad que al hacerse estudios por zonas, relacionando las convulsiones, resaltarían las manifiestamente palúdicas. En el Sur, Paraguay, Ecuador y Bolivia, darían motivo para serias inducciones, y en el Centro y en el Norte, Nicaragua, Honduras, Veracruz, Puebla, Oaxaca, (Méjico), etc., no les irían a la zaga.

En refuerzo de lo dicho se podría observar que en el Istmo, las repúblicas de Guatemala y Costa Rica, por su atmósfera fresca y aun por lugares fríos como Quezaltenango y Heredia, han sido los más pacíficos. El clima, que ha atemperado las consecuencias del flagelo, se ha impuesto en estructuras todavía simples, en donde el esfuerzo individual no está muy desarrollado y no puede sobreponderarse como debiera. Es claro que aparte de aquél se refunden otras condiciones favorables, tales como el equilibrio formado por la inmigración que se acrecienta al amansarse de preadaptarse a los sitios casi similares. Así, en la primera, los cafetales, que son bastante extensos, están en manos de los alemanes y los negocios minoritarios en las de los españoles. Otra sería coexistencia

la presentaría El Salvador, que a pesar de ser cálido y de poseer escasísimos puntos templados, tales como Juayúa y Ahuachapán, Santiago de María y otros, hace un cuarto de siglo que se ha pacificado.

La explicación de excepción tan notable se encontraría en la revelación de los factores físicos gestadores. Es el país más reducido y, en relación, el más montañoso y el más azotado por toda clase de cataclismos del istmo central.

En el tomo tercero de la serie estudiamos esas tres influencias. Pero no está de más agregar que la proporcionalidad territorial salvadora, como todas las semejantes, ha sido una inmensa ventaja, por que ha concentrado y cohesionado más que otra región diversa a los seres, mancomunándolos y haciéndoles madurar temprano una conciencia nacional. Esta secuela, unida al hecho de que los pueblos montañoses siempre son fuertes y activos, explicará en mucho la inclinación a la iniciativa y al esfuerzo, la cual, ante los excesos tectónicos y volcánicos, que parece que han dado margen para comprobarla, se justificará en demasía. No debe ignorarse que la capital del país ha sido reedificada veintitres veces a consecuencia de los desastrosos terremotos y no se desconocerá que el Antiguo Cuzcatlán opuso indomable resistencia durante dos lustros a la conquista, evocándose con admiración al legendario y aguerrido pipil, y que de aquél partió el primer ferrocarril itsmeño y en él se hicieron los principales aprestos automáticos.

Es innegable que colectividad tan emprendedora y activa ha tenido que evolucionar firme y seguramente, casi sin sobresaltadas regresiones y tanto más si diversas circunstancias la han favorecido todavía. Se puede apreciar que desde Estados Unidos hasta Colombia, es decir, más de la mitad de la extensión continental, El Salvador, es bañado por un sólo océano, y por ende, la línea convergente de las corrientes marinas del Pacífico que se desprenden del Polo Sur. Esta relación física ha tenido su influencia, la que se corroboraría induciendo la adversa.

En las llanuras y costas atlánticas que quedan a las espaldas, debido a la falta de dicha conjunción, la atmósfera es más caliente y a su vez la fertilidad es doblemente prodigiosa, condición que cobra imponderable importancia dada la configuración del terreno, de ordinario plano y achatado. Es claro que así la potencialidad agrícola es mayor. Los antiguos filibusteros deben haberse dado cuenta de ello, pues por lo general no recalaban en la ribera salvadoreña, ganando siempre la otra, que aparte de las facilidades del opulento aprovisionamiento, encontrarían más abrigada, más a propósito para recalar y más guarecida de boscosidades, para pertrecharse y despistar. Igual fenómeno se observa con el clima pampeano argentino, al norte de Bahía Blanca y más allá de Buenos Aires, que, a pesar de fluctuar entre el grado treinta y nueve y treinta y cuatro, parece tropical, sobre todo en el prolongado verano y, salvo alguno que otro punto costeño, como Necochea, Mar del Plata y el Cabo de San Antonio, por ejemplo. Es que la corriente antártica que se desvía hacia Chile, sustrae de una gran acción refrescante, así como la que pasa por El Salvador alterna más los fuegos caniculares que en la opuesta. En Costa Rica supimos que el algodón no se daba a menos de ciento treinta y cuatro millas del litoral del Pacífico. La sustracción del filibusterismo es incontestable que equilibró el desenvolvimiento, tornándolo más expedito y menos sobresaltado y quizá a cubierto de todo aquel enjambre de contrabandos y subterfugios que no tardaron en estragar los lugares que los practicaban.

Es probable que los estadounidenses, siguiendo las huellas de sus antecesores, se orientasen en sus anhelos de factoría agraria hacia la costa atlántica, debido a lo cual quedó de nuevo la república libre de la coercitiva presión exterior.

Las consignadas han sido concausas y efectos físicos e interdependientes que sin lugar a dudas han gravitado en la formación del país, apresurando su organización y la inclinación hacia el orden y la tranquilidad.

Las consecuencias de dichas modalidades se observan en el auge económico, en el aumento de población, en proporción con su territorio, lo más regular que puede darse, los que han aparejado la centralización capitalista, estimulada por tanta continua catástrofe. Como en Chile, los trastornos que sobrevinieron por los insistentes terremotos, demandaron la concentración de recursos para hacer frente a las eventualidades, surgiendo así de la clase terrateniente un inmenso poder que ha engarzado aún al gobierno. Al igual que en el pueblo austral, la oligarquía echó hondas raíces, en hechos contrapuestos, que se advertirían en el ejecutivo fuerte y en el grueso de la nación tranquilizado, por más que al respecto se pueden hacer ligeros reparos. En la república chilena, también se dieron casi idénticos pormenores. Pero habría que pensar que si en realidad correspondieron a la expresión íntima de la colectividad o a la exterior del núcleo gubernamental. Es probable que la paz interna, transparentada y aún enaltecida por la historia, se deba más que a la conquista de virtud tal a las jerarquizaciones y a los cálculos llamados a orillar cosa determinada. En verdad, el pueblo abrumado por la lucha por la vida en un medio físico difícil y de resultados de ello, demasiado presionado y casi obligado a abstraerse de toda pugna que no fuese la del pan, escasa perspectiva tuvo para entrometerse en contiendas fratricidas. Es claro que así el empuje y el ardor tenían que desviarse de la politiquería y encauzarse hacia la explotación de la tierra, sin perjuicio de que roto el sortilegio aconteciera lo que se ha presenciado en los cinco últimos años, que se ha sufrido tres motines y los dirigentes, ya en el poder, hacen gala de revolucionarios, contrasentido parecido al de algunos mejicanos que a pesar de sus trajes, usos, costumbres y modalidades se llaman a sí mismos generales. No obstante los trastornos, todos, como antes y como siempre, continúan tranquilos, dejando que unos cuantos maniobren a su gusto. ¡Pobres pueblos, cuyas horas de calma de hoy serán los años de agitación de ma-

ñana, si es que no se mira hacia las eternas alturas blancas y como ellas, purificándose, se eleva el corazón!

El Salvador ya lleva más de un cuarto de siglo de apacibilidad institucional y en todo el tiempo transcurrido no ha habido asonadas, hecho maravilloso en el trópico, tradicionalmente convulsionado. Los efectos de aquél, se podrán comprobar exponiendo que el país posee en población, en potencialidad económica, en ferrocarriles, en caminos, en industrias, en centros culturales, lo que Honduras, Nicaragua y Costa Rica juntos no alcanzarían a tener y como un fermento de vitalidad se aprecia el incremento urbano, pudiendo decirse que dicho conglomerado es la Argentina de Centro América o el foco de las ciudades y aldeas que van en camino de serlo. Lástima que no se aprovechasen los efectos demoledores de los terremotos para cambiar de sitio a San Salvador, buscándose el puerto apropiado, que hace salir los productos que allegan riquezas, o la altura fresca que oxigena los pulmones y torna más aptos a los seres para el desarrollo completo de su energía y de su individualidad. No debiera echarse en olvido que hasta las tribus ganaron los cumbres, en busca de un poco menos de sofocación, y que en la actualidad, las capitales más imponentes son las marítimas, quizá porque mediante el gran elemento se vinculan con el mundo. Otra eclosión de vigor la dan en su incesante movimiento de salida y de entrada.

Los salvadoreños que han emigrado desparramándose por Estados Unidos, Méjico, las Antillas y la costa itmeña detentada por la factoría, ya remontan al cuarto de millón. En seres montañeses, de por sí sedentarios, la errabundez no deja de sorprender grandemente. La causa de tal tendencia, a simple vista contradictoria, se explicaría agregando que los nativos, de temperamento laborioso y emprendedor, al no encontrar en qué ocuparse salen afuera, evitando caer en la haraganería, en la miseria y en los vicios incubadores de disturbios. En el pueblo meridional del Pacífico, si no se practicó emigración semejante, al menos se ha visto que a los braceros,

genuinamente montañeses, con las periódicas interrupciones de las empresas salitreras y mineras, se les ha convertido casi en nómadas, haciéndoseles ir del sur y del centro al norte y viceversa, con perjuicio evidente para la buena organización y el mantenimiento de los hábitos sanos y de las costumbres honestas, quebrantándose la tradición prehistórica, que vestigia al chileindiano apegado a las escarpaduras con el mismo espíritu inmovible de lo abrupto que le rodeaba. Sabido es que los elementos ambulantes terminan por neutralizarse y a la larga esmirriarse lastimosamente.

No obstante las considerables atenuantes aludidas, se admitirá que siempre ha existido una fluctuación entre las extensiones dejadas a la incuria en ciertas agrupaciones menos propensas a resistirlo y el paludismo, hasta el extremo que debido al flujo y reflujo sería imposible distinguir cual de las dos dolencias es más grave, porque ambas se equilibran.

Es innegable que todos reparan en los efectos de las fiebres, porque las han padecido, así como en los de las tumultuosidades y mandonismos, porque, cual más cual menos, no se ha quedado ninguno sin sufrir los sobresaltos.

Pero si la acepción vulgar es así, conviene inquirir la causa, para luego modificarla.

A terrenos infectos por la desidia punible y a legiones mal alimentadas y de rudimentarias comodidades, es factible que sucedan en satánico connubio el foco generador y el blanco vulnerable humano, en la falta de higiene y de salud.

Por eso urge en las sociabilidades cálidas, en las subtropicales, en donde empiezan a extenderse la endemia, y en las frías en las que no se ha manifestado hasta ahora, sin perjuicio de que como van las cosas se le esté preparando ambiente, que procuren alterar las condiciones intrínsecas del suelo para que así se vaya desvaneciendo la infección. En las últimas, es sabido que la tuberculosis y el alcoholismo devastan tanto como las fiebres.

Labrada la tierra no sólo desaparecerían o amenguarían los lugares nauseabundos y se restringirían las escaramuzas en perspectiva, si no más propiamente la explotación daría los medios y recursos económicos que hoy no se tienen para combatir el monstruoso azote, quitándosele a los depredadores extraños la oportunidad para que no continúen fingiéndose bienhechores de los territorios que sanean por propio interés. Porque a la inversa, ¿quién iría atravesar el Canal de Panamá, gustar el azúcar de Cuba o de Puerto Rico, la banana de Haití y de Santo Domingo y el café de Guatemala y de Costa Rica, al saberlos contaminados? ¿Si son tan benefactores, cómo es que reducen a la miseria a las factorías, apropiándose las fuentes económicas naturales? ¿Se concibe mayor desarmonía moral?

El problema científico y moral de la tierra baldía y privilegiada de las fuentes de producción.

En los pueblos en formación, lo más grave que se desprende de territorios acondicionados de la manera antes esbozada, es el problema científico y moral que plantean, porque se los sustrae de toda relación cultural, desestimándose una gran palanca del progreso para vivir sobre áscuas.

La ciencia presupone la experimentación y con ésta el conocimiento, y se piensa que no lo puede haber, ahí en donde las cosas están completamente envueltas y la deficiencia es más honda cuando se comprueba que el pueblo se aparta, está bastante desvinculado de la naturaleza que en su savia vital torna más fuertes y profundos los núcleos que se preadaptan.

Es probable que en las entidades novísimas será difícil comprender cual es la proporción realmente útil, hasta que no se empiece la obra de sobreponerse a aquélla. Sin ir más lejos podríamos saber, ateniéndonos a las estadísticas, el monto de las siembras anuales, de dos de los más connotados grupos, los más poblados y de más extensión. Llegaríamos a la conclusión de que equivaldrían a tal o cual cantidad de leguas. Pero es innegable que al ignorarse el radio arable, se tendrá un dato incierto, porque parecerá increíble que repúblicas de trescientos y de doscientos millones de kilómetros cuadrados apenas dispongan de una insignificante porción para el aprovechamiento agrícola. Así, Méjico, casi la mitad mayor en habitantes que Argentina, cultivó el año pasado

cinco millones ciento sesenta y tres mil setenta y nueve hectáreas, mientras que ésta, otro tanto más en superficie que aquél, dieciocho millones. Reducidas dichas cifras en relación con el área, resultaría que el primero labora casi la octava parte y la sexta el segundo. Pero cabe un reparo en favor de éste, y es que al revés del otro es esencialmente pecuario y parece lógico que tenga que disponer de inmensos campos para el pastoreo. Sabido es que el país del norte, al igual que el resto, pudiendo constituir una ganadería a la altura de sus exigencias, no lo ha intentado, y respecto de la escasa labranza se podría decir que casi toda, menos un cuarto, produce maíz, el tradicional cereal prehistórico. Este hecho sería un indicio, y al comprobarse que la asociación, en su mayoría indígena, se contenta con poco, sin atinar a variar sus costumbres y usos tradicionales, en algo se vestigaría la anómala situación.

Aquella es más compleja de lo que pudiera imaginarse, tomándose en cuenta que a raíz de las conmociones se ha creído resolver el problema agrario, entrando en la faz subdivisora.

En realidad, se comienza a entender que no basta solamente la pretensión y de antemano se requiere la experiencia de ella. He aquí, por lo menos, el aspecto científico.

Basémonos en la hipótesis de que en Méjico, con el mejor acuerdo, se hubiese implantado el manifundio y el semimanifundio, lo cual es presumible supuestas las cerca de cien mil millones de manzanas de que dispone toda la nación. Parece algo fantástico. Aunque así no fuera en la forma, no es de sorprender que en el fondo lo sea, por las tretas cuasiindígenas y por la natural falta de recursos, de capacidad y de interés de muchos que abdicarían sus derechos en beneficio del vecino pudiente.

Lo que querría decir que el reparto habría servido o para el solapado traspaso o para la escasa manutención animal. De uno u otro modo, se saldría perdiendo.

El hecho fundamental del crecimiento, habría con-

sistido en que la población alterase también su vida íntima, procurando variar la comida y nutrirse con abundancia, para que de esa manera se viera obligada a labrar el mayor número de hectáreas y con ello demostrar salud y virilidad y dar ejemplo de trabajo fecundo y constructor.

Comprendidos así los hechos, se llega también a apreciar que el manifiesto, encubierto o disimulado, bien poco se ha de prestar para el cultivo intensivo, desde el instante que los habitantes, por sus rudimentarias maneras de vivir, no consumen mucho y bueno y con lo cual no estimulan la elaboración.

Es así como en parte se logra penetrar la paradoja mejicana, que no obstante el reparto, la siembra haya sido escásísima, desbaratando por completo los sanos y nobles ideales de sus promotores.

Aquella, es bastante reveladora por el aleccionamiento aportado de antemano, haciéndonos pensar que por encima de las reformas está la observación directa.

Si la situación creada envuelve el desconocimiento, con sólo atender a la exterioridad de forzar otra diferencia, encarnando la parcialidad, no se adquiere la comprensión, la cual, ya lo recordamos, tiene que ser obra del tiempo y de una larga preadaptación.

Es innegable que en la innovación se puede instantáneamente aprovechar el saber de los campesinos, o mejor dicho, de las familias labradoras, que por ser tales están en más favorables condiciones que el siervo de la gleba para valerse por sí mismas y sacar partido del cúmulo de impresiones recogidas a lo largo del pasado y aún con una considerable atenuante. Aquéllas, al valerse a sí propias y responsabilizarse, no caerían en las deficiencias e ignorancias antiguas y por particular interés procurarían salvarlas, para lograr el éxito completo.

Es incuestionable, además, que aparte de las mismas, algún que otro labriego avisado, serio y esforzado y en expectativa de constituir un hogar, pudiera ser apto para laborar a conciencia, como podrían serlo los demás, con

una agravante. Esta radicaría en que al viejo o joven, como pan con las multitudes rurales acostumbradas a lo completo y seguir como manso rebaño, de bien poco le serviría su capacidad, muy respetable y aprovechable por ciento, si antes no aprendía o no le enseñaban a convertirse en hombre, revelándosele el poder de la iniciativa y de la perseverancia, de la sobriedad y de la cooperación, de la solidaridad y de la honestidad, fundadas en un alto propósito de producción y de utilidad colectivas.

Es claro que todo se podría llevar a cabo simultáneamente, después que se le posesionara del lote que amaba y le había convertido en individuo experimentado, es decir, un capital social digno de utilizarse. Pero es prudente tener en consideración que no habría que abandonar a aquél ni imaginarlo entregado al mero recurso animal de que porque sabía trabajar se podía dar lo demás, haciéndose imprescindible la transformación espiritual, que sería obra tan lenta y penosa como la que demandó no continuar siendo ente inútil y vano. La mutación es difícil que la forjara él, porque así como tuvo el predio para prepararse, exigiría el ambiente para lo mismo. De ahí que habría antes que nada tratar de formar lo, a base ilustrativa de la cartilla o de la película, de la conferencia o de la alocución, del periódico o de la plática, sin perjuicio de que se buscara la asociación como medio de lograr más eficaces trayectorias.

La sociabilidad agraria es lo más fundamental y causa profunda extrañeza que el individuo urbano, a veces con pretextos fútiles en ligas de socorro mutuo, de clubs, academias, partidos y agrupaciones, se haya recargado de ella, en tanto que el rural, desde que nació, no ha sabido lo que es la simple reunión o cambios de ideas, que son tan importantes para la correlación y estabilización cultural.

Más que el Banco, la Caja o cualquier cosa por el estilo, se haría indispensable la Sociedad Cultural, como mira principal de lograr la mancomunidad que no se tiene y que es tan esencial porque ningún otro como el la-

brador permanece fraccionado, pendiente del estado de naturalidad que le circunda y que en mucho lo neutraliza.

De lo contrario, de nada servirá transmutar la materialidad, sino se procura paso a paso alterar la rutina y el sentimentalismo.

Huelga decir que si el sembrador no ha sabido más que de estrecheces egoístas, con tener la parcela bajo su mano, no dejará de seguir las inspiraciones corrientes, tanto más si el campo y él mismo por su incultura, tienden a la unilateralidad y contracción. No se ignora que de ordinario los rústicos, ineducados y sin freno moral, son más propensos a los enconos y venganzas, odios de clases y mezquindades, que cualquier otro, y no debe desconocerse que el que fué pisoteado a su vez necesita desquitarse, no siendo raro que el eternamente compungido, al cambiar de posición, se vuelva perseguidor sin entrañas.

A fin de que no se vea reproducido el logrero en grande en el pequeño, que a veces es más peligroso porque cunde como hormiga, a la convivencia con la tarca, hay que empeñarse por apurejarle la moralidad.

El ruralismo, como reacción del urbanismo, requiere ciertas vehementes tonificaciones espirituales y antes de considerarlo como una cuestión de estómago, de fardos digestivos, es necesario elevarlo a la categoría educativa.

En verdad, el absorbente resabio, aunque se le someta a la minuciosa revisión, siempre será apetito. Es cierto que todos estamos regidos por el determinismo fisiológico, pero no tanto como para retrogradar a la animalidad.

A una colectividad en ciernes, que se ha estado gestando a la vista del usufructo y con la idea de que éste esconde un craso egoísmo, cuando no el vicio y la regalía en la ciudad holgazana, es innegable que de reflejo se le ha endurecido bastante el alma.

Luego, si se procede porque sí, porque lo desechado era abuso, decentemente no se anula el prejuicio sensualista y si se verifica la reparación, por que sólo se tiene hambre y se debe aliviar la miseria, tampoco se sale de las ínfimas domesticidades.

En una u otra forma, la modificación es más perjudicial que beneficiosa, tanto más si se atiende al misonheimismo y avilantez de las clases menesterosas de los núcleos urbanos estragados por la expoliación.

Pero si aquélla se hace con un propósito ejemplarizador, al mismo tiempo que estimulador, los hechos varían diametralmente.

En tal emergencia se sentaría por principio que se emprende el arreglo para alcanzar el desplegamiento y aprovechar las hectáreas que no producen y las energías que no se utilizan. Lograda con pausa esta aspiración, la nación entraría en un período de progreso y en seguida, todos, desde el más olvidado hasta el más poderoso, saldrían ganando. En adelante, con la multiplicidad y abundancia de frutos se podría comer más y mejor, afianzando así la salud y la higiene, ya que un organismo robusto y sano las más de las veces es el resultado de lo que se ingiere. Los antiguos poseedores, por su parte, al operarse el nuevo orden de ideas, tendrían que empezar a trabajar, a aportar lo que antes no tenía interés de ejecutar, disminuyendo toda aquella sombra marejada de concupiscencias, que ha hecho más por la discordia que todas las miserias y dolores juntos.

A dicho propósito se sucedería el otro esencialísimo de que una nacionalidad con elementos sobrios, bien nutridos y dentro de lo posible con algunas modestas comodidades, tarde o temprano tendría que lograr la consistencia y conciencia de superorganismo civilizado.

Al ser encarada así la reforma, se la despojaría ante el proletariado, que es el más numeroso, que está estragado por los odios de sectas y debido a la ignorancia no entiendo por ahora más que de instintos, de aquel cariz de beneficencia con que por lo común ha sido presentada. Si la intención no es ésa, los desamparados lo entenderán así, y debe convenirse en que no hay consecuencia más funesta para un país embrionario que llegar a la disyuntiva de, aunque sea equivocadamente, reconocer que la inmensa mayoría estaba necesitada de la caridad y de

la piedad de los compatriotas gobernantes. Las complicaciones no son de imaginar y se deduce que los que empiezan a recibir lotes para que maten el hambre, poco después se acostumbrarán a recibir dinero electoral para satisfacer los menores caprichos.

Una cuestión tan delicada como la agrícola debe resolverse lo mismo que si fuera de cultura social y no como lacras y estigmas, porque de esa manera se producirían perversas confusiones, ya que la historia nos informa que invariablemente se ha procurado reducir a justos términos la crueldad humana. No deben resolverse, tampoco, como concesiones, a tontas y a locas y al primero que le toque, porque así se sienta el precedente de que a la postre se hagan otras mayúsculas. Por fortuna, dada la ignorancia de ciertos grupos, que no han comprendido en toda su crudeza la medida, apreciándola con miras muy rastreras, no se han impetrado algunas que habrían hecho caer en peores abusos que los que se trataron de remediar.

Encarrilándose de esa manera, deponiendo el interés inmediato y logrero de la clase culminaría el de la patria en el deber de conciliar la cooperación y la iniciativa, la reciprocidad y la responsabilidad con el de atender las rudimentarias inclinaciones, sustituyendo las tropelías y deficiencias. Así, ni el terrateniente ni el populacho se conturbarían, deprimiéndose el uno y envalentonándose el otro.

A las jóvenes nacionalidades no les conviene menos-cabar ninguna energía, ni engreír a nadie, porque se siembra la farsantería y la desfachatez.

Encauzado así el problema se haría más humano, no quedaría en el aire y en el interín engorroso no se plantearía otro secundario inquietante, como el mejicano, por ejemplo, que al mayor reparto ha sucedido la menor explotación.

Así, más que de facción y de economía privada localísima, se elevaría a público y por ende a intercontinental.

Las consecuencias de todo género, afirmarían la solución, la prestigiarían, pasando a darle el carácter que hoy no tiene, que nunca ha tenido, de simultánea contribución al progreso general.

El logrero que al principio, por escasa instrucción o por inveterado egoísmo, empezó a apreciar el problema como un asunto mediocre de quita y aprovecha, terminaría por comprender que era una palpitante aspiración de evolución. Una prueba de ello la tendríamos en Argentina, que es uno de los principales exportadores de trigo, potencialidad que se ha llegado a adquirir debido al desarraigo interno y a la evidencia transformadora de poner en juego todas las estructuras amodorrantes. Con pequeñas modificaciones sería la situación de Chile, que en la Independencia, al orientarse hacia los minerales del norte y descongestionarse del centro feudal, experimentó un inmenso desahogo. Partiendo de la experiencia histórica, se agregaría que en dicho país a la zona afectaba, que a pesar del aleccionamiento se ha mantenido como en el coloniaje, se podría darle otro curso, y, de ahí, al sustituir el tradicional monopolio, no sólo vigorizaría a la nación sino que ella misma renacería del largo sueño de esterilidad. Ya que está en poder de elementos de juicio, debe procederse sin demoras a zafar los constreñimientos destructores.

Las modificaciones, con toda seguridad, harían un poco más flexible y domarían en algo la iracunda soberbia del terrateniente y, a su vez, el pueblo concluiría por presentir que la subdivisión no había sido cosa de sacar y lograr, sino de organizar para el más cabal y equitativo rendimiento colectivo.

La materia, por ser preocupación de las agrupaciones modernas que empiezan a caracterizarse, es elemental, pero aún sometiéndosela a la reglamentación, no se alcanza la mejora integral y aquéllas no pueden vivir sólo a expensas de la agricultura, porque es lo más pobre que puede darse.

Se requiere, también, la industrialización que se inicia

con la elaboración de los minerales, y es raro que éstos, siendo del fondo del suelo, no hayan sido todavía tópicos de reparto. Será porque están en la profundidad y porque precisan técnica e inmensos esfuerzos para formalizar la extracción.

El lote, al circunscribirse a la superficie laborable, de fácil trabajo, envuelve más que una idea de despliegamiento, una ayuda, una especie de contribución lastimosa.

Al ser así sentamos malas prácticas, porque se está acentuadamente inclinado a esperararlo todo fuera del hombre. Ya observamos que de manera casi perentoria en las regiones cálidas, desde antiguo, el campesino se acostumbra a obtener únicamente lo necesario de lo que podía alcanzar con la mirada y, con el correr del tiempo, al estatuirse el privilegio, no sería raro que continuase haciendo lo mismo, ya que estaba de antemano forzado a valerse de la fácil fertilidad y de la opulenta variedad circundante. Más adelante se absorbió en el movimiento generador del intercambio comercial que concluyó por dar más soltura. Lograda la Independencia Nacional y abolido en apariencia el mal económico, se creyó que aquélla lo daría todo, cundiendo la desgana que se había estado cimentando en los desamparados. Con el cruzarse de brazos, se inició la penetración mercantilista. Por más que protestemos y gritemos contra ella que nos está chupando la sangre, seguimos como en penitencia, esperando que nos haga empréstitos, que nos funde el banco, que después será hipotecario, que nos erija la obra pública y que nos empiece a modernizar y a elevar la metalurgia.

¡Cómo no va a ser así, se dicen, si ellos tienen capitales y los suramericanos no tenemos nada! ¡Qué falacia! Con la mitad de lo que se gasta en el mantenimiento de costosos ejércitos y marinas, impropios de países jóvenes que no poseen graves problemas fronterizos, ni vecinos a quienes temer, sin muchos trabajos, podría apresurarse la explotación de las minas y extraer con ello

las rentas para evitarnos el préstamo y demás gabelas expoliadoras. Los aprestos navales y militares que se hacen, corresponden a patrias civilizadas superiores, ya tradicionalmente formadas, y se podría decir que Argentina, Brasil y Chile los mantienen como algunas de aquellas que cuentan el cuádruple, el quintuple o más de población, agregándose que casi todo el trópico, a excepción de los brasileños, no han tenido ni tienen escuadra. Si esto acontece en la mayoría de las repúblicas, quiere decir que en los meridionales al menos hay mucho de abultamiento que se podría entresacar para emprender la labor aurífera y la inmigración moralizada, no con fines económicos, como hasta ahora, sino con anhelos redentores de mejoramiento de la raza. ¡Y pensar que no obstante ello todavía se arman y se encargan más barcos de guerra! Si lo dicho fuera poco, se podría agregar que España, de veinticinco millones de habitantes, tiene un presupuesto de algo superior a tres mil millones y medio de pesetas, en tanto que Argentina, que es menos de la mitad en población, posee otro casi igual, y Chile, que es la quinta parte, cuenta con otro que equivale a una tercera parte.

Los desmesurados cuerpos, salvo la sana y justa aspiración de velar por la integridad, revelan insinuaciones burocráticas que obedecen a la noción simplista de entregarse a la buena fe del presupuesto nacional.

De ahí que, dada la propensión fácil y acomodaticia a toda logrería, se corra el riesgo de tomar el desenlace como uno de los tantos expedientes para seguir favoreciéndose mutuamente y no innovar la tradicional apatía.

Azuzar y estimular tal tendencia, especialmente en el campo, en donde los elementos son misonieistas y perezosos, parece un contrasentido, tanto más si el proyecto se toma como la panacea única, como el conjuramiento máximo de las calamidades.

Pero si en vez de la subdivisión cerrada e irritable, verificada en la noche a la mañana, se acelerara la posesión en lotes demarcados expreso para las familias

que mediante largos años de trabajo tienen vasta práctica, ya la cosa sería distinta. Para ello sobra lo baldío en toda región. En seguida, con prudentes acuerdos bonificadores, se procedería a la expropiación. Luego los antiguos derechos punibles, se convertirían en copiosísimas fincas, las cuales no se repartirían, que eso es algo inmoral, sino que con ellas se premiaría y enaltecería al campesino laborioso y honesto que ha tratado de elevarse y a su vez formalizarse en el hogar. De ningún modo, en los focos estragados por la prevención de clases, debe intentarse de favorecer con las extensiones que fueron del patrón, al inquilino de la víspera, porque así se enraizarían los odios y con ellos se dificultaría la homogeneidad de la patria.

No debieran mantenerse las diversas enmiendas y resoluciones, como puntos básicos, porque un pueblo ralo no podrá aprender de súbito a conservar ni a cultivar lo que nunca ha poseído y, ¡ay, de los que solamente confían en las fórmulas!

Es obligación de decencia hacerle justicia a los meritorios, que con su sudor, penas y sinsabores, se hayan ganado la parcela. Al resto, aunque sea para ejemplarizar y poner en alto los merecimientos, podría facilitársele el cateamiento minero y la explotación de la selva, del río, del lago pesquero, del mar, en fin, de la infinita dádiva que tenemos más abandonada todavía que la propia agricultura. Sobran medios de vida y lo que falta es técnica, habilidad y dedicación para aprovechar las riquezas en bruto.

Al procederse así, se le daría al país la amplia satisfacción que merece, de que no por intereses de partidos, ni por seguir modalidades demagógicas, se ha tratado de atender al bienestar general, poniéndosele al alcance de las demandas. Así como el aristocratismo y el oligarquismo no estuvieron muy bien encaminados, al constituir sus caducas prerrogativas, ni sus secuelas ejecutivistas y parlamentaristas, el socialismo, ni el anarquismo, ni el bolcheviquismo, lo estarían al presuponer el

despojo como medida de salvación, de auge de la masa y de prepotencia gubernamental.

Una república no se debe a los gremios o tendencias políticas, ni a los somatenes, y hay que reconocer que en el correr de los siglos éstos se transforman precisando la conjunción de todas las energías creadoras.

Es innegable que el ideal envuelve una finalidad moral de suprimir la opresión y de evitar que se lucre con el hambre y la salud pública y una social de la más austera administración, al equilibrar la riqueza terrícola en el mayor número de manos y con ella fortificar el más inmenso cúmulo de posibilidades.

Sin duda alguna, el ruralismo da más, se aprovecha mejor en poder de la nación que de una clase ínfima, sobre todo porque aquélla responde a la renovación constante, a la indefinida atracción de aptitudes, y es sabido que las jerarquías, por más ponderables que sean, siempre se estancan y mientras más cerradas más propensas son a paralizarse. En la Conquista se observaron los resultados del engranaje prehistórico, pudiendo decirse que la castamíticoterrícola fué en gran parte la causa del descalabro, porque con las imposiciones se sustrajo a la tribu de la probabilidad de desarrollar sus facultades integrales.

Pero es lógico pensar que en las sociedades incipientes que la azuzan, la solución responda al estudio positivo, equilibrándose con otras primordiales.

No sólo debe hacerse la subversión tan cacareada, que es la que menos cuesta y a veces es obra de un simple decreto compulsivo, sino la grande, la conjunta, la que abarque todas las fuentes pristinas y demande instantáneamente el plan científico.

Así, por ejemplo, se fundarían Institutos de Hidro, de Agropecuario, de Piscicultura y Avicultura biológicos, para investigar la vida ictiológica de los mares, ríos y lagos y profundizar la de los campos, del ganado y de las aves.

Conjuntamente con esos centros, tan necesarios para observar en toda su intensidad los fenómenos vitales y

apreciar lo que representan como materia prima, aprovechamiento y demanda de acción, es indispensable establecer otros que serían los de Geología y Meteorología generales para indagar el salitre, el petróleo, el guano, el volcán, los ausoles, las corrientes fluviales y de las cataratas, la fuerza del océano, la intensidad de las vetas auríferas o carboníferas, de los desiertos y de las montañas, la dirección de los vientos, la oscilación de las lluvias y de las condiciones climatéricas y de los terrenos. A aquéllos sucederían los marialógicos, los antialcohólico, palúdico, unsinario, leproso, sifilítico, tuberculoso, canceroso, etc.; los químicoalimenticios, los hidroterápicos; los de higiene y de salud pública, etc., llamados a salvaguardar la existencia humana, de suyo quebrantadísima.

A ningún espíritu culto se le escapará que el examen directo pondrá en posesión de la propiedad del cuerpo regional, tan imprescindible para penetrar con certeza un gran producto y sacar de él toda la utilidad conveniente. Asimismo, no se ignorará que la fuerza desatada de los elementos eruptivos y ondulantes puede convertirse en energía que pondría en movimiento las usinas y toda clase de motores, disminuyendo con ello, al mismo tiempo, el peligro de los cataclismos. A nadie se le hará cuesta arriba imaginar que el cateamiento y sondeadura de los páramos y serranías, puede adelantar una idea cabal de una fase del territorio, y de idéntica manera nos la daría la relación meteorológica, con todo cuanto nos rodea.

La aplicación y comparación de esta última formaría algo así como el libro en que los labradores con pocas variantes, leerían con uno o dos años de anticipación, lo que resultaría que al seguirse tal o cual camino y debido a a ello amoldase la conducta.

A las instituciones propiciadas que no se instalarían en las capitales burocráticas, sino en las zonas de mayor eficacia práctica, podrían seguir las complementarias, que enseñaran y difundieran las investigaciones.

Fundar escuelas-granjas o lo que sea, porque son me-

talemente tales y de ellas algo puede aprenderse, sin tener de antemano un arsenal de observaciones, revelaciones y experiencias, que sólo los pueden aportar los focos creadores, es exigirles más de lo que humanamente pueden dar. Al fin se caería en el mismo descrédito de algunas de las Facultades de Agronomía y de Veterinaria, que por lo común han respondido a teorizaciones exóticas y casi nunca se ha llegado a constituir un sistema inductivo y deductivo propio.

De la misma forma que no es científica la solución agraria, sin previa capacidad, no lo serían los establecimientos sin el soplo y la orientación aludida. El aula es imprescindible, pero no la autómatas, de parches y de recortes. Debemos desterrar la noción de que por sí solas pueden infundir vida a las necesidades nacionales. Sin un cuerpo de ideas prácticas localizado, harán más mal que bien, porque aún el campo, que es tan llano, no es parejo y está expuesto a trastornos físicos.

El plantel de enseñanza agrícola, al mismo tiempo que informe y divulgue las adquisiciones fundamentales, debe tratar de ser también moral. No sacaríamos nada en pueblos ganados por la indolencia y por el subterfugio vano de autoengañarse imaginariamente, fingiendo que trabajan cuando lo que hacen es desperezarse, sino atendernos de preferencia al desarrollo del carácter y del corazón, dos cosas que se ha descuidado bastante.

He ahí el problema conciliando en su planteamiento las deficiencias y resabios, adelantando que al apresurarnos a resolverlo, a la larga llegaríamos a tener noción del país que formamos y de la extensión que le sirve de marco y que en la actualidad no vislumbramos sino de una manera bien vaga, reflejísima, por las enumeraciones y descripciones geográficas.

En realidad, solamente inquirendo y analizando un cuerpo es como se puede saber lo que efectivamente es. Todos los países tienen mares, ríos, tierras, montañas, volcanes, siembras, ganado, etc. Pero no todos los han visto e ignoran de cierto la vida que bulle en ellos.

Laborando las parcelas los que son aptos para ello y los que deseen habilitarse pescando en los ríos, lagos y mares, extrayendo el metal de las pequeñas minas, atareándose en discriminar las grandes vetas y costras o chorros, como los de oro y plata, salitre y petróleo, es como al fin podríamos llegar a adquirir idea del suelo patrio.

Como en la ciencia, hay que empezar de lo simple a lo compuesto, de lo particular a lo general, y al proceder así nos identificaríamos con la naturaleza, absorberíamos su savia y al asimilarnos recíprocamente nos sentiríamos más profundos y más poderosos que nunca, como renacidos y fortalecidos por toda un inmensa reserva imprevisible e imprentida.

A la superficialidad y frivolidad que aparejan el vacío, el margen baldío y las entrelíneas de la paralización rural, hidrográfica, aurífera y selvática, seguirían la hondura y el vigor que reportan las fuerzas vivas.

Apresurémonos a darnos cuenta de lo que es el territorio que nos cobija, antes que clandestinamente, por mediación de las iglesias, de los colegios, de los maestros y de los clubs que ya han inundado a Méjico, a Cuba, a las Antillas y en la paulatina invasión han pasado las memorables márgenes del inmenso Bío-Bío, ganando las del Cholchoí y las del Cautín, los tradicionales fecundos ríos chileindianos, terminen por cotejarlo como la palma de la mano los entrometidos capitalistas estadounidense.

El entendimiento íntimo no sólo nos daría el valor fiel y revelaría lo que en realidad somos y estamos capacitados a ser, si no que nos haría sopesar la crudeza y la imposición de la existencia, obligando, aunque sea a la distancia, a gestar nuestro renacimiento.

Deberíamos renovarnos institucionalmente y evitar la ofuscación a que se llegó en el pasado, al extremar la jerarquía y la formalidad, sin reparar que el medio físico, el problema aborigen y la disyuntiva de la constitución ineludiblemente obligaban a la sustracción del formulismo y de la orientación anticuada, de antemano excogitada.

La facilidad de haber logrado la fase política de moda, inundó la idea de la equivalente para discurrirlo y hacerlo todo. Se infirió que en Francia y Estados Unidos había república, Consejos de Estados, federalismo, militarismo y demás, y, sin preadaptación ni graduación, se los implantó y aunque la práctica introdujo múltiples y lógicas correcciones y mutilaciones, siempre se persistió en ellos.

Lo más absurdo fué que los exotismos ya habían motivado reformas en los lugares de origen, y, sin embargo, se mantuvo el injerto, dándose ejemplos de la más peregrina transformación. Así el federalismo argentino no es igual al mejicano, ni al brasileño, y cada cual por su lado ha sentado los precedentes que le ha dado la gana, tales como las peculiares y famosas intervenciones rioplatenses. El unitarismo de los chilenos no es semejante al de los demás, y en tanto que en uno impera la tiranía y la autocracia, en otros las dictaduras, en los de más allá el parlamentarismo, el régimen presidencial, propio de las confederaciones, sin serlo el núcleo, etc., no deja de haber algunos, como el Paraguay, que tienen el velado sistema de elección común de senadores, sin tomar en cuenta provincias, ni zonas, sino mayoría de votos. Se repara que naciones que suman la mitad de los habitantes de la vecina, eligen casi al doble de los diputados que ésta. Si ello fuera poco, se podría anotar que conglomerados que poseen la décima parte de los ciudadanos de Francia, designan la mitad de los parlamentarios que componen el cuerpo legislativo de aquélla y aunque la elección de presidente de la República, allá, la verifica el Senado, aquí se hace por votación directa y la mayoría de las veces por la indirecta, o sea por intermedio de electores que en ocasiones burlan el mandato, proporcionando espectáculos nada edificantes. De ahí al abuso no hay más que un paso.

En reafianzamiento de lo aducido se agregaría que se ha entronizado la burocracia, que asola las oficinas públicas como langostas o las crean para que las estraguen,

habiendo países en que los empleados se turnan por la mañana o por la tarde. De ordinario los miembros de familias pudientes y de influencias, son los que gozan de la regalía, resultando los mejores rentados, sin tener derecho para ello los más, porque o saben desempeñarse a medias o procuran sacarle el bulto a la ocupación.

Todo eso es lamentable, ya que en la metrópoli y en las ciudades del interior hay recargos de canongías. Pero los litorales, las márgenes fluviales, las inmediaciones de los volcanes, de las corrientes, de las cataratas, están desiertos y el campo, el mineral, la salitrera y el petróleo, abandonados y a expensas de un miserable tributo.

¡Ah! No se puede seguir así, y es necesario que logremos la innovación. Empecemos por transformar el nepotismo y el parasitismo y en vez de parapetarnos tras una casa administradora, cobradora y agenciadora de impuestos, uniforme e imponente exaccionadora, procuremos abrirles amplio cauce, premiéndolos de medios prudentes y necesarios para que ganen la costa, el río, el lago, los valles sembrados, la cordillera, el bosque, la galería carbonífera y demás fuentes de producción que demandan inteligencia y voluntad y así logren hacer algo práctico y no dar la dolorosa impresión de que para mantenerlos cada día la hipoteca adquiere mayor volumen con los frecuentísimos empréstitos usurarios.

¡Cómo se va a excitarlos y a promoverlos si por lo general se descuidan las matrices elaboradoras y la penetración de sus respectivos secretos por medio del minucioso ensayo, atendiéndose a constituir únicamente el ejército del empleado público, el óctuplo mayor que el militar y naval y aún del sacerdotal! Para sostener miles de hogares y en ocasiones un millón, o dos o tres, se requiere dinero que, como se podrá inducir por los préstamos, no alcanza a dar las excesivas primas que concurren a empobrecer la sociabilidad, sin contar aquellos sombríos cortejos de jubilaciones y pensiones a cual más arbitrarias, atrapadores y fementidos, de los cuales se ha excluido

siempre con manifiesta crueldad a los necesitados, en especial a las profesoras y ancianas.

El mal está en que de golpe hemos querido ser república, no industrial ni mercantil, sino política, aristocrática, oligárquica y burocrática, precisamente a lo que han logrado llegar, como un pequeño refinamiento, los que nos sirvieron de ejemplo para republicanizarnos, federarnos, presidenciarnos, sin deponer por supuesto las exigencias elevadas para alcanzar el desenvolvimiento perfecto.

En tanto, se ha preferido el Gobierno con tantas cámaras, poderes y ministerios que dan pavor por su fenomenal abundamiento y expedienteo, y apenas se explota la décima parte del área cultivable y las minas y el comercio se han dejado en manos de los extraños. Se ha preferido la Universidad doctoral con Facultades profesionalistas, en vez de crearse la experimental, aplicada y comparativa, basada en los Institutos y Escuelas, tales como los que sugerimos. Por último, se ha concentrado hasta el exceso el funcionarismo, en la multiplicidad asombrosa de oficinas públicas, municipales, federales, judiciales, policiales, etc., etc., sin contar que éstas se superdividen hasta más no poder, fomentando con ello infinitas complicaciones que exigen tiempo y gastos enormes.

El despropósito es todavía más grave si se observa que en colectividades endémicas tales como Haití, Puerto Rico, Santo Domingo, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, etc., ha habido Facultades de Derecho, pero no de Medicina, y menos Centros Bio y Antipalúdicos, ni hospitales en forma, que en un momento dado hicieran frente a las necesidades, aunque fuera de la novena porción de los atacados. En Méjico, en casi los veintinueve Estados, existen Escuelas de Leyes, pero no de Ingeniería, Agronomía, Artes y Oficios, Ciencias médicas y en las demás acontece otro tanto. Sin embargo, los Embajadores, Ministros y Cónsules, pululan por todas partes, quizá para informar respecto a dicho atraso.

Todo lo dicho se concibe y se explica, no como una decadencia o paralización, sino como la natural secuela

embrionaria, que pasando por encima de la auscultación científica, sólo atina a trasplantar y a imitar lo reluciente, sin diligenciarse en crear ni aplicar la inventiva popular. Hay presidentes que se emperifollan en lujosos palacios y se rodean de cohorte ostentosa de ministros, de guardias y funcionarios, con más profusión que en las cortes europeas, en tanto ni siquiera han viajado por el interior que ambicionan gobernar. He sabido de algunos que no conocían la salitrera, otros la ganadería patagónica, los pozos petrolíferos, los ingenios azucareros, los cafetales, los bananales, etc. Siempre que se ha tratado de resolver algo se ha principiado por el consabido Ministerio por la designación del personal teórico y por tal o cual cosa, Bancos, Cajas Hipotecarias, Agricolaganaderas, etcétera, siendo casi una ironía lo de las enajenaciones, puesto que si no se dispone de dinero es porque no se trabaja como es debido. Se podría agregar que sin informaciones, comprobaciones y cotejaciones, no se ha podido hacer nada sólido y no por proyectar ni trastocar oficinas, se llegaría impetuosamente a determinado objetivo, máxime si obramos por impulso y al primer revés nos paralizamos.

La inmigración, la cultura y la interdependencia

Como se podrá inducir, la subdivisión de la propiedad, mediante la experimentación, tendrá que ser una obra lenta.

El aprovechamiento de las demás fuentes de producción, asimismo resultará demasiado tardío, porque primero habrá que fundarse los institutos generales, luego contratarse los especialistas europeos, ya que en la república no los hay, y en seguida procederse a la aplicación y comparación en la observación directa.

La escuela-granja, o como quiera llamársela, será raquítica si al nacer comienza a enseñar lo que no se ha revelado ni practicado todavía. Es necesario no olvidar que dentro de los desmesurados países, hay otros tantos, como así regiones que presentan características especiales. Es corriente creer mucho en la influencia de aquélla sin tomar en cuenta que, reflejo del desconocimiento íntimo del territorio y de la población que lo engarza, porque casi nunca los hemos estudiado, naturalmente ha tenido que bosquejar la retórica y el verbalismo.

El aula ha ido manteniendo sin quererlo la superficialidad, desde el instante que rebotando e inspirándose en lo que le rodea, no sólo ha sido más teórica que americana, sino, lo que es más lamentable, infundidora de intelectualismo en completa yuxtaposición. A falta del conocimiento intrínseco, que se logra al recorrer y analizar determinada zona, los establecimientos han sido restringidamente de instrucción y de una tan extraña que tanto daba como impartirla en la China o en la India, en Yu-

goeslavia o en Marruecos, porque en el fondo era la misma aritmética, la idéntica historia y geografía y las semejantes ciencias físicas y naturales.

Recargada de escolasticismo y aun de dogmatismo, la enseñanza ha atendido más al cerebro que al corazón y las manos, y precisamente, en la situación actual, son la técnica, el trabajo, la necesidad de orden y de disciplina los que deben primar.

La prehistoria, en cierta forma, no es más que el músculo en acción, tanto en la fabricación y el trueque como en la guerra y en la labranza. La protohistoria, casi en el mismo sentido, sigue jugando parecido papel y se habrá previsto que en la colonización, si es cierto que por lo común no se tuvo centros de ilustración, al menos jamás se dejó de poseer la habilidad, la aspiración vehemente de salir adelante.

Ya en la antehistoria son los manualistas y los sentimentalistas los que claman por la mejora, puesto que se laboraba de manera penosa y se sufría demasiado.

Se vocea la Independencia y fatigadas de las imprevistas agitaciones, las ramificaciones, se dedicaron unas a afianzarse, otras a restañar las heridas y algunas a fluctuar sobre el pasado y el presente.

En las que precozmente se perfiló la organización, se señaló la profunda inclinación fabril. He aquí la historia viva del Chile de la postindependencia. Aquél, casi sin que supiera leer ni escribir su pueblo y a pesar de la zona obstaculizadora central, en donde se había enseñado bastante en conventos, creó la minera del norte, la primera del continente. Un cuarto de siglo después se fundó la del sur, la selvática, hacia la cual se desbordaron considerables elementos, desgajando el bosque. Poco después se produjo parecido movimiento en la Patagonia y la Tierra del Fuego, triturándose los hielos antárticos.

Los conquistadores incorporaron un mundo, los colonizadores le dieron vida material y los descendientes argentinos, mejicanos, peruanos, chilenos, cubanos, o salvadoreños, etc., continuaron acentuando el desarrollo.

Es necesario pensar que en toda esa inmensa trayectoria si no se supo deletrear y trazar las primeras sílabas, no se ignoró algo superior para las circunstancias, saber manejar los brazos para disponerse a trabajar y tener buenas miras a fin de sobreponerse a las amarguras y decepciones de la lucha y continuar la difícil tarea con ánimo implacable y valeroso.

Podrá ser cierto que la mayoría de ellos, sencillos por demás, no tuvieron colegios ni aprendizaje.

Pero se estará de acuerdo que poseyeron alguna educación. Esta se reveló en el carácter y en la energía, en el ideal y en la rectitud, y sobre todo en la exigencia íntima de moverse por sí mismos. Era la refleja y la doméstica que se recibe de rebote. Se imagina cualquiera que sin la guerra larga, biseular, y sin la colonia esforzada, obra de la fluctuación enérgica española y aborígen, ¿Chile podría haber abrazado antes que las otras entidades el estado industrial, cuando hoy la mayoría apenas está a la expectativa?

Es que las aptitudes que enorgullecen a los hombres y hacen grandes a las sociedades no se enseñan y a veces el ejemplo resulta opaco, sobre todo cuando se trata de la gestación, en la que antes que los cerebralismos se requiere la acción práctica. Se conquistan, se logran con esfuerzo y pasión, de acuerdo con el impulso colectivo enérgico.

Aquellas en mucho son fortalecidas por la tradición, la cultura, la brega persistente y emocionante que constituyen sedimentos acrisoladores de temperamentos que no tardan, mediante la herencia, en forzar las predisposiciones y con éstas los caracteres que se llaman adquiridos. Ante el plantel acomodaticio, que puede quedar reducido a una oficina administrativa más, como ingrediente de formación contrapesador, tratemos de establecer la escuela viva de la iniciativa y de la empresa.

En una gira de más de cuatro años a través de unos ciento cincuenta ciudades, aldeas, poblados, caletas y campos, he podido darme cuenta de lo que puede esperarse

de la experimentación inmigratoria rioplatense. El hecho me autoriza a resumir la observación directa.

Con once millones de habitantes, Argentina posee una cuarta parte de trasplantados y una tercera de hijos de los mismos. Después de medio siglo y ante los resultados, parece lógico contar con una orientación cierta.

La casi totalidad de dicho monto no sabía leer ni escribir y por lo tanto no tuvo el barniz burocrático. Empecemos por no olvidar el antecedente, puesto que hasta en la mayoría de los que siguen llegando se advierte todavía y con marcada insistencia, y ello no es de extrañar, desde el instante en que los focos son más analfabetos que los centros favorecidos.

Mediante tan resaltante contingente, el país cultiva ahora dieciocho millones de hectáreas, menos de la mitad de las que puede labrar el vecino del Pacífico en su clásica zona feudal, aparte de haber logrado dar cima a una de las ganaderías más importantes del mundo.

¿En dónde está el secreto de tan apreciable potencialidad económica que equilibra en conjunto la del resto de los países suramericanos?

En la fortaleza del músculo que labora y en la bondad del alma que quiere valerse por sí misma y abrirse paso por redoblado esfuerzo propio, estaría la explicación científica de aquél.

Es claro que esas facultades son transparentadas por la incubación de ambientes ya madurados, como el español y el italiano, que de preferencia han impulsado el movimiento. El hecho práctico es que los inmigrados, espuma o sobra, han traído recursos psicológicos exclusivos y acaso excedido de saturación colectiva emprendedora y, aunque aquello fuere cierto, hay que reconocer que son la esencia y el aporte aquí, porque contribuyen a solucionar el problema de la producción. Es posible que no alleguen de inmediato dinero, pero debido a su riqueza volitiva latente cooperarán a acumularlo. La pobreza o miseria de la mayoría de ellos es una condición accesoria, que quizá sea tal en el lugar de origen. En cuan-

ta la posibilidad no es lo mismo, porque se sabe que el viento que quebró el pasado. Si lo positivo es el trabajo efectuado, la readaptación está en razón inversa de lo que temido, importando más el rendimiento por lograrlo que siempre es fecundo. Es probable que las privaciones y sufrimientos pretéritos, frente al momentáneo bienestar, sirvan de contrafuerte y eviten los despilfarros. Debe estar aquí la causa de por qué los extranjeros hacen fortuna rápidamente y es sabido que el que nunca ha padecido hambres no se cuida lo más mínimo de ellas.

Hay que ser justos y reconocer que si España no se desdobló cuando se constituía el imperio colonial, con unos recursos podía hacerlo con un pueblo independiente como Argentina, y en tal emergencia es lógico pensar que el que quería y no se encontraba contento, se marchase a ultramar.

Es innegable que la inmigración, llanamente económica, más que obra oficial ha sido voluntaria, y el Brasil y la nación del Río de la Plata, en las facilidades y las expectativas de los respectivos gobiernos, pasaron a constituir atmósfera y centros apropiados. Por más que haya sido así, debemos reconocer que nos ha caído bien y como lo reiteramos, la superabundancia de la naturaleza, de manera directa en las regiones cálidas, no sólo ha inducido a los seres humanos a estar bajo el prisma de la dádiva circundante, sino lo que es peor, a desperdiciar tiempo y experiencia y no empezar con ello a acrisolar ni acumular los substratums de ejemplares que son atributos de los legendariamente luchadores.

Al expresarnos así, en ninguna forma queremos decir que los países, al menos los meridionales, no han logrado desarrollar alguna energía colectiva.

La han perfilado y ahí están las portuarias uruguayas, argentina y brasileña, la petrolera mejicana, la salitrera, minera y selvática chilena, la cafetalera y azucarera salvadoreña y cubana, etc., para demostrarlo.

Lo que hay es que se ha hecho de manera tan lenta y

confiando demasiado en los extranjeros constructores y elaboradores, que la nación se ha reservado una participación muy tenue, cuando no por medio de sus llamados dirigentes en toda clase de inexperiencias y confusiones, ha perturbado y malogrado muchos propósitos.

Es claro que algo se ha realizado. Pero no todo lo que en verdad se estaba sindicado y a ciencia cierta se observa que se derrocha mucha palabrería y ceremonial y se ejecuta escasamente.

En el foco mismo no se comprendería tal hecho, porque se ha estado acostumbrado siempre a lo mismo y los seres están casi mecanizados. En prueba de ello se podría agregar que siguen como si no hubiera de qué preocuparse. Es necesario penetrar las leyes de desenvolvimiento social, viajar, estudiar y luego comparar y analizar para llegar aproximadamente a la verdad. A los políticos no les pidamos nada parecido, porque ellos, en razón inversa del bullicio y de la agitación personal, guardan una espantosa calma funcionaria y a veces trafican con las dolencias nacionales.

Por otra parte, no hay que olvidar que los pueblos, por propio despliegamiento, progresan, y el atento estudio del fenómeno demostraría que lo que a veces es predisposición psicobiopsicológica de crecimiento, lo achacamos a disposiciones circunstanciales que no han tenido otro mérito que coincidir con la transformación. Así un ferrocarril o una dársena, como en todas las regiones del planeta, los demandan las presiones interdependientes. Por lo general se los delinea y se los termina cuando la vía está expedita, la senda encauzada y el impulso superior barre con los diques.

La energía de una república, si es que se ha desarrollado inconfundiblemente, se reconocería tal como en un Debe y Haber de nueva usanza en el consiguiente aprovechamiento o despilfarro. Si en el primero hay sobra de nepotismo, burocratismos, parasitismos y tropelías y en el segundo alguna que otra obra pública, pequeña vía férrea y marítima, débil puerto y edificación escolar, al

instante se presentará que no hay ni ha podido brotar esfuerzo, sino más bien una marejada que de continuo ha ahogado los ímpetus nobles y productores. Si aparte de lo dicho se aprecia que la maniobra administrativa no responde a pretensiones de organización, ni de elaboración generales, sino más bien de acomodamiento y partidismo, al instante se comprenderá que en vez de propiciar el aumento de la labor, se ha desviado y aún disminuido al realizarse poco de trascendencia. Hay que reconocer que un peso muerto para una nación novicia equivale a engrillarla, ya que es difícil o casi imposible seguir adelante si se tiene en el camino toda una mole absorbente y restringente.

En los conglomerados, sin muchos preámbulos se podría llegar a la conclusión que ha predominado la fórmula penosa del Debe y con dolor el Haber podría cargarse al capitalismo desvinculador. Con melancolía se repara en gobiernos que siguen a algunas dictaduras europeas, recientemente fenecidas, con miras constructivas materializadoras. Todo estaría bien, ya que aquí casi lo más hay que hacerlo. Pero el error está en que mientras ahí se ha recurrido a los recursos propios, en las zonas bisoñas, afanosas de deslumbrar como antaño, no se ha dudado en implorar los humillantes empréstitos. Así no tardará en llegarse al enrevesamiento, puesto que lo que por un lado se gana, se pierde por otro en múltiples complicaciones que se sucederán. Es desgarradora la impresión, máxime si las fuentes de producción podrían dar pingües rendimientos y con ello evitar en el futuro un lastimoso espectáculo. Sería una obra excelente que el adelanto no fuese como prestado, sino expresión íntima del anhelo de resurgimiento con medios exclusivos.

En las repúblicas lo que se cree paradójal en mucho se explicará por el período de gestación, en que se atiende, faltos de tradición y de contrapesos honestos soliviantadores, al menor esfuerzo, sin percatarse que con serio riesgo para lo venidero, se ha extremado el desliz, constituyéndose un estado crónico, del cual se podría salir re-

curriendo solamente a una poderosa tonificación, tal como en la mayoría de las sociedades.

Por la historia sabemos que todos los superorganismos han sido inmensamente cruzados y que los más aptos para asimilar las influencias exteriores, son los que han progresado con mayor seguridad. Esta experiencia, depurada al través de los siglos, hace inducir que lo de la raza derecha y cerrada es un prejuicio y que primero hay que atender a refundir la nacionalidad que es al fin la que la da. Ni los que están ni los que vienen son propiamente células apropiadas, porque todos tendrán que ser acrisolados y después de larga absorción es posible que surja un producto definido.

Aquella no es una consecuencia de la sangre ni del exclusivismo, sino de la cultura, del sentimiento y de las creaciones y es lógico pensar que ambientes embrionarios no la puedan lograr todavía, ni que inmigrantes que por lo común son meros braceros, quizá al grupo más distanciado y menoscabado, resulten los regulares depositarios.

Por eso, a los que llegan de lejanas tierras en busca de trabajo y de porvenir, no debemos mirarlos ni como representantes de una civilización ni como personificaciones morales, sino como en realidad son, rudos aportes manuales que de ordinario merecen educación y disciplina. Ello es indubitable, ya que seres aporreados, víctimas de circunstancias morbosas que buscan sacudirse, no pueden equivaler más que a un agregado. No por ser alemanes, ingleses, italianos, o españoles, con el trasplante revelarán las condiciones de los compatriotas cultos, porque el perfeccionamiento las más de las veces es obra individual y no maquinal. Por el contrario, entre aquellos, hay algunos que arriban con la prevención que estos pueblos siguen siendo manadas de indios, a los cuales fácilmente se puede explotar, si no con las fuentecillas de vidrios de colores, con sus mismas deformidades, vicios y torpezas y aún candideces.

La consecuencia aludida no es culpa, tampoco, de ellos mismos, sino más bien de las indolencias e ignoran-

cia de los gobiernos, que no cuidan como se debe de la moralidad interna y todavía se autosugestionan con la extraña especie de que todo lo extranjero es mejor, sin tomar en cuenta la calidad, las aptitudes y la idiosincrasia de cada cual.

De ahí que por haberse seguido tan peregrina tendencia, hay países novísimos que son verdaderas Babels. A despropósito tan grande se suman los deslices, y ello es natural, lo vacilante hay que afianzarlo con lo homogéneo y en ningún caso conturbarlo más con lo heterogéneo.

La inmigración es un problema y no una cuestión de abrir la compuerta y que los braceros se acomoden en el campo así como lo hacen los bueyes. Es prudente someterla a un plan científico.

En países en donde la familia deja mucho que desear, hay que comenzar por fortificarla, atrayendo las más que se pueda y no, salvo pequeñas excepciones, dar margen a esa oleada de célibes amargados y aventureros sin arraigo que han asolado las urbes. He aquí la primera preocupación.

En seguida habría que atender a la preadaptación. Este factor es capitalísimo, ya que es necesario no forzar demasiado el cambio de ambiente, debiendo al efecto excogitarse las regiones más aptas.

En todo el trópico hay lugares frescos y aún helados como los Altiplanos y las estribaciones cordilleradas colombianas y mejicanas. Aunque no son abundantes y el nativo no los ambiciona mucho, parece natural que sean el campo señalado de antemano para los transplantados.

Otra causa que sería elemental no desconocer, es no echar en olvido a los criollos y sus familias, procurándose por diversas iniciativas culturales, técnicas y productivas, de que no se queden a la zaga de los preadaptados y formando algo así como un forzado apéndice.

Es justo reflexionar que el labriego recién llegado, al vincularse a la tierra nueva, le lleva enormidad de ventaja al nacional, que lo es a medias, está en camino de

serlo y es contrariado por relajaciones y resabios. Esta desequivalencia, si no se atiende desde el primer instante, acarreará funestas consecuencias y a la larga podría advertirse la suplantación con todo el abominable cortejo de odios, envidias y divisiones.

El inmigrante implica la necesidad de trabajar y por ende no puede excluir al regional y no hay que incitarlo con la idea de que él sólo satisfaga las exigencias productoras y los otros queden librados a la aventura. Si se hace venir braceros, parece lógico que al mismo tiempo se aprovechen o se trate de capacitar a los que existen en el país, porque de lo contrario el ideal de mejoramiento queda subvertido a una noción simplista. Esta radicaría en que con ser europeo ya está todo arreglado, ignorándose que en el Viejo Mundo, a excepción de las grandes nacionalidades históricas, las chicas y aún algunas desmesuradas como la rusa y la austriaca, cobijan elementos populares parecidos a los de las más adelantadas zonas septentrionales americanas. Además, se agregaría que no basta la procedencia si a ésta no se le aparecen nociones de moralidad, de lucha y de sacrificio, pudiendo adelantarse que en las repúblicas de más fuerte inclinación inmigratoria, algunos plebeyos italianos, turcos, esclavos o lo que fuere, no difieren en mucho de los argentinos, chilenos o uruguayos. Ello es el resultado de la más amarga decepción, puesto que la riqueza no se encuentra al alcance de la mano y para lograrla se requiere preparación, instrucción y esfuerzo perseverante.

El aspecto cultural no hay que descuidarlo, porque no vaya a ser que se lamente lo que no tardará de hacerse en varios focos que a raíz de la gran guerra abrieron sus puertas a cuanto elemento participó o huyó de la misma, los cuales, en las peores y más desgraciadas condiciones, cuando la atmósfera de crimen, de robo y de degradación no sólo los había dominado a ellos, sino a casi todo el mundo, se sumaron al vacilante núcleo. En tales circunstancias no sería raro que transmutándose abrumaran con hechos anómalos, en absoluto desconocidos,

tales como la irrupción del proxenetismo, de la trata de blancas, del asalto, del asesinato y de la aminoración de la tradicional hidalguía y pureza hispanoindia, con todo el tropel de abusos, falsificaciones, bajos instintos y falsedades sin cuento. Aunque el chaparrón tiende a pasar, todavía rebotan algunas deficiencias. Los hijos, nacidos y criados, bajo la saturación depredadora, han sido peores que los padres, por más que hayan visto la luz en América y ello es conducente, por cuanto por la inexperiencia, la ignorancia, la falta de cálculo que dan los años, se mostraron como caballos desbocados, arrollando los débiles contrapesos del medio enclenque, al que creían de hecho pertenecer, por connivencia, exagerando y siguiendo al pie de la letra lo que veían a su alrededor, deprimido por sus mismos progenitores. Pasarán muchos años, quizá algunas generaciones, sin que se pueda lograr la depuración completa.

El hecho no es de sorprender, ni ha acarrear la protesta, puesto que en toda cosa que se empieza a experimentar se va casi en tinieblas y solamente a la larga se vislumbran los resultados, los cuales deben servir de enseñanza. Sin el laboratorio viviente argentino, por ejemplo, los demás pueblos, impávidos y desorientados, estarían expuestos a caer en abominaciones, y ahora que tenemos el hocico espoleamiento, podemos proceder con más cautela. Así es como progresa la humanidad, por más que se desgarré el corazón motor, para que los que vienen encuentren la senda trazada.

Aprovechando las dolorosas sacudidas, intentemos proseguir, no obstante las crueldades del camino, empeñándonos en implantar la inmigración como aspiración nacional muy cara de satisfacer y a fin de cumplir uno de los más profundos postulados sociológicos que, al igual que la variabilidad y transformación de la materia, presupone el mayor cruce y con él, la más suprema mutación, para lograr el más amplio desenvolvimiento.

De la misma manera que el más intenso acopio de ideas de todos los países de la tierra, forman la cultura,

el más poderoso acrisolamiento de razas hace surgir otra más lozana y vigorosa, en contraposición con los estancamientos que se manifiestan en la repetición y prolongación invariable de los mismos fenómenos.

La convulsión mejicana, el caudillismo electoralista argentino, la oligarquía y jerarquismo chileno, el enervamiento centroamericano, la mansedumbre venezolana y peruana, etc., después de tantos años, ¿a qué se deben si no a la paralización motivada por la falta de renovación y de tonificación biofisiológica? En verdad, desde la prehistoria y a pesar de la gestación de la protohistoria, cobraron mayor vigor las tendencias, que con la república terminaron por exteriorizarse desembozada y desplazadamente.

Es probable que la infinita extensión del período antiguo se deba a la carencia de roce y a que no se logró la compenetración racial, y a que las luchas y el odio al extranjero lo abarcan por completo. Las tribus casi desconocieron, al menos las apartadas, la mezcla en regular escala, y es posible que debido a ello se desplegaron tan poco, unilateralizándose demasiado en el culto y en la guerra.

En la colonización, el entronque hispanoaborigen dió un vuelo inverosímil al perfilamiento de una humanidad nueva, y se puede decir que de la fusión de dos razas salió el producto embrionario actual.

Se estabilizan como pueden las repúblicas y por más que no se salió de las modalidades incipientes, las agrupaciones no atendieron al principio fundamental al que debieron el amalgamiento. Si fueron producto de la fundición, era imprescindible que hubieran seguido haciendo aleaciones. En realidad, los pueblos del sur han logrado pequeña porción, pero sin procedimiento científico y dejando que los componentes se las arreglen como puedan.

El hecho es tanto más incomprensible, cuanto más urgían el sedimento las entidades por sus condiciones gestadoras, y es sabido que las estructuras novísimas que

están más pendientes de las leyes físicas, por su precario desarrollo mental, son las que más las precisan.

La mezcla no sólo es renovación, sino lo que es más valioso aún, una poderosa adaptación a la naturaleza que demanda la variedad y la modificación constante, y es claro que seres flamantes son a la vez otros espíritus, inclinaciones y tendencias que ayudan a remover el substratum, a equilibrarlo y a la postre a depurarlo.

Cuando no se procede así, no es absurdo que se vestigien con hosca y terrible monotonía diversas causas con idénticos efectos, ni más ni menos que la eterna agitación mejicana y el perpetuo jerarquismo y oligarquismo chileno, dos situaciones casi yuxtapuestas.

Es explicable. Como en la química, si no se revuelve el producto siempre será el mismo y si se le agrega otro, de los dos forzosamente tiene que salir un tercero.

He ahí la acción del acrisolamiento de otras tonificaciones mediante las migraciones y claro que para lograr el más adecuado objetivo hay que proceder con mesura, con rigor positivo, meditándose y estudiándose un plan.

Así, por ejemplo, aunque por un lado se perdiera y por el otro se ganara, habría que excogitar la incorporación de los elementos más en contraposición con la paralización ambiente. A un conglomerado como el mejicano le convendría un aporte considerable de alemanes, en ningún caso de rusos, ni de turcos, porque así el elemento culto de fuera lograría cierto equilibrio. A los centroamericanos les vendría bien otro tanto, conjuntamente con las razas nórdicas, ya que la asimilación de fuerza de tales quilates despertaría las iniciativas y quebraría la secular apatía, más potencia tradicional inerte que secuela de pobreza, grosería o desorden. A los argentinos, en vez de los numerosísimos italianos más le hubiera valido un buen contingente de germanos y a los chilenos, por la enormidad de éstos, quizá habría aparejado mejores consecuencias un reparto cuantitativo, dada la índole jerárquica de los mismos que concurrieron a agravar la del medio. Decimos tal cosa porque

dichas contribuciones, debido a la descendencia, han dado algún coeficiente político que ha alborotado en extremo en la región rioplatense y aquietado sin motivo conminador la del Pacífico. El suceso no es de asombrar supuesta la idiosincracia de los centros y el temperamento de los adventicios.

Es muy paradójal el hecho de que en tanto se inyectan energías con las materias primas y aún se abona la tierra del mundo con el salitre, no se ha atendido a realizar algo parecido primero con lo propio. Por eso debemos empezar por establecer el superorganismo y es probable que en los afluentes humanos fertilizadores encontremos un buen ingrediente.

Pensemos que por encima de los kilómetros cuadrados de superficie, debieran interesarnos los seres que los trabajan, advirtiéndose que las inmensas extensiones estériles no valen casi nada en comparación con la diminuta que produce y demanda el sacrificio.

No hay que alarmarse porque el transplantado rebalse la medida, aún copando al nativo, ya que una naturaleza tan fuerte y poderosa como la americana, asimilará las influencias más disímiles y valiéndonos de la prehistoria podemos agregar que los clanes, no obstante la endeblez, acordes con lo que les bordeaba, revelaron condiciones específicas. En la protohistoria se observó algo parecido, porque en realidad medio o un millón de hispánicos no podían así no más transformar a quince millones de aborígenes, y por más que éstos fuesen tales es innegable que por el volumen, enorme coexistencia, tuvieron que demarcar. En prueba de ello se indicaría que hay casi un tercio del continente en el que el primitivo y sus lares permanecen todavía intactos.

Nuestras sociabilidades atosigadas con culteranismo presuponen que solamente a los golpes de las ideas se transforman los pueblos. Pero una minuciosa cotejación de los hechos comprueba que antes que las especulaciones prevalecen, sobre todo en la gestación, los instintos y sentimientos de la especie, vale decir, la conciencia de

la misma. Una reafirmación de lo dicho se encontraría en toda conquista o colonización que se logra no por la cultura, ni por los hombres preparados directamente, sino más bien por espíritus de ordinario medianos, poseedores de alguna aptitud, sin que por ello dejen en algunos momentos de conciliarse los reflejos. Tan cierto es lo expuesto que se podría colegir que a pesar de todos los adelantos mecánicos y técnicos, el pueblo sigue en las de siempre. Y es natural, porque primero hay que tratar de preadaptarlo. Sin ir más lejos, es el aspecto de los campesinos que han visto introducir la maquinaria, el motor, la electricidad, el ferrocarril, etc., y que, sin embargo, con pequeñas variantes, siguen siendo siervos de la gleba.

Es cierto que en vez de la transportada prende más hondo la evolución que brota de la conjunción del individuo y su radio, de las características y necesidades habituales. De ahí que se vislumbren zonas que por siglos de siglos han cambiado de mandatarios, hasta que al fin, se reintegran como pueden a la antigua soberanía.

En una nación en ciernes no importará qué elementos pasarán a engrosarla, porque como razón antropológica de la lucha de grupos interesa tener fibra para no ser suplantado. Los seres que son el último eslabón de la inmensa graduación zoológica, no pueden sustraerse a los conflictos, los cuales priman como fatalidad en las colectividades.

A fin de hacer frente a los rozamientos y encuentros no hay nada mejor que el regular o gran volumen, porque así se tiene solidez y se puede resistir con éxito a todas las miserias extrañas. Un conglomerado débil es factible de ser subvertido por el más fuerte, y tanto peor si es vecino.

Como alto propósito de estabilización y consolidación, no hay nada mejor que la densidad de población, que es la que suministra medios de defensa y ataque, de desarrollo y afianzamiento.

Las entidades primerizas bajo la prevención de extranjerizarse, olvidan que pueden sufrir doble mal, tal

como la infiltración plutocrática. Entre uno y otro riesgo es preferible correr el menor, por más que se sabe que la inmigración no es una fuerza cultural ni moral, sino latente, potencial, en la manualidad, que seguirá la oscilación que le imponga el ambiente de adopción, desde el instante que viene a trabajar y por ende a preadaptarse.

No debiera desconocerse que a una nacionalidad, obra de milenios prehistóricos y de siglos antehistóricos, no la socavan así no más elementos que se locupletan y que están expuestos a la diferenciación de la naturaleza. Mientras el hijo crece y se hace padre, el progenitor ya ha cambiado, porque la sociedad que lo formó padeció la misma alteración.

Por eso, a similitud de los pueblos antiguos, no debiera importarnos de dónde vengan ni quiénes serán los que formen las modernas poderosas repúblicas, sino el hecho supremo y magnífico de lograr algo digno de la mayor eficacia, la civilización propia, porque así de plano se sustrae a evidentes anomalías.

Estados Unidos al elevar considerablemente el monto de sus habitantes, mediante la migración, logró consolidar el más vasto poderío económico. Si las Antillas, regularmente pobladas, y Centro América, al igual que Méjico, en una proporción mínima, escasísimamente, a su vez se hubieran esforzado en hacer otro tanto, es probable que la densidad más de alguna vigorosa resistencia habría opuesto a la mole que se erigió ante la somnolencia general. Las consecuencias debieran dar el grito de alarma y obligar a meditar a los lugares intimidados.

En el extremo sur, Argentina y Brasil, siguiendo la inspiración yankee, han desplegado las alas, en tanto que los vecinos están, unos a la expectativa y otros, los más, en el marasmo.

Mientras las poderosas naciones del Atlántico, que son todavía las más habitadas, crecen en forma prodigiosa, las demás, no obstante la reducción numérica, parece que no han sido conturbadas y vegetan somnolientas. Es un gravísimo error, puesto que los populosos conglo-

metados tienen que serlo aún más y con una considerable ventaja. En tanto la población de éstos se presenta más sana y más robusta, debido quizá al desahogo económico, la de los otros, por la pobreza y las restricciones, se observa más entabada. Lo cual es lógico que tenga sus desviaciones. Y no sólo eso. Todavía hay algo más complicado y es el hecho de las legiones de paraguayos, peruanos, bolivianos, venezolanos, colombianos y ecuatorianos que salen de sus lares en busca de las mejores condiciones del vecino. He aquí un síntoma pavoroso, de algo así como una inversión de posiciones, funestísima para el foco afectado.

Lo antedicho en manera alguna podrá comprender la preeminencia y el anhelo de sofrenarla, sino la sana aspiración de que los núcleos retardados se apresuren a nivelarse y así contribuyan de manera majestuosa al progreso de este hemisferio y, por lo demás, eviten en el futuro contingencias que ya sería tarde evitar. De la misma manera que varias fuerzas equivalentes, mediante la emulación, siempre tienden a aumentar recíprocamente de potencialidad, la masa es fatal que oscile hacia el desplazamiento. La desmesurada riqueza, en relación con la pobreza circundante, no tarda en aparejar la insinuación, y si no díganlo las Antillas, que cada día se despueblan, y la mártir Centro América, de la cual tres repúblicas juntas no han logrado tener el monto de Haití, ni de Santo Domingo, no obstante la condición insular y las diezmadoras canículas que aislan y atajan. No debiera olvidarse que las naciones, por pequeñas que sean, al dejarse ganar la delantera, alientan el auge colindante y a la larga tienen que padecer la absorción que acarrea múltiples trastornos. El ritmo social es despiadado y no se compadece de las lágrimas de sangre, ni de las libras corporales perdidas a causa de las hambres de los pueblos. En el trópico suramericano se empiezan a advertir ya las infiltraciones de las agrupaciones templadas y más densas, en las más exhaustas y encajonadas. Así, por ejemplo, podríamos citar a Argentina, extendiendo al

Paraguay los ferrocarriles, la luz eléctrica, los teléfonos, las carreteras, la pavimentación, la banca, las operaciones comerciales, etc. Chile, por su parte, hace otro tanto con Bolivia, de cuyos minerales el treinta y cinco por ciento pertenece a las compañías nacionales.

Las sociabilidades embrionarias, al igual que las jóvenes que están rodeadas de encrucijadas, ante toda clase de peligros inherentes a la menor edad, a la debilidad de la lactancia, están en la obligación de escrutar el porvenir y lanzarse a correr los azares menores.

El mundo moderno, así como se industrializa y mercantiliza, de idéntica forma se vuelve interdependiente y hasta arrollador, y en tal inclinación, sin precedente en la historia, le secundan todos los prodigiosos adelantos mecánicos de las vías marítimas, aéreas y automovilísticas.

Aunque así no fuera, hay que pensar que cada época representa una sorpresa, en especial para los focos promisorios, y si en el pasado no se fué tan anheloso de inmigración, ni de colación, eso no quita para que en el presente se proceda de otro modo.

Todas las repúblicas, aún las minúsculas, tienen sus problemas propios que pueden resolverlos, no siguiendo las modalidades pretéritas, sino las que están en consonancia con el momento psicológico, ya que todo cambia imperceptiblemente.

Si en la hora actual se atiende al impulso rítmico económicoagrario, mediante la explotación inmigratoria, ningún pueblo debe quedarse atrás y creer que está solo y entregado a su real gana. Al imaginarse tal despropósito, cabe pensar que ante la saturación universal de interdependencia, una patria mientras más aislada y más engreída de suficiencia se sienta, porque se encastilla en las cuatro paredes de sus montañas, más expuesta está a padecer los efectos de la vorágine.

Las islas y las costas de los países abandonados, librados a sí mismos y que nunca trataron de romper los exclusivismos que recordaban a las tribus, han visto soportarse otros más implacables.

Por eso debemos buscar los pulmones del mundo, para que de una vez empecemos por ser fuertes de veras, hagamos producir la tierra y con ello fortifiquemos lo que nos rodea, a fin de que no nos vaya a ocurrir que en la infinita llanura desierta nos crean abejorros muertos de hambre y dispuestos a pactar por el estómago. Con generosidad y buena fe siempre tendremos braceros, por más que escaseen y las naciones no tarden en disputárselos. A mayor liberalidad, honestidad y decencia nuestra, es incuestionable que seguirá creciente interés y aspiración de atender el llamado. No pretendamos que con sólo obsequiarle un palmo baldío, casi lo que no nos sirve, se vaya a transplantar a nadie. Si no comenzamos por brindarnos para que en seguida hagan otro tanto con nosotros, es posible que el trópico quede como está, o sea asimilado por la plutocracia imperialista y nunca tendrá las contribuciones que necesita. Las regiones cálidas, las más obstaculizadas por los rigores de las canículas, puede que logren comprender que serán las menos preferidas, y en tales aprietos no resta más que empeñarse por proporcionar las facilidades contrapesadoras. Que a la brutalidad del clima se antepongan la bondad, seriedad, ayuda y correlación de los gobiernos, reflexionándose que salvo las alturas y los lugares frescos lo demás que queda son sitios que fluctúan entre cuarenta y cuarenta y cinco grados a la sombra. Un verdadero horror, algo así como una cremación a fuego lento, acompasado e interrumpido.

Es probable que tal como están en la actualidad los parajes calientes, serán pocos lo que se atreven a bordearlos, porque es un heroísmo sin segundo penetrar en una atmósfera languideciente y sufrir las enervadoras oleadas ígneas.

Pero si como problema de vida o muerte se procede desde luego a higienizar, a reprimir los vicios, a arborizar las ciudades, aldeas y haciendas que estén desguarnecidas, para resguardarlas del fiero estío, a implantar la química alimenticia y refrigerante adecuada, a prescri-

bir la gimnasia, el confort y las prendas más cómodas de vestuario, a subvertir el latifundio repartiendo parcelas y con éstas, abriendo caminos, carreteras, prolongando los ferrocarriles, construyendo puertos, abrazando una metódica política comercial y fabril, es innegable que al monstruo se le hiera de muerte. Es probable que aquél que por la incuria ha estado sacrificando víctimas, al fin obtenga también su debida retribución diezmadora. No deja de ser penoso el hecho de que en tanto los ríos son abundantes, anchurosos, cristalinos y correntosos, el desaseo se enseñoree y de que siendo la selva opulentísima, las capitales casi no tengan una avenida o bulevares, esencialmente forestales.

Simultáneamente con la gran incorporación humana muscular, debemos verificar la científica, para que así la ilustremos, la hagamos más apta y sirva mejor las perspectivas de mejoramiento.

No olvidemos que la inmigración, aparte de conocimientos técnicos, requiere también darse cuenta del país a que ha venido a sumarse y en tal disyuntiva es un deber moral educarle.

Por eso es imprescindible la fundación de los Institutos generales de Biología, Geología, Meteorología, etcétera, para pronto tener razón del origen, proceso y desarrollo de la vida animal, vegetal y mineral y completarla con los estudios de higiene y salud pública, de cooperación y solidaridad, logrando así encaminarnos hacia la cultura. Esta no es cuestión ni de postular escuelas, ni de tener maestros, ni de intelectuales, sino una función sana, que exige, desde el fundamento a la cúspide, informarse y comprender lo que nos rodea, nos puede ser útil y nos servirá para transformarnos.

Así, al fin, se compulsarían los bienes y los males, los atrasos y adelantos, las inercias y las repulsas, que darían la sensación exacta de lo que debe hacerse y modificarse. La comprensión cabal nos la darían los estadistas con enjundia que ahora no poseemos, porque desconocemos el motivo y relaciones psicobiopsicosociales en

que procuran maniobrar, no siendo raro que siempre se les encuentre parapetados de exotismos y de reflejos de dudoso gusto. A aquéllos seguirían los sociólogos, los geólogos, los biólogos, los meteorólogos, de que adolecemos, porque no nos hemos preocupado de analizar lo nuestro, y huelga decir que sin el saber positivo, directo e inductivo, bien poca cosa experimentalmente se puede realizar. Lo expresado no debe conturbar a nadie, ya que si apenas tenemos labranza y lo baldío es común, con mayor razón desconocemos la múltiple vida que nos circunda en los compatriotas, los extranjeros, los vegetales, los peces, los minerales, los volcanes, las corrientes de los ríos, las mareas, etc., y con sobra de causas carecemos de vías marítimas, fluviales, ferroviarias, de carreteras y demás engranajes circulatorios. Se aduce que todo esto es la resultante de la paralización que entraña lo acaparado y lo desvalorizado por la codicia y la ignorancia.

El perfilamiento intelectual presupone el acopio de impresiones y la comparación y es natural que iniciemos la obra desbrozadora por el institutominoría. No debe olvidarse que es una escasa porción la que indaga, medita y aplica y el acervo mental ha sido el fruto de los núcleos excogitados.

Es bastante raro que se haya prestado la más preferente atención a la escuelamasa, en tanto que se ha descuidado por completo el laboratorio, la biblioteca y el centro superior.

Al actuar así se ha partido de un principio anticientífico como lo es el absorbente tipo de aula primaria memorialista, imaginándose que de los niños y jóvenes instruidos puede brotar el caudal que necesita la patria semianalfabeta o los semiletrados indiferentes.

Lo sociológico habría sido al revés, que primero se hubiera prestado mayor atención a las instituciones que en verdad podrían crear la clase o la minoría capacitada, que luego constituirían la tradición, sirviendo con el ejemplo de efectivo contrabalanceo.

Sin aquéllas, ¿qué orientación, qué impulso llegarían a tener las sociabilidades?

La Universidad no ha bastado, porque restringidamente ha atendido al profesionalismo, y los pensadores y sistematizadores que han trabajado por su cuenta, han sido pocos y son escasos los que alcanzaron a llegar a la meta.

¿Cómo entonces se autodirigiría el establecimiento escolar sin elementos prácticos?

He aquí la causa del verbalismo y de la retórica de que se los acusa y es necesario adelantarse que con tal o cual agrupación industrial o de granja ni siquiera se aproxima a la perspectiva de solución.

No sólo hay que empezar por las corporaciones básicas, sino al mismo tiempo que se hagan fundaciones semiagrarias, se levanten otras tantas ictiológicas, si el país también es marítimo, mineralógicas si es minero, veterinarias si es agropecuario. En una república pueden darse la mano las mayores actividades y exigirse los modelos más disímiles, y no hay que paralogizarse con el campestre, puesto que el cultivo es la tarea más embarazosa y menos compensadora.

Por eso, antes de preferir tal o cual organismo, espere diez años para comprobar lo que se ha inquirido, y si hemos pasado más de un siglo en puros proyectos y contraproyectos esterilizadores, se piensa que ahora es prudente al llamado de la evidencia.

La enseñanza manualista además de necesaria debe hacerse obligatoria, al igual que en Alemania, para que así aprovechemos las construcciones para algo concreto, formando agricultores, piscicultores, cañicultores, veterinarios, hornicultores, avicultores, químicos, físicos, ensayistas, meteorólogos, higienistas, arboricultores, etcétera, etc. No es exagerado lo que adelantamos, ya que los padres, fastidiados de la superabundancia cerebralista, no dejan concluir los estudios a sus hijos, como se está viendo con frecuencia en las fincas, en los poblados y en los suburbios. El colegio primario no debe desatenderse, pero tampoco monopolizar la preferente atención de los gobiernos populacheros, ni olvidar de inspirarse en los descubrimientos regionales. Por su parte, podría coope-

rar en la obra fundamental de volver a la mayor cordura, mediante la apreciación intrínseca, deponiendo las falacias y las hipérboles y vigilando para estar a tono con la elemental inclinación de educar, valiéndose de los mejores y más reconfortantes estímulos.

La lección refleja y autosugestiva influye bastante y predispone al niño a la existencia elevada de la acción y producción, y en vez de seguir manteniéndose escuelas-masacárceles, habría que tratar de tenerlas al aire libre, o a base de excursiones a las montañas y mares, visitas a los museos, a las ciudades vecinas, a las principales fábricas, a los más notorios asentamientos mineros y agrícolas, etcétera. La cuestión es alternar la pasividad asimiladora del banco escolar con la actividad observadora y reflexiva del movimiento.

Si las agrupaciones no han crecido así como van, quiere decir que no les resta más que depurarse, volviendo a las fuentes perennes. Como factor de retroceso también tenemos el localismo, al que debe suceder la interdependencia, que aunque no la provoquen, no deja de sufrirse al menos en la moralidad.

Los enervamientos del vecino, en la global caracterización y en los malentendidos que provocan, han repercutido lejos. En Estados Unidos, por ejemplo, el vulgo imagina las sociedades del sur del Río Bravo por lo que ve en las Antillas más atrasadas y en la frontera mexicana. Los indohispanos se creen asimismo depositarios de virtudes y males semejantes y es corriente que ni entre los limítrofes se tenga una idea aproximada de lo que es cada una. En Argentina no se sabe casi lo que es Chile ni el Paraguay y viceversa. Peor todavía a mayor distancia, porque los septentrionales no comprenden el momento actual de México, ni éste el de aquéllos. No se ignora que una revolución perturba la elaboración del petróleo y con ello, si no hay reservas suficientes, sufre retroceso la mecánica austral. No se desconoce tampoco que la del Plata provee de carne frigorífica y de ganado y no quita que las otras lo hagan por su cuenta.

Pero lo esbozado, que es esencial para despertar la emulación, no ha sido hasta ahora encauzado ni orientado.

Empezando por las historias locales se comprueba que cada república ha vivido como si estuviera sola en el orbe, por más que desde la prehistoria se sufriese la vinculación. Las simultaneidades y relaciones no se estatuyen, prescindiéndose de la coexistencia económica y deponiéndose lo circundante, so pena de falsear los hechos y trazar una crónica que no es verdadera.

En la prehistoria no se invocan las fluctuaciones compenetradoras y en la antehistoria no se inducen las equivalencias que provocaron la Independencia. En los tiempos avanzados republicanos no se demuestra la correlación nacional y no se exponen los resultados de la marina mercante de cabotaje, ni el intercambio comercial que de Chile parte al Perú y rebota a Panamá, ni las consiguientes actividades de Argentina con Uruguay, Paraguay, Perú, Bolivia, etc.

Todo eso que es primordial y responde a la elevada comunicación, ocasiona muchos perjuicios, prefijándose las consecuencias en el aislamiento moral e intelectual en que viven las naciones y la guerra fiscal que se hacen por lo bajo los gobiernos.

En el sur hay tantos tipos de monedas que cualquiera se imaginaría una asonada metálica en donde hubiera interés especial de darse unas contra otras las cabezas. Y lo peor es que centros que dependen del exterior por los cuantiosísimos capitales extranjeros y por la inmigración productora, han subido demasiado los puntos, forzando un tanto las posibilidades internas. Otros hay que reducidos, de escasa población y territorio, sin tener muchos valores adquisitivos y relacionadores, lo han colocado casi a la altura de los de mayor potencialidad, sin percatarse de la tensión de las operaciones y del consiguiente encarecimiento de la existencia.

En el Norte y en el Centro hasta hace poco existía algo semejante.

Pero los Estados Unidos, afianzando sus miras, han

uniformado los cambios, y así, en tanto que en las Antillas, Panamá y Nicaragua, la moneda nacional es el dólar, en los otros países, inclusive Méjico, es el medio flem, fijo e inalterable.

Además, han seguido una intensa tendencia mercantil de unificación metálica circunvecina, por más que hayan despeñado a la ruina a algunos pueblos afectados y a otros los estén disolviendo. En Nicaragua y en Panamá, en Cuba y Haití, por ejemplo, la pobreza y aún la miseria, no obstante la apariencia abultada momentánea, ha provenido de la imposición de una monetización alta que no se ha podido mantener sin las mayores calamidades. Era lógico. A precarios medios de producción, no podían responder excesivos precios, que han contribuido a dificultar y hacer casi imposible los artículos de primera necesidad.

Aparte de la calculada reducción por los capitales en grande y por la maniobra fiduciaria, las empresas bursátiles han perseguido el aislamiento mercantil, más que el sostenimiento, con semejante alza. Teniendo aquéllas por delante, como explotadora, introductora y monopolizadora, sin muchos repliegues se imaginará infructuosa la competencia europea con la peseta y el franco, el marco o la lira. En las consiguientes transacciones y ante la adustez del dólar, todos retrocederían, al menos las cuanillosas inversiones, como parece que se alejan al no mostrarse por dichos lares.

El aumento e igualdad en las extensas zonas aludidas, debieran hacer pensar a los reductos del sur. Si han servido para el vasallaje con mayor razón pueden utilizarse para la defensa o la expectativa, al menos la segunda. Dicha medida podría completarse con la nivelación aduanera y un vasto plan de reformas, que estabilizarían la simultaneidad, hasta modificar las incomprensibles condiciones actuales.

En efecto, en Chile se importa azúcar de Cuba, no obstante los enormes gastos de flete, porque sale más barato que el que se tiene a un paso, en Tucumán, en

Argentina, y en este país se trae maderas hasta de Rusia, habiéndolas excelentes en el vecino país del Pacífico. El café se trae de lejos y no del Brasil, que queda bastante cerca, y en el Perú y en Chile la banana se importa del Ecuador y de Panamá, a pesar de que se la hallaría menos distante por ferrocarril, en el Paraguay.

La clave de todo ese intrincado problema es la falta de sentido económico; y si no fuera así no se daría el absurdo de que a veces, de una república a otra, valen más los aforos que las mercaderías, enormidad que ha dificultado el intercambio, tornando precarios los negocios y los productos regionales. El hecho es insólito y no se olvidará que por aquél los ingleses primero y en seguida los estadounidenses han extendido sus influencias eslabonadoras. Ante el reparo, cualquiera podrá objetar que los impuestos exteriores corren parejas con los interiores y siendo así, no hay persecución ni mal entendimiento.

Pero se comprenderá que habiendo inmensidad de materias brutas por elaborar, los tributos exorbitantes son un contrasentido y un verdadero artificio que se mantienen por la rutina y la apatía, que impiden tener una visión de conjunto. Lo más ridículo es que las primas en ocasiones no alcanzan a cubrir los gastos que demanda la oficina administrativa receptora, cayéndose no sólo en despilfarros, sino dejándose de percibir entradas con tasas más prudentes y estimuladoras. Hay focos cuyo tanto por ciento de contribución es mayor que el de cualquier otro europeo, y productos como el pan y la carne resultan más baratos allá que aquí, a pesar de los fletes y engorros fiscales.

No solamente con los derechos de exportación se observa tan ruinoso procedimiento, habiendo engranajes, como el chileno sin ir más lejos, que a excepción de las salitreras y de los principales puertos, el resto de las provincias y gobernaciones marítimas no alcanzan a sufragar sus propios emolumentos con la correspondiente carga, sin olvidar que los departamentos recaudadores mandan el grueso porcentaje de los superficiales ingresos.

La anomalía, al respecto, está en haber convertido a la pequeña propiedad en sacaapuros y en inflar demasiado la rapaz burocracia, sin procurar gravar las hectáreas improductivas, que supuesta la infinita extensión, darían fondos suficientes como para no seguir extorsionando a las gentes trabajadoras, que son las más y representan el puluón de la colectividad. En los últimos años, parece que los hechos empiezan a variar, pero no conviene deponer el antecedente que todavía se sienta en otras zonas.

Así como la interdependencia económica podría sobrevenir con recíprocos acuerdos fiscales internos, de la misma manera la moral y mental se lograrían con buena voluntad y sana intención.

Salvo en la Biblioteca Nacional y en algún que otro canje, ni los diarios ni los libros son fáciles de encontrar en cualquier capital. Nos faltan secciones y centros especiales de relación y sería necesario que el gobierno, en su respectiva Embajada, Legación o Consulado, o en el local cedido al efecto, instalase una Biblioteca, un Museo, una Exposición, una oficina de Información General, a fin de que cada República se dé a conocer en el exterior. Las obras literarias, científicas y artísticas pre, proto e históricas se conservan y se conocen con mayor interés en Estados Unidos y en Europa que en los pueblos limítrofes. Dicha atonía es, ni más ni menos, refleja de la interna y se hace indispensable innovar con rapidez. Es tal el extravío que hay países que tienen distanciados y como en segunda mano a los catedráticos y a las mentalidades, en tanto los políticos semiletrados monopolizan el parlamento, la representación extranjera y las principales actividades. Las excepciones de Cuba, Costa Rica, Uruguay y Argentina son dignas de constancia, como lo son las de las diplomacias del Perú y Méjico, que a sus sabios, escritores, poetas, historiadores, etc., los han ungido como emisarios suyos en el exterior. Se encuentra justificable que si no se dan prisa de propagar los frutos fabriles y negociables, al menos busquen la oportunidad de exhibir

el mérito personal, porque así exponen un modelo viviente propugnador del prestigioso ambiente.

Por la inteligencia, lo mismo que por la energía y la bondad, se desarrollan y elevan los grupos, y al llegar a cierto potencial crecimiento se requiere más la primera, para fijar más vasto rumbo, más decisivas orientaciones.

Después de todo, las entidades son más apreciadas por sus talentos creadores que por sus explotaciones agrícolas y mineras. En Argentina, que no se ha usado casi el salitre, ni la madera andinos, se admira bastante al eminente sociólogo Valentín Latelier, cuyas obras han sido estudiadas con vivísima emoción. En Méjico, las Antillas y Centro América, que se ha carecido de todo género de vinculación con aquélla, no se ha podido pasar sin estudiar a Sarmiento y a Ameghino, a González y a Ingenieros. El Perú es más conocido por Cornejo, gran pensador, y por Chocano, notable poeta, que por sus productos y coexistencias internas, que apenas cuentan con reducido marco.

La experiencia, al adelantarnos serias inducciones, debiera inclinarnos a cuidar mejor de la producción intelectual y no tenerla abandonada como las otras. La creación de Bibliotecas provinciales, departamentales y municipales, los periódicos concursos y el ideal de facilitar la labor al autor, podrían ser estímulos poderosos. Fibras no faltan, y sino díganlo las personalidades de los lugares más castigados y autocratizados, que al ganar otros centros más adelantados, alcanzaron a revelarse. Nos referimos al guatemalteco Gómez Carrillo, al dominicano Hostos y al nicaragüense Rubén Darío.

Las creaciones mentales

Es probable que la inteligencia humana, sociológicamente, alcance a presuponer mejor que otro producto la consistencia de determinado medio.

Pensamos así porque los aportes industriales y comerciales son la obra fluctuante del capital y de la experiencia técnica del extranjero y de la riqueza del subsuelo.

El petróleo mejicano, el café brasileño y centroamericano, el azúcar antillano, el ganado argentino, el cobre boliviano, la hierba mate paraguaya, el salitre chileno, etcétera, representan todavía muy poco de colectivo, porque como materias de extracción y de cultivo demandan esfuerzos limitados de ciertos contingentes.

Determinaciones físico-geográficas, aquellos elementos, más que la acción del hombre, resumen la de la naturaleza, y en su aprovechamiento y elaboración, por sobre los criollos, han influido las fuerzas exteriores, de preferencia las consignadas reiteradamente.

Por más que las repúblicas se hayan desenvuelto en relación con el impulso que ha tomado la explotación mineral, agrícola y agropecuaria, no podrá desconocerse la predisposición mesológica, ni mucho menos de que por ahora están sometidas al imperio de la tierra al atender de preferencia a la labranza y al laboreo.

Las cosas serían diferentes, abarcarían mayor evolución y señalarían una verdadera transformación psicológica, vestigio de la civilización superior, si la producción natural la hubiésemos a la vez tornado en fabricación adecuada. Si en vez de extraerse el petróleo y el salitre y luego exportarlos casi vírgenes, hubiéramos empezado a va-

lernos de la química, para fabricar yodo, magnesio, potasa, parafina, lubricantes y alcohol y demás ingredientes que habrían revelado un profundo estudio geobiofísicoquímico, es incuestionable que se estaría en la perspectiva del desplegamiento. A los extranjeros, en especial a los antes citados y a los alemanes, se les ha deparado por el momento semejante empresa. El yodo, que antes se sacaba de las algas marinas, hoy se extrae del nitrato aludido y con etiqueta de la misma procedencia se vende en el orbe entero, sin que los consumidores, en su mayoría, se impongan de ello. Casi igual cosa acontece con el henequén, con el que se elaboran los sacos, bolsas, cordeles, jarcias, cáñamos, hilos, géneros, etc., que han dado la vuelta al mundo, y asimismo con el bálsamo salvadoreño, mal llamado del Perú.

El día que los conglomerados, aunque sea en parte, empiecen a hacer lo que ahora está en manos extrañas, se habrá dado un paso formidable.

Las estadísticas presentan cuadros de la exportación e importación, y si los dos aspectos no están equilibrados, como pasa con los más densos, se aprecia que en la mayoría de los países resalta el segundo. El hecho es serio y sintomático, porque por encima de la riqueza bruta predomina la subordinación a la mercantilizada de allende los mares. A pesar de ello, hay barruntos y tanteos para zafarse de tal situación. Pero son de segunda mano y casi domésticos, porque se hacen en tan pequeña escala.

La explicación de dicha fase intermedia progresiva está en que no se ha tratado de llegar a la industria, ni al intercambio comercial, provocando la interdependencia y con ella los mercados, las operaciones y las manufacturas consiguientes. Es posible que el retardamiento se deba a los sajones que están monopolizando las fuentes de producción, y es claro que por ahora y sin previa preparación, no puede irrumpir la competencia, que sería ruinosa. De vez en cuando se inducen verdaderos desaciertos y así se comprueba que no obstante la atonía consiguiente, los gobiernos fincan sus recursos adminis-

trativos en la exclusiva materia prima, el petróleo, el café, el henequén, la lana, el azúcar o el salitre.

Dichas actividades, como es natural, no han dejado de repercutir en la hacienda pública. Si el capitalista quiere explotar sus minerales, disminuye o aumenta la producción y la alternativa, perturba la organización interna al confiarse esperanzado en las entradas de tal o cual producto. En Méjico, las fluctuaciones de las empresas petroleras han creado serias complicaciones que han influido en la exteriorización revolucionaria. En Chile, hasta hace poco, era común la oscilación, advirtiéndose en algunos años la esforzada producción que traía óptimos impuestos y otros de disminuida o lánguida elaboración que aparejaba la reducción de los mismos con las confusiones e improvisaciones que son de prever, cayéndose a la desesperada en el empréstito. En Argentina, Brasil y los demás países de artículos de primera necesidad, el fenómeno se repite, lo que es explicable, porque se vive casi en el aire, al capricho de una potencia engreída que no tiene interés por conocer la psicología nacional.

En las repúblicas, el vaivén es desmedido, y esto se ha debido a que por determinación físicobioantropológica, todavía no se han sustraído del todo al dominio de la naturaleza y de los impulsos instintivos. Unos pocos hechos bastarán para demostrar lo dicho.

El Chile de la postguerra del Pacífico, con la incorporación del salitre, hace cincuenta y un años, llegó a tener mayor intensidad que su vecina Argentina, en población, desarrollo urbano, fundaciones públicas, navales y militares, etc. Las antiguas dificultades, el arbitraje patagónico y la equivalencia armada que después subsistieron entre ellos por algún tiempo, son fuertes indicios reafirmadores. Después, Brasil, siguiendo el ejemplo inmigratorio y el auge minero chileno, se destaca como la primera potencia.

Entre tanto se producía tal acontecimiento, Méjico, bajo la férula de la autocracia, cobró tal consistencia que hubo años que superó en tal o cual aspecto al gran país tropical del Atlántico.

Pero de pronto Argentina, en las vísperas del Centenario, adquiere la magnitud de primera entidad hispano-americana y hoy, sin asomos de herir susceptibilidades, se podría adelantar que abarca casi todo el poder económico que tiene el pueblo austral y el del norte.

¿Qué es lo que ha pasado? La historia, que sólo atiende a los hechos locales y no a sus relaciones internacionales, no nos podrá dar ninguna luz. Pero sociológicamente se inducirán los efectos de las plataformas políticas.

Cuando Chile se adelantó a la limítrofe y a la de más allá, aquella estaba siendo estragada por los disturbios y la otra languidecía en manos de la monarquía, que al poco tiempo logró hacer bambolear.

Lograda la autonomía y procurando no precipitarse en los males coloniales, los emancipados se elevaron y la libertad, el deseo de constituir la república y rivalizar con sus hermanas mayores, dieron a la patria el tono de nación modelo. Las circunstancias favorecieron tal propósito, puesto que con la sangrienta revolución del 91, la sociabilidad andina rodó en manos de la politiquería caudillista oligárquica terrateniente parlamentaria. Pero al poco tiempo el Brasil, no pudiendo sustraerse al detestable ejemplo de las vecinas, recrudesció en las desviaciones asonadoras y presupuestívoras.

Las depresiones coincidieron con el aluvión inmigratorio rioplantense y quizá con el anhelo de apresurarse y soliviantar la batahola circundante.

En seguida, con la prosperidad que se alcanza con el orden y el trabajo, se afianzó otro nuevo predominio, mucho más vigoroso que los anteriores. Es la historia viva argentina la así trazada en nuestro días.

He aquí en pocas líneas los hechos que demuestran la prepotencia de los factores animales instintivos sobre los psicológicos creadores, y ello es natural, porque no se ha atendido a fundamentar la fábrica, ni el mercado y con estos la explotación racional de las fuentes naturales, no para salir de apuros con la percepción de tales y cuales primas, sino para atender en primer lugar a las necesida-

des nacionales y disminuir el tutelaje de fuera y en seguida educar y hacer trabajar a los grupos en las tareas elaboradoras superiores, que son las que redimen a las nacionalidades.

La clase media que surgiría de las actividades fabriles, contrarrestaría la inercia que envuelve la política con miras estrechas y atrasadas, provocándose así la perfecta evolución.

El progreso a saltos, sin anular los resabios y taras, con la preadaptación del núcleo técnico, acarrea serias sorpresas y en la actualidad se observa que si el Brasil (1) persiste en sus reformas económicas y en sus profundas aspiraciones de crear un estado social, basándose en la decorosa administración, en la cultura, en la acción mercantil, volverá a sobrepasar a la Argentina. Esta, en un inmenso empuje, trata de nuevo de salir al Pacífico y llegar por la arteria de hierro hasta el corazón minero del vecino. Su ferrocarril a Antofagasta es una admirable obra y hace honor a su energía.

Pero así como es regular su poder económico, es mala su politiquería negligente, que ha hecho vivir a la nación casi a expensas de la inmigración y de la recaudación, lo cual está acarreado algunos trastornos que han repercutido lastimosamente.

En efecto, aquella ya tiene de empréstitos yankees alrededor de dos mil millones de dólares y su deuda exterior asciende a unos tres mil millones de pesos nacionales. Lo que quiere decir que si la riqueza total se calcula en cuarenta y cuatro mil setecientos cincuenta millones de pesos, las deudas exteriores equivalen a la quinta parte y media de su haber público, sin contar que la inversión de capitales europeos asciende a otro tanto. Es demasiado. ¡Lo que corresponde a ocho infladísimos presupuestos anuales, solamente de préstamos! La política despilfarra bastante y se podría agregar que España, país más apto, posee más de treinta mil escuelas y más de cuarenta mil

(1) Ya en prensa este libro ha surgido en el Brasil el movimiento de algunos Estados contra el Gobierno Federal. (N. de los E.)

maestros y gasta en instrucción doscientos millones de pesetas. Entre tanto, la otra tiene diez mil doscientos veintiún establecimientos, cuarenta y dos mil profesores y la hoja de gastos de instrucción es de ciento ochenta millones de pesos, el doble y la mitad más que la nación peninsular. Excesivo proselitismo zafio que paga alquileres caros, tiene superabundancia de empleados con sueldos subidísimos que no responden a las condiciones embrionarias. Un gobierno así, ocasional, perturbador o lo que se quiera, no resulta tal y es excesivamente costoso.

La situación económica interna expuesta no es más que el hecho en grande de lo que se reproduce en pequeño en el resto de las repúblicas, y en reafirmación expresaremos que los empréstitos de 1928 ascendieron a trescientos cuarenta y cuatro mil quinientos noventa y ocho millones de dólares, lo que arroja un saldo de trece millones sobre el total de 1927. ¿A cuánto subirán los anteriores, los de 1928 y los del año que va corriendo? He ahí una de las demostraciones más pavorosas y ella por sí sola casi nos inclinará a pensar que el progreso autonómico indohispánico, en mucha parte ha sido predispuesto por la riqueza del subsuelo, del capital y de la deuda o hipoteca. La condición de prestamista es inmoral y humilla tanto como al que recibe la dádiva.

A fin de sustraerse por completo a las determinaciones físicas y a las pulsaciones usurarias y como una necesidad de concreción y superación, los ambientes han empezado a manifestarse con mayor solidez por su pensamiento. Se habrá observado que en las regiones montañosas el sol sale primero en las cumbres y luego llega a la base y pudiera ser que eso fuera un indicio de la luz humana. Por eso una agrupación comienza a madurar por la irrupción de la mentalidad, que es esfuerzo propio.

En realidad, el poeta, el músico, el escultor y el novelista, comenzaron por personalizar el desarrollo cultural. Fueron las suyas las esenciales notas, realmente auténticas, aunque sólo en el impulso y en el sentimiento.

Primero se cantó, versificó, pintó, esculpió y se no-

veló, no importa en qué cosa. Pero lo cierto es que se principió a dar el tono autóctono.

En seguida, con el correr del tiempo y el acompasado acentuamiento emotivo, la inteligencia se hace más personal y con mayor vigor describió la naturaleza. A los líricos y subjetivos, siguieron los épicos y a éstos los más reales, los más subyugadores y empapados de vida, de intensidad, de tradición, de comunión con los elementos. Casi no les quedaba más que hacer que iniciarse en la revelación de todo lo que los rodeaba y deslumbraba. Así Chocano, que canta a *El Santo del Tequendama*, a la *Vasija Incásica*, a *Los Caballos de los Conquistadores*, y Pezoa Veliz, que llega a la intensidad, insuperable hasta ahora, de penetrar en el dolor y en la soledad del *roto* y del *huaso*, etc. Así, también los músicos, el chileno Allende, que forja *Los ruidos de la calle*, el mejicano Ponce, el guatemalteco Castillo y el brasileño Villalobos, que alcanzan a dominar las reconditeces del mundo interior que se despliega. De igual forma los pintores como Diego Rivera, Valenzuela Puelma, Rebolledo Correa, Subercaseaux, etcétera, que en vigorosos toques trasladaron a sus lienzos el brusco paisaje, hasta llegar a los novelistas que con Echevarría, González, Güiraldes, Rivera (Eustaquio), Reyles, Hernández, Fray Mocho, Lillo, Silva, Latorre, Argüedas, Guzmán, Linchy, etc., bosquejan en impresión superior la llanura, la montaña, la pampa, la selva, el tumulto, el gaucho, el matrero, la mina, el roto, la cordillera, el indio, la asonada, el desastre y el caudillo siniestro, etc.

La enunciación del medio ha empezado por la poesía, la música y la novela, y ello tenía que ser así porque son los géneros más asequibles y los que preadaptan las más singulares contribuciones.

De aquéllos pasaremos a los historiadores e induciremos que en todos los focos, de manera especial entre los grandes, se han destacado personalidades que si no son propiamente tan recias como las europeas, al menos han escrito libros excelentes. Algunas son conocidas y otras

han tenido menos influencia de la que merecían. Como la mayoría de ellas laboró hace más de medio siglo, parece lógico que se las encuentre algo atrasadas, porque los estudios han sido renovados profundamente con nuevas ciencias como la sociología, la psicología, la antropología, la etnología, la arqueología, etc.

En Méjico se revelaron excelentes cronistas, tales como Alaman, García Izcalbaceta, Orozco y Berra; en Argentina, López y Mitre; en Chile, Barros Arana y Medina; en Cuba, Sacco; en Guatemala, Milla, Marure, Batres; en El Salvador, Gavidia; en Honduras, del Valle; en Nicaragua, Ayyón; en Costa Rica, Fernández Guardia; en Colombia, Restrepo; en Bolivia, Argüedas; en Perú, Palma; en el Paraguay, Baes, etc.

Tanto en Méjico como en Chile, la Argentina y Guatemala, en donde ha habido mejores escritores, se han referido casi todos al descubrimiento, conquista, colonización e Independencia. Es curioso que sólo hayan llegado hasta ahí, máxime si se repara que detrás de ellos han aparecido muy pocos, cuyas producciones han sido algo flojas.

Una de las causas de dicho fenómeno debe de haber sido los continuos disturbios y guerras limítrofes. Estas coexistencias parecen tan patentes que se infiere que mientras más pacíficos son los centros más producen y, cosa rara, aún la paz aparente de la tiranía ha servido para el auge intelectual. En Méjico y en Guatemala, durante los cacicazgos conocidos, florecieron los vates y prosadores que cobraron extraordinario relieve. El peruano Chocano, se refugió por largo tiempo, más de quince años, en este último lugar. En la actualidad, desaparecido el despotismo y emergida la revolución, se observa que la diplomacia no sólo ha logrado sacar del sitio contaminado, sino, permitido que se desarrollaran fuera de los sucesos, a capacidades como Nervo, Urrueta, Pereira, María Enriqueta, Mattos, Arévalo, González Martínez, Reyes, etcétera.

Los generales trastornos no sólo se han reflejado en la

forma que dejamos señalada, sino aún en el cultivo del ensayo y de la ciencia.

En Argentina, pacificada hace medio siglo, se encuentran fuertes núcleos de investigadores, desde los antropólogos y arqueólogos, como Ameghino, Ambrosetti, Lafone y Quevedo, Outes, Debenedetti, hasta los naturalistas, ensayistas y especialistas como Holmberg, Alberdi, Sarmiento, Ingenieros, González, Zevallos y Quesada.

En Cuba, florecen el ictiólogo Felipe Poey, el malacólogo Carlos de la Torre, las poetisas hermanas Borrero, el juriconsulto Sánchez de Bustamante, etc., y en Chile, el naturalista Porter, el químico Newman, el histólogo Izquierdo Sanfuentes, el filósofo positivista Lois, el etnólogo Oyarzún, el sociólogo Letelier, etc.

En el trópico la experimentación ha sido precaria o está en balbucesos, salvo alguna que otra atenuante. Así, por ejemplo, el tratadista Cornejo concibió su obra en España; el arqueólogo mejicano Gamio ha estado largo tiempo en el exterior. Y en el Perú y El Salvador, la tiranía sedante y la paz oligárquica condicionaron frutos científicos fecundos, y al respecto es justo citar al sabio Tello y al prehistoriador y sismólogo Jorge Lardé Arthés, cuya producción es considerada como fundamental por el profesor del ramo en la Universidad de Berlín, conocido también investigador Walter Lehmann.

En el Brasil monárquico y en el Uruguay tranquilizado, la contribución ha sido tan enorme, sobre todo en el primero, que quizá sobrepasa a la vecina austral, y por temor a omitir algún nombre sobresaliente, más bien presentamos el hecho global que transparenta la repercusión. En aquél se daría con toda seguridad la excepcionalidad de que siendo una ramificación con entronques europeos, por ellos estuvo más cerca de las prestigiadas corporaciones.

La ondulación de la mentalidad no es de asombrar y refleja el condicionamiento interno. Ya expusimos que en los pueblos más pobres y abandonados del Itsmo, nacieron Rubén Darío y Gómez Carrillo, que luego ganaron

los meridionales y en seguida el Viejo Mundo, en donde prosperaron y maduraron. Ahora convendría aducir que si el Méjico de la tiranía amodorrante condicionó a Díaz Mirón, a Nervo, a Gutiérrez Nájera, a Acuña, a Othon, a Peza, a Plaza y a algún que otro que hicieron ocupar a la nación el primer puesto en la literatura americana, el de la prolongada agitación, guareciendo en la diplomacia los valores, como el Perú con Cornejo y los hermanos García Calderón, apenas ha podido salvar algún que otro resabio ya citado.

Aquel, gobernado, aunque con rigor y a base indígena, y quizá por ello más de acuerdo con la idiosincracia popular, prohibió los excelsos líricos. Fué un augurio de perfeccionamiento el que se alcanzó con los naturalistas, especialistas e investigadores.

Pero sobrevino la tragedia y, como en toda desgracia, fué imposible seguir volando más alto. En prueba de lo expuesto, induciremos un hecho transcendental.

El tópico, que en la colonia dió a la mejicana sor Juana Inés de la Cruz, realmente maravillosa, en la república y en los últimos tiempos nos ofreció una poetisa admirable, y la una o la otra se desarrollaron lejos.

Entre tanto el Uruguay, normalizado, con creciente inmigración, y siendo el punto intermedio de los más poderosos reductos suramericanos; con Delmira Agustini reveló la primera gran escritora que franqueó el paso. Tras la malograda precursora, han seguido surgiendo otras, lo que le ha permitido ser, en cierta proporción, la patria de mayor núcleo culto femenino tanto en la esfera poética como en la ingeniería, la pedagogía, la medicina, la abogacía, etc.

A dicho país sigue Argentina y a éste Chile, con escritoras vastamente conocidas, lo que vendrá a probar que la producción en todo orden sigue un sentido inverso a la conmoción y a la paralización que entraña el mestizaje nativo.

El hecho no es de asombrar, por cuanto en la misma Europa el quebranto repercute en la gestación artística,

y una prueba de ello la tenemos en la última gran guerra.

Lo que sí debe sobrecogernos es que en América, las consecuencias son mucho más hondas, induciéndose que la irritabilidad y oscuridad transparentada en la multitud y reflejada en la disensión, ha ganado luego a las colectividades, que se han tornado inquietas, descontentadizas, sumamente tornadizas.

Es posible que los soles de fuego, al alterar un tanto la salud y forzar a la nerviosidad, tengan también su influencia, pero se apreciará la relación de la tranquilidad impuesta por los pretorianos a veces valiéndose de los medios más execrables.

Parece innegable que agrupaciones que viven en continuos sobresaltos han tenido al fin que estar más pendientes de las causas escurridizas y diluidoras externas que de las profundas e intensas de la paz y del trabajo, de la organización y de la disciplina que forman la costumbre y luego la amalgamación.

Es así como la labor en las regiones cálidas ha sido floja, más que por los autores por obra del medio desligado, que acoge con extrema hesitación a los grupos reducidísimos. En las Antillas y en Centro América, salvo alguna que otra excepción, se publica y se lee muy poco, y Cuba, hasta hace muy poco, era algo aparte, pero el rozamiento metálico ha traído la frivolidad y el placer fácil.

Por eso, en los últimos tiempos en aquéllas no ha surgido una gran lírica, desde el instante en que la mujer, al revés del hombre, en sociabilidades tan azotadas y vacilantes, tiene menos posibilidades de defenderse y afrontar los obstáculos. La larga permanencia en España de María Enriqueta, además de reafirmarnos en lo dicho, nos hace vislumbrar una coexistencia del transplante. Esta poetisa es la más castiza de todas, y sin duda en ello ha influido la ilustrada connivencia peninsular.

Por la comparación de las contribuciones culturales se llegaría a la conclusión de que varias plazas no sólo no han salido de la crónica sino que otras, las más populosas como Argentina y Chile, se han quedado en sus esfuerzos

de hace medio siglo. A López y a Barros Arana, no han seguido historiadores generales renovadores, y menos aún transformadores del género. Tanto el uno como el otro siguen los de las ojerizas fronterizas y de las suspicacias antiespañolas propias de la primera edad de la República, y, cosa por demás irónica, los dos olvidaron sus diferencias y se diéron la mano para denigrar con encono y absoluta falta de respeto la memoria de los hermanos Carreras. Es cierto que en Argentina con *La Ciudad Indiana* de García, con *La Evolución de las Ideas Sociales Argentinas* de Ingenieros, con *¿A dónde vamos?* de Alvarez, con *La América Latina* de Colmo, con las *Investigaciones sobre la historia económica argentina* de Levene, etc., se ha introducido la crítica y el razonamiento científico. Pero no al conjunto, sino más bien a aspectos y temas nacionales.

El hecho es tanto más de lamentar por cuanto, a la confusión y a la inquietud que todo eso apareja, se agregan dos causas más perturbadoras todavía.

Una de ellas es, que las composiciones finalizan por lo corriente con la Independencia, y la otra, que deriva de ésta, que quedamos libres, y nada más. Hemos descuidado el estudio directo y práctico y no nos esforzamos por revelar e inducir las relaciones de los sacrificios y dolores que ha costado el desdoblamiento, que son los que de manera preferente pueden educar a una entidad. El contraste es amargo y alguien dirá que si no conocen el territorio al menos que aprecien su historia. Sí, eso sería lo prudente. Pero o no se la ha escrito o estamos en el período de las polémicas partidistas.

Si eso acontece con los anales, con la producción en general es peor, y por ahí anda dispersa como si no existiera; nadie la nombra ni la comenta, y a veces sólo a la iniciativa privada se deben colecciones como la de *La Cultura Argentina*, muy interesante. Lo más raro es que los historiógrafos o manualistas, que presumen de intelectuales y que dan tanta importancia a las ideas y doctrinas, ni siquiera han consagrado medio capítulo al bos-

quejo de libros y autores y a veces se publican trabajos como una *Literatura Chilena*, en la que de los vivos sólo se autonombraba el autor y a un hermano suyo, siendo así que en los últimos tiempos la cosecha ha sido más vigorosa y fecunda.

La migración que tanto hemos propiciado como aporte mutador, nos vincula las singularidades rioplatenses, y la ausencia contrapesadora de aquélla en el resto de las repúblicas, debiera hacernos pensar bastante. Y si ello no bastara, podría agregarse que aún en la más retardadas la voluntaria y levisima incorporación de familias europeas ha sazonado frutos robustos, aportando considerable simiente.

En los centros antecitados y en Chile, casi todos los elaboradores han sido hijos de inmigrantes españoles, italianos, franceses e ingleses. Igual cosa se puede decir de Chocano, de Díaz Mirón, de Lardé Arthés, de María Enriqueta, de de la Torre, de Poey, las hermanas Borrero, etc.

Los que harían subentender que el mestizaje colonial y el indígena secularmente proverbiales y, por supuesto, propensos a la paralización, han estado sufriendo la modificación del directo operado en tiempos más modernos.

Pudiera ser que la voz de la Agustini, que resonó en el Uruguay y luego en la América toda, como así mismo la de Ameghino, Ambrosetti, Letelier, Ingenieros, González, Alberdi, Cornejo y todos los otros, más que del mismo seno haya sido la reviviscencia de los diferentes injertos europeos, tamizados por la herencia biopsicológica. A ello se debe que, más libres y de menos entrabamientos y misonismos, alcanzaran a ser más personales y a adelantar un profundo conocimiento. Este consistiría en que los hijos del transplantado, que no sabía leer ni escribir, fueron por una parte depositarios de impresiones latentes, no trasegadas por anquilosadas preocupaciones, ya que los progenitores no pudieron debilitarse en rancios cerebralismos y por la otra, exponentes vivísimos, encaminados a valerse de sí mismos y a dar lo más que se pu-

diera, libre de prejuicios y de prevenciones manidas, que sirven a manera de lastre a las generaciones tradicionalistas. De ahí que Letelier resultó un sabio, y ello requirió pensar y estudiar no por medio de sus padres, ni familiares ni allegados, sino por determinación y afición propia, y Ameghino otro tanto, subvirtiendo por la circunstancia aludida toda esa inmensa ola de sopor que a veces, arrollando a los hombres, anega a los pueblos.

Este hecho de positiva experiencia científica no debiera ser olvidado, para así estimular con empeño la evolución y propugnar por la corrección del aplazamiento y la vacilación que de reflejo de lo caótico de la masa y de su congénere la revuelta, se cuegan como deyecciones en los superorganismos, los que por dicha consecuencia se estiman faltos de ideales, de propósitos definidos, de tendencias culturales y de empresas renovadoras. ¿Qué sería de los tristes medios sin los poetas, pensadores y científicos, subsistiendo tanto resabio agobiador? Por eso procuremos encaminar al intelectual y no olvidar que hasta en la desolada prehistoria se veneraba a las ideas. No depongamos los grandes libros aborígenes, tales como el *Popol Vhu*, la *Crónica de Chac Zulub Chen*, el *Manuscrito Cachiuel*, los *Titulos de los señores quichees de Tonicapán*; las poesías de Nazahualcoyotl y el *Drama Pipil*, etc., ni los de otras épocas, porque son ellos los que dan un poco de animación a nuestro mundo. Tengamos siempre presente el pensamiento de todas las mujeres y de todos los hombres que han contribuido a la formación cultural y que el porvenir no nos suma en inmensa tristeza, sorprendiéndonos sin una biblioteca o colección, en las que quepan todos los que han producido algo en este hemisferio. Es obra de justicia y las naciones se deprimen cuando se echa en olvido a los antiguos y se les eclipsa con alguna que otra figura moderna. No es admisible ni cuadra con la cultura que las corporaciones, los colegas y los núcleos preparados hagan el silencio a un gran nombre, en tanto el país, que debe ser inspirado, lo va conociendo con sacrificio y decepción, a pesar de la

conspiración; ni lo podrá ser nunca que una mentalidad eminente se parapete en su vacuá gloria, poniéndose al servicio de todas las concupiscencias. Se revela mayor sentido de comprensión admirando a todos por parejo que abultando a algunos y haciendo demostraciones inútiles de egolatría, porque así se da a entender que estamos retrogradando al patriarcado. Nada más ajeno al proselitismo que la inteligencia humana y es preciso observar que cuando se cae en él es porque no se la entiende ni se la aprecia, tratándose de hacer mucho ruido y seguir la corriente tramada por los circulillos, las envidias y los exhibicionismos. Respetemos al intelectual como un capital que tenemos en depósito, que nos puede con sus luces sacar de apuros y cuyo aprovechamiento depende de la nacionalidad misma. La industria, el comercio, la técnica, el arte, que engrandecen a las colectividades, en su impulso inicial, son trasuntos creadores mentales individuales.

Sociología general americana

El desenvolvimiento general, presupone una gran fuerza de crecimiento. El ciclo evolutivo, pre, proto, ante e histórico se confunde con la más inmensa reserva dinámica y responde a la más vasta transformación.

Es indiscutible que en el Nuevo Mundo ha habido progreso.

De la horda al clan y de éste a la tribu y en seguida a la sociedad ídem y más tarde a la confederación, son etapas laboriosísimas que han ido ganando los seres primitivos.

Luego, con el descubrimiento y conquista se empieza a realizar la colonización.

En pleno desplegamiento, la evolución es creciente y a las profundas innovaciones en todos los matices se podrían agregar las que se refundieron con el establecimiento de nuevos virreinos, reinos y capitanías.

Se produce la Independencia precisamente por el impulso rítmico, y esta parte de la tierra entra en una nueva fase.

Con la república se suceden las modificaciones y sea que de acuerdo con la naturaleza o con la interdependencia moral universal, el hecho es que las estructuras oscilaron hacia la masa. Por más que en un aspecto la tendencia fuese regresiva, porque perturbaba la división del trabajo y la constitución de las clases sociales, es incuestionable que por otro tuvo que ser atenuadora al dar la sensación de un pleno desarrollo.

Aquella, con todo, logró coexistencias excelentes y si por un lado se precipitó en las asonadas y enrevesamientos, por el otro se entregó a aumentar la población con

la vida más libre, más de acuerdo con su idiosincracia. Es probable que dicho movimiento sea la anticipada experimentación del fenómeno moderno que preocupa a los observadores.

Del tumulto ha tenido que pasarse por la prueba de fuego, la que pudo consumirlo, para llegar a lo que se está estableciendo, la modesta burguesía fabril y mercantil y el reducido profesionalismo que son los pilares de la clase media. Pero para llegar a ella, ¡cuánto camino recorrido!

Al igual que todos los países de la historia que desgastan potencialidad, los hispanoamericanos han provocado las más intensas vinculaciones fisiocráticas de todos los tiempos. Se puede agregar que simultáneamente se descubrieron el vapor y el ferrocarril, el telégrafo y el cable y más tarde el automóvil y todo el asombroso derroche de mecánica. Por el crecimiento fisicobiosocial se hizo posible el intercambio y sin exageración alguna se induciría que los ingleses en el pasado y los yankees en nuestros días, han resultado los simples trasuntadores.

Si en la colonia no hubiera habido materias primas ya explotadas, ni elementos cultos con quienes establecer la compenetración, es innegable que los británicos no habrían aparecido por acá. De idéntica manera, en la actualidad los estadounidenses están aprovechando con su inteligencia práctica y con sus capitales, incommensurables aportes civilizadores de experiencias, creación tenaz, implacable energía. Ni aquéllos ni éstos revelaron el salitre, el petróleo la caoba, el henequén, el café, la quina, el azúcar, el caucho, la banana, el cacao ni la hierba mate. A excepción de los primeros productos, algo de lo demás se laboraba a partir de la protohistoria,

Los mismos, esquematizando lo ímpetus relacionados, se orientaron hacia la fuentes de producción, valiéndose de los conocimientos e iniciativas de los fundadores y de la importancia de las zonas, y al respecto exponemos un hecho. En el centro del continente, trabajándolos, quizá se encontrarían minerales riquísimos y,

sin embargo, se ha preferido a los del sur, a pesar de la distancia, de los encarecimientos de los fletes y del subido jornal. La clave de este proceso está en que la lejanía se compensa con el mayor volumen y con la necesidad de apresurarse antes de que otros lleguen primero, sin contar que lo que dejan a la espalda les tiene sin cuidado, como en un compás de espera, supuesto el perímetro engarzador.

La inmiscuidad internacional no sólo debemos tomarla por la presión material, que todavía podría refrenarse, sino por la manifestación de lo que son y han podido llegar a ser las actuales ramificaciones.

En el tomo tercero hablamos del auge de Gran Bretaña y a su vez de Europa, y ahora nos resta presuponer el de Estados Unidos, en relación directa con el de las repúblicas. La nación del Norte, en efecto, hace sesenta años atrás, era en habitantes menos de lo que es hoy el Brasil, aparte de un hecho profundo. En tanto que la Argentina inmigratoria, en los veintitrés años que transcurrieron entre el primer y segundo censo aumentó un treinta y dos por mil cada año, la población de dicho país subió en un veintitrés por mil. De 1895 a 1914, la diferencia en favor del rioplatense se mantiene en la mitad, treinta y siete por mil en una y dieciocho por mil en el otro, y de 1914 a 1929, aunque aquélla sufre una pequeña baja, siempre tuvo un veintitrés por mil contra un dieciséis por mil anglosajón.

Los hechos explicados nos harán pensar que lo que pudieron realizar las partes afectadas lo están haciendo los de fuera. Méjico tiene alrededor de mil quinientos millones de dólares de capital norteamericano invertido, Argentina otro tanto, y Chile, de menos de la mitad de población y de la cuarta parte de territorio, aproximadamente, setecientos cincuenta millones, es decir, la equivalencia de los presupuestos de un decenio, sin contar los subidos empréstitos. En tanto, en los focos más pobres ya no es lo mismo, y la prueba se tendría en que los préstamos superan a las colocaciones monetizables el-

boradoras. En Bolivia, Paraguay, Perú, y en el Itsmo Central, se ha comprometido a los gobiernos con cantidades insignificantes, menores que la de sus respectivos gastos anuales, alcanzando en Nicaragua a veinte millones de dólares y en Costa Rica, Honduras y Guatemala no sobrepasan tal cifra y en el Altiplano, apenas bordean los cien millones. Debiera penetrarse tan nefanda política imperialista, ya que en las invasiones de Santo Domingo y Haití, de amargo recuerdo, so pretexto de falencia y bajo un prisma de morosidad, se cuidó de no mezclar ni de llevar los capitales. Ahora, con las reducciones más débiles se sigue la misma táctica, a sabiendas de lo contenciosas que son las deudas. A mayores hipotecas, menores aportes metálicos explotadores, porque así no se proporcionan medios de defensa y se pone más de relieve la insolvenia, de ordinario expiable.

Los exponentes harán vislumbiar el amedrentamiento y en la puerilidad de que con tan poco, con enagenaciones precarias, que se hubieran evitado provocando la inmigración, aprovechando y haciendo dar utilidades a la riqueza bruta, las regiones más amagadas tienen la garra encima. Espanta imaginar que con tan miserables tejemanejes se crea tener derecho a sojuzgar a las patrias inocuas. Lo dicho servirá para demostrar lo que representa como elemento civilizador la absorción plutocrática sonante que tiene la crueldad infinita de medir a los ofendidos por sus necesidades animales, y lo más peligroso es el hecho nunca visto de que el propio engranaje oficial se haya convertido en regulador de los detentadores mediante las colosales escuadras y ejércitos.

Pero no desesperemos. Lo que se ejecuta así y con tan escasos sacrificios, riesgos y preocupaciones debiera aleccionarnos y aportarnos la fuerza moral que nos falta para sacudirnos e iniciar la reivindicación de la soberanía y la defensa del porvenir ensombrecido.

Es cierto que la irrupción ha arreciado inmensamente después de la gran conflagración y Bolivia y Perú, que en 1912 poseían diez y treinta y cinco millones de dólares

de capital invertido, hoy cuentan alrededor de cien y doscientos millones respectivamente. Chile, antes de dicho suceso, apenas tenía quince millones, y ya se sabe los que suman ahora. ¿Es posible que en tres lustros, de quince se subiese a setecientos cincuenta millones de dólares? ¡Cuatrocientos millones de pesos nacionales anuales!

Es doloroso observar que aquélla ha servido tanto para perturbar la marcha política interior como para impulsar a su manera, aunque menoscabándola, la integridad del progreso material indohispánico. Es probable que si no hubiera sido por las desidias y los desconocimientos no hubiésemos sufrido tanto, y pudiera ser que la reversión sea circunstancial y así como se ha operado a salto de mesa, no muy buen síntoma estabilizador que digamos, reaccionemos también de golpe. Pero tengamos fe en la sacudida propia, mediante el trabajo, el disciplinamiento técnico, la organización científica de los cultivos y laboreos y la honestidad y espíritu de reforma administrativos.

En conjunto, los pueblos indoespañoles han influido en la mutación sociológica moderna. Al aceptarse dicha conclusión, es indudable que se trataría de un condicionamiento.

Los recursos naturales de Argentina no los tiene Méjico, y viceversa, y los que no posee el Brasil los esconde Chile. Uno de ellos está bajo la costra negra en el nitrato blanco como pureza incontaminable. Cada contingente, por chico que sea, responde a peculiaridades notorias y se comprueba que a pesar de la general indolencia, más por constreñimiento y por falta de comprensión y preocupación, que siempre gana a los primerizos y de medios de existencia fáciles, existen núcleos activos contrarrestadores. Como en todo espeso acrisolamiento, sobran las diferenciaciones y simultaneidades y es imposible obviar las confusiones, no siendo raro que los gobernantes, mientras menos capacitados, con más dificultad constatan el valor de las agrupaciones que se empeñan en dirigir.

Hemos salido del caos prehistórico, habiéndose dado

en la tierra nueva el paleolítico (véase nuestro cuaderno *Los Aborígenes de Suramérica*, de la «Enciclopedia Gráfica», de esta misma Editorial Cervantes), lo que debe hacernos meditar, situándonos en los días que corren, que es una verdadera hazaña que se haya logrado tanto progreso. De vez en cuando nos conturba cierto reparo de enervamiento, pero como deseamos la más cabal amalgamación, no dejamos de imaginar que toda revelación superior se confunde con la audacia, el esfuerzo y la flexibilidad de preadaptarse a las innovaciones,

Célula potencial, la América ya es un organismo y, en el más poderoso aliento de vida, Argentina ha llegado hasta la boca del Polo Sur, las desoladas islas de las Orcadas y en lo alto de su Observatorio y de su Instituto Meteorológico está haciendo ondear su glorioso pabellón; Chile, desafia las tormentas antárticas y estabiliza la pesca del mayor monstruo del mar; Brasil, al despedazar la montaña y sobreponerse al océano, ha mejorado las condiciones higiénicas y confortables de su puerto-capital; Uruguay, al tantear los más avanzados postulados políticos culturales, está demostrando el influjo de la ecuanimidad; Méjico, no obstante sus trastornos, al tener fe en las artes y manualidades populares, como inextinguible aspiración a desarrollar la inteligencia, se compete con el porvenir, y el Itzmo, al despreciar la concupiscencia del oro extranjero, conserva sin doblez las tradiciones de nobleza, hospitalidad e hidalguía de la raza. En la región más pobre van quedando los últimos restos de la bondad y de la ternura humana. ¡Cuánto estamos cambiando! Es posible que en el integral concierto doloroso por abrirse paso, valga tanto la gigantesca Argentina, que se ha visto favorecida por enormidad de factores, aun físicos y de posición geográfica, como el minúsculo El Salvador, que emplazado sobre inmensos volcanes, tectonismos y canículas específicos y exclusiva verticalidad solar, ha podido revelar el máximo de energía que demandaba sobreponerse a los extremos obstáculos mesológicos.

El desenvolvimiento republicano está salpicado de todas las virtudes y horrores del género humano y en las propias desgracias, quizá para comprobar la fortaleza moral, las colectividades no se han abatido con las maldades y traiciones de las más aporreadas, que se han dejado llevar de las tentaciones del empréstito para permitir las aviesas fragmentaciones y los entronizamientos territoriales.

El pasado común implica estímulo fervoroso y por más que zumban las frases de propios y allegados y en más de una ocasión la incomprensión ha lacerado el alma, pongamos muy en alto el corazón y tratemos de evocar lo que hemos sido para reflexionar en lo que podremos llegar a ser.

No se carece de pasta y el desplegar de alas, perturbado a veces, pero nunca malogrado, nos reafirman en el ideal de que en este apartado continente fluye una sociología general.

Después de diez, quizá quince mil años de evolución primitiva e incipiente civilizadora adelantada, nos paramos a meditar melancólicamente, e inducimos que lo que queda no son los individuos, sino sus obras, transparentadas en el espíritu de un templo, de una herramienta, de un camino, de un fruto silvestre hecho cultivable, de una ruina que representa a una ciudad lejana, de un sitio que sirvió de abrigo a la primera asociación, de un paraje que vio pasar la caravana de los hombres en busca de la solidaridad y de la cooperación.

Es el aporte indefinido y perdurable que edifica y constituye naciones, el que resta y por ningún motivo el manido, que en las pretensiones de tal, en la institución abultada y forzada inflan la vanidad y el egoísmo para recreamientos y sensualidades efímeras.

Por eso, procuremos conocer primero el país y hagamos con el territorio lo que hicieron los antiguos hispanos y lo que están haciendo los yankees al aprender las lenguas nativas, sanear los lugares malsanos y fundar los consiguientes poderosos centros profilácticos, de apreciarlo, admirarlo y analizarlo desde la raíz.

En esa labor elevada ayudémonos de la ciencia, que es la experiencia suma, y tratemos no de andar por las ramas, sino por la base positiva.

Procuremos ir de frente contra la irascible dolencia, la región cerrada e impenetrable que reproduce en grande la parcialidad, el *capulli* y el *ayllú* indígenas. Por ella el interior se desconoce, fomentando toda clase de divisiones. La topografía contribuye a agravar las consecuencias, oponiendo a la falta de población y de interdependencia, el desierto, propugnador del estancamiento. En Nicaragua, por ejemplo, han sido clásicos los encuentros entre Oriente y Occidente, lo mismo que en casi todo el resto de las naciones, y aún en Argentina, perdura el mal entendido entre la Capital Federal y las provincias. En Méjico, Yucatán ha sido siempre separatista y se ha mantenido ajeno a las violencias, más por sus condiciones de península fácil de bloquear y por la llanura calcárea que le circunda que por otra cosa. Las zonas, aún morales, siguen subsistiendo por la supervivencia de los tradicionalismos, hábitos y costumbres. Así, uno de la montaña no baja nunca al valle y uno de la planicie no se dirige a la costa, siendo imposible sacarlos a casi todos de sus parcelas para llevarlos a la ciudad. He aquí el localismo, que como consecuencia directa de las fragmentaciones sostenidas, siguiendo viejas y menguadas inspiraciones, prolonga a porfía los resabios convulsionadores. Dicho regionalismo ha determinado las fluctuaciones levantiscas mejicanas, y de la observación atenta de los hechos se deduce que en tanto arremeten con frenesí los de las fronteras y de los puertos principales, los del interior han declinado o al concentrarse las actividades en las escarpaduras de Oaxaca y de Chihuahua, los de los llanos y de las riberas fluviales han disminuído los ímpetus.

Ante la modalidad inveterada que ha formado ambiente específico, mediante la inmigración, no resta más que acicatear la alteración desde afuera, procurando aumentarla cada día y evitando que se siga produciendo la regresiva. No debe olvidarse que ninguna república tiene

población en equivalencia con el área y con los recursos elaborables. Urge apresurarse un poco, no vaya a ser que se haga tarde para encarrilarla. Si al principio no se puede incitar más que con fines materiales, al igual que los focos que la han aplicado, en seguida debe realizarse con propósitos morales, encauzando la incorporación de familias de pequeños comerciantes e industriales, de profesores, de periodistas, de hombres de ciencia, etc. Los países más reincidentes, lo mismo que los más sobresaltados por el latifundio, debieran estimular el trasplante de aquellos elementos opuestos a sus características, para así lograr el contrapeso. La migración es imprescindible y por ella, que fuerza la exportación, se habrá penetrado que Argentina, al comprometer las más diversas corrientes europeas, que luego se ensancharon económica y culturalmente, cuenta con más medios de defensa y no ha podido caer en las redes soporíferas, sin dejar de comprenderse que el transplantado, después de todo, sólo confía en su brazo, y ya esto es una ventaja y una promesa.

En la implantación de aquélla, vayamos más lejos que la gran nación rioplatense, que por ley de hace cincuenta y cinco años estableció: «1.º Alojamiento y manutención a expensas del Estado durante los cinco días siguientes al desembarco y que puede prolongarse en caso de necesidad; 2.º Internación y colocación gratuita de acuerdo con la profesión y las preferencias del interesado; 3.º Importación libre de las prendas de uso, vestidos, muebles, e instrumentos, herramientas y útiles de los inmigrantes». Así, por ejemplo, se podría excogitar familias, luego abonarles o prestarles una parte del pasaje y finalmente legalizarles una concesión de hectáreas laborables, rodeándolas de las garantías que afianzan la recta organización. Los medios de transporte oficiales y los impuestos a las extensiones improductivas, podrían utilizarse con tal fin y aún los buques de la armada y el remanente de los lotes de las longitudes baldías, adjudicados en pública subasta. Proyectos sobran; lo que se requiere es buena voluntad y resolución.

Llenemos el campo de braceros para que así la ralea no continúe creyéndose en el potrero, con el yermo sin fin por delante, que en la vaciedad infinita invita a la existencia haragana y escurridiza.

Por otra parte, desarmemos la propia ignorancia y reduzcamos el insensato orgullo, procurando inspirarnos en nuestra ascendiente España, que acaba de reducir su ejército en una mitad, lo mismo que el presupuesto interior de guerra en más de cien millones de pesetas. No por fomentar la burocracia tengamos algo inflado y enervado, al par que se consolida el predominio fisiocrático pasivo, que pone al descubierto la endeblez de tan desmedrada situación.

Las reducciones se hacen perentorias en los cuerpos desorbitados, tal como, sin los mayores motivos que los de acá, la acaba de realizar en una Europa armada hasta los dientes y ofuscada en múltiples preparativos, la mentora de la colonización. En el Norte, el Centro y el Sur, a excepción de Argentina, Brasil y Chile, sin fuerza naval apreciable, casi insignificante, que hubiera podido en un momento dado contrarrestar en algo los excesos, el cuartel, en el corazón de la ciudad politiquera, colmada de embriagueces y arrebatos, ha sido prepotente y avasallante y sobremanera excedido de los justos medios. He aquí cómo la patriótica disminución del pretorianismo aparejaría la del personalismo agresivo. La unilateralidad soldadesca presupone la más simple y rudimentaria estructura, puesto que una marina de guerra ya no es una cosa del montón y requiere técnica, cultura, sistema y un ingente sacrificio para mantenerla. Lo que vendría a dar visos de verdad es que el militarismo extenuado y en la expresión más burda se sostiene o reflota con fines meramente partidistas, y tan es así, que se consuman los atropellos y no da señales de vida, no obstante el alborotamiento de la víspera. En las Antillas menores, en Nicaragua, en Honduras, en Panamá, etc., en donde aquél lo dominaba todo y sin su voluntad no se movía una hoja, ya se sabe las vergüenzas que se han sufrido, y,

sin embargo, el monstruo pareció anquilosado. Era natural. Se sostenía a pura sangría presupuestaria, y desvinculado de la proverbial disciplina, naufragaba con evidente abandono de la soberanía nacional, en un eficiente político diezmador de almas y de corazones. En idéntica forma deben restringirse los excesos institucionales y administrativos aquejados de estiramiento ramplón oligárquico y burocrático, que no corresponden ni a la educación ni a las eficacias prácticas. No debemos olvidar la experiencia bochornosa de que en las colectividades domeñadas, el imperialismo ha dejado intactos la presidencia, el congreso, el ministerio y toda la exteriorización fetichista superficial, en tanto se ha apoderado de la potencia rural y de las materias primas y en el hecho regula hasta la designación del correspondiente personal. Quizá los permite porque no estorban y saben lo poco que pueden y valen, supuesta la forma decorativa en que actúan. No es de apesadumbrarse de que corrieran semejante albur, desde el instante que mucho antes de la intrusión, distanciados de la república, vivían casi en el aire, satisfaciendo mezquindades de comités. ¡Curioso y divertido el humorismo de los estadounidenses, muy de acuerdo con las garrambainas cortesanas de los petulantés! Los antecedentes vendrán a comprobar que los regionales que se arrastran en sus ambiciones gubernamentales, más perjudican que benefician, porque ante la gloria tan efímera de encubridores, podrían dedicarse con más entereza a disminuir la ostentación y a redoblar la higiene y la moralidad pública. No desesperemos que desde el seno de las sociedades afectadas, pese a los atrofiamientos, han de continuar culminando las protestas reaccionadoras. Tiene que ser así porque se habrá visto que en lugares malsanos, en donde no hay Escuelas de Medicina, Institutos Técnicos Antipalúdicos y Antiinsinarios, y apenas algún que otro miserable remedo de hospital, abundan las corporaciones exóticas, propias de engranajes viejos, propensos en la decrepitud al refinamiento. En relación es más estirada la burocracia civil y mi-

lto que nos rodea que la de Europa y Estados Unidos, y es tal la empalagosidad que ya es sabido que las asonadas no las hacen las plebes, sino la mesnada oficialista.

En cambio de las reducciones sugeridas, debemos poner atención en el mar. Los magníficos puertos de Habana, Panamá, Colón, Puerto Limón, Corinto, Puerto Barrios, Veracruz, Tampico, etc., construídos so capa de concesiones, nos impondrán que la afección no estaba en las costas calientes y endémicas, sino en la desidia de sanearlas. El amplio océano nos ayudará a quebrar la paralización interna. La irrigación es otro grave problema y hoy es penoso informarse que ahí en donde antes corría el acueducto indígena se padece la sequía. Sin ir más lejos mencionaremos aquel gran canal prehistórico incásico de la Cordillera de los Andes al Plata, con el que se amenguaban los efectos abrasadores de la pampa. Con un corte, una desviación o una inclinación en la montaña, que se efectuaría en la región argentina de Catamarca, en la chilena del Bío-Bío, en la mejicana del Usumasinta, se llevarían las aguas de inmensos ríos, regándose vastísimas zonas secas y otrora productoras. Los ferrocarriles debieran aumentarse cada año y dedicar a su construcción un diez por ciento de la hoja de gasto, como asimismo a las obras portuarias y de regadío. A juzgar por lo que han costado las vías férreas en el austroatlántico, cien kilómetros se tendrían con cerca de cien mil pesos, o sea la décima parte de los emolumentos semestrales.

El presupuesto no solamente podría seguir constante de los desembolsos parasitarios, recargadísimos y onerosos, sino de un tanto en adelantos de utilidad pública como los expresados y de un veinte o veinticinco para iniciar y estabilizar la investigación científica y la educación social. El problema capital es conocer y observar el territorio y luego impartir una enseñanza práctica, de acuerdo con las necesidades industriales, comerciales, pesqueras, minerales, madereras y labradoras. Es necesario abatir la coyunda de la masa y considerar que en ella hay aptitud y abono de energía, que se utilizarían

sometiéndolas a sistema para que así no siga dando la impresión triste que ha vencido a las minorías cultas. Lo que ha pasado es que la misma, más cerca de la naturaleza, le ha ganado la delantera a la otra, que se quedó atrás, rezagada en las transformaciones europeas y completamente desvinculada de lo que le circundaba. La interpretación positiva estaría en que la letrada se preadaptara a la ignorante y viceversa y no ésta de buenas a primeras a aquélla como se ha pretendido en tanto rebuscamiento imposible, proporcionándole una ilustración en consonancia con su nivel mental y facilitándole los medios de vida suficientes para desbrozarla. Ni con proyectos ni decretos se conseguirá cosa apreciable. La escuela primaria, los liceos y colegios nacionales y la Facultad, deben transmutarse, porque se ha comprobado que en vez de perfeccionar en el trabajo y la acción, con el exceso teórico, verbalista y profesional, más bien han concurrido a falsear las posiciones, no siendo raro que abogados, médicos, agrónomos, dentistas, ingenieros, etcétera, se les vea en la repartición gubernativa, desempeñando funciones completamente impropias con sus estudios. La Universidad científica del Trabajo, la sociológica de la revelación geobiometeorológica y la experimental de la moralidad e higiene públicas, nos están haciendo falta. La cultura de una nacionalidad se mide por el más profundo conocimiento interno y por el más fecundo aprovechamiento de los esfuerzos mentales y musculares renovadores de la humanidad.

El saber positivo, el aula técnica, la inmigración laboriosa, la búsqueda y análisis de las riquezas en bruto, la creación de la industria y el comercio que estabilizan el mercado y la transformación rural, etc., demarcarían de pronto la efectiva evolución. Paralelamente, no se descuidarían las disminuciones ni la ventaja de caracterizar a la organización administrativa, y es justo decir que de nada o de bien poco servirán todas las reformas si se sigue manteniendo la empleomanía despilfarradora y el engranaje legislativo y ejecutivo ingrátido. La política,

al fin, no puede continuar siendo una reviviscencia de la tribu prehistórica, como algo de entrecasa, requiriéndose que empiece a preocuparse de los intereses patrios y de la tarea fundamental de extenderlos y correlacionarlos con los limítrofes y aún con los continentales si fuera viable, deponiéndose el empréstito extorsionador, avanzada del vasallaje. Los gobiernos no pueden abanderizarse con una sola fisiocracia expoliadora y en el buen manejo de las funciones es preciso repartir y equilibrar las prerrogativas y compromisos, para así despojarlos del pretense conato de factoría y no alimentar las sediciones que no tienen otro propósito que el de realizar turbiamente por la imposición lo que se lograría por substitución.

La transformación así operada, a la vuelta de unos cuantos lustros, aparejará la más profícua amalgama, y no olvidemos que las asociaciones en gestación, como los principiantes, precisan persistentes estímulos desplegados. Esta parte dinámica que es apremio, renovación y posibilidad, no podría ser tal sino se hubiera formado en la consiguiente compenetración la extática, la del substratum social predisponente, constituyendo ambas, como oposición y resistencia, la SOCIOLOGIA GENERAL AMERICANA.

Juicios orientadores de sabios especialistas e investigadores franceses, alemanes, españoles e ingleses respecto a los tomos de la serie que abarcan las obras «Sociología Primitiva Chileindiana» y «Sociología Chilena» (Conclusión).

«El autor elabora, con espíritu realista y a la vez entusiasta, una explicación concreta, de valor sociológico, del interesante fenómeno de una civilización típica a su modo, elevándose, a veces, a la interpretación humana directa del caso. Venturino elabora una sociología que me atrevería a calificar de «ambulante», o, más exacto, realiza el autor de esta Sociología Primitiva-americana una labor de sociólogo observador, viajero y sembrador. El propósito capital de la obra es señalar el eslabón inicial del desenvolvimiento sociológico continental. Plausible propósito, labor fundamental, necesaria, para comprender a América. El estudio de aquellos pueblos, la elaboración científica y apasionada — ¿por qué no? — de sociologías primitivas como la chileindiana de Venturino, servirá, por de pronto — y bastaría —, para formar cumplidamente el cuadro — rico cuadro — de civilizaciones distintas. Conceptúo, con el autor de esta Sociología Primitiva, que en los primitivos y en las civilizaciones rudimentarias, o de conformación aislada, el medio físico es fuerza primordial, es por excelencia, fuerza que el hombre a la larga domina». (Adolfo Posada, Profesor de Sociología de la Universidad Central de Madrid, *Mercurio*, Barcelona, 14 de Marzo de 1929.)

«Su prehistoria y protohistoria de Chile, son un magnífico aporte de síntesis que aún no había sido llevado hasta esos dominios. Usted ha tenido el cuidado de buscar sus documentos sobre el mismo terreno y por eso el valor de su trabajo se engrandece aún más». (L. Levy Bruhl, Profesor de Psicología de la Sorbona y autor de la célebre obra *La Mentalité Primitive*.)

«Su obra es grande y encuentro en su lectura un interés especial del cual saco gran provecho intelectual. Desde luego, toda obra suya que me haga el honor de mandarme será acogida por mí con regocijo personal: sus libros serán mis estudios predilectos. (Mr. Margoliouth, Profesor de Historia de la Universidad de Oxford.)

«Con gran alegría y con mucho interés he leído su última obra sociológica. Le agradecería muchísimo que me enviara su fotografía, lo que para mí sería una satisfacción y un gran honor.» (K. Krestschmer, Profesor de la Universidad de Berlín.)

«En su obra he podido admirar un bello don de observación fina y de reflexión profunda. Tengo la seguridad de que podré dedicarme con el más vivo placer al estudio de la Sociología Chilena, conducido por un guía bastante informado y suficientemente perspicaz.» (M. Gustave Glotz, catedrático de la Universidad de París y autor de los tomos noveno y décimocuarto de la monumental colección «La Evolución de la Humanidad».)

«El tomo II, que acabo de recibir, como los anteriores, ha de serme de gran utilidad para mis trabajos docentes y lo analizaré en mi cátedra.» (Rafael Altamira, Profesor de la Universidad Central de Madrid.)

«Con gran placer he recibido vuestro muy interesante estudio sobre las antiguas civilizaciones americanas.» (M. L. Delaporte, autor del tomo octavo, «Mesopotamia».)

Las civilizaciones Babilónica y Asiria», de «La Evolución de la Humanidad», y profesor de Historia antigua de la Universidad de París).

«Mi impresión es que usted ha empezado a escribir la Historia interna de América, es decir, la verdadera historia, que sólo podremos buscarla en sus causas sociales y hallarlas mediante el estudio de la sociología de aquellas tierras, a la que se consagra usted con tanta fortuna y acierto en su probada y decidida vocación científica.» (J. de C. Serra Ráfols, redactor principal de la acreditada obra en varios tomos, «Las razas humanas», y Profesor de la Universidad de Barcelona.)

«Me es sumamente grato felicitarle por las espléndidas e importantes obras de usted». (Dr. Walter Lehmann, sabio prehistoriador y profesor de Arqueología de la Universidad de Berlín.)



ÍNDICE

	Págs.
Explicación Preliminar.....	5
La América Prehistórica.....	12
La América Protohistórica.....	22
Consecuencias psicológicas de las disequivalencias pre y protohistóricas.....	34
Incorporación de la trata esclava para afrontar las disequivalencias.....	45
La naturaleza americana en la formación psicológica del colonizador.....	58
Reflejo de las condiciones extremas en las exaltaciones colectivas.....	70
Las exaltaciones sentimentales y agrarias de resultados de la simpleza y del caos prehistórico, reafirman el crecimiento colonial.....	82
La colonia no pudo dar más de lo que dió, ni pudo ser más de lo que fué.....	91
El mundo colonial no fué parejo, ni sus manifestaciones simultáneas.....	104
La interdependencia en el Nuevo Mundo.....	116
Los intereses económicos, poniendo en acción los sacerdotales, impulsaron el ritmo.....	132
El intercambio comercial transformador en América, fué el reflejo de los impulsos de desenvolvimiento universal, especial europeo.....	150
Por su potencialidad, la colonización opera la evolución.....	168
La transformación, más que al régimen colonial, comprendió a las entidades ramificadas.....	183

La fuerza tradicional terrateniente colonial, de reflejo inclina la caudillesca armada revolucionaria	198
Génesis política oscilatoria caudillomasista	211
Simultaneidades específicas políticosociales	225
El desarrollo potencial de las entidades autonómicas	241
El desenvolvimiento social presupone la alteración de las actuales condiciones	257
El problema científico y moral de la tierra baldía y privilegiada	280
La inmigración, la cultura y la interdependencia	299
Las creaciones mentales	327
Sociología General Americana	342
Juicios orientadores de sabios, especialistas e investigadores franceses, alemanes, españoles e ingleses, respecto a los tomos de la serie que abarcan las obras «SOCIOLOGIA PRIMITIVA CHILEÍNDIANA» y «SOCIOLOGIA CHILENA». (Conclusión)	356
Índice de materias	359